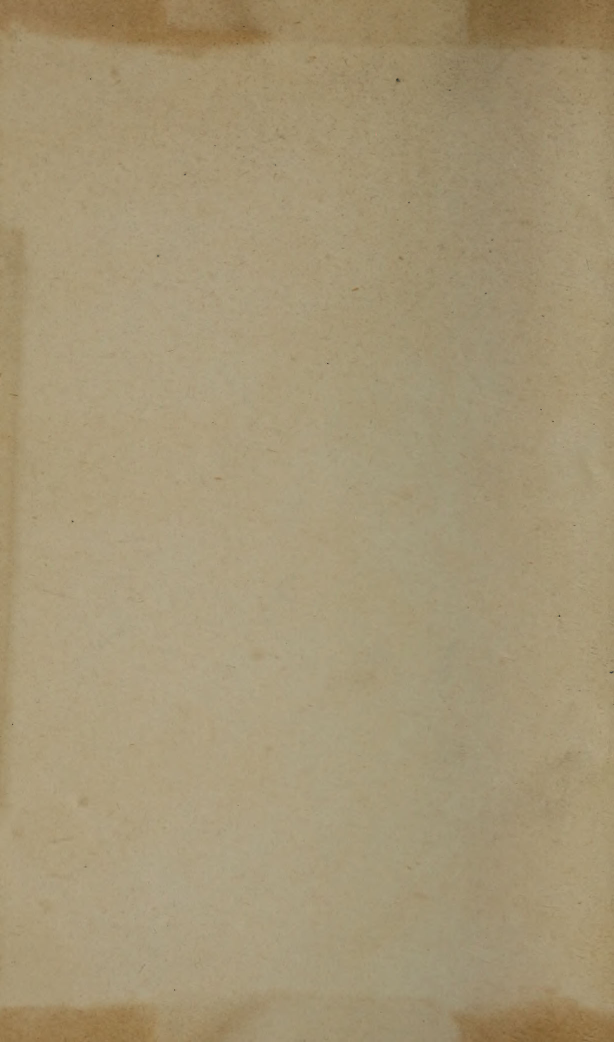
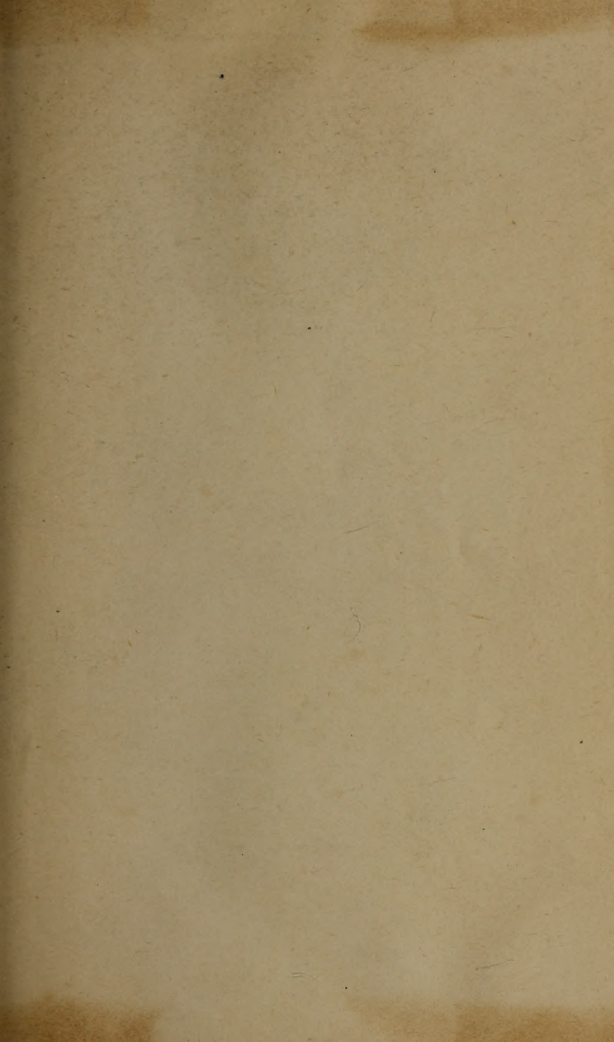
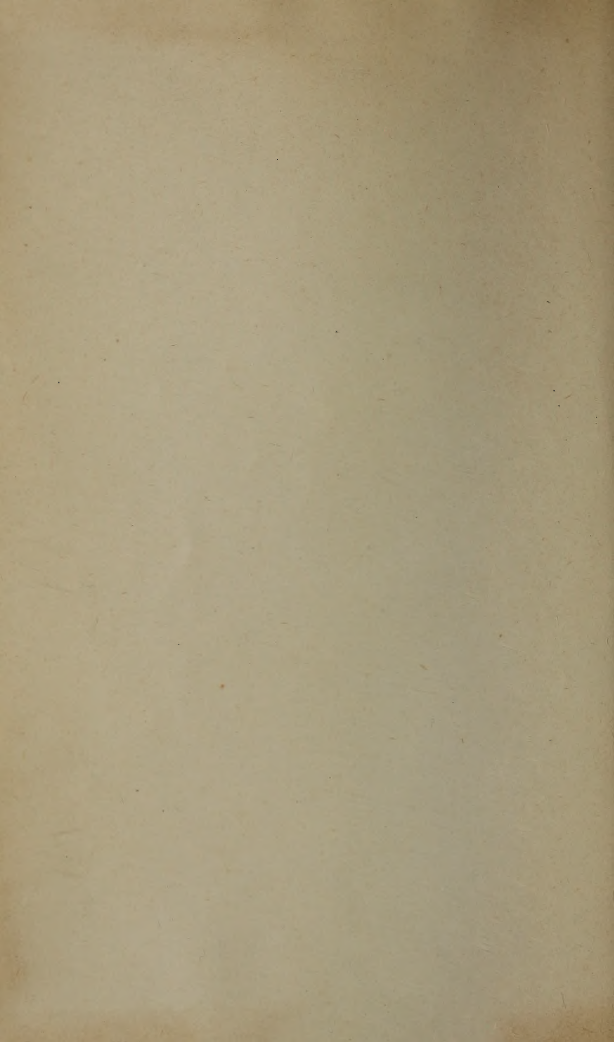
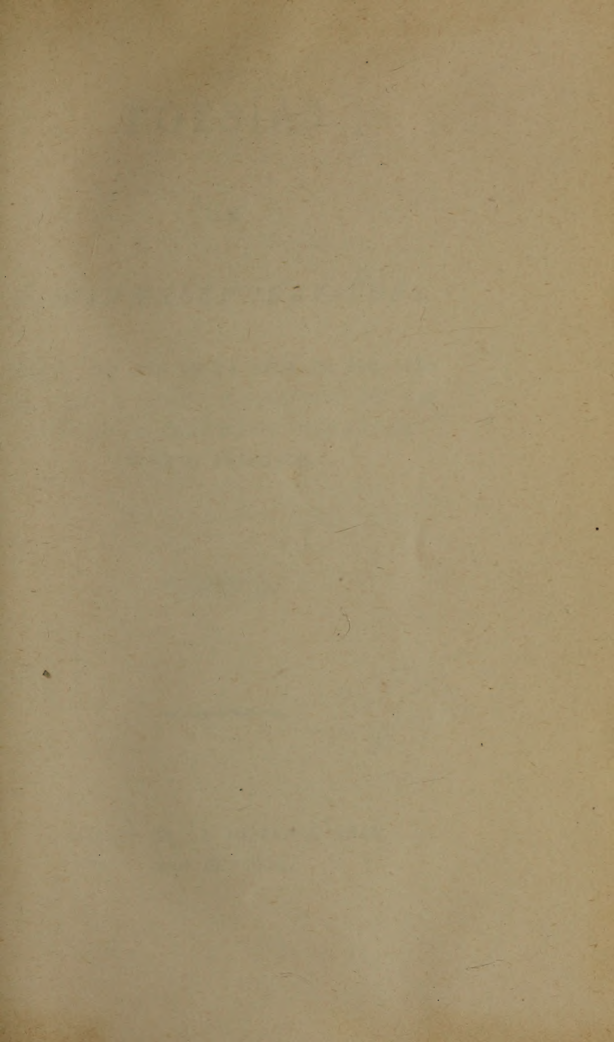
3 1761 09545879 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY











LS. M5196p

475

POESÍAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS,

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, É INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.

TOMO I.

36319 10/4/95

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1820.

A MIS LECTORES.

No con mi blanda lira
Serán en ayes tristes
Lloradas las fortunas
De Reyes infelices;
Ni el grito del soldado
Feroz en crudas lides;
O el trueno con que arroja
La bala el bronce horrible.
Yo tiemblo y me estremezco;
Que el númen no permite
A el labio temeroso
Canciones tan sublimes.
Muchacho soy y quiero
Decir mas apacibles
Querellas; y gozarme
Con danzas y convites.
En ellos coronado

De rosas y alelíes,
Entre risas y versos
Menudeo los brindis.
  En coros las muchachas
Se juntan por oirme;
Y al punto mis cantares
Con nuevo ardor repiten.
  Pues Baco y el de Vénus
Me dieron, que felice
Celebre en dulces himnos
Sus glorias y festines.

ODAS ANACREÓNTICAS.

Et juvenum curas, et libera vina.

HORAT.

ODA I.

DE MIS CANTARES.

Tras una mariposa,
Cual zagalejo simple,
Corriendo por el valle
La senda á perder vine.
  Recostéme cansado;
Y un sueño tan felice
Me asaltó que aun gozoso
Mi labio lo repite.
  Cual otros dos zagales
De belleza increible
Baco y Amor se llegan
A mí con paso libre:
  Amor un dulce tiro
Riendo me despide;
Y entrambas sienes Baco
De pámpanos me ciñe.
  Besáronme en la boca
Despues; y asi apacibles
Con voz muy mas süave
Que el céfiro me dicen:
  Tú de las roncas armas

Ni oirás el son terrible,
Ni en mal seguro leño
Bramar las crudas sirtes.
La paz y los amores
Te harán, Batilo, insigne;
Y de Cupido y Baco
Serás el blando cisne.

ODA II.

EL AMOR MARIPOSA.

Viendo el Amor un dia,
Que mil lindas zagalas
Huian dél medrosas
Por mirarle con armas:
Dicen que de picado
Les juró la venganza,
Y una burla les hizo
Como suya extremada.
Tornóse en mariposa,
Los bracitos en alas,
Y los pies ternezuelos
En patitas doradas.
¡O! ¡que bien que parece!
¡O! ¡que suelto que vaga,

Y ante el sol hace alarde
De su púrpura y nácar!
  Ya en el valle se pierde:
Ya en una flor se para:
Ya otra besa festivo;
Y otra ronda y halaga.
  Las zagalas al verle,
Por sus vuelos y gracia
Mariposa le juzgan,
Y en seguirle no tardan.
  Una á cogerle llega,
Y él la burla y se escapa:
Otra en pos va corriendo,
Y otra simple le llama.
  Despertando el bullicio
De tan loca algazara
En sus pechos incautos
La ternura mas grata.
  Ya que juntas las mira,
Dando alegres risadas
Súbito amor se muestra,
Y á todas las abrasa.
  Mas las alas ligeras
En los hombros por gala
Se guardó el fementido,
Y asi á todos alcanza.

Tambien de mariposa
Le quedó la inconstancia:
Llega, hiere, y de un pecho
A herir otro se pasa.

ODA III.

A UNA FUENTE.

¡O! ¡como en tus cristales,
Fuentecilla risueña,
Mi espíritu se goza,
Mis ojos se embelesan!
Tú de corriente pura,
Tú de inexhausta vena,
Transparente te lanzas
De entre esa ruda peña;
Do á tus linfas fugaces
Salida hallando estrecha,
Murmullante te afanas
En romper sus cadenas:
Y bullendo y saltando,
Las menudas arenas
Afanosa divides,
Que tus pasos enfrenan.
Hasta que los hervores

Reposada sosiegas
En el verde remanso,
Que te labras tu mesma.
Alli aun mas cristalina
A un espejo semejas
Do se miran las flores,
Que galanas te cercan.
Con su plácida sombra
Tu frescura conserva
El nogal, que pomposo
De tu humor se alimenta;
Y en sus móviles hojas
El susurro remeda
De tus ondas volubles,
Que al bajar se atropellan.
En tí las avecillas
Su sed árida templan,
Sus plumas humedecen,
Jugando se recrean.
Cuando abrasado sirio
Aflige mas la tierra,
Y el mediodia ardiente
Su faz al mundo ostenta;
En tí grata frescura
Y amable sueño encuentra
El laso caminante,

Que tu raudal anhela.
  Su benigna corriente
El seno refrigera,
La salud fortifica,
Repara las dolencias.
  En las almas alegres
El júbilo acrecienta;
Y al que llora angustiado
Le adormece las penas.
  ¡ O! nunca, fuente clara,
Nunca menguados veas
Los copiosos cristales
Que tus márgenes llenan.
  Nunca turbios la planta
Del ganado los vuelva,
Ni el pintado lagarto,
Ni la ondosa culebra.
  Nunca próvida ceses
En los giros y vueltas,
Con que mansa discurres
Fecundando la vega.
  Mas alegre acompañes
Murmullando parlera
De mi lira los trinos,
De mi labio las letras.

ODA IV.

EL CONSEJO DEL AMOR.

Pensativo y lloroso
Contemplando cuan tibia
Dorila mi amor oye
Por hermosa y por niña,
Al margen de una fuente
Me asenté cristalina,
Que un rosal adornaba
Con su pompa florida.
El voluble murmullo
De sus plácidas linfas
De mis penas agudas
Amainaba las iras.
Y en sus ondas rientes
Encantada la vista,
Invisibles cual ellas
Mis cuidados se huian:
Cuando en torno una rosa
Que besar solicita
Volar ví á un cefirillo
Con ala fugitiva.
Y entre blandos susurros

En voz dulce y sumisa
Entendí que á la bella
Cariñoso decia:
¿Do, insensible, te vuelves?
¿Por qué, injusta, te privas
En mis juegos vivaces
De mil tiernas caricias?
Mírame que rendido,
Cuando humillar podria
Con soplo despeñado
Tu presuncion esquiva,
Que te tornes te ruego,
Y á mis labios permitas
Que los ámbares gocen,
Que en tus hojas abrigas.
No temas, no, que ofendan
Con culpable osadía
Su rosicler hermoso,
Aunque blanda te rindas.
Aun mas fino que ardiente
A nada mas aspiran
Que á un inocente beso
Las esperanzas mias.
Por tí dejé en el valle
Por tí, beldad altiva,
Con vuelo desdeñoso,

Mil lindas florecitas.

Tú sola me embebeces,
Tú sola, repetia
El céfiro, y mas suelto
En torno de ella gira.

Cuando súbito noto
Que la rosa rendida
Le presenta su seno,
Y él cien besos le liba.

Con los cuales mimosa
De aqui y de allá se agita,
Otros y otros buscando
Que muy mas la mecian.

Y en aquel mismo punto
Escuché que benigna
Nueva voz me alentaba,
Nuncio fiel de mis dichas.

No de tímido ceses:
Insta, anhela, suplica,
Cefirillo incesante
De tu rosa Dorila.

Y en sus dulces canciones
Delicada tu lira
Su tibieza y sus miedos
Cual la nieve derritan.

Verás como á tus ansias

Cede al fin; y propicia
Las finezas atiende,
Por tí ciega suspira.
Apurando en mi copa
Las inmensas delicias,
Que á mis mas fieles guardo,
Que mi afecto le brinda.
Del Amor fue el consejo;
Y asi luego entre risas
Ví á la esquiva en mis brazos
Como mil rosas fina.

ODA V.

DE LA PRIMAVERA.

La blanda primavera
Derramando aparece
Sus tesoros y galas
Por prados y vergeles.
Despejado ya el cielo
De nubes inclementes,
Con luz cándida y pura
Rie á la tierra alegre.
El alba de azucenas
Y de rosa las sienes

Se presenta ceñidas,
Sin que el cierzo las hiele.

De esplendores mas rico
Descuella por oriente
En triunfo el sol, y á darle
La vida al mundo vuelve.

Medrosos de sus rayos
Los vientos enmudecen,
Y el vago cefirillo
Bullendo les sucede.

El céfiro de aromas
Empapado, que mueven
En la nariz y el seno
Mil llamas y deleites.

Con su aliento en la sierra
Derretidas las nieves,
En sonoros arroyos
Salpicando descienden.

De hoja el árbol se viste
Las laderas de verde,
Y en las vegas de flores
Ves un rico tapete.

Revolantes las aves
Por el aura enloquecen,
Regalando el oido
Con sus dulces motetes.

Y en los tiros sabrosos
Con que el ciego las hiere,
Suspirando delicias
Por el bosque se pierden.

Mientras que en la pradera
Dóciles á sus leyes
Pastores y zagalas
Festivas danzas tejen.

Y los tiernos cantares,
Y requiebros ardientes,
Y miradas y juegos,
Mas y mas los encienden.

¿Y nosotros, amigos,
Cuando todos los seres
De tan rígido invierno
Desquitarse parecen,

En silencio y en ocio
Dejaremos perderse
Estos dias, que el tiempo
Liberal nos concede?

Una vez que en sus alas
El fugaz se los lleve,
¿Podrá nadie arrancarlos
De la nada en que mueren?

Un instante, una sombra
Que al mirar desparece,

Nuestra mísera vida
Para el júbilo tiene.
  Ea pues á las copas,
Y en un grato banquete
Celebremos la vuelta
Del Abril floreciente.

ODA VI.

A DORILA.

¡Cómo se van las horas,
Y tras ellas los dias,
Y los floridos años
De nuestra fragil vida!
  La vejez luego viene
Del amor enemiga,
Y entre fúnebres sombras
La muerte se avecina:
  Que escuálida y temblando,
Fea, informe, amarilla,
Nos aterra, y apaga
Nuestros fuegos y dichas.
  El cuerpo se entorpece,
Los ayes nos fatigan,
Nos huyen los placeres,

Y deja la alegría.
Si esto pues nos aguarda,
¿Para qué, mi Dorila,
Son los floridos años
De nuestra fragil vida?
Para juegos y bailes,
Y cantares y risas
Nos los dieron los cielos,
Las gracias los destinan.
Ven ¡ ay ! ¿ qué te detienes?
Ven, ven, paloma mia,
Debajo de estas parras
Do lene el viento aspira,
Y entre brindis süaves,
Y mimosas delicias
De la niñez gocemos,
Pues vuela tan aprisa.

ODA VII.

DE LO QUE ES AMOR.

Pensaba cuando niño
Que era tener amores
Vivir en mil delicias,
Morar entre los dioses.

Mas luego rapazuelo
Dorila cautivome,
Muchacha de mis años,
Envidia de Dione;

Que inocente y sencilla,
Como yo lo era entonces,
Fue á mis ruegos la nieve
Del verano á los soles.

Pero cuando aguardaba
No hallar ansias ni voces,
Que á la gloria alcanzasen
De una union tan conforme;

Cual de dos tortolitas
Que en sus ciegos hervores
Con sus ansias y arrullos
Ensordecen el bosque:

Probé desengañado
Que amor todo es traiciones,
Y guerras y martirios,
Y penas y dolores.

ODA VIII.

A LA AURORA.

Salud, riente Aurora,

Que entre arreboles vienes
A abrir á un nuevo dia
Las puertas del oriente;
 Librando de las sombras
Con tu presencia alegre
Al mundo, que en sus grillos
La ciega noche tiene:
 Salud, hija gloriosa
Del rubio sol, perenne
Venero á los mortales
De alivios y placeres.
 Tú de eternales rosas
Ceñida vas las sienes,
Mientras tu fresco seno
Flores y perlas llueve.
 Tú de brillantes ojos,
Tú de serena frente,
Y en cuya boca manan
Risas y aromas siempre.
 Cuando la hermosa lumbre
De Vénus desfallece,
De ópalo, nácar y oro,
Velada le sucedes:
 Y el pabellon alzando
En que su faz envuelve
Tu padre el sol, sus huellas

Nuncia feliz precedes.
  Tu manto purpurado
Flotando al viento leve
De las eöas plagas
Del cielo se desprende;
  Hinche el espacio inmenso,
Y de su grana y nieve
Las bóvedas eternas
Matiza y esclarece,
  En cuanto alegre cruzas
Por sendas de claveles
Desde su excelsa cumbre
Al cárdeno occidente.
  El sol que en pos te sigue,
Tus vivos rosicleres
Inflama, y retemblando
Por verlos se detiene,
  Hasta que entre sus llamas
Tú misma al fin te pierdes,
Y en su torrente inmenso
Envuelta despareces:
  Si no es que tan penada
De tu Titon te sientes,
Que por sus brazos dejas
Ya la mansion celeste.
  Los céfiros fugaces,

Que en un letargo muelle
Las flores en su seno
Rendidos guardar quieren,
Con tu calor se animan,
Las prestas alas tienden,
Y en delicioso juego
Las liban y las mecen:
De do á las aves corren
Que aun en sus nidos duermen,
Con su vivaz susurro
Pugnando que despierten
A darte, ó bella Aurora,
Los dulces parabienes,
Y henchir con su alborada
Las auras de deleite.
Tú en tanto mas graciosa
En luz y en rayos creces,
Que en transparentes hilos
Cruzando al viento penden.
Las cristalinas aguas
Cual vivas flechas hieren
Y hacen de bosque y prados
Mas animado el verde.
A par que sus cogollos
Alzan las ricas mieses,
Y abriéndose las flores

Sus ámbares te ofrecen:
Que á la nariz y al seno,
Y al labio que los bebe
De su fragancia inundan,
Y á mil delicias mueven.
Y todo bulle y vive,
Y en regocijo hierve
Rayando tú, que al mundo
La ansiada luz le vuelves.
Haz ¡ay! purpúrea diosa,
Que como en faz riente
Un dia fausto y puro
Benigna nos prometes;
Asi en mi blando seno,
Sin ansias que lo aquejen,
La paz y la inocencia
Por siempre unidas reinen.

ODA IX.

DE UN BAILE.

Ya torna Mayo alegre
Con sus serenos dias;
Y del amor le siguen
Los juegos y la risa.

De ramo en ramo cantan
Las tiernas avecillas
El regalado fuego
Que el seno les agita:

Y el céfiro jugando,
Con mano abre lasciva
El cáliz de las flores,
Y á besos mil las liba.

Salid, salid, zagalas:
Mezclaos á la alegría
Comun en sueltos bailes
Y música festiva.

Venid, que el sol se esconde:
Las sombras mas benignas
Dan al pudor un velo,
Y á amor nueva osadía.

¡O! ¡cuál el pecho salta!
¡Cuál en su gozo imita
Los tonos y compases
De vuestra voz divina!

Mis plantas y mis ojos
No hay paso que no finjan,
Cadena que no formen,
Y rueda que no sigan.

Huye veloz burlando
Clori del fino Aminta;

Torna, se aparta, corre,
Y asi al zagal convida.
  ¡Con qué expresion y juego
De talle y brazos Silvia
En amable abandono
Su Palemon esquiva!
  De Flora el tierno amante,
O la mariposilla,
La fresca yerbezuela
Con pie mas tardo pisan,
  Que ardiente Melibeo
A Celia solicita,
La apremia con halagos,
Y en torno de ella gira.
  Pero Dorila ¡ó cielos!
¿Quién vió tan peregrina
Gracia? ¿viveza tanta?
¡Cuál sobre todas brilla!
  ¡Que espalda tan airosa!
¡Que cuello! ¡que expresiva
Volverle un tanto sabe,
Si el rostro afable inclina!
  ¡Ay! ¡que voluptuosos
Sus pasos! ¡como animan
Al mas cobarde amante,
Y al mas helado irritan!

Al premio, al dulce premio
Parece que le brindan
De amor, cuando le ostentan
Un seno que palpita.

¡Cuán dócil es su planta!
¡Que acorde á la medida
Va del compas! las Gracias
La aplauden y la guian.

Y ella de frescas rosas
La blonda sien ceñida
Su ropa libra al viento,
Que un manso soplo agita.

Con timidez donosa
De Clöe simplecilla
Por los floridos labios
Vaga una afable risa.

A su zagal incauta
Con blandas carrerillas
Se llega; y vergonzosa
Al punto se retira.

Mas ved, ved el delirio
De Anarda en su atrevida
Soltura: ¡sus pasiones
Cuan bien con él nos pinta!

Sus ojos son centellas,
Con cuya llama activa

Arde en placer el pecho
De cuantos ¡ay! la miran.
  Los pies cual torbellino
De rapidez no vista
Por todas partes vagan,
Y á Licidas fatigan.
  ¡Qué dédalo amoroso!
¡Qué lazo aquel que unidas
Las manos con Menalca
Formó amorosa Lidia!
  ¡Cual andan! ¡cual se enredan!
¡Cuan vivamente explican
Su fuego en los halagos,
Su calma en las delicias!
  ¡O pechos inocentes!
¡O union! ¡ó paz sencilla,
Que huyendo las ciudades
El campo solo habitas!
  ¡Ah! ¡reina entre nosotros
Por siempre, amable hija
Del cielo, acompañada
Del gozo y la alegria!

ODA X.

DE LAS RIQUEZAS.

Ya de mis verdes años
Como un alegre sueño
Volaron diez y nueve,
Sin saber donde fueron.
 Yo los llamo afligido;
Mas pararlos no puedo,
Que cada vez mas huyen
Por mucho que les ruego:
 Y todos los tesoros,
Que guarda en sus mineros
La tierra, hacer no pueden
Que cesen un momento.
 Pues lejos, ea, el oro:
¿Para qué el afan necio
De enriquecerse á costa
De la salud y el sueño?
 Si mas gozosa vida
Me diera á mí el dinero,
O con él las virtudes
Encerrara en mi pecho:
 Buscáralo ¡ay! entonces

Con hidrópico anhelo;
Pero si esto no puede,
Para nada lo quiero.

ODA XI.

A UN RUISEÑOR.

¡Con que alegres cantares,
O ruiseñor, celebras
Tu dicha; y de tu amada
El tierno afan recreas!
Ella del blando nido
Te responde halagüeña
Con piadas süaves,
Y se angustia si cesas.
Las otras aves callan;
Y el eco tus querellas
Con voz aduladora
Repite por la selva:
Mientras el cefirillo
De envidioso te inquieta,
Las hojas agitando
Con ala mas traviesa.
Tú cesas y te turbas:
Atento adonde suena

Te vuelves; y cobarde
De ramo en ramo vuelas.
  Mas luego ya seguro
Los silbos le remedas,
El triunfo solemnizas,
Y tornas á tus quejas.
  Asi la noche engañas;
Y el sol cuando despierta
Aun goza la armonía
De tu amorosa vela.
  ¡O! ¡avecilla felice!
¡O! ¡que bien la fineza
De tu pecho encareces
Con tu voz lisonjera!
  Ya pias cariñoso;
Ya mas alto gorgeas;
Ya al ardor que te agita
Tu garganta enagenas.
  ¡O! no ceses, no ceses
En tan dulce tarea,
Que en delicias de oirte
Mi espiritu se anega.
  Asi el cielo tu nido
De asechanzas defienda;
Y tu amable consorte
Fiel por siempre te sea.

Yo tambien soy cautivo:
Tambien yo si tuviera
Tu piquito agradable
Te diria mis penas;
Y en sencillos coloquios
Alternando las letras,
Tú cantáras tus glorias,
Y yo mi fe sincera:
Que los malignos hombres
Burlan de la inocencia;
Y expónese á su risa
Quien su dicha les cuenta.

ODA XII.

DE LOS LABIOS DE DORILA.

La rosa de Citeres,
Primicia del verano,
Delicia de los dioses,
Y adorno de los campos:
Objeto del deseo
De las bellas, del llanto
Del alba feliz hija,
Del dulce Amor cuidado:
¡O! ¡cuan atras se queda,

Si necio la comparo
En púrpura y fragancia,
Dorila, con tus labios!
  Ora el virginal seno
Al soplo regalado
De aura vital despliegue
Del sol al primer rayo:
  O inunde en grato aroma
Tu seno relevado
Mas feliz; si tú inclinas
La nariz por gozarlo.

ODA XIII.

DE UNAS PALOMAS.

Un dia que en la vega
Bajo el nogal copado
Que da á su fuente sombra
Con los pomposos rámos,
  Cantaba entretenido
Con inocente labio
De mi suerte la dicha,
Las delicias del campo;
  Casi á mis pies seguras
Se bañaban jugando

Las sencillas palomas
En un limpio remanso.
   Su bullicio y arrullos,
Y sus besos y halagos
Me cayeron absorto
La lira de las manos.
   Libre yo y ellas libres,
Y uno asi nuestro estado,
Por instantes se hacia
Mi embeleso mas grato.
   Una en medio las aguas
Cual pequeñuelo barco
Ufanándose riza
Su plumage galano.
   Otra fija bebiendo
Del vivo sol los rayos,
Y en el raudal se sume
Para templar su estrago.
   Otra estiende las alas
Cual dos móviles brazos,
Y al corriente se entrega
Que la va en pos llevando.
   Y otra en plácido giro
Revolante en el llano,
Torna cien y cien veces
Del uno al otro lado:

Agitándose todas,
Y corriendo y saltando,
Y cruzando y tejiendo
Mil revueltas y lazos.

Cuando allá de las nubes
Cual flamígero rayo
Un milano sobre ellas
Precipitase aciágo;

Que en sus uñas agudas
Para bárbaro pasto
De sus pollos ¡ay! roba
La mas bella inhumano:

Sin bastar á salvarla
En tan súbito caso
De mis palmas y gritos
El estrépito vano.

Derramado y sin órden
Con mortal sobresalto
Del ladron ominoso
Huye el tímido bando.

Y yo el alma cubierta
De amargura y espanto
Con la vista le sigo,
Con mi voz le amenazo.

¡Desvalida inocencia,
Siempre mísero blanco

Del poder fiero, siempre
De sus iras estrago!

ODA XIV.

DE UN CONVITE.

Ved, amigos, cual llega
Ya delicioso el Mayo,
En las plácidas alas
Del céfiro llevado.
Grata Flora en su obsequio
Le engalana los campos,
Mil flores por do quiera
Desparciendo su mano.
Cojamos las mas lindas;
Y alegres emulando
Las risas y banquetes
Que libre canta Horacio,
De yedra coronadme,
Yo en torno haré otro tanto;
Y ornad copas y mesa
De pimpollos y ramos.
La rosa esté en los pechos
Del dulce Amor esclavos;
¿Y quién de sus arpones

Escapa en nuestros años?

La rosa que á Citeres
Su seno purpurado,
Y del hijo á los besos
Su aroma debió grato.

Llevemos todos rosas
Pues que todos amamos;
Y quien cuidados llore
Por hoy les dé de mano.

Que yo al ver cual incauta
Dorila á cada paso
Me muestra que me adora,
Perdido la idolatro.

Aun niña y simplecilla
Un dia con mis labios
Comuniqué á los suyos
El fuego en que me abraso.

De entonces al mirarme
De un vivo sonrosado
Animase, y su seño
Se eleva palpitando.

Aqui pues á la sombra
Del álamo copado,
Donde mil pajaritos
Cruzan de ramo en ramo,

Y acaricianse tiernos,

Y gozan, y á otros lazos
Para nuevas delicias
Escápanse voltarios;
  Do entre guijas y trebol
Con sus trémulos pasos
Murmullante el arroyo
Nos aduerme saltando,
  La fiesta celebremos:
Del néctar perfumado
Que Xeréz nos regala
Brindemos y bebamos.
  Misterioso el silencio
Cubriéndonos, despacio
Gocemos los manjares
Que el lujo ha preparado.
  Paladéese el gusto,
Delicioso el olfato
Regálese, y los ojos
Se ceben en mirarlos.
  Bebamos otra copa:
Empiécela Menalio;
Y á un tiempo clamad todos,
"¡Honor, honor á Baco!"
  A cada nueva copla,
Los vivas y el aplauso
Subiendo á las estrellas,

Responda un dulce trago.
  Y otro y otros en torno
Tocándonos los vasos,
Del viejo Valdepeñas
Se sigan apiñados.
  Asi hasta media noche
Los brindis renovando,
Del sabroso banquete
Prolonguemos el plazo:
  De do medio beodos
A sumirnos corramos
Del tranquilo Morfeo
En el muelle regazo.
  Que las horas escapan
Fugaces y callando,
Y en pos nos precipita
Del tiempo el rudo brazo.
  Ved sino cual las rosas
Dan su vez al verano,
Y al Enero aterido
El otoño templado.
  Nuestro cabello de oro
De nieve harán los años,
Y nuestra alegre vida
De duelos y quebrantos.
  Entonces, ni los bailes,

Ni el vino mas preciado,
Ni el rostro mas travieso
Podrán regocijarnos.
  Del dia que nos rie
Gocemos; pües en vano
Será inquirir si un otro
Nos lucirá mas claro.

ODA XV.

DE MIS NIÑECES.

Siendo yo niño tierno,
Con la niña Dorila
Me andaba por la selva
Cogiendo florecillas,
  De que alegres guirnaldas
Con gracia peregrina,
Para ambos coronarnos
Su mano disponia.
  Asi en niñeces tales
De juegos y delicias
Pasábamos felices
Las horas y los dias.
  Con ellos poco á poco
La edad corrió de prisa;

Y fue de la inocencia
Saltando la malicia.
Yo no sé; mas al verme
Dorila se rëia;
Y á mí de solo hablarla
Tambien me daba risa.
Luego al darle las flores
El pecho me latia;
Y al ella coronarme
Quedábase embebida.
Una tarde tras esto
Vimos dos tortolitas,
Que con trémulos picos
Se halagaban amigas.
Y de gozo y deleite,
Cola y alas caidas,
Centellantes sus ojos,
Desmayadas gemian.
Alentónos su egemplo;
Y entre honestas caricias
Nos contamos turbados
Nuestras dulces fatigas:
Y en un punto cual sombra
Voló de nuestra vista
La niñez; mas en torno
Nos dió el Amor sus dichas.

ODA XVI.

A UN PINTOR.

En esta breve tabla,
Discípulo de Apèles,
Cual yo te la pintare,
Retrátame mi ausente
  Cual sale cuando rie
La aurora por oriente
Tras sus mansas corderas
Al valle á entretenerse.
  Sueltas las trenzas de oro,
Y al céfiro que leve
Licencioso volando
Las ondea y revuelve.
  Encima una guirnalda
Cuyas rosas releven
El contraste agraciado
De las cándidas sienes:
  De do con aire hermoso
De sencillez alegre,
La tersa frente asome,
Cual plata reluciente.
  Mas para que la gracia

Le des con que se tiende,
La fragante azucena
Te prestará su nieve.
  Luego en las negras cejas
Tu habilidad ordene
La magestad del arco,
Que nace cuando llueve.
  Y al traidor Cupidillo
Podrás tambien ponerme
Que en medio esté asentado,
Y á todos vivaz fleche.
  Los ojos de paloma
Que á su pichon se vuelve
Rendida ya de amores,
Y un beso le promete.
  De llama las pupilas
Que bullan y se alegren;
Mil lindos amorcitos
Jugando en torno vuelen.
  Y porque el fuego apague
Que sus rayos encienden,
La nariz proporciona
Tornátil y de nieve.
  Tras esto entre los labios
Deshoja mil claveles,
Que nunca puedes darle

La púrpura que tienen.
Su boca... pero aguarda,
Los pequeñuelos dientes
Haz de menudo aljofar,
Que unidos no discrepen.
Y dentro si á ello alcanzas,
Cuando la lengua mueve
Dulce un panal, que afuera
Destile hibleas mieles.
Como abejas las Gracias,
Que con susurro leve
Volando en el verano
En torno van y vienen.
Dos virginales rosas
Las mejillas, cual suelen
Brillar cuando sus perlas
La aurora en ellas vierte.
Cargando todo aquesto
Con proporcion decente
Sobre el enhiesto cuello,
Que mil corales cerquen.
Los hombros del se aparten;
Y en el hoyuelo empiece
El relevado pecho,
Tan albo que embelese.
Pon al sediento labio

En sus pomas turgentes
Dos veneros del néctar
De la mansion celeste.

La vestidura airosa
De armiños esplendentes,
Los cabos arrastrando
Que el valle reflorecen.

Un leonado pellico
Por cima; y que le cuelguen
Cien trenzas de oro y seda
Que su opulencia ostenten.

Pero ¡ah! cesa, profano,
Que las gracias ofendes
De mi ausente adorable
Con tus rudos pinceles.

Y yo á sus brazos corro;
Donde el Amor me ofrece
El premio de mis ansias,
Y el colmo de sus bienes.

ODA XVII.

DONDE HALLÉ AL AMOR.

De mi donosa al lado,
Seguia de amor ciego

De sus amables ojos
El dulce movimiento.

Que ora en llamas vivaces
Centellaban inquietos,
Y cual rayos agudos
Traspasaban mi pecho:

Ora al paso á los mios
Salian halagüeños;
Mi espiritu inundando
De celestial contento:

Ora en giro voluble
Se perdian traviesos
De mis fieles pupilas
Evitando el encuentro:

Ora hallarlas querian;
Y ora en lánguido fuego
Sobre mi se fijaban
Desmayados y tiernos.

Entonces ¡ay! entonces
Mi crédulo deseo
Ver pensó deslumbrado
Al niño Amor en ellos.

Y alentado del mismo,
Atrevido, sin seso,
Todo su númen quise
Trasladar á mi seno.

Empero mis amores
Donosa sonriendo
¡Ay! dijo: no en mis ojos
Está el Amor, ó necio,
Sino en mi boca: y blanda,
Los labios entreabiertos
De célica armonía
Llenó su voz el viento.
Yo al oirla encantado
Corrí loco á su encuentro:
Y hallé al fin venturoso
Al rapaz ceguezuelo.
Halléle de sus trinos
En el almo embeleso;
Y en sus purpúreos labios
Y aromático aliento.
Asi feliz de entonces,
Cuando á Amor hallar quiero,
Corro á su amable boca
Y allí, allí le sorprendo.

ODA XVIII.

DE MIS CANTARES.

Las zagalas me dicen:

¿Cómo siendo tan niño,
Tanto, Batilo, cantas
De amores y de vino?
   Yo voy á responderles;
Mas luego de improviso
Me vienen nuevos versos
De Baco y de Cupido.
   Porque las dos deidades,
Sin poder resistirlo
Todo mi pecho, todo
Tienen ya poseido.

ODA XIX.

EL ESPEJO.

Toma el luciente espejo,
Y en su veraz esfera
Ve, Dorila, el encanto
De tu sin par belleza:
   La alba frente en contraste
Con las hermosas cejas,
Que en arco prolongadas
Dos íris asemejan:
   La gracia de tus ojos,
En cuya ardiente hoguera

Flechando sus arpones
Amor su trono asienta:
  Su magestad afable,
Y esa languidez tierna
De su mirar, ó cuando
Rientes centellean:
  Tu boca y tus mejillas,
Do esparce primavera
Sus rosas y claveles,
Derrama sus esencias:
  Ese tu enhiesto cuello,
El seno, las dos pellas
Que en él de firme nieve
Elásticas se elevan:
  Y ondulando süaves
Cuando plácida alientas,
Animarse parecen,
Y su cárcel desdeñan.
  Ve el aire de tu talle,
La gracia y gentileza
Con que flexible torna,
Derecho se sustenta:
  Tus perfecciones goza,
Y cariñosa al verlas
Mis lágrimas disculpa,
Mis esperanzas premia.

¡Ay! tú al espejo puedes
Pararte, y en su escuela
De las Gracias guiada
Formarte muy mas bella.

De cien vistosas flores
Ornar tus blondas trenzas,
Relevar con sus rizos
La frente de azucena:

Gobernar de tus ojos
Las miradas arteras,
Y fijar de sus niñas
La inocente licencia:

Adiestrar en su juego
La boca pequeñuela;
La sonrisa en sus labios
Hacer mas halagüeña,

Mas donosos los quiebros
De tu linda cabeza,
Tu andar aun mas picante,
Tu talla mas esbelta.

Yo ¡triste! contemplarlo
No puedo, sin que sienta
Doblarse mis pesares,
Mas grave mi tristeza.

Ayer en él buscaba
Tu imagen, y en vez de ella

Ví abatido mi rostro,
Mis ojos sin viveza,
Aridas las mejillas,
Mi boca sin aquella
De risas y donaires
Festiva competencia:
Do quier en fin marcadas
Mil dolorosas huellas
De tu rigor injusto,
De mi infeliz terneza.
Asi tú en el espejo
Consultándolo encuentras
A Vénus y sus Gracias,
Yo un retrato de penas.

ODA XX.

LA TORTOLILLA.

¡O dulce tortolilla!
No mas la selva muda
Con tus dolientes ayes
Molestes importuna.
Deja el arrullo triste;
Y al cielo no ya mustia
Te vuelvas, ni angustiada

Las otras aves huyas.
  ¿Qué valen ¡ay! tus quejas?
¿Acaso de la oscura
Morada de la muerte
Tu dueño las escucha?
  ¿Le adularás con ellas?
¿O allá en la fria tumba
Los míseros que duermen
De lágrimas se cuidan?
  ¡Ay! no; que do la parca
Los guarda con ley dura,
No alcanzan los gemidos,
Por mas que el aire turban.
  En vano te querellas:
¿Do vuelas? ¿por qué buscas
Las sombras ¡ó infelice!
Negada á la luz pura?
  ¿Por qué sola, azorada
De tí misma te asustas;
Y en tu arrullo te ahogas
En tu inmensa amargura?
  Vuelve, cuitada, vuelve:
Y á llantos de viüda
Del blando amor sucedan
De nuevo las ternuras.
  Orna el hermoso cuello;

Los ojos desanubla;
Y aliña artificiosa
Las descuidadas plumas.
Verás cual de tu pecho
Su ardor benigno muda
Los duelos y pesares
En risas y venturas.

ODA XXI.

A LA MISMA.

¿De dó tus quejas vienen,
Sensible tortolilla?
¿El bien perdido lloras?
¿O en blando amor suspiras?
Amor, amor te inflama:
Tu obstinacion esquiva
Cedió al fin: bien tus ojos
Incautos lo publican.
¡Cual brillan! ¡cuan alegres
Se mueven sus pupilas!
¡Con que ternura y gracia
Al nuevo dueño miran!
Parece que al volverse
Le dicen: ya las iras

Cesaron, ven y goza
Por premio mil delicias.
El llega: y de cobarde
Con vueltas repetidas
Te rodea, y tu lado
Gimiendo solicita.
Rueda y rueda, y se ufana,
Tú piando le animas;
Y él mas y mas sus vueltas
Estrecha y multiplica....
¡O tortola dichosa!
¿Do vuelas? ¿tus caricias
Le niegas? ¿ó asi huyendo
Su ardiente amor irritas?
Ya paras; ya al arrullo
Respondes; ya lasciva
Le llamas, y á besarlo
Ya el tierno pico inclinas.
Tu espléndido plumage
Se encrespa y al sol brilla:
Tus alas se conmueven;
Y gimes y te agitas.
¡Felices tú y tu amante,
Feliz la haya florida
Que en delicioso lecho
Con dulce paz os brinda!

ODA XXII.

A LA ESPERANZA.

No ha nada que las nubes
En alas de los vientos
Bajaban desatadas
En largos aguaceros;
Que á su soplo incesante
Como en humo deshechos,
La noche anticipaban
La atmósfera cubriendo.
Los campos anegados,
De horror y luto llenos,
Al alma no ofrecian
Sino tristeza y miedo:
Y el huracan furioso
Con su rápido vuelo
Robar amenazando
Las chozas de su asiento,
Las selvas desgarraba;
Redoblando los ecos
En silbidos medrosos
El horrísono estruendo.
Mudos los pajarillos,

Del diluvio á cubierto,
Entre el fosco ramage
Yacian sin aliento.
  El cielo encapotado
De un ominoso velo,
Del mundo retiraba
Las luces del sol bello.
  Y el reino de las sombras,
Y su fúnebre duelo
Entre estrépito tanto
Se anunciaban eternos.
  Cuando súbito el muro
De las nubes rompiendo,
Riquísimo en fulgores
Se ostenta el rubio Febo:
  Corriendo de repente
Cual un raudal inmenso
Los rayos celestiales
De su alto trono al suelo.
  Disípanse las nubes,
Y al nuevo sol opuesto
Despliega sus matices
El íris á lo lejos.
  La esfera iluminada,
En un plácido oréo
Los vientos ó no vuelan,

O vuelan en silencio.
  Y todo es ya delicias,
Y júbilo y sosiego,
Cual antes era todo
Desorden turbulento.
  Celebrando las aves
Con sus dulces gorgeos
El triunfo de las luces,
La paz del universo.
  Tal las lúgubres sombras
Que ora abruman mi pecho
Pasáran, y con ellas
Mis amargos desvelos.
  Que de rosas orlado
Su flotante cabello,
Corre ya la esperanza
Con semblante risueño,
  A colmarme amorosa
De inefables consuelos,
Y apagar mis temores,
Y aguijar mis deseos.
  Pues cual Mayo florido
Sigue al áspero invierno,
Asi en pos vuela siempre
De la pena el contento.

ODA XXIII.

DE UN HABLAR MUY GRACIOSO.

Dan tus labios de rosa
Si los abres, bien mio,
El mas sabroso néctar
Y el aroma mas fino.
Dan el almo deleite,
Que allá en el alto Olimpo
Gozan los inmortales;
Y enagena el sentido.
El ámbar de la rosa
Al albor matutino,
Al perfume que exhalan
No es de igualarse digno.
La süave miel que liban
Del romeral florido
Las abejas, con ellos
Causa amargor y hastío.
El sabor delicioso
Del mas preciado vino
Es al labio sediento
Menos dulce y subido.
Su acento es muy mas grato

Que el amoroso trino
Del ruiseñor, que el vuelo
Del fugaz cefirillo.
  Porque todas sus llamas,
Donaires y cariños,
Y encantos y delicias
Amor les dió benigno.

ODA XXIV.

DEL VINO Y EL AMOR.

Con una dulce copa
Despierta mi cariño,
Si de amor en los fuegos
Dorila me ve tibio.
  Y si yo desdeñosa,
O cobarde la miro,
Al punto sus temores
Adormezco entre vino.
  Cuyo ardor delicioso
Por los dos difundido,
A Dorila mas tierna,
Y á mí vuelve mas fino.
  Y en sabrosos debates
Entre risas y mimos

Todo es bríndis alegres,
Todo blandos suspiros.
  Sabed pues amadores,
Que Lïëo y Cupido
Hermanados se prestan
Sus llamas y delirios:
  Porque el Málaga dome
Tras el ruego benigno
A la bella, que indocil
Se esquivare de oiros.

ODA XXV.

A MÍ LIRA.

¿Donde estan, lira mia,
Los sones delicados,
Con que un tiempo adurmieras
Mis agudos quebrantos,
  Endulzaste mis ocios,
Y el contento en mi labio
Al compas de tus trinos
Me adulára mas grato?
  Tú, amable compañera,
Mi delicia y regalo,
Siempre feliz pendiste

Blando honor á mi lado:
  Bien al reir del alba,
Mirando el denso manto
Plegarse de las sombras
Fugaz ante sus pasos:
  Bien si glorioso Febo
Con todo su böato
Descollaba de luces
Sobre el fúlgido carro;
  O en la lóbrega noche,
Cuando su horror opaco
Mas sublimes y graves
Me inspiraba los cantos.
  Y dulce á mis amigos,
Con mimos y regalos
Preciado de las bellas,
Y en las naciones claro,
  Por sus sones alegres
De humildes y medianos
Cual de excelsos señores
Me gozara buscado:
  Con estrépito alegre
Por sus fiestas vagando
Los tonos, que benignas
Las musas me enseñaron.
  Yo embebecido en torno

Con tn armónico canto,
Te consagré rendido
Cuanto tuve mas caro:

De Pluto la riqueza,
La ambicion y sus mandos,
De la Corte los humos,
Del ocio los halagos.

Siempre en tus cuerdas de oro
Mi solicita mano,
Y solo en pos corriendo
De la gloria y tus lauros.

¡Y ya ingrata, me olvidas!
¡Y pulsándote en vano,
No responden tus trinos
A mi ardiente entusiasmo!

Vuelve, ó lira, y no ceses;
Que á tu célico canto
Desparecen las penas,
Reflorecen los años.

Y vosotras, deidades,
Del excelso Parnaso,
Sostened al poeta,
Y alentad su desmayo.

Que él constante en sus cultos,
Irá en su último ocaso
Hasta el Lete ominoso .

Vuestras glorias cantando:
  Do Caron á escucharlas
Parará el triste barco,
Y el Cerbero trifauce
Sus aullidos insanos.

ODA XXVI.

DEL CAER DE LAS HOJAS.

¡Oh cual con estas hojas
Que en sosegado vuelo
De los árboles giran
Circulando en el viento,
  Mil imágenes tristes
Hierven ora en mi pecho,
Que anublan su alegría,
Y apagan mis deseos!
  Símbolo fugitivo
Del mundanal contento,
Que si fosforo brilla,
Muere en humo deshecho;
  No hace nada que el bosque
Florecidas cubriendo
La vista embelesaban
Con su animado juego,

Cuando entre ellas vagando
El cefirillo inquieto,
Sus móviles cogollos
Colmó de alegres besos.
Las dulces avecillas
Ocultas en su seno
El ánimo hechizaron
Con sus sonoros quiebros.
Y entre lascivos pios,
Llagadas ya del fuego
Del blando amor, bullian
De aqui y de allá corriendo;
Los mas despiertos ojos
Su júbilo y el fresco
De las sombras amigas
Solicitando al sueño.
Pero el can abrasado
Vino en alas del tiempo,
Y á su fresca verdura,
Mancilló el lucimiento.
Sucedióle el otoño,
Tras dél árido el cierzo
Con su lánguida vida
Acabó en un momento;
Y en lugar de sus galas,
Y del susurro tierno

Que al mas leve soplillo
Vagas antes hicieron,
  Hoy muertas y ateridas
Ni aun de alfombrar el suelo
Ya valen; y la planta
Las huella con desprecio.
  Asi sombra mis años
Pasarán, y con ellos
Cual las hojas fugaces
Volará mi cabello:
  Mi faz de ásperas rugas
Surcará el crudo invierno,
De flaqueza mis pasos,
De dolores mi cuerpo:
  Y apagado á los gustos,
Miraré como un puerto
De salud en mis males
De la tumba el silencio.

ODA XXVII.

DE LAS CIENCIAS.

Apliquéme á las ciencias,
Creyendo en sus verdades
Hallar fácil alivio

Para todos mis males.
¡O! ¡qué engaño tan necio!
¡O! ¡cuán caro me sale!
A mis versos me torno,
Y á mis juegos y bailes.
Por cierto que la vida
Tiene pocos afanes
Para darle otros nuevos,
Y añadirle pesares.
Aténgome á mi Baco,
Que es risueño y afable;
Pues los sabios, Dorila,
Ser felices no saben.
¿Qué me importa que fijo
Cual un bello diamante
Esté el sol en el cielo,
Como él nazca á alumbrarme?
La luna está poblada...
Mas que tenga millares
De vivientes; pues que ellos
Ningun daño me hacen.
Quita allá las historias.
Que del Danubio al Ganges
Furioso sus banderas
El Macedon llevase,
¿Qué nos hará, Dorila?

Si por mucho que pasten
Sobra á nuestras corderas
La mitad de este valle.

Pues si no á la justicia...
Venga un sorbo al instante,
Que en nombrando esta Diosa
Me estremezco cobarde.

Los que estudian padecen
Mil molestias y achaques,
Desvelados y tristes,
Silenciosos y graves.

¿Y que sacan? mil dudas;
Y de estas luego nacen
Otros nuevos desvelos,
Que otras dudas les traen.

Asi pasan la vida
¡Vida cierto envidiable!
En disputas y en odios,
Sin jamas concertarse.

Dame vino, zagala;
Que como él no me falte,
No hayas miedo que cesen
Mis alegres cantares.

ODA XXVIII.

DE DORILA.

Al prado fue por flores
La muchacha Dorila,
Alegre como el Mayo,
Como las Gracias linda.
Tornó llorando á casa
Turbada y pensativa;
Mal trenzado el cabello
Y la color perdida.
Pregúntanla que tiene;
Y ella llora afligida:
Háblanla; no responde:
Ríñenla; no replica.
¿Pues que mal será el suyo?
Las señales indican,
Que cuando fue por flores
Perdió la que tenia.

ODA XXIX.

MIS ILUSIONES.

¡Cuán grata la memoria
Las horas fugitivas
Renueva embelesada
De mi niñez florida!
¡Con qué indecible encanto
Repasó aquellos dias
De aëreas esperanzas,
De olvido y paz sencilla,
En que todo á mis ojos
Riente se ofrecia,
Pura siempre y sin nieblas
Del Sol la luz benigna!
Aquellos en que al lado
De la sin par Dorila,
Con la feliz llaneza
Que la igualdad inspira,
Yo de su amor naciente
Las tímidas primicias,
Y ella el mio en los trinos
Gozaba de mi lira.
No trocando dichoso

Mi oscuridad tranquila
Por cuanto los mortales
Con mas ardor codician,
   Sin los cargos y penas
Que hoy mi espíritu abisman,
Sobrando á mis deseos
Mi humilde medianía,
   Yo ciego la adoraba,
Y ella por mí perdida
Con virginal ternura
Mas ciega me queria:
   Siguiendo mis pisadas,
Cual dulce tortolita,
Que de su fiel consorte
Ni un punto el lado olvida.
   Amor nos dió sus fuegos,
Citeres sus delicias,
Nuestra inocencia amable
Descuido y alegría.
   ¡Oh tiempo afortunado!
¡Oh edad de amor y risas!
¡Sabrosas ilusiones,
Que aun la razon fascinan!
   Cuando alegre os recuerdo,
Piensa el alma embebida
Que la corriente sube

Del rio de la vida.
  Y en un grato delirio
Por su plácida orilla,
Toda juegos y bailes,
Toda aplausos y vivas,
  Entre flores y sombras,
Cual un tiempo solía,
A mí aun niño me sueño,
Y á mi Dorila niña.
  Y bebo, y canto, y rio;
Y en nueva lozanía
Los años desparecen,
Que mi verdor marchitan.
  El aire embalsamado,
Y la delicia misma
Respira alegre el seno,
Que respirar solía.
  Y los dulces transportes,
Y encantos y alegrias
Que entonces me embriagarou,
La mente se imagina.
  ¡Feliz yo, cuantas veces
Me ofrece compasiva
Las sombras mi memoria
De mis pasadas dichas!

ODA XXX.

DE LAS NAVIDADES.

A JOVINO.

Pues vienen navidades
Cuidados abandona,
Y toma por un rato
La cítara sonora.
Cantaremos, Jovino,
Mientras que el Euro sopla,
Con voces acordadas
De Anacreon las odas.
O á par del dulce fuego
Las fugitivas horas
Engañaremos juntos
En pláticas sabrosas.
Ellas van, y no vuelven
De las nocturnas sombras:
¿Por qué pues con desvelos
Hacerlas aun mas cortas?
Yo ví en mi primavera
Mi barba vergonzosa,
Cual el dorado vello

Que el albérchigo brota:
Y en mis cándidas sienes
El oro en hebras rojas,
Que ya los años tristes
Oscuras me las tornan.
Yo vi al Abril florido
Que el valle alegre borda;
Y al abrasado Julio
Ví marchitar su alfombra.
Vino el opimo Octubre,
Las uvas se sazonan;
Mas el Diciembre helado
Le arrebató su pompa.
Los dias y los meses
Escapan como sombra,
Y á los meses los años
Suceden por la posta.
Asi á la triste vida
Quitemos las zozobras
Con el dorado vino,
Que bulle ya en la copa.
¿Quién los cuidados tristes
Con él no desaloja;
Y al padre Baco canta
Y á Vénus Cipriota?
Ciñámonos las sienes

De hiedra vividora:
Brindemos, y aunque el Euro
Combata con el Bóreas.
¿Qué á nosotros su silbo,
Si el pecho alegre goza
De Baco y sus ardores,
De Vénus y sus glorias?
Acuérdome una tarde,
Cuando Febo en las ondas
Bañaba despeñado
Su fúlgida carroza;
Que yo al hogar cantaba
De mi inocente choza,
Mientras bailaban juntos
Zagales y pastoras,
De nuestro amor sencillo
La suerte venturosa:
Riquísimo tesoro,
Que en tí mi pecho goza.
Y haciendo por tu vida,
Que tanto á España importa,
Mil súplicas al cielo
Con voces fervorosas;
Cogí en la diestra mano,
Cogí la brindadora
Taza; y con sed amiga

Por tí la apuré toda.
Quedaron admirados
Zagales que blasonan
De báquicos furores,
Al ver mi audacia loca.
Mas yo tornando al punto,
Con sed aun mas beöda
Segunda vez libréla
Del néctar que la colma.
Cantando enardecido
Con lira sonorosa
Tu nombre, y las amables
Virtudes que le adornan.

ODA XXXI.

A LAS ABEJAS.

Solícitas abejas,
No en los tendidos valles
Mas revoleis inquietas
Por vuestra miel süave.
No apureis de la rosa,
Cuando el rubio Sol nace,
Las perlas de que el Alba
Llenó su tierno cáliz.

Ni su albor puro sienta
La azucena fragante
Por vosotras ajado,
Si buscais azahares.
Y el clavel oloroso
Para las bellas guarde
Su pompa; y con la nieve
De sus pechos contraste.
Mas los labios floridos
Asaltad susurrantes
De mi amada; y el néctar
Que destilan robadle.
Allí nardo, y aromas,
Y dulzor inefable,
Y líquido rocío
Hallareis abundante.
Pero dad á los mios
Del feliz robo parte
Sin que á herirlos se atreva
Vuestro dardo punzante.
Que es su boca divina
Venero inagotable
De miel süave y pura,
De gracias celestiales

ODA XXXII.

DEL VIVIR DE LAS FLORES.

¡Oh! ¡cómo gayas flores,
En un momento os veo
Rotos ya los capullos
Flotar libres al viento!
Anoche de su cárcel
En el círculo estrecho,
Sin belleza las hojas,
Sin ámbares el seno;
Y hoy erguidas y ufanas
A los ojos riendo,
Embriagais de delicias
La nariz y el deseo:
Esmaltando vistosas
De colores diversos
En un grato desórden
La frescura del suelo.
Ya en alfombra galana,
Ya por grupos espesos,
O entre el verde mas lindas
De aquí y de allá saliendo.
Cien insectos alados

Van y vienen á un tiempo,
Y os adulan y mecen
En sus plácidos juegos.
Aquí la mariposa
Cesa alegre su vuelo,
Para ornaros brillante
Cuando os liba sus besos.
Las melifluas abejas,
Labrando allí en silencio,
El almíbar os roban
Con solícito anhelo.
Y allá el blando favonio,
Derramado y travieso,
Si al pasar os inclina,
Os levanta volviendo.
A par que de las hojas
Benévolo el Sol bello
Los matices anima
Con sus vivos reflejos:
Y vosotras alzando
Mas lozanas el cuello,
En un feudo de aromas
Le pagais de sus fuegos.
¡Ah! ¡por qué, amables flores,
Brillais solo un momento,
De las dichas imagen,

Y á las bellas egemplo!
O naced mas temprano,
O no acabeis tan luego;
Y dejadle á mis glorias
El pasar como un sueño.

ODA XXXIII.

DE UN CUPIDO.

Al partir y dejarla
Medrosa de mi olvido
Me dió para memoria
Dorila un Cupidillo,
Diciéndome: en mi seno
Ya queda, zagal mio,
Si tú la imagen llevas,
Por señor el Dios mismo.
Ten cuenta pues que el tuyo
Le guarde bien, y fino
Por él sin cesar oigas
La voz de mi cariño.
Que aunque cruel te alejas,
Con mi anhelar te sigo;
Y en cuantos pasos dieres
Siempre estaré contigo,

Cual tú en toda mi alma;
Que este donoso niño
Sabrá tu fe guardarme,
Tornarte mis suspiros.
Y de marfil labrado
Dióme un Amor tan lindo,
Que viéndole aun Citeres
Creyera ser su hijo.
Vendados los ojuelos,
Luengo el cabello y rizo,
Las alitas doradas,
Y en la diestra sus tiros.
La aljaba al hombro bello,
Y el arco suspendidos,
Que escarmentados temen
Los dioses del Olimpo.
Arterillo el semblante
Cuan vivaz y festivo,
Y asi como temblando
Por su nudez de frio.
Yo solícito al verle
Tan risueño y benigno,
Los mas dulces requiebros
Inocente le digo.
Y encantado en sus gracias,
Bondadoso y sencillo

Cual un dige precioso
Le contemplo y admiro.
  Ya le tomo en mis brazos,
Ya á mis labios le aplico,
Con mi aliento le templo,
Y en mi pecho le abrigo.
  Mas tornando á mirarle,
Con él juego y me rio;
Y en mil besos y halagos
Las finezas repito:
  Tras las cuales le vuelvo
De mi seno al asilo,
Do aun mas tierno le guardo,
Mas vivaz le acaricio.
  Cuando súbito siento
Tan ardientes latidos,
Como cuando en el tuyo,
Dorila, me reclino.
  ¿Y qué fue? que en el hondo
Se me entró el fementido,
Del corazon llagado,
Para aun mas afligirlo.

ODA XXXIV.

A BACO.

¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas,
De las picantes burlas,
De la amistad sencilla!
¡Honor, honor á Baco,
El Dios de las provincias
Que el Málaga, el Tudela
Y el Valdepeñas crian!
Él la jovial franqueza,
Él la igualdad inspira;
Y en fraternales lazos
Los corazones liga.
Alas al genio ofrece,
Calor á la armonía,
Y á los claros poetas
Templa acorde la lira.
Sobre los pechos tristes
Derrama la alegría;
Y enjuga nuestros lloros
Con mano compasiva.
Con su licor divino

No hay duelo ni fatiga
Que el ánimo desmayen,
Pesar que nos aflija.
  En la copa saltando
De Jove la ambrosía
Semeja, y su fragancia
La aroma mas subida.
  Bebido, sus ardores
Dan al flaco osadía,
Revelan mil verdades,
Acaban con mil iras.
  Vuelven largo al avaro,
La esperanza subliman,
Al plebeyo hacen grande,
Y altiveces humillan.
  Cuando en triunfo glorioso
Sujetó el Dios la India,
Tirso y copa las armas
Fueron de su conquista.
  Al mismo Amor con ellas
Avasalla, y sus viras
Mas penetrantes hace,
Sus llamas mas activas.
  El asi de Ariadna,
Exánime en la huida
De su aleve Teseo,

En Naxos triunfó un dia.
Llorar vióla, y dolióse,
Y en sus labios destila
Del licor, que las mesas
Del cielo regocija.
La bella á su don grata
Miróle enternecida,
Luego en sus llamas arde,
Y hoy con los astros brilla.
En hombros de sus faunos
Ved, cual la copa henchida
De Xerezano néctar,
Regocijado mira.
Mal fija la guirnalda,
Ya trémula la vista,
A todos á que brinden
Solícito convida.
Los silenos beödos
Forman su compañía,
Sus bulliciosas danzas
Bacanales y Ninfas.
¡Honor, gritando todos,
Al dios de las vendimias!
¡Honor, honor á Baco,
El padre de las risas!

ODA XXXV.

DE MIS DESEOS.

¿Qué te pide el poeta?
¿Dí, Apolo, qué te pide,
Cuando derrama el vaso?
¿Cuando el himno repite?
No que le des riquezas,
Que necios le codicien;
Ni puestos encumbrados,
Que mil cuidados siguen.
No grandes posesiones
Que abrazen con sus lindes
Las fértiles dehesas
Que el Guadiana ciñe.
Ni menos de la India
La concha y los marfiles,
Preciadas esmeraldas,
Lumbrosos amatistes.
Goze, goze en buen hora,
Sin que yo se lo envidie,
El rico sus tesoros,
Sus glorias el felice.
Y el mercader avaro,

Que entre escollos y sirtes
De oro vaga sediento,
Cuando la playa pise;
  Con perfumados vinos
A sus amigos brinde
En la esmaltada copa,
Que su opulencia indique.
  Que yo en mi pobre estado
Y en mi llaneza humilde
Con poco estoy contento;
Pues con poco se vive.
  Y asi te ruego solo
Que en quietud apacible
Inocentes y ledos
Mis años se deslizen;
  Sin que á ninguno tema,
Ni ageno bien suspire,
Ni la vejez cansada
De mi lira me prive.

ODA XXXVI.

LAS AVES.

Dorila esquiva, tente;
Y escucha los suspiros

Que da la tortolilla,
Llorando á su querido.
  Mira como en el árbol
Mas seco, ronco el pico,
Sin luz el cuello hermoso,
Los ojos descaidos,
  Se queda desmayada;
Y al cielo compasivo
Se vuelve, cual si diera
El último quejido.
  Mírala ya elevada,
Ya inmóvil, ya al ruido
Mas leve atenta que hace
Del viento el raudo silbo.
  La muerte hirio á su esposo:
Fiel ella en su cariño
Cierra el llagado pecho
De amor al dulce alivio.
  De chopo en chopo vaga
Buscando aquellos sitios
Mas lóbregos, que aumenten
Su duelo y su martirio.
  ¡O tórtola infelice!
¡Cuitada! ¿qué delirio
Te arrastra? ¿qué aprovecha
Tan ciego desvarío?

¿Por qué con roncos ayes
Profanas el asilo
Do solo de amor suenan
Sus delicados himnos?
¡ Oh! ¡que en tu mal te engañas!
¡Te engañas! si el oido
Rebelde á los halagos
Cierras del nuevo amigo.
Las otras aves mira:
¡Qué fáciles! ¡qué vivos
Son siempre sus placeres!
¡Qué amorosos sus pios!
No buscan, no, las sombras:
El valle mas florido
Sus dichas ve y suspira
Con sus alegres trinos.
Ya en una débil rama
Al impulso benigno
Se mecen y recrean
Del vago cefirillo.
Ya la risueña fuente
Las ve en afan prolijo
Peinar sus bellas plumas
Al rayo matutino.
Ya en la yerba saltando
Y en alegre bullicio

El ánimo enagenan
Con mil juegos festivos.
  ¡Felices avecillas!
¡Oh! ¡cómo yo os envidio!
¡Oh! ¡si tan dulce suerte
Gozara el pecho mio!
  Un gusto, unos placeres,
Un venturoso olvido
De lo pasado, libres
De envidias, de partidos,
  Ni conoceis los zelos,
Ni el pundonor altivo;
Vivir y amar compone
Vuestro feliz destino.
  ¡Qué ejemplo! ¡qué lecciones!
¿Serán, mi bien, contigo
Inútiles? ¿tu pecho
Será por siempre tibio?
  No, Dorila: en buen hora
Siga en su duelo esquivo
La tortola; y tú imita
Los tiernos pajarillos.

ODA XXXVII.

AL VIENTO.

Ven, plácido favonio;
Y agradable recrea
Con soplo regalado
Mi lánguida cabeza.
Ven, ó vital aliento
Del año, de la bella
Aurora nuncio, esposo
Del alma primavera,
Ven ya: y entre las flores
Que tu llegada esperan
Ledo susurra y vaga;
Y enamorado juega.
Empápate en su seno
De aromas y de esencias;
Y adula mis sentidos
Solícito con ellas.
O de este sauz pomposo
Bate las hojas frescas
Al ímpetu süave
De tu ala lisonjera.
Luego á mi amable lira
Mas bullicioso llega;

Y mil letrillas toca
Meciéndote en sus cuerdas.
No tardes, no, que crece
Del crudo sol la fuerza,
Y el ánimo desmaya
Si tú el favor le niegas.
Limpia, oficioso, limpia
Con cariñosa diestra
Mi ardiente sien; y en torno
Con raudo giro vuela.
Yo regaré tus plumas
Con el alegre néctar
Que da la vid, cantando
Mi alivio y tu clemencia.
Asi el Abril te ria
Contino; asi las tiernas
Viölas cuando pases
Te besen halagüeñas.
Asi el rocío corra
Cual lluvia por tu huella;
Y en globos cristalinos
Las rosas te lo ofrezcan.
Y asi cuando en mi lira
Soplares, yo sobre ella
A remedar me anime
Tus silbos y tus quejas.

ODA XXXVIII.

DE LOS EMPLEOS.

¿Por qué en ocio y olvido
Vivo humilde en mi aldea,
Demandais impacientes;
Y aun culpais mi pereza?
  Porque, amigos, los cargos,
Mientras son de mas cuenta,
Mas escollos ofrecen,
Mas cuidados engendran:
  Y abrumado y sumido
En zozobras y velas,
Para sí nada vive
Quien iluso los lleva.
  Blanco triste á la envidia
Que en herirle se ceba,
Sus aciertos apoca,
Sus deslizes aumenta.
  Si á su sombra pudiese
Yo la odiosa carrera
Detener de los años,
Que tan rápidos vuelan:
  Si una cana, una ruga

En mi frente, ó cabeza
Esquivar bajo el solio
De la rígida Astrea:
  A mi fe que no huiria
De cobarde la empresa,
De trepar por sus gradas
Do mas alto se asienta.
  Y á mi rostro apropiando
Su genial aspereza,
De la lúgubre toga
Mis espaldas cubriera.
  Mas si entonces ahogado,
Y cual siervo en cadena,
Para el canto y la lira
Ni un instante tuviera:
  Ni uno libre que darles
Ni á mi blanda terneza,
Ni á los dulces amigos,
Ni al placer y las bellas.
  Tropezando en las sombras
De embrolladas sentencias,
Que afirmándolo todo
Nada claro presentan.
  Allá vayan los cargos,
Que mas gratas me suenan
Que los gritos del foro

De Anacreon las letras.
  Y mejor los avisos
De la sabia Minerva,
Que las viles falsías
Que la corte alimenta;
  Trasponiendo á su ocaso
Asi en paz mi inocencia
Entre Baco y las Musas,
Y el rapaz de Citera.

ODA XXXIX.

DEL VINO.

Todo á Baco, Dorila,
Todo oficioso sirve:
La tierra generosa
Le sustenta las vides;
  El agua se las riega
Con sus linfas sutiles;
Y el céfiro templado
Se las bulle apacible.
  Luego el Sol le sazona
Los racimos felices,
Que ya el nectar encierran
Que hoy saltando nos rie;

Y en los hondos toneles
Bien hervido recibe
El color y el aroma,
Que á oro y ambar compiten.
El néctar que nos salva
De los desvelos tristes,
Con que negra la suerte
Nuestro espíritu aflige;
Y en que el labio y los ojos
Tal encanto perciben,
Que ansiosos de gozarlo
Cautivos se le rinden.
No pues, necia, los tuyos
De la copa retires,
Delicia de los hombres,
Honor de los festines.
O si por ambos bebo,
No aun mas necia te irrites;
Que hasta el amor se alegra
Con los sabrosos brindis.

ODA XL.

DE MI VIDA EN LA ALDEA.

Cuando á mi pobre aldea
Feliz escapar puedo,

Las penas y el bullicio
De la ciudad huyendo,
 Alegre me parece
Que soi un hombre nuevo;
Y entonces solo vivo,
Y entonces solo pienso.
 Las horas que insufribles
Allí me vuelve el tedio,
Aquí sobre mí vagan
Con perezoso vuelo.
 Las noches que allá ocupan
La ociosidad y el juego,
Acá los dulces libros,
Y el descuidado sueño.
 Despierto con el alba,
Trocando el muelle lecho
Por su vital ambiente,
Que me dilata el seno.
 Me agrada de arreboles
Tocado ver el cielo,
Cuando á ostentar empieza
Su clara lumbre Febo.
 Me agrada, cuando brillan
Sobre el cenit sus fuegos,
Perderme entre las sombras
Del bosque mas espeso.

Si lánguido se esconde,
Sus últimos reflejos
Ir del monte en la cima
Solícito siguiendo.
O si la noche tiende
Su manto de luceros,
Medir sus direcciones
Con ojos mas atentos:
Volviéndome á mis libros,
Do atónito contemplo
La ley que portentosa
Gobierna el universo.
Desde ellos y la cumbre
De tantos pensamientos
Desciendo de mis gentes
Al rústico comercio:
Y con ellas tomando
En sus chanzas y empeños
La parte que me dejan,
Gozoso devaneo.
El uno de las mieses,
El otro del viñedo
Me informan, y me añaden
Las fábulas del pueblo.
Pondero sus consejas,
Recojo sus proverbios,

Sus dudas y disputas
Cual árbitro sentencio.
  Mis votos se celebran:
Todos hablan á un tiempo:
La igualdad inocente
Rie en todos los pechos.
  Llega luego el criado
Con el cántaro lleno,
Y la alegre muchacha
Con castañas y queso:
  Y todo lo coronan
En fraternal contento
Las tazas que se cruzan
Del vino mas añejo.
  Asi mis faustos dias,
De paz y dicha llenos,
Al gusto que los mide
Semejan un momento.

ODA XLI.

EL AMOR FUGITIVO.

Por morar en mi pecho
El traidor Cupidillo,
Del seno de su madre

Se ha escapado de Gnido.
Sus hermanos le lloran;
Y tres besos divinos
Dar promete Dione,
Si le entregan el hijo.
Mil amantes le buscan;
Pero nadie ha podido
Saber, Dorila, en donde
Se esconde el fugitivo.
¿Daréle yo á Citeres?
¿Le dejaré en su asilo?
¿O iré á gozar el premio
De besos ofrecidos?
Tres de aquel nectar llenos
Con que á su Adonis quiso
Comunicar un dia
Las glorias del Olimpo.
¡Ay! tú, á quien por su madre
Tendrá el alado niño,
Dame, dame uno solo;
Y tómale, bien mio.

ODA XLII.

EL ABANICO.

¡Con qué indecible gracia
Tan varia como fácil
El voluble abanico,
Dorila, llevar sabes!
¡Con qué de movimientos
Has logrado apropiarle
A los juegos que enseña
De embelesar el arte!
Esta invencion sencilla
Para agitar el aire
Da abriéndose á tu mano
Bellísima el realce,
De que sus largos dedos
Plegándose süaves
Con el mórbido brazo
Felizmente contrasten.
Este brazo enarcando,
Su contorno tornátil
Ostentas, cuando al viento
Sobre tu rostro atraes.
Si rápido lo mueves,
Con los golpes que bates

Parece que tu seno
Relevas palpitante:
Si plácida lo llevas,
En las pausas que haces,
Que de amor te embebece
Dulcemente la imagen.
De tus pechos entonces,
En la calma en que yacen
Medir los ojos pueden
El ámbito agradable.
Cuando con él intentas
La risita ocultarme,
Que en tí alegre concita
Algun chiste picante,
Y en tu boca de rosa,
Desplegándola afable,
De las perlas que guarda
Releva los quilates,
Me incitas cuidadoso,
A ver por tu semblante
La impresion que te causan
Felices libertades.
Si el rostro ruborosa
Te cubres, por mostrarme
Que en tu pecho aun sencillo
Pudor y amor combaten,

Al ardor que me agita
Nuevo pábulo añades
Con la débil defensa
Que me opones galante.
Al hombro golpecitos
Con gracioso donaire
Con él dándome, dices:
¿De qué tiemblas, cobarde?
No es mi pecho tan crudo
Que no pueda apiadarse;
Ni me hicieron los cielos
De inflexible diamante.
Insta, ruega, demanda,
Sin temor de enojarme,
Que la roca mas dura
Con teson se deshace.
Al suelo distraida
Jugando se te cae,
Y es porque cien rendidos
Se inquieten por alzarle.
Tú festiva lo ries,
Y una mirada amable
Es el premio dichoso
De tan dulces debates.
Mientras llamas de nuevo
Con medidos compases

Al fugaz cefirillo
A tu seno anhelante.
  En mis ansias y quejas,
Fingiendo no escucharme,
Con raudo movimiento
Lo cierras y lo abres:
  Mas súbito rendida
Batiéndolo incesante,
Me indicas sin decirlo
Las llamas que en tí arden.
  Una vez que en tu seno
Maliciosa lo entraste,
Yo suspirando dije:
¡Alli quisiera hallarme!
  Y otra vez ¡ay Dorila!
Que á mi rival hablaste
No sé qué misteriosa
Poniéndolo delante;
  Lloréme ya perdido
Creyéndote mudable;
Y ardiéndoseme el pecho
Con zelos infernales.
  Si quieres con alguno
Hacer la inexorable,
Le dice tu abanico:
No mas, necio, me canses.

Él á un tiempo te sirve
De que alejes y llames,
Favorable acaricies,
Y enojada amenaces.

Cerrado en tu alba mano
Cetro es de amor brillante,
Ante el cual todos rinden
Gustoso vasallage:

O bien pliega en tu seno
Con gracia inimitable
La mantilla, que tanto
Lucir hace tu talle.

A la frente lo subes,
A que artero señale
Los rizos, que á su nieve
Dan un grato realce.

Lo bajas á los ojos,
Y en su denso celage
Se eclipsan un momento
Sus llamas centellantes;

Porque logren lumbrosos
De súbito al mostrarse
Su triunfo mas seguro,
Y como el rayo abrasen.

¡Ah! ¡quién su ardor entonces
Resista! ¡y qué de amantes

Burlándose embebecen
Sus niñas celestiales!
En todo eres, Dorila,
Donosa; á todo sabes
Llevar sin advertirlo
Tus gracias y tus sales.
¡Feliz mil y mil veces
Quien en union durable
De tí correspondido
Cual yo merece amarte!

ODA XLIII.

DE LA NOCHE.

¿Dó está, graciosa noche,
Tu triste faz; y el miedo
Que á los mortales causa
Tu lóbrego silencio?
¿Dó está el horror, el luto
Del delicado velo
Con que del sol nos cubres
El lánguido reflejo?
¡Cuan otra! ¡cuan hermosa
Te miro yo, que huyendo
Del popular ruïdo

La dulce paz deseo!
  ¡Tus sombras qué süaves!
¡Cuan puro es el contento
De las tranquilas horas
De tu dichoso imperio!
  Ya extático los ojos
Alzando, el alto cielo
Mi espíritu arrebata
En pos de sus luceros.
  Ya en el vecino bosque
Los fijo; y con un tierno
Pavor sus negros chopos
En formas mil contemplo.
  Ya me distraigo al silbo,
Con que entre blando juego
Los mas flexibles ramos
Agita manso el viento.
  Su rueda plateada
La luna va subiendo
Por las opuestas cimas
Con plácido sosiego.
  Ora una débil nube,
Que le salió al encuentro,
De trasparente gasa
Le cubre el rostro bello.
  Ora en su solio augusto

Baña de luz el suelo
Tranquila y apacible,
Como lo está mi pecho.
  Ora finge en las ondas
Del líquido arroyuelo
Mil luces, que con ellas
Parecen ir corriendo.
  Él se apresura en tanto;
Y á regalado sueño
Los ojos solicita
Con un murmullo lento.
  Las flores de otra parte
Un ámbar lisonjero
Derraman, y al sentido
Dan mil placeres nuevos.
  ¿Do estás, viöla amable,
Que con temor modesto
Solo á la noche fias
Tu embalsamado seno?
  ¡Ay! ¡cómo en él se duerme
Con plácido meneo,
Ya de volar cansado,
El céfiro travieso!
  ¿Pero qué voz süave
En amoroso duelo
Las sombras enternece

Con ayes halagüeños?
¡O ruiseñor cuitado!
Tu delicado acento,
Tus trinos melodiosos,
Tu revolar inquieto
Me dicen los dolores
De tu sensible afecto.
¡Felice tú, que sabes
Tan dulce encarecerlo!
¡O! ¡goce yo contino,
Goce tu voz, y al eco
Me duerma de tus quejas
Sin sustos ni rezelos!

ODA XLIV.

EL PECHO CONSTANTE.

Combatida la encina
De huracanes terribles,
Inmóvil en su asiento
Su estrépito resiste:
Por sus ásperas hojas,
Que sus alas oprimen,
Resonando los silbos
En quejido mas triste.

Mas su ruda firmeza
Con el tronco compite,
Pues ni el choque las rompe,
Ni su empeño las rinde.

Y la copa ondeante,
Que á los cielos sublime
Sobre todos descuella,
Y á la selva preside,

Si en el hórrido choque
Se domeña flexible,
Pasa el ímpetu, y se alza
Mas lozana y mas firme.

Sin cuidarse las aves
Que alli plácidas viven,
Si por fuera los vientos
Entre sí airados riñen:

Que por último en calma,
Con susurro felice
De mecer revolando
Sus cogollos la sirven.

Otro tanto el escollo
Que los piélagos ciñen,
Y sus móviles golpes
Avanzado recibe.

Las negras tempestades,
La calma bonancible

De las olas turbando,
Con las nubes las miden;
De do iguales á un monte
Sobre él cayendo gimen;
Y en su horrísono estruendo
Amenazan hundirle.
Él empero inmutable,
Mientras mas le persiguen
Los altísimos tumbos,
Mas ufano se engrie:
Y ante el rígido ceño
De su frente invencible,
Sin ofensa las olas
Deshechas se dividen;
Que ya en cándida espuma
Se convierten, y humildes
Circundando sus plantas
De su nieve lo visten;
Ya se tornan bramando
Por tentar nuevas lides;
Y él á nuevas victorias
Su dureza apercibe.
He aqui el pecho constante,
Que por mas que se irriten
En su daño los hados
No podrán sumergirle:

Encina en la firmeza
De sus hondas raices,
Y á los golpes y agravios
Cual la roca inflexible,
Sin que nada plebeyo
Menos haga sus timbres;
Ni en sus labios la queja
Sus virtudes mancille.

ODA XLV.

LOS RECUERDOS DE MI NIÑEZ.

Cual un claro arroyuelo
Que con plácido giro
Por la vega entre flores
Se desliza tranquilo,
Tal de mi fácil vida
Los años fugitivos
Entre risas y juegos
Cual un sueño han huido.
Veces mil este sueño
Repaso embebecido,
Sin poder arrancarme
De su grato prestigio.
Do quier en ocio blando,

Y entre alegres amigos,
Pasatiempos y bailes,
Y banquetes y mimos;
  Las rosas de Citeres,
Con los dulces martirios
Del Vendado, y á veces
De Baco los delirios;
  Esperanzas falaces,
Y brillantes castillos
En el viento formados,
Por el viento abatidos;
  Coronando las Musas
Los graves egercicios
De Minerva, y el lauro
Con que se ornan sus hijos.
  Aqui entre hojosas calles
Mil encantados sitios,
Que aduermen y enagenan
Por frescos y sombríos:
  Mas allá en los pensiles
De la olorosa Gnido
Del pudor y el deseo
Mezclados los suspiros:
  Y alli de las delicias
Sesgando el ancho rio,
Que brinda en sus cristales

De todo un grato olvido,
Con codiciosa vista
Su alegre margen sigo,
Y á sus falaces ondas
Sediento el labio aplico.
Voy á saciarme, y siento
Que súbito al oido
Me clama el desengaño
Con amoroso grito:
¿Dónde vas, necio? ¿dónde
Tan ciego desvarío
Te arrastra, que á tus plantas
Esconde los peligros?
Contén el loco empeño:
Ese ominoso brillo
Que aun te fascina, iluso
Va á hundirte en el abismo.
De tus felices años
Pasó el verdor florido;
Y las que entonces gracias,
Hoy se juzgarán vicios.
Ya eres hombre, y conviene
Dorar arrepentido
Con virtudes y afanes
Los errores de niño.
Yo cedo, y del corriente

Temblando me retiro;
Mas vueltos á él los ojos
Aun suspirando digo:
¿Por qué, ó naturaleza,
Si es el caer delito,
Tan llana haces la senda,
Tan dulce el precipicio?
¡Felices seres tantos,
Cuyo seguro instinto
Jamas sus pasos tuerce,
Jamas les fue nocivo!

ODA XLVI.

DEL MEJOR VINO.

Preciados son los vinos
Que en próvido regalo
Dió á su feliz España,
Dorila, el padre Baco.
Uno el gusto y los ojos
Solicita saltando,
Si otro mas los enciende
Con su punzante amargo.
Y el otro que á las bellas
Adula azucarado

El paladar endeble,
Su ardor hace mas grato.
  Órnase cual la noche
De un velo aquel opáco,
Y este fúlgido brilla
Mas que el oro en el vaso.
  El Málaga es famoso,
Y á par que el Jerezano,
La Nava y Alicante
Por siempre serán claros
  Entre cuantos penetren
Los íntimos arcanos
Del Dios, y sus misterios
Celebran con aplauso.
  ¿Pues qué diré, si osara
Nombrarte solo tantos,
Cual célebres se cuecen
En términos extraños?
  Todos me agradan, todos
En los pechos humanos
El libre gozo engendran,
Disipan los cuidados.
  Pero aquel que tú libas,
Y humedece tus labios,
Aquel es á los mios
El mas sabroso y sano.

ODA XLVII.

DE LA NIEVE.

Dame, Dorila, el vaso
Lleno de dulce vino,
Que solo en ver la nieve
Temblando estoy de frio.
Ella en sueltos vellones
Por el aire tranquilo
Desciende, y cubre el suelo
De fúlgidos armiños.
¡O! ¡cómo el verla agrada
De esta choza al abrigo
Deshecha en copos leves
Bajar con lento giro!
Los árboles del peso
Se inclinan oprimidos;
Y alcorza delicado
Parecen en el brillo.
Los valles y laderas,
De un velo cristalino
Cubiertos, disimulan
Su mustio desabrigo:
Mientras el arroyuelo,

Con nuevas aguas rico,
Saltando bullicioso
Se burla de los grillos.
  Sus surcos y trabajos
Ve el rústico perdidos;
Y triste no distingue
Su campo del vecino.
  Las aves enmudecen
Medrosas en el nido;
O buscan de los hombres
El mal seguro asilo.
  Y el tímido rebaño
Con débiles balidos
Demanda su sustento
Cerrado en el aprisco.
  Pero la nieve crece;
Y en denso torbellino
La agita con sus soplos
El Aquilon maligno.
  Las nubes se amontonan;
Y el cielo de improviso
Se entolda pavoroso
De un velo mas sombrío.
  Dejémosla que caiga,
Dorila; y bien bebidos
Burlemos sus rigores

Con nuevos regocijos.
Bebamos y cantemos;
Que ya el Abril florido
Vendrá en las blandas alas
Del céfiro benigno.

ODA XLVIII.

LOS HOYITOS.

¿Sabes, di, quién te hiciera,
Idolatrada mia,
Los graciosos hoyuelos
De tus frescas mejillas?
¿Esos hoyos que loco
Me vuelven: que convidan
Al deseo y al labio
Cual copa de delicias?
Amor, Amor los hizo,
Cuando al verte mas linda
Que las Gracias, por ellas
Besarte quiso un dia.
Mas tú que fueras siempre,
Aun de inocente niña,
Del rapaz á los juegos
Insensible y esquiva,

La cabeza tornabas
Y sus besos huias;
Y él doblando con esto
Mas y mas la porfía,
Apretó con las manos
En su inquietud festiva
La tez llena, süave;
Y asi quedára hundida.
De entonces como á centro
De la amable sonrisa
En ellos mil vivaces
Cupidillos se anidan.
¡Ah! ¡si yo en uno de ellos
Trasformado!..... su fina
Púrpura no, no ajara
Con mis sueltas alitas.
Pero tú, aleve, ries;
Y con la risa misma
Mas donosos los haces,
Y mi sed mas irritas.

ODA XLIX.

DE MI GUSTO.

Retórico molesto,
Deja de persuadirme
Que ocupe bien el tiempo,
Y á mi Dorila olvide.
Ni tú tampoco quieras
Con réplicas sutiles,
Del néctar de Lïëo
Hacer que me desvie.
Ni tú, que al feroz Marte
Muy mas errado sigues,
Me angusties con pintarme
Lo horrendo de sus lides.
Emperó habladme todos
De bailes y de brindis,
De juegos y de amores,
De olores y convites:
Que tras la edad florida
Corre la vejez triste;
Y antes que llegue, quiero
Holgarme y divertirme.

ODA L.

LAS PENAS Y LOS GUSTOS FORMAN MEZCLADAS LA TELA DE LA VIDA.

En las vueltas fugaces
Que en su invisible vuelo
Sobre mi frente ha dado
Marchitándola el tiempo,
Siempre vi sucederse
Las penas y el contento,
Alternados la tela
De mis años tejiendo;
Sin lucirme ni un dia,
Que por triste ó risueño
Ni de bienes lo hallase,
Ni de lloros exento.
Fui niño, y gocé alegre
De la niñez los juegos,
Que de un crudo pedante
Turbó el áspero ceño:
Cual con planta afanosa
Huye en alas del miedo
Un corro de aldeanas
De un fantástico espectro.

Si jóven de Cupido
Ardí en los dulces fuegos,
Lloré á par los vaivenes
De mudanzas y zelos:
Que en su copa engañosa
Siempre da el Ceguezuelo
Con el néctar de Jove
De Colcos los venenos.
Para mí de Minerva
Los afanes severos
Fueron no una fatiga,
Sino un fácil recreo;
Pero al ver que mi frente
Se adornó con sus premios,
Me abrumaron los gritos
De un enjambre de necios.
Tomóme de la mano
La ambicion un momento,
Para darme sus penas
Por el brillo de un puesto;
Do por un nombre vano,
Y un forzado respeto
Mi noble independencia
Ferié á crudos desvelos.
En la corte dolosa
Vi al favor, que halagüeño

Con mil gratos delirios
Embriagó mi deseo:
Mas de nubes y horrores
Víle en torno cubierto,
Su ominosa cadena
Degradando mi cuello.
Y en los altos banquetes,
Los brindis de Lïéo,
Y del Dios de la mesa
Los sabrosos misterios,
Alternar confundidos
Con los torvos rezelos,
O gemir congojados
En los brazos del tedio.
Los cantos de las Musas,
Y el laurel con que Febo
Ennoblece sus hijos,
Y eterniza sus versos,
La quietud y el olvido
Anhelar en secreto,
De la envidia acosados
Y su fétido aliento.
La amistad sacrosanta,
Su inefable embeleso
Al acibar unidos
De un fatal rompimiento.

De los hombres y el mundo
Bullicioso el comercio
Una inútil fatiga,
Y á mil trances sujeto.

El engaño mañoso
Los modales fingiendo
Del sencillo agasajo,
Y el encono del zelo.

Todo en fin como Jano
Con dos varios aspectos,
La alegría en el uno,
Y en el otro los duelos.

Asi de escarmentado
Mucho mas que de cuerdo
Este mar de la vida
Ya sin susto navego.

Tan cauto en la bonanza
De arrostrar rumbos nuevos,
Como en las tempestades
De ceder á un vil miedo.

Siempre firme esperando,
Que mudándose el tiempo
Pare el claro en lluvioso,
Y el nublado en sereno.

ODA LI.

DE MIS VERSOS.

Dicen que alegre canto
Tan amorosos versos,
Cual nuestros viejos tristes
Nunca cantar supieron.
¿Pero yo que sin sustos,
Pretensiones, ni pleitos,
Vivo siempre entre danzas
Retozando y bebiendo,
Puedo acaso afligirme?
¿Pueden mis dulces metros
No bullir en las llamas
De Cupido y Lïëo?
¿Por qué los que me culpan
De vil codicia ciegos
Inicuos atesoran,
Y gozan con recelo?
¿Por qué en fatal envidia
Hierven y horror sus pechos,
Cuando riente el mio
Nada en genial contento?
¿Por qué afanados velan,
Mientras que en paz yo duermo,

Tras el fugaz fantasma
De la ambicion corriendo?
Bien por mí seguir puede
Cada cual su deseo;
Pero yo antes que al oro
A los brindis me atengo.
Y antes que á negras iras,
O á deleznables puestos,
A delicias y gozos
Libre daré mi pecho.
Vengan pues vino y rosas,
Que mejor que no duelos
Son los sorbos süaves
Con que alegre enloquezco.
Asi á Dorila dije,
Que festiva al momento
Me dió llena otra copa,
Gustándola primero.
Y entre mimos y risas,
Con semblante halagüeño
Respondióme: ¿qué temes
La grita de los viejos?
Bebamos si nos riñen,
Bebamos y bailemos;
Que de tus versos dulces
Yo sola juzgar debo.

ODA LII.

EL CONSEJO DE MINERVA.

Triste el Amor un dia
Quejóse á Citerea,
De que el mundo sus aras
Fementido desdeña.
Ya, decia, no hieren
Mis aladas saetas,
Que un tiempo el mismo Jove
Temblaba por certeras.
Todos, madre, las burlan,
Y con risa celebran
Los suspiros y ruegos,
Y mimosas querellas,
Con que antes mil beldades
De gracia y rubor llenas,
Y miles de amadores
Me ornaban sus ofrendas.
Estos solo orgullosos
Por mas fáciles piensan
En vulgares banquetes,
Fastidiando mi nectar.
Y las necias muchachas,

Mariposas ligeras,
El valor no conocen
De una afable entereza:
  Ni el imperio que alcanza
Sobre el mismo que ruega
La inocente repulsa,
Que á mas ruegos empeña:
  O cual dobla sus nudos
La rendida fineza,
Y mis triunfos sazona
La dulce resistencia.
  Los benignos desdenes,
La picante reserva,
Las tímidas miradas,
La virginal modestia,
  Como sueños se olvidan,
Y se siguen y precian
El antojo voluble,
La liviana franqueza.
  Con que en pos las dulzuras
Que mi copa presenta
Corren siempre; y burladas
Solo acibar encuentran.
  Cual ilusos los hombres,
En su ardiente impaciencia
Olvidando mi numen

A su sombra se entregan.
Y de tí luego injustos
Todos, madre, se quejan;
Y en los brazos del tedio
De mi nombre blasfeman.
Oyó al penado niño
La severa Minerva,
Que á Citeres rogaba,
Que sus gracias le ceda,
Para hacer de las liras
De cien claros poetas
Mas plácidos los sones,
Inmortales las letras;
Y en voz dulce le dice:
Haz que lleven tus flechas,
Si anhelas que tu imperio,
Rapaz, eterno sea,
Entre las vivas llamas
Que tu aliento les presta,
Honor las de los hombres,
Pudor las de las bellas.
Porque envuelva el decoro
Tus gustosas ofensas,
Y el rubor á la vírgen
Aun vencida ennoblezca.
Ellos entonces finos

Ansiarán tus cadenas,
Y en las suyas de flores
Gemirán fieles ellas.
Dorila, en nuestros pechos
Amor hizo la prueba
Del celestial consejo,
Que la diosa le diera.
Yo te amo cada dia,
Mi bien, con mas firmeza,
Y tú me correspondes
Mas sencilla y mas tierna.

ODA LIII.

EL NIDO DEL JILGUERO.

No hayas miedo que turbe,
Dichoso jilguerito,
Mi sacrílega mano
La quietud de tu nido.
Vela en él cuidadoso,
Vela tus dulces hijos,
Con tu amada partiendo
Tan precioso destino.
Yo me enageno al verte,
Bullicioso y festivo

Ir y volver en torno
Con solicitos giros:
  Ya posarte de un lado,
Y en un grato delirio
Celebrar tus venturas
Con armónicos trinos:
  Ya piando allegarte,
Por dividir mas fino
Entre su madre y ellos
Los besos de tu pico:
  O en la menuda yerba
Buscarles con ahinco
El goloso alimento
De algun leve granillo;
  En contraste gracioso
Con su verde subido
De tu lindo plumage
Lo bayo y amarillo:
  Tu feliz compañera
Mas atenta en su alivio
De su seno amoroso
Les da en tanto el abrigo:
  Y acá y allá escuchando,
El mas leve ruido
De un ramillo, una hoja
Se le abulta un peligro;

Con que tímida, ahincada
Los estrecha consigo
Mas y mas donde suena
Fijos vista y oido.

Vuelves tú, y se asegura;
Y en suavísimos pios
Las zozobras te cuenta,
Que su amor ha sentido.

Y los tiernos polluelos
Abiertos los piquillos
El tuyo solicitan
Con incesante grito;

Hasta que de tu seno
Les dispensas benigno
El sustento, calmando
Su voraz apetito;

Sin contarse un instante,
En que menos activo
Los descuide tu anhelo,
Ni ceseis en sus mimos.

¡Avecillas felices!
¡Con qué placer envidio
Vuestra union inocente,
La delicia en que os miro!

Vuestra viva impaciencia,
Y esos blandos suspiros,

Tantos quiebros y halagos
Sin cesar repetidos,
  Todo, todo embriaga
De gozo el pecho mio,
Y en pos loco me lleva
De mil dulces prestigios.
  El cielo os libre fausto
Del gavilan maligno,
Como yo de los hombres
Guardaré vuestro asilo:
  Para serles de egemplo
Con amor tan sencillo
De paternal ternura,
De conyugal cariño.

ODA LIV.

EL CANTO DE LA ALONDRA.

¿Dónde estás, avecilla,
Que por mas que en buscarte
Mis ojos por el viento
Solícitos se afanen,
  Dar contigo no pueden,
Cuando tú te deshaces
En llenarlo armoniosa
De tus pios süaves?

¿Dónde estás? ¿cómo el vuelo
Tanto, alondra, encumbraste,
Que la vista mas lince
Desfallece en tu alcance?

Y tú el canto redoblas,
Y en mas llenos compases
Ensordeces la esfera,
Y enmudeces las aves.

Tu voz sola se escucha,
Que en trinos penetrantes
Desciende, de do el alba
Las puertas al sol abre:

Su alegre mensagera
Con música incesante
Del sueño en que se olvidan
Llamando á los mortales

A que gocen y admiren
La pompa con que nace,
Y empieza entre arreboles
Su trono de oro á alzarse.

Yo á todos me anticipo,
Y en este umbroso valle,
Durmiendo aun tú, ya miro
Si rayan sus celages.

Que nunca el dios del sueño
Visita favorable

Los pechos, que suspiran
En duelos y pesares.
  Tú cantas, avecilla,
Y en quiebros agradables
Del júbilo en que hierves
Pareces darnos parte.
  Al nuevo dia aguardas,
Sin miedo de emplearle
Ni en cargos que te abrumen,
Ni en necios que te enfaden.
  Siguiendo en tus gorgeos
Y trinos celestiales,
Hasta que el sol en brazos
Se apaga de la tarde.
  Y siempre exenta y libre,
Do quiera que te place
Discurres vagarosa
Con ala revolante.
  Ya plácida te meces,
Ya rápida te abates,
Ya recta te sublimas
Doblando tus cantares.
  La vista que te sigue
No alcanza ya á mirarte,
O un punto te divisa
Inmóvil en los aires.

¡Dichosa tú, á quien cupo
Tan libre ser, y sabes
Sin velas ni zozobras
Pacífica gozarle!

Yo atado á un triste cargo
Cual siervo en dura cárcel,
No alcanzo de este suelo
Ni un punto á separarme.

Tus alas, tu soltura,
Tu independencia dame,
Yo iré donde á mi suerte
Jamas tu suerte iguale.

Tú cantas y te gozas;
Yo envuelto en ansias graves
Mis cantos en suspiros
Vi súbito tornarse.

Tú á la alma primavera,
Que el manto ya flotante
Despliega, y colma el mundo
De júbilo inefable,

Canora te anticipas,
Sintiendo ya inundarse
Tu seno en las delicias
De amor, esposa y madre.

Mientras yo solo en ella
De mi existencia frágil

La débil llama tiemblo
Ir súbito á apagarse.
  Apenas mal seguro
Del golpe inexorable,
Que amaga de mis dias
El delicado estambre;
  Del fúnebre Aqueronte
Tocando ya la márgen,
Do las pálidas sombras
Se espesan á millares,
  Y al viejo triste ruegan
Que en su batel las pase
Allá do en uno iremos
Pequeñuelos y grandes,
  Y do ni por tesoros,
Ni por ínclita sangre,
Ni omnipotente cetro
Jamas se huyera nadie:
  Sin que tus dulces trinos,
Alondra amada, basten
A desprender mi mente
De esta ominosa imágen.
  Ufana tus venturas
Celebra, ó feliz ave;
Que á mí no es dado ¡ay triste!
Sino llorar mis males.

ODA LV.

A ANFRISO.

Que ni la voz ni la lira son ya por mis años á propósito para la poesía.

No suena ya, no suena
Mi lira, dulce amigo,
Cual en los faustos dias
De mi verdor florido.
La voz quebrada y débil
Ya los sublimes trinos
Del ruiseñor no alterna,
Ni sus dolientes piòs.
Un tiempo, cuando el alba
Aun con dudoso brillo
Sembraba por los prados
Su aljofar cristalino,
En pos de sus fulgores
Me oyera el bosque umbrío
Con balbuciente labio
Llamar al sol divino.
Me oyera en la alborada
De alegres pajarillos

Seguir con voz süave
Su armónico bullicio.
  Oyéranme las bellas
Mas dulce y derretido
Pintar de sus encantos
La gloria y los peligros.
  Y en unos lindos ojos
Gozándome cautivo,
Trocar por apiadarlos
Mis tonos en suspiros:
  Suspiros que otra boca
Con mil donosos mimos
Tornar tal vez solia;
¡Yo extático de oirlos!
  Luego en mas altos modos
Osé hasta el sacro Olimpo
Alzarme, y sus luceros
Cantar embebecido.
  Cantar la inmensa lumbre,
Y el alto señorío
Del claro sol, de Febe
Los rayos mas benignos.
  O por la humilde aldea
Y el cándido pellico
Dejando de la corte
Los mágicos prestigios,

Se oyó por mí en el trono
Del labrador sencillo
La voz, de la indigencia
Los míseros gemidos.

Entonces ¡ay! entonces
Con generoso ahinco
Tras el sublime lauro
Volaba, ó caro Anfriso.

Y el estro irresistible
Sintiendo el pecho mio,
Los dedos á las cuerdas
Corrieron sin arbitrio:

Sus voces celestiales
Hirieron en mi oido;
Y el labio á la alabanza
Se abriera y á los himnos.

¡Afortunado ensueño!
Que en humo se deshizo
Al despertar, y en vano
Que hoy torne solicito.

Brillaba mi cabello
Dorado, luengo y rizo,
Al viento entrelazado
De rosa y verde mirto:

Y en mis rientes ojos
Ora á la luz caidos,

Bullia el vivaz fuego
De mi candor festivo.
  Hoy escarchar mis sienes
De nieve al tiempo miro:
Las rugas por mi rostro
Sembrar con soplo impío:
  Desfallecer mi aliento;
Y hasta en el genio mismo
Egercitar odioso
Su funeral dominio.
  Pasó mi primavera,
Pasó el ardiente estío,
Y á par de la esperanza
Los sueños y delirios.
  Veloz el blando otoño,
Cual raudo torbellino
Que cuanto en torno alcanza
Arrastra en pos consigo,
  Huiráse muy mas presto
Que el rayo fugitivo
Del sol del mar sonante
Se apaga en los abismos.
  Relámpago ominoso,
Que cruza de improviso,
Desvista y desparece
Envuelto en su humo mismo.

Ya ni mi labio al canto
Se presta, ni el hechizo
De la armonía al númen
Aguija entorpecido,
Muy mas que de la nieve
Con los pesados grillos
Fenece inerte el grano
Del mas preciado trigo.
Mi lira inútil yace:
Ni entre su horror sombrío
El Genio de la noche
Desciende á mí propicio,
Cual antes me inspirára,
Trepando hasta el empíreo
En alas de la gloria
Mi espíritu atrevido.
La calma y el silencio
En blanda paz conmigo
Me aduermen en los brazos
Del ocio y el retiro:
Gimiendo escarmentado,
Si con pesar tardío,
Del hado y de los hombres
Los criminales tiros.
Tal navegante cuerdo
Tras riesgos infinitos

Ganar dichoso alcanza
Del puerto el fausto asilo.
  Tú en tanto á quien los años
Y el claro dios del Pindo
Adulan, y en sus redes
Prendio el alado Niño,
  Feliz mis huellas sigue;
Y en don bien merecido
Recibe, Anfriso amado,
La lira de Batilo.
  La lira que á los cisnes
De nuestros sacros rios
Fue egemplo á que cantasen
Con mas acorde estilo.
  Yo en tus aplausos loco,
Mientras que al negro olvido
Me robas tú en tus versos,
Del mismo Apolo dignos [1],
  Diré gozoso á todos:
Si en tan excelso giro
Sobre los astros vaga,
Yo le mostré el camino.

1 Una hermosa cancion en mi elogio, llamándome con lisonja restaurador de la poesía española.

ODA LVI.

DESPUES DE UNA TEMPESTAD.

¡Oh! ¡con cuánta delicia
Pasada la tormenta
En ver el horizonte
Mis ojos se recrean!
¡Con qué inquietud tan viva
Gozarlo todo anhelan;
Y su círculo inmenso
Atónitos rodean!
De encapotadas nubes
Allí un grupo semeja
De mal unidas rocas
Una empinada sierra;
Recamando sus cimas
Las ardientes centellas,
Que del sol con las sombras
Mas fúlgidas chispean;
Y á sus rayos huyendo
Ya cual humo deshechas
Al lóbrego occidente
Presurosas las nieblas.
De otra parte el espacio

Tranquilo se despeja,
Y un azul mas subido
A la vista presenta;
  Que en su abismo engolfada
Las bóvedas penetra,
Donde suspensas giran
Sin cuento las estrellas.
  El íris á lo lejos
Cual una faja inmensa
De agraciados colores
Une el cielo á la tierra.
  Y la nariz y el labio
Extáticos alientan
Embalsamado el aire
De olorosas esencias,
  Que el corazon dilatan,
Y le dan vida nueva,
Y en el pecho no cabe,
Y en delicias se anega.
  Derrámase perdida
La vista, y por do quiera
Primores se le ofrecen,
Que muy mas la enagenan.
  Aqui cual una alfombra
Se tiende la ancha vega,
Y allá el undoso Duero

Sus aguas atropella.
  Los árboles mas verde
Su hermosa çopa ondean,
Do bullendo sacude
Cefirillo mil perlas.
  Las mieses mas lozanas
Sus cogollos despliegan,
Y sobre ellos se asoman
Las espigas mas llenas.
  Reanimadas las flores
Levantan la cabeza,
Matizando galanas
Los valles y laderas;
  Do saltando y volando
Con alegre impaciencia
Las parlerillas aves
Se revuelven entre ellas;
  Y en sus plumas vistosas
Mil cambiantes reflejan
Al sol, que sin celages
Ya el cielo enseñorea.
  ¡Oh! ¡cuán rico de luces,
Cual vencedor atleta,
Entre llamas divinas
Centellante se ostenta!
  ¡Cuál su fúlgido carro

Con sosegada rueda
Bajando va, y las aguas
Sus fuegos reverberan!
  Las aves al mirarlo,
Desatando sus lenguas
En suavísimos trinos,
El oido embelesan:
  Y la tierra y los cielos
Con igual complacencia
En sus rayos se animan,
Y su triunfo celebran.
  Todo en fin cuanto existe,
Y envolvió en sus tinieblas
El nublado, ya en calma
Al júbilo se entrega.
  Mientras ciega mi mente
De ver tantas bellezas,
En lugar de cantarlas,
Ni á admirarlas acierta.

ODA LVII.

DE MI SUERTE.

Perseguido y hollado,
Blanco puesto á las iras

Del poder, y en los grillos
De pobreza enemiga,
   En olvido y en ocio
Fugîtivos se eclipsan
Estériles los años
De mi cansada vida;
   Y el brillo de la gloria
Que inflamarme solia,
Y allanar al deseo
Mil ilustres fatigas,
   Despareció y ahogóse,
Cual se ahogaron mis dichas
En la fiera borrasca
Que anegó mi barquilla.
   Pero en tantos reveses
Aun las Musas benignas
A mi oreja se acercan,
Y sus cantos me inspiran.
   Aun sus almos avisos
La sublime Sofia
Me dispensa, y sus voces
Mi bondad fortifican.
   En sabrosas lecturas
Se me vuelan los dias,
Sin formar una queja,
Ni llorar una cuita.

La sencilla inocencia,
Que en mi seno se abriga,
Se acrisola en el fuego
Que el error ciego atiza.

Y adulándome grata
La jovial alegría,
Que cual Febo las nieblas
Tal mis penas disipa,

Corre rápido el tiempo,
En que fiel la justicia
Mis trabajos consagre,
Su corona me ciña.

Con tan plácidos sueños
Lleno de una delicia,
Que jamas goza el crímen,
Y á la virtud envidia;

Mientras que los amigos
Con su blanda acogida
De mi crudo destierro
Los horrores mitigan;

No trueco pues mi suerte
Con el necio que brilla
De oro y vicios cubierto
Del favor en la cima.

Que si á par nuestros pasos
A la tumba caminan,

Yo una senda de flores,
Y él la sigue de espinas.

ODA LVIII.

A LAS GRACIAS.

Si en mis sencillos versos,
O Gracias celestiales,
Vuestro mágico hechizo
Yo bosquejar lograse;
Si una fugaz centella
De aquel fuego inefable
Que en vuestro rostro rie,
Y en vuestros ojos arde,
A mi lira le diese
Los trinos y compases,
Que extáticas se llevan
Tras sí las voluntades;
Y á mi voz la dulzura
Y el agrado, que valen
Cuantas flores y adornos
Prodiga al genio el arte;
Si les diese el halago,
La delicia, las sales,
La feliz elegancia,

La negligencia fácil,
   Que en vuestra amable boca,
Entre el néctar süave
Que destila corriendo,
Cual de un venero nacen,
   ¡Cuál en júbilo hirviera!
¡Cómo entonces radiante
Mi sien brillara ungida
De rosas y azahares!
   ¡Y á un plácido abandono
Librándome, los aires
De gozo y armonía
Llenara en mis cantares!
   Que vosotras, ó Gracias,
Con un mirar afable,
Un quiebro, un ay, que sola
Preciar la mente sabe,
   Al pecho mas de bronce
De cera lo tornais,
Logrando que el mas rudo
Mas ciego os idolatre.
   Y á la belleza misma
Sus mas finos quilates
Gratas le dais, haciendo
Que vista y alma encante.
   Vuestra es de la zagala

La ingenuidad amable
Y el no buscado esmero,
La sencillez picante.

Una flor que donosas
Le poneis, mas realce
Da á su cabello de oro
Que un fúlgido diamante.

Y á una sonrisa leve
De tal magia animais,
Que haceis que en mil delicias
Los pechos embriague.

Cual nada sin vosotras
Ni la hermosura vale,
Ni el mas costoso adorno,
Ni el mas esbelto talle.

De Armida los pensiles,
Como ahogados les falte
Vuestra mano hechicera,
Ya ominosos desplacen.

Cuando ella no dirige
Al genio de las Artes,
Sus mas sublimes toques
Sin luz ni vida yacen.

Citeres no es la diosa
Que en su nudez cobarde
Sembrando ya mil risas

De las espumas sale.
Ni Apolo el númen sacro,
Que de Phiton triunfante
Con aire se sublima
Magestuoso y grande.
Y el verso mas canoro,
Sin el subido esmalte,
La llama que invisibles
Vosotras le prestais,
Nunca será que el labio
De una bella lo cante,
Ni el gusto lo repita,
Ni venza las edades.
Vénus, la excelsa Vénus,
Si agradar quiere al padre
De los hombres y dioses,
Solícita al tocarse
A su beldad celeste
Vuestra cintura añade,
De mimos y delicias
Tesoro inapreciable.
Preséntase, y su boca
Rosada no bien abre,
Ya Jove se embebece,
De amor los dioses arden.
Y en alegre murmullo

Resuenan incesantes
Del espléndido alcázar
Las bóvedas reales.
La virtud, Gracias puras,
La virtud que hace alarde
De hermanar con sus triunfos
El hombre á las deidades,
Os implora benignas;
Y en sus rudos combates
Aun ansiosa procura
Con vosotras ornarse.
Y la verdad en medio
De su fulgor brillante
Risueña con vosotras
Se aliña y se complace;
Porque su voz sagrada
Asi los pechos halle
Mas gratos, y sus fueros
Mas dóciles acaten.
¿Pues qué de la inocencia?
La candidez quitadle,
Y en ella á sus mejillas
Las rosas virginales;
Quitadle el embarazo,
Los tímidos celages
En que el pudor se envuelve,

Solícito en guardarse,
  Las ansias, las zozobras
Con que anheloso bate
Su seno puro, tiembla
Si tiene que mostrarse;
  Y vereis cual en humo
La ilusion se deshace,
Que á rendirle nos lleva
Tan dulce vasallage.
  Que á todo, á todo, diosas,
Vuestra presencia añade
Un aroma, un prestigio,
Y elegancia y donaire,
  Que los ojos delumbran,
Las almas satisfacen,
Y en vínculos de flores
Ciegas en pos las traen.
  Curad pues que mis versos,
Si idólatra constante
Anhelé desde niño
Seros siempre agradable,
  Por vuestros se distingan;
Que aunque el estro les falte,
Ya hareis, amables magas,
Que duren inmortales.

ODA LIX.

A MI LIRA.

¿Será que salvar logren
Mi nombre del olvido,
O lira, de tus cuerdas
Los delicados trinos?
¿Y que el poeta amable
De Baco y de Cupido
Resuene con sus versos
En los lejanos siglos?
Sí; que asi lo afirmaron
Con acento benigno,
Cuando á las dos deidades
Me consagré de niño.
Dijéronme: tú canta,
Rapaz, sensible y fino
De mis llagados pechos
Las llamas y cariños:
Y en las alegres mesas
Haz que mis dulces vinos
Agraden mas al labio,
Célebres ya en tus himnos:
Y verás cual las gentes

Con benévolo oido
Te acogen por humilde,
Te imitan por sencillo.
Cómo Febo y sus Musas
El lenguage florido
De Villegas y Laso
Renuevan en tus trinos;
Y en las alas del gusto,
Si hoy les dan grato abrigo
Las florecientes vegas
Del Tormes cristalino,
Por tu España discurren,
Y con vuelo atrevido
El Pirene traspasan,
Y el nevado Apenino;
Sin cesar hasta donde
Con alto señorío
Mégico entre las aguas
Su trono fijó altivo;
Y el felice limeño
Goza en su valle unidos
Del Mayo entre las rosas
Las mieses y racimos.
Deja que otros se encumbren
Allá sobre el Olimpo,
Y hasta del sacro Jove

Indaguen los designios:
Que la brillante gloria
Los lleve embebecidos
Tras el sublime lauro,
Sin miedo á sus peligros.
Tú apocado y humilde
Prefiere en tus destinos
A las palmas guerreras
El pacífico olivo.
Que risueñas las Gracias
De la olorosa Gnido
Te ofrecen ya las flores,
Y Citeres sus mirtos.
Dijeron las deidades:
Yo fiel á sus avisos
Jamas demandé necio
Del claro dios del Pindo
Las canciones que alegran
En su plectro divino
De los númenes sacros
Los banquetes festivos.
Ni de glorias agenas
Envidioso enemigo
Codicié sus aplausos
En mi oscuro retiro.
¡Ojala que en su seno

Inocente y tranquilo,
O lira, salvar logres
Mi nombre del olvido!

LA INCONSTANCIA.

ODAS A LISI.



ODA I.

EL CÉFIRO.

¡Cual vaga en la floresta
El céfiro süave!
¡Cual con lascivo vuelo
Sus frescas alas bate!
  Sus alas delicadas,
Que forman al mirarse
Del sol en los reflejos
Mil visos y cambiantes.
  ¡Cuan licencioso corre
De flor en flor, y afable
Con soplo delicioso
Las mece y se complace!
  Ahora á un lirio llega:
Ahora el jazmin lame:
La madreselva agita;
Y á los tomillos parte.
  Do entre mil amorcitos
Vuela y revuela fácil;
Y los besa y escapa
Con alegre donaire.
  La tierna yerbezuela

Se estremece delante
De sus soplos sutiles;
Y en ondas mil se abate.
  Él las mira y se rie;
Y el susurro que hacen
Le embelesa, y atento
Se suspende á gozarle.
  Luego rápido vuelve;
Y alegre por los valles
No hay planta que no toque,
Ni tallo que no halague.
  Verásle ya en la cima
Del olmo entre las aves
Seguir con dulce silbo
Sus trinos y cantares.
  Y en un punto en el suelo
Acá y allá tornarse
Con giro bullicioso,
Festivo y anhelante.
  Verásle entre las rosas
Metido salpicarse
Las plumas del rocío,
Que inquieto les esparce.
  Verásle de sus hojas
Lascivo abrir el cáliz;
Y empaparse las alas

De su aroma fragante.
  Batiendo del arroyo
Con ellas los cristales
Verásle formar ledo
Mil ondas y celages.
  Parece cuando vuela
Sobre ellos, que cobarde
Las puntas ya mojadas
No acierta á retirarse.
  ¿Pues qué, si al prado siente
Que las zagalas salen?
Verás á las mas bellas
Mil vueltas y mil darle.
  Ora entre sus cabellos
Se enreda y se retrae:
El seno les refresca;
Y ondéales el talle.
  Sube alegre á los ojos;
Y en sus rayos brillantes
Se mira y da mil vueltas,
Sin que la luz le abrase.
  Por sus labios se mete,
Y al punto raudo sale:
Baja al pie, y se lo besa;
Y anda á un tiempo en mil partes.
  Asi el céfiro alegre,

Sin nada cautivarle,
De todo lo mas bello
Felice gozar sabe.
Sus alas vagarosas
Con giros agradables
No hay flor que no sacudan,
Ni rosa que no abracen.
¡Ay Lisi! egemplo toma
Del céfiro inconstante:
No con Aminta solo
Tu fino amor malgastes.

ODA II.

EL ARROYUELO.

¡Con cuán plácidas ondas
Te deslizas tranquilo,
O gracioso arroyuelo,
Por el valle florido!
¡Cómo tus claras linfas,
Libres ya de los grillos
Que les puso el Enero,
Me adulan el oido!
¡Cual serpean y rien,
Y en su alegre bullicio

La fresca yerbezuela
Salpican de rocío!
Sus hojas delicadas
En tapete mullido
Ya se enlazan, y adornan
Tu agradable recinto:
Ya meciéndose ceden
Al impulso benigno
De tus pasos süaves,
Y remedan su giro:
O te besan movidas
Del favonio lascivo,
Mientras tú las abrazas
Con graciosos anillos.
De otra parte en un ramo
Tu armonioso rüido
Acompaña un gilguero
Con su canoro pico.
¡Arroyuelo felice!
¿Como á Lisi no has dicho
Que á ser mudable aprenda
De tus vagos caminos?
Tú con fáciles ondas
Bullicioso y activo
Tiendes por todo el valle
Tu dichoso dominio.

Ya entre juncos te escondes:
Ya con paso torcido,
Si una peña te estorba,
Salvas cauto el peligro.
Ya manso te adormeces;
Y los sauces vecinos
Retratas en las ondas
Con primor exquisito.
Tus arenas son oro,
Que bullendo contino
A la vista reflejan
Mil labores y visos.
En tu mansa corriente
Giran mil pececillos,
Que van, tornan y saltan
Con anhelo festivo.
Nace el sol, y se mira
En tu espejo sencillo,
Que le vuelve sus rayos
Muy mas varios y vivos.
Tus espumas son perlas,
Que las rosas y lirios
De su margen escarchan
En copiosos racimos.
Del Amor conducidas
Las zagalas, contigo

Consultan de sus gracias
El poder y atractivo.
  Tú el cabello les rizas:
Tú en su seno divino
La flor pones, y adiestras
De sus ojos el brillo.
  En tus plácidas ondas
Halla la sed alivio,
Distraccion el que pena,
Y el feliz regocijo.
  Yo las sigo, y parece
Que riéndose miro
La verdad y el contento
En su humor cristalino:
  Que escapando á mis ojos
Y con plácido hechizo
Al compas de sus ondas
Me adormece el sentido.
  ¡O dichoso arroyuelo!
Si de humilde principio
Por tu inconstante curso
Llegares á ser rio:
  Si otro bosque, otras vegas
De raudales mas rico
Con benéfica urna
Regares fugitivo:

¡Ay! di á mi Lisi al paso
Que en su firme capricho
No insista; y dale egemplo
De mudanza y olvido.

ODA III.

LA MARIPOSA.

¿De dónde alegre vienes
Tan suelta y tan festiva,
Los valles alegrando,
Veloz mariposilla?
¿Por qué en sus lindas flores
No paras; y tranquila
De su púrpura gozas,
Sus aromas espiras?
Mírote yo ¡mi pecho
Sabe con cuánta envidia!
De una en otra saltando
Mas presta que la vista.
Mírote que en mil vuelos
Las rondas y acaricias:
Llegas, las tocas, pasas,
Huyes, vuelves, las libas.
De tus alas entonces

La delicada y rica
Librea se despliega;
Y al sol opuesta brilla.
Tus plumas se dilatan:
Tu cuello ufano se hincha:
Tus cuernos y penacho
Se tienden y se rizan.
¡Qué visos y colores!
¡Qué púrpura tan fina!
¡Qué nácar, azul y oro
Te adornan y matizan!
El sol cuyos cambiantes
Te esmaltan y te animan,
Contigo se complace,
Y alegre en tí se mira.
Los céfiros te halagan:
Las rosas á porfia
Sus tiernas hojas abren;
Y amantes te convidan.
Tú empero bulliciosa,
Tan libre como esquiva
Sus ámbares desdeñas,
Su seno desestimas.
Con todas te complaces;
Y suelta y atrevida
Feliz de todas gozas,

Ninguna te cautiva.
Ya un lirio hermoso besas:
Ya inquieta solicitas
La coronilla, huyendo
Tras un jazmin perdida.
El fresco aleli meces:
A la azucena quitas
El oro puro; y saltas
Sobre una clavellina.
Vas luego al arroyuelo;
Y en sus plácidas linfas
Posada sobre un ramo
Te complaces y admiras.
Mas el viento te burla,
Y el ramillo retira;
O salpica tus alas,
Si hácia el agua lo inclina.
Asi huyendo medrosa
Te tiendes divertida
Lo largo de los valles
Que Abril de flores pinta.
Ahora el vuelo abates:
Ahora en torno giras:
Ahora entre las hojas
Te pierdes fugitiva.
¡Felice mariposa!

Tú bebes de la risa
Del Alba, y cada instante
Placeres mil varías.
Tú adornas el verano:
Tú á la vega florida
Llevas con tu inconstancia
El gozo y las delicias.
Mas ¡ay! mayores fueran
Mil veces aun mis dichas,
Si fuese á tí en mudarse
Mi Lisis parecida.

ODA IV.

LA NATURÀLEZA.

No, Lisi, esa constancia,
Con que al Amor pretendes
Mover á que la copa
Te brinde del deleite,
Á enojos y fastidios
Te lleva. Los desdenes
Muy mas que á mí me afligen,
Tu crudo pecho ofenden.
Las risas, la alegría,

El gusto y los placeres,
Las fáciles los gozan;
Y envidian las crueles.
Amor como dios niño
Es vivo, inquieto, alegre;
Y atrevido y artero
Los peligros no teme.
De pecho en pecho vuela:
Y ora rinde un rebelde:
Ora un soberbio oprime;
Y ora un tibio enardece.
Asi se goza y burla,
Y á un tiempo á todos prende.
De la inconstancia nace;
Y en la firmeza muere.
Ni el órden de las cosas
Inmóvil es, que siempre
Con sucesion süave
El cielo nos las vuelve.
Tras la rosada Aurora
Ya corre el sol fulgente,
Mientras su negro manto
La ciega noche tiende.
Sigue al nubloso Invierno
Plácido Abril; y cede
Julio al ópimo Octubre;

Corona de los meses.

Su aljófar cristalino
No solo el alba llueve
Sobre la rosa, ó sola
Con el verano crece.

El valle que cubierto
Se vió de escarcha y nieve,
Loco ya con sus flores
Nos descubre la frente.

Los chopos que desnudos
Se quejan del Diciembre,
Y mustios y ateridos
Los ojos nos ofenden;

Bien presto coronados
De pompa y hoja verde
Nido á las dulces aves
En grata sombra ofrecen.

Su aroma la azucena
A todos da: la fuente
Liberal para todos
Sus claras linfas vierte.

Ni la próvida abeja
De una flor diligente
Liba su miel; que á todas
Los cálizes le bebe.

¿Pues qué los pajarillos,

Cuando el Amor los hiere?
De amada y lecho mudan
En sucesion perenne.
  Del gusto solo unidos,
Tan solo por sus leyes
Se buscan, ó se olvidan
Sin celos ni esquiveces.
  ¡Qué libres! ¡Qué expresivos
Cantando blandamente,
Sus fáciles delicias
Mi espíritu conmueven!
  Hélos buscarse ahincados,
Hélos seguirse ardientes,
Hélos ceder al fuego
Que en sus entrañas hierve.
  Y en un momento mismo,
¡O dichosos mil veces!
Aman, gozan, se dejan,
Y un nuevo amor emprenden.
  ¡Ay Lisi! ¡Esquiva Lisi!
¿Si ves su feliz suerte,
Por qué, cruel, por firme
Mayor ventura pierdes?

LA PALOMA

DE FILIS.

..... plaudentibus alis
Insequitur, tangi patiens, cavoque foveri
Laeta sinu, et blandas iterans gemebun-
da querelas.

Filis tiene una palomita, y con ella se goza y recrea. Ve aqui el motivo de estos juguetes, en que me he dilatado mas que pensé. Pero la inocencia de Filis y las gracias de su palomita no pueden pintarse brevemente. Acaso esta será para algunos demasiado festiva y bulliciosa. Yo que la he visto, les aseguro que ni aun se dicen la mitad de sus cariños y donaires. Muchos de ellos se escapan al pincel de la poesía, y á otros no puede darse la viveza ni el delicado colorido del natural. Quien no lo creyere, ni conoce á Filis, ni sabe lo que son las palomas, ni lo que puede en estas avecillas el amor y el agradecimiento.

ODA I.

Otros cantan de Marte
Las lides y zozobras,
O del alegre Baco
Los festines y copas.
 La sien otros ceñida
De jazmines y rosa,
Del Amor los ardores,
Y de Vénus las glorias.
 Pero yo solo canto
Con cítara sonora
De mi querida Filis
La nevada paloma:
 Su paloma, que bebe
Mil gracias de su boca;
Y en el hombro le arrulla,
Y en su falda reposa.

ODA II.

Donosa palomita,
Así tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso,

Que me digas pues moras
De Filis en el seno,
¿Si entre su nieve sientes
De Amor el dulce fuego?
¿Dime, dime si gusta
Del néctar de Lïëo?
¿O si sus labios tocan
La copa con rezelo?
Tú á sus gratos convites
Asistes y á sus juegos;
En su seno te duermes,
Y respiras su aliento.
¿Se querella turbada?
¿Suspira? ¿En el silencio
Del valle con frecuencia
Los ojos vuelve al cielo?
¿Cuando con blandas alas
Te enlazas á su cuello,
Ave fèliz, di, sientes
Su corazon inquieto?
¡Ay! dímelo paloma,
Asi tu pichon bello
Cada amoroso arrullo
Te pague con un beso.

ODA III.

Filis, ingrata Filis,
Tu paloma te enseña:
Egemplo en ella toma
De amor y de inocencia.
Mira como á tu gusto
Responde: como deja
Gozosa, si la llamas,
Por tí sus compañeras.
¿Tu seno y tus halagos
Olvida aunque severa
La arrojes de la falda
Negándote á sus quejas?
No, Fili; que aun entonces,
Si intento detenerla,
Mi mano fiel esquiva,
Y á tí amorosa vuela.
¡Con cuánto suave arrullo
Te ablanda! ¡como emplea
Solícita sus ruegos,
Y en giros mil te cerca!
¡Ah crédula avecilla!
En vano, en vano anhelas;
Que son para tu dueño

Agravio las finezas.
¿Pues qué, cuando en la palma
El trigo le presentas;
Y al punto de picarlo
Burlándote la cierras?
¡Cuán poco del engaño
Incáuta se recela;
Y pica aunque vacía
La mano que le muestras!
¡Qué fácil se entretiene!
Un beso le consuela;
Siempre festiva arrulla,
Siempre amorosa juega.
Su egemplo, Filis, toma;
Pero conmigo empieza,
Y repitamos juntos
Lo que á su lado aprendas.

ODA IV.

No, no por inocente
Te me disculpes, Fili,
Que en los sencillos pechos
Mas bien amor se imprime.
Él con los años viene:
Tal algun tiempo viste

Huir del pichon bello
Tu palomita simple.
  Pues mira ya cual oye
Sus ansias apacible;
Y en el ardiente arrullo
Cómo con él compite.
  Ya le llama si tarda:
Ya si vuela le sigue;
Ni sus tiernos halagos
Desdeñosa resiste.
  Mira cómo se besan:
Cual se dan y reciben
Mil lascivas picadas
En cariñosas lides.
  El placer sus plumages
Encrespa, el suelo miden
Con la cola, su cuello
Mil cambiantes despide.
  Ya con rápido vuelo
Burlando se dividen:
Ya vuelven: ya imperioso
Su ardor los manda unirse.
  ¡Gozad, gozad mil veces
En lazada felice
Las delicias que guarda
Amor á quien le sirve!

Y tú, pues las palomas
Con su candor se rinden,
No, no por inocente
Te me disculpes, Fili.

ODA V.

Teniendo su paloma
Mi Fili sobre el halda,
Miré á ver si sus pechos
En el candor la igualan:
Y como estan las rosas
Con su nieve mezcladas,
El lampo de las plumas
Al del seno aventaja.
Empero yo con todo
Cuantas palomas vagan
Por los vientos sutiles
Por sus pomas dejara.

ODA VI.

¡O con qué gracia, Filis,
Tu bella palomita,
Sensible á los halagos,
Te arrulla y acaricia!

¡Qué dócil si la llamas!
¡Qué suelta! ¡qué festiva
Volando y revolando
Tu beso solicita!

Tú cantas, y á los trinos
Está como embebida:
Si cesas, con su arrullo
Parece que te imita.

Luego á la falda vuela,
Do te contempla y mira,
Bullendo de contento
Sus amorosas niñas.

¿Pues si tus bellos labios
Con el manjar la brindan.....?
Entonces, ¡ay! entonces
Sí, que el placer la anima.

Ya llega, ya se aparta,
Ya vuelve, ya lo pica,
Con sus trémulas alas
Mostrando su alegría.

Parece en aquel punto
Decir: ¡ó qué delicia
No acostumbrada goza,
Señora, el alma mia!

¿Qué es esto? ¿tocar puede
Tu boca peregrina

Mi pico? ¡ó bien lograda
Cadena! ¡ó dulce vida!
Su arrullo, su plumage,
Sus vueltas, todo indica
De su inocente pecho
La gratitud sencilla.
¡Ah! si asi una paloma
Te es, Fili, agradecida,
Mi corazon amante
Dime, mi bien, ¿qué haria?

ODA VII.

Simplecilla paloma,
Si la dicha inefable
De que tú feliz gozas,
Con Fili yo gozase;
No, no tan bullicioso
Vagara por los aires,
O necio dejaria
Su lado un solo instante.
¡Tú, incauta, otras palomas
Escuchas; y el amable
Seno do moras huyes!
¡O simplecilla! ¿qué haces?
¿Es mas un falso arrullo

Que Filis? ¿alejarte
No temes? ¿sus caricias
Olvidas ya mudable?
¡Oh! vuelve al punto, vuelve,
Que en llanto se deshace;
Vuela á tu dueño, vuela,
Y el ala aprisa bate.
Verás como sus ojos
Se enjugan con mirarte;
Te halaga, y dan mil besos
Sus labios celestiales.

ODA VIII.

¿Para qué, insana, picas
El ramito de flores,
Con que gusta mi Filis
Que su seno se adorne?
¿No ves, necia paloma,
Que en tus ímpios furores
Herir pueden su nieve
De tu pico los golpes?
¿Que sus frescos pimpollos
Derramados sin órden,
Ambas turgentes pomas
Con sus hojas esconden;

Porque el gusto y los ojos,
Cuando felices logren
Descubrirlas, mas ciegos
En su lampo se engolfen?

¿Y en un tronco ya unidos
El val les cierran, donde
De Amor á guarecerse
Tímido el pudor corre?

¿Y picándolo sigues,
Sin que ruegos, ni voces,
Ni tus iras moderen,
Ni el ramito te estorbe?

Mira que en tu delirio
Lograrás que se enoje,
Y las gracias de Filis
Jamas á gozar tornes.

Si la envidia te punza,
Porque artera lo pone
Do tu anidar anhelas:
¡Ah, simplecilla! entonces

Ya te hubiera lanzado
Mi amor en sus hervores
Del halda que ora ocupas,
De un bien que no conoces.

ODA IX.

Con su paloma estaba
Fili en alegre juego,
Y para que picase
Le presentaba el dedo.
  Picábalo, y en pago
Le daba un dulce beso;
Y tras él mas gozosa
La incitaba de nuevo.
  Una vez la avecilla,
Creyendo ser lo mesmo,
Con picada inocente
Hirióle el labio bello.
  Enojóse mi Filis
De tal atrevimiento;
Y echóla de su falda
Con ademan severo.
  La palomita entonces
En mil ansias y extremos
Demandaba rendida
El perdon de su yerro.
  Con ala temerosa
Las manos de su dueño
Abraza, y gime, y vuela

De las manos al cuello,
Esquivábala Filis;
Y ella humilde entre el seno
Y el cendal que lo cubre
Escondióse de miedo.
¡O simplecilla! ¿qué haces?
Guárdate de ese fuego,
Que entre pellas de nieve
Tiene el Amor cubierto.
Guárdate, y con arrullos
Y cariños mas tiernos
Halagándola cuida
De desarmar su ceño.
¡Ah Fili! si al mirarte
Enojada un momento
Tal queda tu paloma,
¿Cuál estará mi pecho?
Y si ella perdon halla,
¿Mis encendidos ruegos
No han de lograr un dia
Tu rostro ver sereno?

ODA X.

Suelta mi palomita,
Mas no me la detengas;

Suéltamela, tirano,
Verás cual á mí vuela.
Dos noches há que falta:
Dos noches há que queda
Solo y desamparado
Mi palomar sin ella.
En tanto ni mis ojos
En lloro amargo cesan,
Ni el pecho en ansias tristes,
Y lástimadas quejas.
Cien veces la he llamado,
Pensando que viniera:
Y he salido á buscarla
Veces mil á la selva.
¿Mas cómo venir puede,
Traidor, si tus cautelas
Allá para acabarme
La guardan prisionera?
Pues ¡ah! suéltala al punto;
Y á compasion te muevan
Mis lágrimas, mis ruegos,
Mis lastimadas penas.
Verás cual revolando
Se posa en mi cabeza;
Y luego al hombro baja,
Y arrulla y me consuela.

ODA XI.

Pues que de mi paloma
Las señas solicitas,
Bien puedes conocerla
Por estas que te diga.
Es mansa y amorosa,
Es pequeñuela y viva,
Lleno y redondo el pecho,
Como la nieve misma.
Las alas dilatadas,
La cola bien tendida;
Y al cuello mil cambiantes
De oro y nácar matizan.
Los bellos pies de rosa
En su inquietud indican
Y en las donosas vueltas
Que ya el Amor la agita.
Los ojos son de fuego,
De llama las pupilas,
Que halagan amorosas,
Que bullen encendidas.
Parece cuando arrulla
Que dice mil caricias;
Y luego cuando vuela

Que ruega que la sigan.
  El pico gruesezuelo,
Y en la nariz unidas
La púrpura y la nieve
Con mezcla la mas fina.
  ¿Qué mas? ...Pero ¡ay! al punto
Suéltamela; y festiva
Verás cual en mi mano
El dulce grano pica.

ODA XII.

Entre tantos halagos
Y amorosos cariños
Como á tu palomita
Prodigarle te miro,
  ¿No hallarás ni uno solo
Para quien tan rendido
Obedece tus leyes,
Te idolatra tan fino?
  Tú en el halda la pones,
Y con ruego benigno
Quejumbrosa la llamas
De tu seno al abrigo.
  Con tus labios de rosa
Solicitas su pico,

Repasando su pluma
Con tu rostro divino;
  Y con besos tan llenos
Cual dar nunca te he visto,
Sus arrullos provocas
Y su muerdo lascivo.
  No hay favor ni requiebro
Que en tu loco delirio
No le digas amante,
No me inflame al oirlos.
  ¡Y yo, cruda, no alcanzo
Que á mis tiernos suspiros
Desarmados acaben
Tus celosos desvíos!
  Pues pierde en tu paloma
Por un ciego capricho
Las gracias que no entiende,
Los besos que yo envidio:
  Que Amor me hará justicia......
Pero no, dueño mio,
Yo venganzas no busco,
Sino juegos y mimos.

ODA XIII.

No culpes, palomita,
Que de Filis ausente

Como loco delire,
Desfallecido pene.
  Si las rápidas alas
Yo lograra que tienes,
No hayas miedo que triste,
Ni azorado me vieses.
  Pues con vuelo anheloso
Cortando el aura leve
En su busca partiera
Mas fugaz que la mente.
  Y á su lado gozara
Venturoso y alegre
De su boca y sus ojos
Las delicias y mieles.
  Cual tú, feliz paloma,
Bulliciosa mil veces
Vas y tornas al nido,
Que á tus hijos previenes;
  Rendido le dijera
Los peligros que teme
Mi amor, y los cuidados
Que punzantes me hieren.
  Y ella amable y sencilla
Con la gracia celeste
Que la anima, mis penas
Convirtiera en placeres.

Esto fuera, ó paloma,
Si tus alas yo hubiese;
Pero ausente y sin ellas,
Mi vivir es la muerte.

ODA XIV.

Vé, donosa paloma,
Vuela á tu amable dueño,
Vuela, y dale el billete
Que á tu fineza entrego.
Con un liston de rosa
Le suspendo á tu cuello;
Guarte no se desprenda
Con tu rápido vuelo.
En el fausto camino
Del gavilan artero
No ya el grito te azore,
Ni amedrente el encuentro.
Que en tu vida y mi suerte
Vela el Amor y Venus,
Y tan altos patronos
Te aseguran de riesgo.
Parte pues, palomita,
Tiende el ala al momento:
¡Quién, ave afortunada,

Cual tú pudiese hacerlo!
  Vuela, y lleva á mi Filis
Esa prenda, que el fuego
Débilmente retrata
Que arde en mí, de ella lejos:
  Mas que sincera y fina
Como mi noble pecho,
Merece que en el suyo
Le dé feliz asiento.
  Dile en blandos arrullos
El dolor en que quedo,
Lo nada que confio,
Lo mucho que recelo.
  Y si fiel te asegura
Ser injusto este miedo,
Vuelve al punto, que loco
Te aguardo con un beso.

ODA XV.

Palomita querida,
Que gimiendo halagüeña
De tu fausto mensage
Me das la enhorabuena,
  Cesa en vuelos y arrullos,
Y oficiosa me entrega

De mi Fili adorada
La graciosa respuesta.
Que no injusto recele
Su inmutable firmeza,
Y sencillo la adore
Sin zozobras, ni quejas,
Cariñosa me escribe;
Y en fe de sus promesas
De sus cadejos de oro
Me remite unas hebras.
¡Oh! mi boca las bese
Veces mil, débil muestra
De la inmensa delicia
Que mi pecho enagena;
Y en él luego guardadas,
En tan bárbara ausencia
Confortadle, y alivio
Sed benigno en mis penas.
¡Riquísimos cabellos!
Que ni el sol, ni la seda
En lo rubio os exceden,
En lo fino os semejan;
Del amor de mi Filis,
Si alguna duda necia
Mi espíritu aquejare,
Me sereis firme prueba:

Sereis de mi albedrio
Deliciosa cadena,
Que por siempre lo estreche
Con mi amable hechicera;
Mas y mas confundiendo
Mi feliz existencia
Con la suya, y haciendo
De las dos una mesma.
Y tú, ven palomita,
Y á mi boca te allega,
Que ya ciento, no un beso
Darte en premio desea.

ODA XVI.

No estés, simple paloma,
Con tu blancura ufana,
Ni con tus ojos bellos,
Si á Fili te comparas.
¿Con esa tez süave,
Cual rosa no tocada,
Del seno donde arrullas
Tu albor acaso iguala?
¿Lo muelle de tu pluma
Con su blandura grata
Qué vale, ó tus olores

A par de su fragancia?
  Sus ojos ¡ay! tal lumbre
Cuando en oriente raya
No arroja el sol, cual si ellos
Sus párpados levantan.
  Las bulliciosas niñas
En su amable inconstancia
A mí me vuelven loco;
Y al mismo Amor abrasan.
  ¿Y qué? ¿tienen los tuyos
Tal lumbre ni tal gracia?
¿Mayores son, mas vivos?
¿Mas luengas sus pestañas?
  ¡O¡ de competir deja
Con Fili, temeraria;
No acaso sus halagos
Acaben en venganzas.

ODA XVII.

Despues que hubo gustado
De Filis la paloma
El regalado néctar
De sus labios de rosa,
  La deja, y de un vuelito
Al hombro se me posa;

Y de alli lo destila
Con su pico en mi boca.
Yo apurélo inocente:
Pero ¡ay! ella traidora
Me dió del Amor ciego
Mezclada tal ponzoña,
Que el pecho se me abrasa
En ansias y zozobras,
Despues que hubo gustado
De Filis la paloma.

ODA XVIII.

Graciosa palomita,
Ya licenciosa puedes
Empezar con tus juegos,
Y picar libremente.
Ya te provoca Fili:
Ya en los brazos te mece;
Ya en su falda te pone;
Y el dedo te previene.
Pues pica lo primero
Su seno reverente,
Bien como el ara donde
Los cultos se le ofrecen.
Alli dispon tu nido,

¡Venturosa mil veces!
Que abrigo feliz hallas,
Do yo tantos desdenes.
  Luego amorosa bate,
Bate en él blandamente
Las alas; y á picarlo
De nuevo por mí vuelve.
  Despues el cuello airoso
Con un hoyuelo viene
Cual es tu comedero,
Para que en él te cebes.
  Los delicados labios
Guárdate no indecente
Profanes al herirlos,
Pensando son claveles.
  Mas blando, palomita,
Que Fili ya lo siente:
¡Ah simplecilla! ¿qué haces?
Que su carmin ofendes.
  Pica ya las mejillas
Con golpes muy mas leves,
Su bello sonrosado
No incauta les alteres.
  Los ojos no los toques:
¡O cuitadilla! tente,
Que dos ardientes fraguas

En ellos Amor tiene.

¿Qué anhelas, temeraria?
¿Mis voces no te mueven?
¿Tu daño no te asusta?
¿Su ardor no te detiene?

¡O felice paloma!
Pues Fili lo consiente;
Pica cuanto yo envidio
Bulliciosa y alegre.

ODA XIX.

Parece, palomita,
Segun te miro atenta
De mi labio á los trinos,
De mi lira á las cuerdas,

Que sus sones envidias,
Y que fácil quisieras
Trocar tu alegre arrullo
Por mis blandas querellas.

¡O si el Amor te oyese,
Y yo en cambio tuviera
Tu garganta y tu pico
De mi lira y mis letras!

¡Si cual tú, de mi Filis
Amable confidenta,

Inocente gozase
Sus sencillas finezas!
¡Qué feliz, cual te miro
Dar bullendo mil vueltas
Por su seno turgente,
Yo arrullando las diera!
¡Y cual tú cariñosa
Tu piquito á su lengua
Juntar sabes, si gustas
Beber su dulce néctar:
Yo la mia rendido,
Sin temor de ofenderla,
Con la suya, y mis labios
Con sus labios uniera!
Susurrándole tierno:
No me mires severa,
Que tu cara avecilla,
No mi amor, te lo ruega.
Y de tantos halagos
Como pierdes con ella,
Uno solo en alivio
De mis ansias emplea:
Uno solo que temple
De mi pecho la hoguera,
Que burlándome atizan
Tus falaces promesas.

Pero amor ve ilusiones;
Y tú, ó paloma bella,
Jamas trocarás simple
Por tus dichas mis penas.

ODA XX.

Al baile de la aldea
Salió Filis un dia,
Dejándose en la choza
Su bella palomita.
Ella entonces ¡ó extraña
Ternura! ¡ó peregrina
Fineza! echando menos
Sus juegos y caricias,
Con amoroso arrullo
La llamaba afligida;
Y de ver que no viene
Mas y mas se lastima.
Ya escuchaba turbada:
Ya de nuevo gemia;
Ya en sus blandas querellas
Se quedaba embebida.
Para el valle volaba
Con inquieta fatiga:
Y desde allí á la choza

Sin consuelo volvia.
  Dió por fin con su dueño;
Y de todos con risa
Bate el ala, y al hombro
Se le posa festiva.
  Do con voces süaves
Celebraba su dicha;
Hasta que de cansada
Se quedó adormecida.

ODA XXI.

Mira, Fili adorada,
Cual tu linda paloma
Con su rico plumage
Resplandece y se goza:
  En sus ojos arteros
La llama abrasadora
Del Amor, y al deleite
Que en sus niñas retoza:
  Cual en su blando arrullo
Ya suspira amorosa;
Ya á su pichon cesando
Mas penada provoca:
  La gracia y señorío
Con que marcha pomposa,

Y ufanándose barre
La tierra con la cola:
 Cual refleja su cuello
Cuando Febo lo dora
Mil cambiantes vistosos,
Que de nuevo lo adornan:
 Los vuelitos fugaces
Con que ora parte, y ora
En tu falda ó tu seno
Arrullando se posa:
 Cuan donosa se bulle,
Y agitándose loca
En sus vueltas y giros
Sin cesar huye y torna.
 Hoy es jóven, y brilla
Con las gracias hermosas
De la niñez, que pasan
En un punto cual sombra.
 Vendrá un dia en que solo,
Muda, helada, llorosa,
De bien tanto le queden
Las punzantes memorias.
 De tu paloma, ó Filis,
Leccion en tiempo toma,
Antes que al triste ocaso
Tu claro sol trasponga.

ODA XXII.

Pensando en tu paloma
Me dió el Amor un sueño.
Dormíme; atiende, Fili,
Lo que fingió el deseo.
  En su pichon trocado,
Por mis ardientes ruegos
En ella no sé cómo
Tambien te mudó el cielo.
  Yo al verte asi, perdido
Con mil donosos juegos
Y sentidos arrullos
Te rodeaba inquieto.
  Ya la cola tendia:
Ya con un blando vuelo
Me alejaba; y con otro
Luego torné mas tierno.
  Tú me esquivabas cruda:
Pero de amor el fuego
Te hirió al fin; y sentiste
El dulce afan que siento.
  Oficiosos entonces
Para los albos huevos
Fabricamos un nido

Del mas mullido heno.
  Los cobijaste blanda:
Salieron los polluelos;
Y al mirarnos, mi Fili,
Renacidos en ellos,
  El alma se llagára
De otro mas dulce afecto;
Y en celestial ternura
Trasportados sin seso
  De nuestros tiernos hijos
Con solícito anhelo
Ni un instante apartamos
Nuestros unidos pechos.
  A la par los cubrimos:
A la par el sustento
Les diéramos lanzado
De nuestro mismo seno.
  Por sus débiles vidas
Leve un soplo de viento
Nós turbára, furiosos
Volando á defenderlos.
  Hasta que al fin del nido
Mayorcillos huyeron;
Y nosotros tornamos
A labrar nido nuevo.

ODA XXIII.

Inquieta palomita,
Que vuelas y revuelas
Desde el hombro de Filis
A su halda de azucenas:
Si yo la inmensa dicha
Que tú gozas tuviera,
No de lugar mudara,
Ni fuera tan inquieta.
Mas desde el halda al seno
Solo un vuelito diera;
Y alli hallara descanso,
Y alli mi nido hiciera.

ODA XXIV.

¿Sabes, ó palomita,
Sabes, dí, lo que envidio?
Ea, pues, si lo aciertas,
Tienes un beso mio.
¿Las ciencias? ¡ó inocente!
Las ciencias son delirios
De necios orgullosos,
Mal hallados consigo:

Prometen grandes cosas,
Y al cabo en tantos siglos
A ningun triste dieran
En su dolor alivio.

¿Y puestos? no los quiero,
Que son un precipicio;
Y aunque en cadena de oro,
Siempre estaré cautivo.

El nombre no me importa:
Por cierto que un sonido,
Que á veces no se alcanza
Despues de mil peligros,

Merece estos afanes.
Inocente y tranquilo
Viva yo; y mas que ignoren
Mi nombre mis vecinos.

Dirás que las riquezas.....
¿Qué me presta su brillo,
Si gozo yo sin ellas
De cantares y vino?

El oro á quien lo tiene
Da sustos infinitos:
¿No valen mas sin ellos
Pobreza y regocijo?

¿Pues qué será? de Fili
Disfrutar los cariños;

Y como tú quedarme
En su falda dormido.

ODA XXV.

¿Para qué, atrevidilla,
Me has robado esa rosa,
Y entre blandos arrullos
En el pico la tomas?
¿Embebece tus ojos
El carmin de sus hojas,
O tu nariz regala
Su delicado aroma?
¿Qué tienes tú, avecilla,
Con esa flor, la gloria
Del alegre verano,
Las delicias de Flora?
¿Esa flor que Amor quiere
Que sus gracias la pongan
O en el seno nevado,
Donde él bulle y retoza;
O en un cabello de oro
Y en galana corona,
Que á par orne y releve
De sus rizos la pompa?
Cesa pues en tu juego,

Cesa, dulce paloma;
Y el don dame que aguardo
Para mi Fili hermosa.

¡Pero oyendo su nombre,
Con amable zozobra
Te conmueves y gimes,
Y mas hueca te entonas!

¡Y en su busca tendiendo
Las alas voladoras,
Vas ufana á ofrecerle
La rosa que me robas!

Ponla, ponla en su seno;
Y subiendo á la boca
Con tu lindo piquito
De sus néctares goza.

Luego artera y festiva
Sobre sus albas pomas
Tus alitas batiendo
Sus delicias provoca.

Si anhelante la vieres,
Cariñosa me nombra;
Quizá que en su embeleso
Mi nombre mejor oiga.

Y mejor disfrazados
De tu arrullo á la sombra
Mis finezas le suenen,

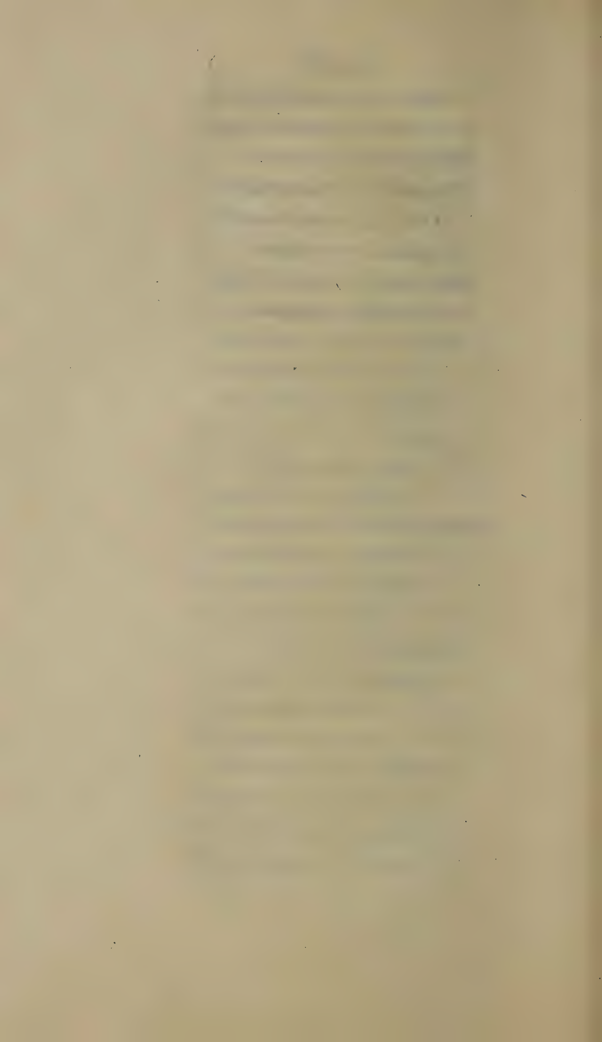
Mis suspiros acoja.
¡Cual, palomita, envidio
La fortuna que logras,
Y seguirte en tus vuelos
Mi pasion ansia loca!
¡Ay! el alma me llevas
Con mi flor venturosa:
Si en un beso te pagan,
Presta á dármelo torna.

ODA XXVI.

Si yo trocar pudiera
Con mágicos hechizos
Mi ser, ó transformarme
Segun el gusto mio;
Yo me mudara, ó Filis,
En tu paloma; y nido
Hiciera donde mora
Cautivo el albedrío.
El candor inocente
De mi pecho sencillo
En el tuyo ablandara
Los desdenes altivos.
Entonces ¡ó ventura
Inefable! ¡ó destino

De su paloma! ¡ó suerte
Que mil veces envidio!
  Yo me viera en tu falda;
Y al punto de un vuelito
A posar en tu seno
Me subiera atrevido.
  En él ¡ay! me durmiera;
Las alas por cubrirlo
Tendiendo, cual si fuesen
Mis tiernos pichoncillos.
  De allí las dos mejillas
Que Amor de rosas hizo,
Con el pico mil veces
Las hiriera atrevido.
  Luego en el hombro puesto,
Con ardientes suspiros
El perdon ó la muerte
Te pidiera rendido:
  Y al punto á los ojuelos
Volando, con mil giros
Alegres divirtiera
Mi ciego desvarío.
  De tu purpúrea boca
Tomara con el pico
La ambrosía mas pura,
De tus manos el trigo.

Tal vez tú me halagaras;
O al seno en mis deliquios
Me aplicaras, y oyeras
Mi arrullo y mis quejidos.
¡O dicha imponderable!
¡O paloma! ¡ó cariño
Mal gastado! ¡quién fuera
Lo que necio imagino!



GALATEA,

Ó

LA ILUSION DEL CANTO.

ODA I.

EL CANTO.

¡Cuánto tu voz divina
Me encanta! ¡en qué deliquio
Mi espíritu fallece
Tan dulce con sus trinos!
  Por ellos arrastrado
Sin poder resistirlo
Al piano, do despliegas
Tu amable poderío;
  Mientras los albos dedos
Vagando en presto giro
Se pierden á la vista
Solicita en seguirlos;
  Cuando tú, Galatea,
Repites los gemidos
De Dido abandonada,
Yo gimo á par contigo.
  Cuando le das grandïosa
A la voz mayor brillo,
De Jove en los banquetes
Minerva te imagino.

Infeliz Ariadna
Con penetrantes gritos
Persigues á Teseo,
Y al pérfido maldigo.
Si á Angélica retratas,
O el celoso delirio
De Orlando, me estremece
Tu enojo vengativo.
Si en pos el embeleso
De dos amantes finos,
O de una ausencia triste
Los fléviles martirios
Sensible representas,
De la ficcion me olvido,
Y en su lugar me pongo,
Y exhalo mil suspiros.
En la falaz Armida
Al imperio divino
De tu mágico canto
Cual Reinaldos te sigo.
Sollozas, y yo anhelo;
Lloras, y en largos hilos
Las lágrimas me corren;
Te alegras, y yo rio.
Mísera desfalleces,
Y en tu silencio mismo

Desfallezco, tus ayes
Resonando en mi oido.
Si donosa te burlas
Con juguetes festivos,
Celebrandote todos,
Yo enmudezco á su hechizo.
Amenazas airada,
Y cobarde me aflijo;
Aplácaste, y aliento;
Si te indignas, me irrito.
Siendo tal mi entusiasmo,
Y el celestial prestigio,
Que al verte y escucharte
Me embarga los sentidos,
Que embriagado en su gloria
Mi corazon sencillo,
(Perdona, Galatea),
Exclamo sin arbitrio:
¡Por qué ¡ay! volver no puedo
Con mi boca perdido
El placer á su boca,
Que yo de ella recibo!

ODA II.

LA SÚPLICA.

Amable, Galatea,
¿Qué gracia inexplicable
Se siente en tus acentos,
Me eleva al escucharte?
¿De dó, hechicera, viene,
Que en trinos tan süaves
Siempre medrosa dudes,
Desfallecida clames?
¿Que busques en tus letras
Las que mejor las artes
Y las inmensas dichas
Sepan de Amor pintarme?
Ya ni repite el piano
La música brillante,
Que armónica igualara
Los coros celestiales.
Ni tú del estro llena
Que veces mil probaste,
Sublime te arrebatas
De Jove igual al ave,
Que en el inmenso espacio,

Tendiendo sus reales
Y voladoras alas,
Se pierde de los aires.
  Hoy todo amor tu canto,
Blanda, halagüeña, fácil,
Los quiebros son suspiros,
Las fugas tristes ayes.
  Te elevas con su nombre:
Parece al pronunciarle
Que en tu aquejado pecho
Todas sus llamas arden.
  Que en tu embeleso grato
De lo hondo dél te sale,
Buscando donde logre
Feliz depositarse.
  Si un corazon por templo
Sencillo y fiel buscase,
Yo sé bien, Galatea,
Donde él pudiera hallarle.
  Do el mas ferviente culto,
Mas puro, mas constante,
Por siempre alcanzaria,
Que en ser humano cabe.
  ¡Mas tú me miras triste,
Suspiras; y cobarde
Ni música ni letra

Seguir turbada sabes!
¿Qué? ¿si en su red dichosa
Ya presa te debates,
Podrá de ser sensible
Tu honor avergonzarse?
¿Es por ventura un yerro
Sus ansias inefables
Feliz sentir en uno
Con un rendido amante?
¿Y en gozos y en deseos
Y fe y ternura iguales,
En solo un ser dos almas
En su éxtasi tornarse?
¡Ventura inconcebible,
Y ante quien nada vale
Cuanto soñarse puede
De mas glorioso y grande!
No, dulce Galatea,
Por mas que lo disfraces,
Ni es tu pecho de hielo,
Ni extraña tú á mis males.
Cede ¡ay! veraz, y blanda
Mi ruego un sí te alcance;
Un sí, que el mas dichoso
Me hará de los mortales.

ODA III.

LA DECLARACION.

¿Será, mi bien, posible
Que la delicia misma
Que yo en oirte siento,
Tú gozas con mi vista?
  Que la emocion sabrosa
Que con tu voz divina
Causas en mí, te alcanza
Por dulce simpatía?
  ¿Que si á Ariadna finges,
O á la hechicera Armida,
Tus apenados ayes
A mí diriges fina;
  Y en tus alegres cantos
Con tu favor me brindas,
Y en tus brillantes trinos
Mi timidez animas?
  Acordes con tus labios
Tus ojos me lo indican,
Si crédulo el deseo
No sueña tanta dicha.
  No sueña, Galatea,

No sueña, que expresiva
Tu voz, y gesto, y tono
Que sôy feliz publican.

Con un suspiro ardiente
Tú propia me lo afirmas:
¡Suspiro venturoso!
Que mi alma vivifica.

¡Que soy feliz tu labio,
Mirándome rendida,
Repite, y tierna estrechas
Tu mano con la mia!

Y débil el aliento,
De grana las mejillas,
La frente ruborosa
Sobre mi pecho inclinas!

No puedo á gloria tanta
Bastar: por siempre unidas,
Mi bien, nuestras dos almas
Para adorarse vivan:

Y en los floridos lazos
Con que el Amor las liga,
En voluntad concordes
Anhelen, gocen, giman;

Sin que jamas ni sombras,
Ni duelos nos dividan,
De finos amadores

Emulacion y envidia.
  Yo te idolatro ciego,
Págame tú sencilla;
Feliz nuestro embeleso
Se aumente cada dia:
  Y mas y mas amantes,
La copa de delicias
Sedientos apuremos,
Que Venus fiel nos brinda.

ODA IV.

MI EMBELESO.

Repite, Galatea,
Repite la cantata,
En que el feliz delirio
De tu pasion declaras:
  Y los trinos ardientes
Con que juras que me amas,
O los flébiles ayes
Que ocultándolo exhalas:
  Aumentando tus ojos
Y halagüeñas miradas,
El sublime embeleso
De tu dulce garganta.

Que sus vivas centellas
Me penetren el alma;
O en el cielo enclavados,
Con tu hechicera gracia
A una vírgen semeja,
Que á sus mansiones claras
Entre ahincados suspiros
Extática se lanza.
Que tu rostro se anime
Con la inefable gracia
Del pudor y el deseo,
Que alternados te inflaman.
Y cediendo al impulso
Que á gozar te arrebata,
Por pintarme mas vivos
Tu cariño y tus ansias,
A mí un tanto te inclina,
Cual si ciega anhelaras
Redoblar las delicias
En que ya me embriagas.
Nada en fin, Galatea,
Nada olvides, que valga
Para hacer de tu canto
Mas completa la magia.
En mi, que embebecido
Te contemplo, no hay nada

Que el imperio no sienta
De tu voz soberana.
En tí sola el oido,
Las pasiones en calma,
Libertad, y alma, y vida
De tu lengua colgadas;
Mi sangre se enardece,
Trémulas mis palabras,
En una espesa nube
Los ojos se me apagan:
Y frenético el pecho,
Mientras mas lo regalas
Con tus trinos süaves,
Mas y mas te idolatra.

ODA V.

MIS DESEOS.

¡Cuán dulce es, Galatea,
Nuestra ignorada suerte;
Y Amor qué de embelesos
En ella nos ofrece!
¡Cómo embriagada el alma
De un éxtasi celeste,
Solo feliz respira

Delicias y placeres!
¡Con qué emocion tan tierna
Mi labio una y mil veces
Te jura que te adora,
Fe eterna te promete!
Tú fina me respondes
Con votos mas ardientes;
Y ciega entre mis brazos
De amores desfalleces.
¡Cuánto, adorada, cuánto
Tus trinos me conmueven,
Me inflaman tus suspiros,
Tus ojos me enloquecen!
Tus ojos, que en mi pecho
Tan alto imperio tienen,
Que en sola una mirada
Se alegran ó entristecen.
Deja pues, Galatea,
Que con aplauso suenen
Allá los que del mundo
Las glorias apetecen.
Nosotros en olvido
Del tiempo y de las gentes,
Tranquilos los favores
Gocemos de Citeres.
Y lejos ya las nubes

Que á nuestra dicha ofenden,
El íris de tus gracias
Lumbroso se despliegue.

En el ceñudo invierno
Los vientos inclementes
Bramando desatados
Los montes estremecen.

La blanda primavera
La ansiada paz nos vuelve,
Y en calma bonancible
Su estrépito adormece.

Los dias mas tranquilos
Son siempre mas alegres,
Venero inagotable
De gozos inocentes.

Faustos los nuestros rian
Cual ora amando siempre:
El canto y dulces hablas
Sus prestas horas llenen.

Y loco y turbulento
Que el vulgo se despeñe;
O la ambicion hinchada
De sueños se alimente.

ODA VI.

EL CANTO SUPLIDO POR MIS VERSOS.

¡O si feliz mi labio
Dulce seguir pudiera
Los suavísimos quiebros
De tu garganta bella!
¡Si el dios de la armonía,
Como me da las letras,
Sus tonos me inspirase
Benévolo con ellas!
¡Cuán suelto, cuán ufano,
Divina Galatea,
Mi acento acompañara
Tu armónica cadencia;
Y unidas nuestras voces
Cual nuestras almas tiernas,
Las auras sonarian
Nuestra ventura inmensa!
Si tú de amor gimieses
Con su abrasada flecha
Llagada, mis suspiros
Tus ayes repitieran.
Seguirte aunque de lejos

Oyérasme, halagüeña
Cantando tú las glorias
De la alma Citerea.

O si en alegres trinos
Parlera tu vihuela
Pintase las delicias
Que nuestro ser anegan;

Mi vivo y alto acento
Subiera á las estrellas,
Porque ellas lo envidiasen,
El gozo que en mí reina:

Diciéndoles que nada
Al éxtasi semeja
De nuestra union dichosa;
¡Que haga el Amor eterna!

Y acordes nuestros labios
Con las sonoras cuerdas,
Tú el eco de mis ansias,
Yo el de las tuyas fuera.

Ya que este anhelo es vano,
Deja, adorada, deja
Que el grato objeto llenen
Mis versos de la lengua;

Y si en dolientes modos
Fina la tuya expresa
Que á mí el Amor te liga

Con su feliz cadena,
  Mi musa le responda
Loca, embriagada, llena
De cuanto mas ardiente
En su pasion se encuentra:
  Que en este fausto nudo
Mi dicha está suprema,
Mil veces mas subida
Que cuanto tu alma sienta.

ODA VII.

EL GABINETE.

  ¡Qué ardor hierve en mis venas!
¡Qué embriaguez! ¡qué delicia!
¡Y en qué fragante aroma
Se inunda el alma mia!
  Este es de amor un templo:
Do quier torno la vista
Mil gratas muestras hallo
Del númen que lo habita.
  Aqui el luciente espejo
Y el tocador, do unidas
Con el placer las Gracias
Se esmeran en servirla:

Y do esmaltada de oro
La porcelana rica
Del lujo preparados
Perfumes mil le brinda;
Coronando su adorno
Dos fieles tortolitas,
Que entreabiertos los picos
Se besan y acarician.
Alli plumas y flores,
El prendido y la cinta
Que del cabello y frente
Vistosa en torno gira;
Y el velo que los rayos
Con que sus ojos brillan,
Doblándoles la gracia
Emboza y debilita.
Del cuello alli las perlas,
Y allá el corsé se mira,
Y en él de su albo seno
La huella peregrina.
¡Besadla, amantes labios....!
¡Besadla....! mas tendida
La gasa que lo cubre
Mis ojos alli fija.
¡O gasa....! ¡qué de veces....!
El piano.... ven, querida,

Ven, llega, corre, vuelá,
Y mi impaciencia alivia.
¡Oh! ¡cuánto en la tardanza
Padezco! ¡cuál palpita
Mi seno! ¡en qué zozobras
Mi espíritu vacila!
En todo, en todo te halla
Mi ardor.... tu voz divina
Oigo feliz.... mi boca
Tu süave aliento aspira.
Y el aura que te halaga
Con ala fugitiva,
De tus encantos llena
Me abraza y regocija.
¿Mas si serán sus pasos....?
Sí, sí; la melodía
Ya de su labio oyendo,
Todo mi ser se agita.
Sigue en tus cantos, sigue:
Vuelve á sonar de Armida
Los menazantes gritos,
Las mágicas caricias.
Trine armonioso el piano;
Y á mi rogar benigna
Cual ella por su amante
Tú asi por mí delira.

Clama, amenaza, gime;
Y en quiebros y ansias rica
Haz que ardan nuestros pechos
En sus pasiones mismas.
Que tú cual ella anheles
Ciega de amor y de ira;
Y yo rendido y dócil
Tu altiva planta siga.
Y tú sostenme ¡ó Vénus!
Sostenme, que la vida
Entre éxtasis tan gratos
Débil sin tí peligra.

ODA VIII.

EL JILGUERO.

Encantada mi Erato
De mirar cómo ceden
A sus dedos fugaces
Las teclas obedientes,
Preludiaba en el piano
Mil graciosos juguetes,
Sin que el labio canóro
Sus compases siguiese.
Pero el lindo jilguero

Que entre doradas redes,
Su cuidado y delicia,
Plácido á un lado pende,
  Herido de los sones
Se sacude y conmueve,
Presta atento el oido,
Y vivaz enloquece
  Súbito desatando
Su piquito, que alegre
Las tocatas y juegos
Muy mas dulces nos vuelve:
  Redoblando donoso
Con su voz elocuente
Cuantos trinos y fugas
En la música advierte.
  Galatea gozosa
Para mas encenderle
Entre risas y mimos
Nuevos tonos le ofrece:
  Y el colorin ufano
Los escucha y aprende,
Y con glosas mas bellas
Nuestro oido embebece;
  Sin cesar en los quiebros
Ni apurar sus motetes
Que varia triunfante,

Y á sí mismo se excede.
  Hasta que por seguirle
Dió muy bien de repente
De su acento á las auras
La armonía celeste;
  Que colmando mi pecho
Del mas puro deleite,
Impresion tan profunda
Causó en él y tan fuerte,
  Que ya no fue posible
Ni que el pico despliegue,
Ni una sola piada
Provocado volviese.
  Y abatido y cobarde,
Pero atónito atiende,
Si la letra repite,
Si otra nueva previene;
  ¿Y qué fue? que la envidia
Le tomó, aunque inocente,
De que en música y trinos
Su señora le vence.
  O gritóle el respeto:
Temerario, ¿qué quieres?
Con la diosa del canto
Confundido enmudece.

ODA IX.

LA INCERTIDUMBRE.

¡Oh! ¡cuán hermosa al piano
Te ostentas, Galatea!
¡Cómo á par que el oido
Tras tí los ojos llevas!
¡Con qué inefable gracia
Al preludiar despliegas
Tus manos enarcadas
Sobre las albas teclas!
¡Cómo los sueltos dedos
En el marfil se asientan,
Y en concertado giro
Van, vienen, saltan, ruedan!
Mientras con aire noble
Revuelves la cabeza,
Y al auditorio absorto
Sublime enseñoreas.
En mil donosos rizos
La blonda cabellera,
Cual la alba y clara luna
Tu frente se despeja.
Los rutilantes ojos

Con timidez modesta
Parece que sus luces
Cobardes escasean.

Mas súbito animada
La celestial hoguera
De sus brillantes rayos,
No hay quien fijarlos pueda.

Tú afable sobre todos
De nuevo los rodeas
Como agraciar queriendo
Los pechos que sujetas.

Y todos de tal dueño
El yugo dulce anhelan;
Y siervos venturosos
Adoran sus cadenas.

Una sonrisa grata
Sobre tu rostro juega,
Y que ya el estro sientes
En tu inquietud se muestra.

Abres en fin el labio:
¡Oh quien, mi bien, pudiera
Pintar cuál nos sojuzga
Su armónica cadencia!

¡Cuánto agitado el pecho
Con tu reir se alegra,
Con tus suspiros gime,

Con tu trinar se eleva!
  Muy lejos y eclipsado
Con su impresion se queda
Cuanto el ingenio un dia
Fingió de las sirenas.
  Extático el oido,
De gloria el alma llena,
Y el corazon parado
Aun á alentar se niega.
  Mientras ¡ó de tus voces
Irresistible fuerza!
Cual gustas nos inflamas,
Concitas ó serenas.
  No hay cláusula que un dardo
Dulcísimo no sea,
Ni afecto, pausa ó fuga,
Que el seno no conmueva.
  El tuyo turbulento
Retrata la tormenta
Que en lo interior te agita,
Y el canto ardiente expresa.
  Un débil ¡ay! lo abate,
Un trino lo releva,
Y otro y otros mas vivos
Su ondulacion aumentan.
  La nieve de tu rostro,

La grana que en risueñas
Se tiñen tus mejillas,
Se inflaman y se alteran.
  Tornátil la garganta
Reluce muy mas bella
Del lleno que á su lampo
La firme voz le presta.
  Y toda tú pareces
A Clio allá en las mesas
De Jove en lira de oro
Cantando su grandeza.
  Galatea adorada,
Reina en el piano, reina;
Y con tu voz y gracias
Cautiva y embelesa.
  Reina; que entre una y otras
El alma duda incierta
Cuál en tí es mas sublime,
Tu labio, ó tu belleza.
  Te ve, y á la hermosura
La palma le presenta;
Te escucha, y á tus trinos
Absorta se la entrega.

ODA X.

EL CONSEJO.

No tan rápido el labio
De tono y letras trueque;
Ni asi, hechicera amable,
Con mis afectos juegues.
Mírote yo en un punto
Ya bulliciosa, alegre,
De la inconstancia el vuelo
Pintarme en tus motetes:
Ya en derretido labio
Sensible embebecerme
Con las delicias puras
De dos amantes fieles:
Ya con ardiente grito
Colérica, demente,
Colmar de imprecaciones
A algun Teseo aleve;
O ya en helado acento
Hacer que el eco suene
De la tibieza misma
Los áridos placeres.
El alma y el oido

Seguir apenas pueden
La ligereza suma,
Que en tus mudanzas tienes:
  Mudanzas que te pintan
Mui mas inquieta y leve
Que las turbadas olas,
Que en medio el Ponto hierven:
  Mas que el voluble soplo
Con que fugaz se pierde
En su carrera el viento
Por las floridas mieses:
  Mas que del sol la llama
Cuando en las aguas hiere,
Y en rápidas centellas
De aqui y de allá se vuelve.
  No, Galatea amable,
Si en nuestros pechos quieres
Que las pasiones ardan,
Que con tu voz enciendes;
  Un tono y una letra
Concordes dulcemente
Con tu interior, retraten
Cuanto en el alma sientes.
  Deja esos vanos juegos,
En que por mal se aprende
A no sentir, á fuerza

De andar mudando siempre.
Y el corazon que ahora,
Sobresaltado al verte
Tanto en el canto vaga,
Lo mismo en tu amor teme:
Podrá en quietud gloriosa
Beber todo el deleite
Del armonioso piano,
De tu trinar celeste.
Mira el brillante insecto
Que en su inquietud perenne,
Tocando flores tantas,
Ninguna gozar puede;
Y con su egemplo cuerda,
Si ser feliz pretendes,
De la inconstancia loca
Jamas ventura esperes.

ODA XI.

MIS RECELOS.

¿Qué sombras oscurecen
Tu plácido semblante?
¿Por qué elevada y triste
No aciertas á mirarme?

Mi lira y mis canciones,
Mis juegos y donaires
Que un dia al cielo alzabas,
Ya tibia te desplacen.
Te busco, y tú me evitas;
Penado voy á hablarte,
Y airada no me escuchas,
O en quejas te deshaces.
Pretendo verte á solas,
Y siempre llego tarde;
De alguno acompañada,
Que dobla mis pesares.
Bien mio, ¡qué de veces
Dolida me culpaste
De que un momento solo
Al plazo yo faltase!
Este fugaz momento
Que á un tibio nada vale,
Decias, ¡qué de dichas
Dar puede á dos amantes!
Anhelo que me alegren
Tus trinos celestiales;
Y esquiva lo desdeñas,
O gimes tristes ayes.
¿Qué es esto, Galatea?
¿Por qué despegos tales,

Y huir de quien te adora,
Y á mi rogar negarte?
¿Tuvo jamas mi pecho
Secreto que ocultase
De tí, mi bien? el tuyo
Solo esconderlos sabe.
Todo á los dos nos rie:
A nuestro tierno enlace
Aplaude Amor: sus auras
Nos soplan favorables.
Un velo misterioso
De la calumnia infame
Nos guarda; y mas subidas
Nuestras delicias hace.
¡Y aun dudas y recelas!
¡Y en tu callar constante,
Inanimada estatua
Te gozas en mis males!
Tú que lo hallabas todo
En tu pasion tan fácil;
Y algun tiempo solias
Por tímido burlarme:
¿De dónde estos cuidados,
De dónde, amada, nacen?
¿Por qué de tan resuelta
Te has vuelto tan cobarde?

O ciertas son mis dudas
Que tiemblo, y tú combates,
¡Cruel! ó en afligirme
Tan solo te complaces.

ODA XII.

LA GUIRNALDA.

Mientras tú regalabas,
Galatea, mi oido
En tu armónico piano
Con tus célicos trinos,
Yo las flores mas lindas
Robé á este canastillo,
Que el Amor á mi mano
Presentara benigno:
Y casando con arte
Sus colores mas finos,
Ve la hermosa guirnalda
Que feliz he tejido.
Mira el jazmin cual hace
Los matices mas vivos
Del alelí, y la rosa
Cómo luce entre lirios.
Sale el verde en los tallos,

Relevando sombrío
Ya la anémona bella,
Ya el clavel purpurino.
  Y entrelazada y rica
De un ámoroso mirto,
De Citeres y Flora
Une á par los dominios.
  Mas si al gusto no alcanza,
Ni al primor esquisito
Que atesoran tus manos,
Y en tus obras admiro;
  A lo menos es muestra
Del mas tierno cariño
Que abrigó amante pecho;
Y por tal te la rindo.
  Deja pues que realce
Su galano atavío
De tu frente la nieve,
De tus trenzas el brillo.
  Deja, deja que el labio,
Cuando de ella las ciño
Y al compas de tu acento
Te repita sencillo:
  „A la diosa del canto,
„Cuyo canoro hechizo
„Si allá dulce sonara

„Conmoviera el Olimpo,
„En señal reverente
„Del éxtasi divino
„En que oyéndola caigo,
„Humilde la dedico."

ODA XIII.

MIS SOSPECHAS.

Sí, cruda Galátea,
Tu corazon inquieto
Abriga en daño mio
Algun infiel deseo;
En vano me lo escondes:
Tus trémulos acentos,
Tu confusion, tus pasos,
Todo lo está diciendo.
No mis sospechas nacen
De cavilosos zelos;
Ni necio en mis visiones,
Cual dices, devaneo.
La música fue siempre
Del alma un fiel espejo,
Do involuntarios brillan
Sus íntimos afectos.

La tuya que otras veces,
Cual tu inocente seno,
Mas plácida sonaba
Que un líquido arroyuelo
Va en el florido prado
Con susurrante juego,
Del oido y los ojos
Delicia y embeleso,
Hoy misteriosa y vaga,
Con sus falaces quiebros
Me enseña, que tus pasos
Son, desleal, lo mesmo.
Que no es la ciega suerte
Quien hace, que sus ecos
Reclamo sean seguro
De ese rival que temo.
De ese rival odioso,
Que donde quier molesto
Siguiéndonos, parece
Ser sombra de tu cuerpo.
¡Cruel....! ¡si artificiosa
Citándole....! yo veo
Las negras tempestades
Amenazar de lejos.
De mis ilusos ojos
Se ha descorrido el velo;

Y en mil y mil cuidados
Se abisma el pensamiento.
¡Oh quiera, Galatea,
Quiera benigno el cielo
Que de mi fiel cariño
Puedan llamarse sueños;
Y tú riente y blanda
El íris seas sereno,
Que en tan revueltas olas
Me dé la paz que anhelo!

ODA XIV.

LA MUSICA AFECTADA.

No culpes, Galatea,
Si el pecho no responde
Cual antes al imperio
De tus canoras voces:
Si deslumbrado de ellas
Y atónito las oye,
Sin que suspire tierno,
Ni de placer zozobre.
Que al verlo asi enredado
Tu labio desconoce
Entre ese laberinto,

Que la verdad me esconde.
  Ya en vez de aquellos dulces
Cuanto sencillos sones
Que fáciles pintaban
Tus gozos y temores;
  De aquellos blandos ayes,
Suavísimos arpones
Que traspasar pudieran
Un corazon de bronce;
  Dificil y estudiada
Lucirme te propones,
Profusa en tus gorgeos,
Del arte los primores.
  Él los admire; y deja
Que yo incómodo note
Que asi para perderte
La vanidad te adorne.
  Cual cortesana altiva
Que por brillar escoge
Las galas que la afean,
En vez las lindas flores,
  Que agracian las zagalas,
Y en su sencillo porte
En las almas despiertan
Tan plácidos amores.
  Clara, fácil y pura

La voz de las pasiones,
Ora vehementes truenen,
Ora apenadas lloren,
  Solo un sollozo, un grito,
Un débil ¡ay! nos rompe
De ellas lanzado el pecho,
Y en ansias mil lo pone:
  Cual el pio doliente
Que en la lóbrega noche
Solitaria despide
Filomena en el bosque.
  Hasta el silencio mismo
A que el dolor se acoge,
Cuando el cruel despecho
Sin compasion le roe,
  Muy mas al alma dice,
Que ese tropel informe
Que en tu voluble labio
Cual un torrente corre:
  Ese tropel de quiebros
Que mi atencion absorve
Para ofuscarla, estéril
En dulces emociones.
  Si pues cual veces tantas
Buscas que el seno acorde
Con tus acentos ria,

Suspire, anhele, goce;
Vuélveles, Galatea,
A mi súplica dócil
La sencillez amable,
Que me hechizaba entonces.

ODA XV.

LA RECONVENCION.

¡Qué mal tus juramentos
Y el entusiasmo ardiente
Con que un amor constante
Falaz probarme quieres,
Con tus volubles pasos,
Con el fatal billete,
Con todo cuanto miro,
Galatea, conviene!
En vano, en vano intentas
Las nubes deshacerme,
Que tu decoro manchan,
Mis glorias oscurecen.
Las que tú sombras llamas,
Son muestras evidentes
De mi abandono injusto,
De tu inconstancia aleve.

De mi rival dichoso
Yo vi la altiva frente
Ornar de Amor el mirto
Las rosas de Citeres.
Te vi por inflamarle
Solícita prenderte;
Y al valle como loca
Salir por solo verle.
Ciervilla apasionada
Que en su furor vehemente
Corre el monte, y bramando
Los aires ensordece.
Y vite al encontrarle
Perdida embebecerte,
Intérpretes los ojos
De tu pasion demente.
Con sus miradas tiernas
Las tuyas entenderse:
Con él gastar mil sales,
Conmigo mil desdenes.
En los canoros trinos
Que al yelo mismo encienden,
Te oí por él las ansias,
Que yo escuché otras veces.
Y en tu nevado seno,
¡Oh nunca yo lo viese!

De su delirio insano
Las señas aun recientes.
¡Y eres ¡ay! fementida,
La que jurarme sueles,
Que triunfará tu llama
Del tiempo y de la muerte!
¡La que por mí en tus cantos
Dudas, recelas, temes,
O en flébiles sollozos
Penada desfalleces!
Injusta Galatea,
No mas, no mas intentes
Con lágrimas y escusas
Falaz entretenerme.
No mas, no mas, perjura,
Me tiendas ya tus redes:
Los rayos de tus ojos
Por falsos no me hieren.
Cesó el encanto, Armida;
En vano por prenderme
Artera en tu regazo
Delicias mil me ofreces.
Tus labios y tus ojos
Fascinan dulcemente:
Cuanto los dos afirman,
Tu pecho lo desmiente.

Conozco tu inconstancia;
Conozco que no puedes
Guardar ni un solo dia,
Lo que falaz prometes.

No pues tu voz profane
Amores que no tienes;
Ni á quien te amó tan fino
Mas, bárbara, atormentes.

Que el plazo no está lejos,
Si el cielo no pretende
Cual tú burlarme injusto,
En que el Amor me vengue:

En que tu impuro incienso
Su indignacion desdeñe:
De su feliz morada
Te arroje para siempre;

Y tú en desprecio llores
Del mismo que hoy prefieres
Lo nada que en él ganas,
Lo mucho que en mí pierdes.

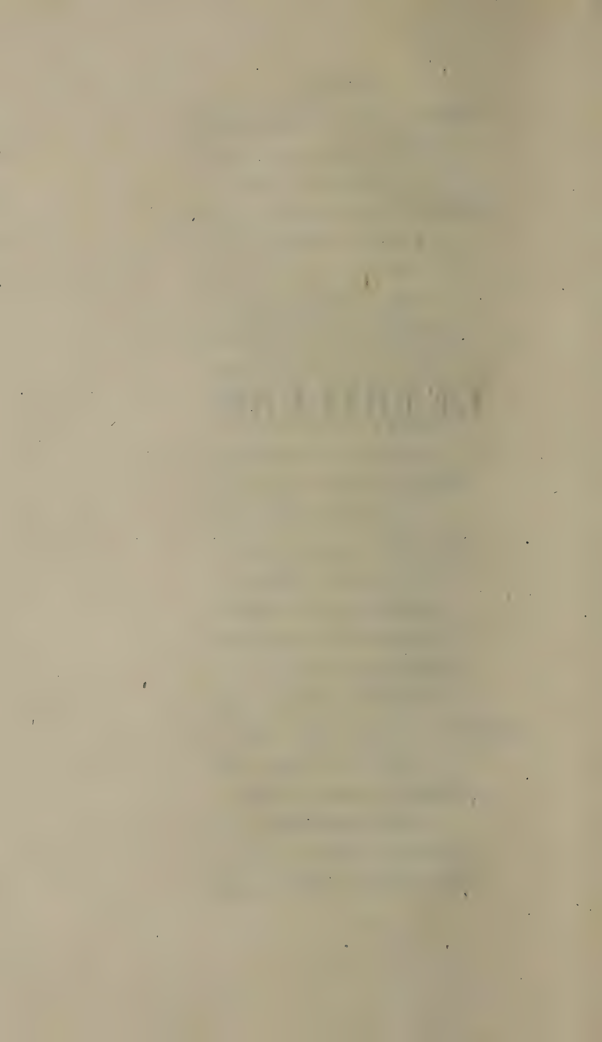
ODA XVI.

EL ROMPIMIENTO.

¿Ves fósforo radiante
Que en el cielo tranquilo

Se enciende, corre y muere
En un momento mismo?
  Tales, ó Galatea,
Por tu inconstancia han sido
Mis aparentes dichas,
Nuestro fugaz cariño.
  Inopinado al soplo
Prendióse de un suspiro,
Que á tus dolientes ayes
Exhaló el pecho mio.
  Corrió vivaz la llama
Por todos los delirios,
Que en su embeleso sueña
Amor correspondido.
  Faltó por tus mudanzas
El pábulo á su brillo;
Y súbito entre sombras
Hundióse en el olvido.
  Con él de tu garganta
Cesó el fatal prestigio;
Y amor que encendió el viento,
Cual viento se deshizo.
  Quédate, pues, voltaria:
Tus melodiosos trinos
A otro prendan que llore,
Mientras que yo libre rio.

LETRILLAS.



LETRILLA I.

EL AMANTE TIMIDO.

„Si quiero atreverme,
„No sé qué decir.
En la pena aguda
Que me hace sufrir
El Amor tirano
Desde que te ví;
Mil veces su alivio
Te voy á pedir,
Y luego, aldeana,
Que llego ante tí,
„Si quiero atreverme,
„No sé qué decir.
Las voces me faltan,
Y mi frenesí
Con míseros ayes
Las cuida suplir;
Pero el dios que aleve
Se burla de mí,
Cuanto ansio mas tierno
Mis labios abrir,
„Si quiero atreverme,

„No sé qué decir.
Sus fuegos entonces
Empieza á sentir
Tan vivos el alma,
Que pienso morir.
Mis lágrimas corren,
Mi agudo gemir
Tu pecho sensible
Conmueve; y al fin
„Si quiero atreverme,
„No sé qué decir.
No lo sé, temblando
Si por descubrir
Con loca esperanza
Mi amor infeliz,
Tu lado por siempre
Tendré ya que huir:
Sellándome el miedo
La boca; y asi
„Si quiero atreverme,
„No sé qué decir.
¡Ay! ¡si tú, adorada,
Pudieras oir
Mis hondos suspiros!
Yo fuera feliz.
Yo, Filis, lo fuera,

Mas ¡triste de mí!
Que tímido al verte
Burlarme y reir,
„Si quiero atreverme,
„No sé qué decir.

LETRILLA II.

A UNOS LINDOS OJOS.

„Tus lindos ojuelos
„Me matan de amor.
Ora vagos giren,
O párense atentos,
O miren exentos,
O lánguidos miren,
O injustos se aïren
Culpando mi ardor,
„Tus lindos ojuelos
„Me matan de amor.
Si al fanal del dia
Emulando ardientes,
Alientan clementes
La esperanza mia;
Y en su halago fia
Mi crédulo error,

„ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor.
Si evitan arteros
Encontrar los mios,
Sus falsos desvíos
Me son lisonjeros.
Negándome fieros
Su dulce favor,
„ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor.
Los cierras burlando,
Y ya no hay amores,
Sus flechas y ardores
Tu juego apagando:
Yo entonces temblando
Clamo en tanto hórror,
„ ¡ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor!
Los abres riente,
Y el Amor renace,
Y en gozar se place
De su nuevo oriente;
Cantando demente
Yo al ver su fulgor,
„ Tus lindos ojuelos
„ Me matan de amor.

Tórnalos, te ruego,
Niña, hácia otro lado,
Que casi he cegado
De mirar su fuego.
¡Ay! tórnalos luego,
No con mas rigor
„Tus lindos ojuelos
„Me maten de amor.

LETRILLA III.

LA GUIRNALDA.

„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.
De las tiernas flores
Que da mi verjel,
Cuantas vi mas lindas
Con afan busqué:
Y aun entre ellas quise
De nuevo escoger,
Las que entrelazadas
Formasen mas bien
„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.
Los ricos matices

Que varió el pincel,
En ellas de Flora
Sabe disponer,
Del gusto guiado
Tan feliz casé,
Que es gozo y envidia
De cuantos la ven,
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Sentí al acabarla
Tan dulce placer,
Que al Niño vendado
La quise ofrecer.
No, luego me dije,
Que es falso y cruel;
Y de la inocencia
Premio debe ser
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Allá en sus pensiles
Él puede coger
Guirnaldas, que ciñan
Su pérfida sien.
Mientras mi respeto
Consagra á los pies
Del decoro amable,

Del recato fiel
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
No la esquive, niña,
Tu áspero desden;
O bajes los ojos
Con mas timidez:
Ni en tanta vergüenza
Te mire yo arder,
Que venza tu rostro
Por su rosicler
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Sobre tu cabello
Déjala poner,
Que en don tan humilde
Nada hay que temer.
Verás cual se luce
Con su blonda red,
Y de tu alba frente
Con la hermosa tez
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Las flores son galas
De la sencillez:
Tu beldad sencilla

Digna de ellas es:
Dignas tus virtudes
De mas alto bien.
Admite pues, niña,
Admite cortés
„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.
¡Y ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos lóores
Los siglos te den!
¡Ojalá á tu mando
Las dichas esten!
Cual ora por feudo
De tus gracias ves
„Mi linda guirnalda
„De rosa y clavel.

LETRILLA IV.

LA LIBERTAD A LICE.

Traduccion del Metastasio.

Merced á tus traiciones
Al fin respiro, Lice,

Al fin de un infelice
El cielo hubo piedad:
Ya rotas las prisiones
Libre está el alma mia;
No sueño, no, este dia
Mi dulce libertad.

Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exento
Ni aun un despique siento
Do se disfrace amor.
No el rostro se me inflama
Si oigo tal vez nombrarte;
El pecho no al mirarte
Palpita de temor.

Duermo en paz, y no creo
Tu imagen ver presente;
Ni al despertar la mente
Se empieza en tí á gozar.
Lejos de tí me veo,
Y quieto estoy de grado,
Que nada en mí ha quedado,
Ni gusto ni pesar.

Si hablo, en tus perfecciones
No enternecerme siento;
Si mis delirios cuento,
Ni aun indignarme sé.

Delante te me pones,
Y ya no estoy turbado:
En paz con mi engañado
Rival de tí hablaré.
Mírame en rostro fiero,
Háblame en faz humana:
Tu altanería es vana,
Y es vano tu favor:
Que en mí el mandar primero
Perdió tu hablar divino;
Tus ojos no el camino
Saben del corazon.
Lo que me place o enfada,
Si estoy alegre ó triste,
No en ser tu don consiste,
Ni culpa tuya es.
Que ya sin tí me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa aunque allí estés.
Mira si soy sincero;
Aun me pareces bella;
Pero no, Lice, aquella
Que parangon no há.
Y (no por verdadero
Te ofenda) algun defecto

Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldad.
Al romper las cadenas,
(Dígolo sonrojado)
Mi corazon llagado
Romper se vió, y morir.
Mas por salir de penas
Y de opresion librarse,
En fin por rescatarse
¡Qué no es dado sufrir!
El colorin trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma en su fatiga
Deja por escapar.
Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva;
Ni cauto con tal prueba
Le tornan á engañar.
Sé que aun no crees extinto
Aquel mi ardor primero,
Porque callar no quiero,
Y dél hablando esto:
Solo el natal instinto
Me aguija á hacerlo, Lice,
Con que cualquiera dice
Los riesgos que sufrió.

Pasadas iras cuento
Tras tanto ensayo fiero:
De la herida el guerrero
Muestra asi la señal.
Asi muestra contento
Cautivo, que de penas
Escapó, las cadenas
Que arrastró por su mal.

Hablo, mas solo hablando
Satisfacerme curo:
Hablo, mas no procuro
Que crédito me dés.
Hablo, mas no demando
Si apruebas mis razones:
Si á hablar de mí te pones,
Que tan tranquila estés.

Yo pierdo una inconstante;
Tú un corazon sincero:
Yo no sé cual primero
Se deba consolar.
Sé que un tan fiel amante
No le hallarás, traidora;
Mas otra engañadora
Bien fácil es de hallar.

LETRILLA V.

REGALANDO UNOS DULCES A UNA SEÑORITA DE POCOS AÑOS.

A la mas dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan:
A la preciosa
Y amable Silvia
Un dulce mimo
Mi afecto envia.
A la que artera,
Vivaz, festiva,
Puede á las Gracias
Causar envidia.
Cuya persona
Toda es delicias,
Toda en su trato
Sales y almíbar.
La que azucena,
Pura, sencilla,
Sin gemir hace
Que tantos giman.

Y en su inocencia
Donosa y linda
Arrastra esclavos
Cuantos la miran.
Cuyos ojuelos
La bondad misma
Son, y la boca
Fuente de risas.
Mientra en su seno
Reinan unidas
La atencion grata,
La amistad fina.
Seno, á quien nada
Bajo mancilla,
De almos afectos
Felice mina.
¡Oh! en paz gloriosa
Por siempre vivas,
Sin que te anublen
Duelos ni cuitas.
Todo te halague,
Todo te ria;
La suerte en todo
Ciega te sirva.
Ni en tus hervores
Nunca despidas

Otros suspiros
Que de alegría.
   Nunca; y el cielo
Cual con benigna
Lumbre á la tierra
Plácido mira,
   Asi riente,
La edad florida
Regale, adule,
Colme de dichas
   A la mas dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan.

LETRILLA VI.

LA FLOR DEL ZURGUEN [1].

Parad, airecillos,
Y el ala encoged,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.

1 Asi llamaba el autor á una niña muy bella del nombre de un valle cercano á Salamanca.

Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Do del sol se guarde
,, La flor del Zurguen.
Parad, airecillos,
Parad, y vereis
A aquella que ciego
De amor os canté:
A aquella que aflige
Mi pecho cruel,
La gloria del Tórmes,
,, La flor del Zurguen.
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Y atónitos ved
Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
,, La flor del Zurguen.
Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Vereis, cefirillos,
Con cuanto placer

Respira su aroma
„ La flor del Zurguen.
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cual late, y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
„ La flor del Zurguen.
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda cual bella
„ La flor del Zurguen.
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
¿Decidme, airecillos,
Decidme qué haré,
Para que me escuche
„ La flor del Zurguen?

Vosotros felices
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mí el albo pie.
  Llegad, y al oido
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
  „La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa,
Su altivo desden.
  Llegad y piadosos,
De un triste os doled;
Así os dé su seno
  „La flor del Zurguen.

LETRILLA VII.

FILIS CANTANDO.

„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.
Venid: de sus labios,

Do la suavidad
Suspira entre rosas
Y miel y azahar,
La alegre alborada
Canoras llevad,
Para cuando el dia
Comience á rayar.
„ Venid, avecillas,
„ Venid á tomar
„ De mi zagaleja
„ Leccion de cantar.
Con vuestros piquitos
Dulces remedad
Sus juegos alegres,
Su tono y compás;
Las fugas y vueltas,
Con que enagenar
De amor logra á cuantos
Oyéndola estan.
„ Venid, avecillas,
„ Venid á tomar
„ De mi zagaleja
„ Leccion de cantar.
Seguid su elevado
Y ardiente trinar,
O el desfallecido

Blando suspirar,
Que el alma penetra
De dulzura tal,
Que en pos de sus ayes
Se quiere exhalar.
„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.
Yo que lo he sentido
No alcanzo á explicar,
Cual mueve y encanta
Su voz celestial.
Venidlo vosotras,
Venidlo á probar,
Por mas que su gracia
Tengais que envidiar.
„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.
Venid, parlerillas;
No dejeis pasar
La ocasion dichosa,
Pues cantando está.
Venid revolando,

Que no ha de cesar
Su voz regalada
Con vuestro llegar.
„ Venid, avecillas,
„ Venid á tomar
„ De mi zagaleja
„ Leccion de cantar.

LETRILLA VIII.

LA ROSA.

„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
La rosa primera
Que de mi jardin
Llorándolo Flora
Hoy, Filis, cogí,
Y Amor á mi ruego
Crió para tí,
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Ella el suyo hermoso
Acaba de abrir
Del céfiro blando
Al soplo sutil;

Y en otro de nieve
Anhela morir:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Su aroma fragante
Puede competir
Con cuantos de Gnido
Exhala el pensil:
Su púrpura excede
Al vivo cármin:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
La altiva azucena,
El albo jázmin,
El clavel pomposo
Y el fresco alelí
Parias á mi rosa
Le deben rendir:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Si Venus la viera,
Como yo la ví
Entre cien pimpollos
Flotante lucir,
Quisiérala al punto
Solo para sí:

„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.

Quisieran las Gracias
En donosa lid
El prez de gozarla
Con Vénus partir;
Y adornar con ella
Su pecho gentil:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.

Déjalo; y permite
Que á mi rosa unir
Mil dulces suspiros
Pueda y ansias mil;
Quizá asi mas grata
Los gustes de oir.
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.

Ve, flor venturosa,
Y á mi amada dí,
Cuan penado envidio
Tu glorioso fin:
Por él yo trocara
Mi triste vivir.
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.

Haz lenguas tus hojas,
Y clamen por mí:
Clamen hasta verla
Arder y gemir;
Robando á su boca
Dulcísimo un sí.
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Si alcanzases, rosa,
Como yo á sentir,
¡Oh! ¡cual te mecieras
De aqui para allí,
Sus globos de nieve
Ansiando cubrir!
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Si yo en tí pudiese
Mi ser convertir
Sobre ellos mis labios
Lograra imprimir.
¡Ay Filis! que solo
Me es dado decir:
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.

LETRILLA IX.

EL DESPECHO.

Sal ¡ay! del pecho mio,
Sal luego Amor tirano;
Y apaga el fuego insano,
Que abrasa el corazon.
Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas,
Que hoy rompe la razon.
No mas á una inhumana
Seguir perdido y ciego;
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.
Con su beldad ufana
Allá se goce altiva,
Que á mí no me cautiva
Quien me hace padecer.
Dos años la he servido:
¿Y en ello qué he ganado?
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.
¡O tiempo mal perdido!

¡O agravios! ¡ó traiciones!
¿En tantas sinrazones
Cómo podré vivir?
Pensaba yo que un dia,
Favorecido amante,
Por mi pasion constante
Me coronara Amor;
Y ardiente en mi porfia,
Contento en el desprecio
Pensaba yo..... ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!
Mis ansias por agravios
Suenan en sus oidos;
Los míseros gemidos
Irritan su esquivez.
Asi mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.
La busco, y tras su planta
Corriendo voy; mas ella
Me evita, y ni su huella
Logra mi fe adorar.
Que con fiereza tanta
Llegó ya á aborrecerme,
Que el rostro por no verme

Ni aun quiere á mí tornár.
¡Ingrata! ¡Fementida!
Prosigue en tus rigores;
O añade otros mayores
Con bárbaro placer.
Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.
Mas no, mi dulce dueño,
Cese el desden impío,
Cese; y del amor mio
Déjate ya servir.
Y quien tu antiguo ceño
Lloró, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

LETRILLA X.

EL RICITO.

„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Cadejito de oro,
Que debo á mi bien,

A calmar süave
En mi pecho ven
De ausencia tan triste
La pena cruel;
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Su fina memoria
Que mis ansias ve,
Por premio te envia
De mi tierna fe;
Y en tí á par la suya
Me quiere ofrecer,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Mi amor la recibe;
Y espera que fiel
No olvide los votos
Que allá le escuché,
Cual yo aqui su esclavo
Por siempre seré,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Yo te vi algun dia
¡Oh! ¡cual lo envidié!
Suelto de su frente
La nieve envolver,

O en feliz contraste
Con su rubia sien,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Y tus blondas sedas
Vi á Amor extender:
Asi á sus ojuelos
Un velo tejer;
Y artero y festivo
Cubrirse con él,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Mas fúlgido entonces,
Y en todo tu prez,
Al oro de Tivar
Te vi oscurecer:
Y yo entre tus hebras
Cautivo exclamé:
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Si mil libertades
Se van á perder
En tu laberinto,
¡La mia por qué
Tan noble osadía
No habrá de tener!

„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Hoy quiere tu dueño,
Mudado tu ser,
Que en tí asegurada
Mi ventura esté.
Ven pues de mi pecho
Al firme joyel,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Ven; y mi esperanza
Benigno sosten,
Que yo con mi lira
Tan claro te haré,
Que los astros mismos
Un lugar te den,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.

LETRILLA XI.

LA RESOLUCION.

„ Bronce á su llanto,
„ Nieve á su ardor.
Por selva y prado

Mi dulce amor
Me sigue, hablando
De su dolor.
  Suspira y llora;
¡Ay! ¿seré yo,
    „Bronce á su llanto,
    „Nieve á su ardor?
  En blando alivio
Solo un favor
Me ruega humilde:
¿Se lo haré? no.
  No; que me manda
Ser el honor
    „Bronce á su llanto,
    „Nieve á su ardor.
  ¡Honor tirano!
Que á la razon
Bárbaro oprimes,
¿Quién te inventó?
  ¿Por qué me ordenas
Ser con Damon,
    „Bronce á su llanto,
    „Nieve á su ardor?
  ¿Por qué al mas fino
Gentil pastor,
Por qué negarle

Tan fácil don?
¿Ni ser injusta,
Si él me prendó,
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor?
Yo bien lo hiciera,
Mas otra voz
Huye, me clama,
Tal sinrazon:
Ni el gusto feries
A un vil temor,
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Mira que èl dia
Vuela veloz,
Y el que le sigue
Nunca es mejor.
Mañana es tarde:
Cesa en tu error,
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
La beldad pasa:
Coge su flor,
Que en un momento
La agosta el sol;
Y en vano entonces

Serás ¡qué horror!
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Túrbome y dudo,
Y en dulce union
A amar me inclino
A quien me amó;
Sin que á ser baste
Ya mi rigor,
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Antes le entrego
Mi corazon
Cual fino el suyo
Se me rindió:
Siendo en tan grata
Transformacion
„Nieve á su llanto,
„Cera á su ardor.

LETRILLA XII.

LA FLOR DEL ZURGUEN.

Aves, que canoras
Venis á ofrecer

La alborada al dia
Que empieza á nacer,
Si aun dulces trinais
Por ver á mi bien,
Callad que ya sale
,, La flor del Zurguen.
Si ansiais de sus gracias
Las señas tener,
Callad, parlerillas,
Que yo os las diré;
Que en el alma impresas
Las llevo tan bien,
Cual tenga las mias
,, La flor del Zurguen.
Su rostro la gloria,
La nieve su tez,
Sus risas el alba,
Su lengua la miel;
Y el turgente seno
De Amor el vergel,
Donde con él juega
,, La flor del Zurguen.
Sobre él la donosa
Prendiera un joyel,
Do heridos dos pechos
De amores pinté;

Un lazo los une
De rosa y clavel;
Y en torno esta letra,
„ La flor del Zurguen.
Sin que yo la llame,
Blando ya el desden,
Cual suelta corcilla
Me sale aqui á ver:
Y cual fiel paloma
Tras su pichon fiel,
Asi á mi voz corre
„ La flor del Zurguen.
Conmigo á este valle
La saco á aprender
De Amor en el arte
Leccion de querer;
Y ya á todas pasa
En menos de un mes:
¡Tanto ingenio tiene
„ La flor del Zurguen!
Cuidado, avecitas,
Que nadie á entender
Los misterios llegue,
Que yo la enseñé;
Si cual niña simple
La viereis tal vez,

Que amable os las fia
„ La flor del Zurguen.
Callad la inocencia
Y el vivo placer,
Que á par en su rostro
Riendo se ven,
Cuando en dulce premio
De mi tierna fe,
Me mira y suspira
„ La flor del Zurguen.
Y yo muy mas loco,
Al verla temer,
Y ansiar y en mis llamas
Negándolo arder,
Templar en su seno
Procuro la sed,
Que enciende en el mio
„ La flor del Zurguen.
Mas vedla cual llega:
Yo ciego no sé
Al ver su donaire
Qué decir, ni hacer.
Trinadle vosotras
Por mí el parabien;
Y suene hasta el cielo
„ La flor del Zurguen.

LETRILLA XIII.

EL LUNARCITO.

„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
¿De dónde, donosa,
El lindo lunar,
Que sobre tu seno
Se vino á posar?
¿Cómo, di, la nieve
Lleva mancha tal?
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
¿Qué tienen las sombras
Con la claridad;
Ni un oscuro punto
Con la alba canal,
Que un val de azucenas
Hiende por mitad?
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Premiando sus hojas
El ciego rapaz,
Por juego un granate

Fue entre ellas á echar:
  Mirólo, y ríose,
Y dijo vivaz:
    „La noche y el dia
    „¿Qué tienen de igual?
  En él sus saetas
Se puso á probar;
Mas nunca lo hallara
Su punta fatal.
  Y diz que picado
Se le oyó gritar:
    „La noche y el dia
    „¿Qué tienen de igual?
  Entonces su madre
La parda señal
Por término puso
De gracia y beldad;
  Do clama el deseo
Al verse estrellar:
    „La noche y el dia
    „¿Qué tienen de igual?
  Estréllase, y mira;
Y torna á mirar;
Mientra el pensamiento
Mil vueltas le da;
  Iluso, perdido,

Ansiando encontrar,
„ La noche y el dia
„ ¿Qué tienen de igual?
Cuando tú lo cubres
De un albo cendal,
Por sus leves hilos
Se pugna escapar.
¡Señuelo del gusto!
¡Dulcísimo iman!
„ La noche y el dia
„ ¿Qué tienen de igual?
Turgente tu seno
Se ve palpitar,
Y á su blando impulso
Él viene, y él va;
Diciéndome mudo
Con cada compás:
„ La noche y el dia
„ ¿Qué tienen de igual?
Semeja una rosa,
Que en medio el cristal
De un limpio arroyuelo
Meciéndose está.
Clamando yo al verle
Subir y bajar:
„ La noche y el dia

„ ¿Qué tienen de igual?
¡Mi bien! si alcanzases
La llaga mortal,
Que tu lunarcito
Me pudo causar,
No asi preguntaras
Burlando mi mal,
„ La noche y el dia
„ ¿Qué tienen de igual?

LETRILLA XIV.

LA DESPEDIDA.

A Dios, mi dulce vida,
Filis á Dios, que el hado
Mi fin ha decretado;
Y es fuerza ya partir.
A Dios.... ¡ó despedida!
¡O crudo! ¡amargo instante!
A Dios..... ¿mi pecho amante
Podrá sin tí vivir?
Sin esos lindos ojos,
Sin esa amable boca,
Que al mismo Amor provoca,
¿Qué dicha podré hallar?

Solo angustias y enojos,
Dudas, llantos y zelos.
¡Ay Fili! ¡qué consuelos
Para mi ardor templar!
Acordaréme en vano
De aquel felice dia
Que te juraste mia,
Que te ofrecí mi fe.
Y en mi delirio insano
A tí tornando fino,
Mil veces el camino
Perderá incierto el pie.
De tu habla deliciosa
El celestial sonido
Conservará mi oido
Para mayor dolor.
Tu imagen engañosa
Creeré tener al lado:
A asirla iré; y burlado
Maldeciré mi error.
Saldrá la fresca Aurora
A recordarme aquella,
Do á solas muy mas bella
Te me dejaste ver.
Vendrá la noche; ahora
Libre, diré, le hablaba:

Ahora el amor nos daba
La copa del placer.
Cual colorin cautivo
Luchando noche y dia
La jaula abrir porfia;
Y el hierro quebrantar:
Asi ¡dolor esquivo!
Dará mi pensamiento
De tormento en tormento,
Sin un punto parar.
Te seguiré zelosa:
Te temeré enojada:
Te rogaré olvidada:
Te amansaré cruel.
O blanda y amorosa
Con plácidas orejas
Oirás tal vez mis quejas,
Tan bella como fiel.
Ora estés mansa, ó cruda
Dudes, temas, rezeles,
Por mi salud anheles,
O desdeñes mi amor:
Todo en mi pena aguda
Me angustiará, tu olvido
Por cierto, por fingido
¡Ay Fili! tu favor.

¡Mas tú, mi bien, llorosa!
¡Tú triste! ¡tú abatida!
¿Si estás asi, mi vida,
Cual mi dolor será?
A Dios, á Dios: piadosa
Te acuerda que un mar hecho
Me parto..... que mi pecho
Jamas te olvidará.

LETRILLA XV.

EN UN CONVITE DE AMISTAD.

„Bebamos, bebamos
„Del suave licor,
„Cantando beodos
„A Baco, y no á Amor.
Amigos, bebamos;
Y en dulce alegría
Perdamos el dia:
La copa empinad.
¿En qué nos paramos?
La ronda empecemos,
Y á un tiempo brindemos
Por nuestra amistad.
„Bebamos, bebamos

„ Del suave licor,
„ Cantando beodos
„ A Baco, y no á Amor.

¡O qué bien que sabe!
Otro vaso venga:
Cada cual sostenga
Su parte en beber.

Y quien quiera alabe
De Amor el destino;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.

„ Bebamos, bebamos
„ Del suave licor,
„ Cantando beodos
„ A Baco, y no á Amor.

¡O vino precioso!
¡Cómo estás riendo!
¡Saltando! ¡bullendo!
¿Quién no te amará?

Tu olor delicioso,
Color sonrosado,
Sabor delicado,
¿Qué no rendirá?

„ Bebamos, bebamos
„ Del suave licor,
„ Cantando beodos

„A Baco, y no á Amor.

Amor da mil sustos,
Ansias y dolores;
Coja otro sus flores,
Cójalas por mí:

Que yo mis disgustos
Templaré bebiendo,
¡O Baco! y diciendo
Mil glorias de tí.

„Bebamos, bebamos
„Del suave licor,
„Cantando beodos
„A Baco, y no á Amor.

Tú al Indo venciste:
Tú los tigres fieros
Cual mansos corderos
Pudiste ayuntar.

Tú el vino nos diste;
El vino que sabe
La pena mas grave
En gozo tornar.

„Bebamos, bebamos
„Del suave licor,
„Cantando beodos
„A Baco, y no á Amor.

Venga, venga el vaso,

Que varió el pincel,
En ellas de Flora
Sabe disponer,
Del gusto guiado
Tan feliz casé,
Que es gozo y envidia
De cuantos la ven,
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Sentí al acabarla
Tan dulce placer,
Que al Niño vendado
La quise ofrecer.
No, luego me dije,
Que es falso y cruel;
Y de la inocencia
Premio debe ser
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Allá en sus pensiles
Él puede coger
Guirnaldas, que ciñan
Su pérfida sien.
Mientras mi respeto
Consagra á los pies
Del decoro amable,

Del recato fiel
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
No la esquive, niña,
Tu áspero desden;
O bajes los ojos
Con mas timidez:
Ni en tanta vergüenza
Te mire yo arder,
Que venza tu rostro
Por su rosicler
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Sobre tu cabello
Déjala poner,
Que en don tan humilde
Nada hay que temer.
Verás cual se luce
Con su blonda red,
Y de tu alba frente
Con la hermosa tez
„ Mi linda guirnalda
„ De rosa y clavel.
Las flores son galas
De la sencillez:
Tu beldad sencilla

Digna de ellas es:
  Dignas tus virtudes
De mas alto bien.
Admite pues, niña,
Admite cortés
    „ Mi linda guirnalda
    „ De rosa y clavel.
  ¡ Y ojalá te mire
Tanto florecer,
Que eternos lòores
Los siglos te den!
  ¡ Ojalá á tu mando
Las dichas esten!
Cual ora por feudo
De tus gracias ves
    „ Mi linda guirnalda
    „ De rosa y clavel.

LETRILLA IV.

LA LIBERTAD A LICE.

Traduccion del Metastasio.

Merced á tus traiciones
  Al fin respiro, Lice,

Al fin de un infelice
El cielo hubo piedad:
Ya rotas las prisiones
Libre está el alma mia;
No sueño, no, este dia
Mi dulce libertad.

Cesó la antigua llama,
Y tranquilo y exento
Ni aun un despique siento
Do se disfrace amor.
No el rostro se me inflama
Si oigo tal vez nombrarte;
El pecho no al mirarte
Palpita de temor.

Duermo en paz, y no creo
Tu imagen ver presente;
Ni al despertar la mente
Se empieza en tí á gozar.
Lejos de tí me veo,
Y quieto estoy de grado,
Que nada en mí ha quedado,
Ni gusto ni pesar.

Si hablo, en tus perfecciones
No enternecerme siento;
Si mis delirios cuento,
Ni aun indignarme sé.

Delante te me pones,
Y ya no estoy turbado:
En paz con mi engañado
Rival de tí hablaré.
Mírame en rostro fiero,
Háblame en faz humana:
Tu altaneria es vana,
Y es vano tu favor:
Que en mí el mandar primero
Perdió tu hablar divino;
Tus ojos no el camino
Saben del corazon.
Lo que me place ó enfada,
Si estoy alegre ó triste,
No en ser tu don consiste,
Ni culpa tuya es.
Que ya sin tí me agrada
El prado y selva hojosa;
Toda estancia enojosa
Me cansa aunque alli estés.
Mira si soy sincero;
Aun me pareces bella;
Pero no, Lice, aquella
Que parangon no há.
Y (no por verdadero
Te ofenda) algun defecto

Noto en tu lindo aspecto,
Que tuve por beldad.
Al romper las cadenas,
(Dígolo sonrojado)
Mi corazon llagado
Romper se vió, y morir.
Mas por salir de penas
Y de opresion librarse,
En fin por rescatarse
¡Qué no es dado sufrir!
El colorin trabado
Tal vez en blanda liga,
La pluma en su fatiga
Deja por escapar.
Mas presto matizado
Se ve de pluma nueva;
Ni cauto con tal prueba
Le tornan á engañar.
Sé que aun no creés extinto
Aquel mi ardor primero,
Porque callar no quiero,
Y dél hablando esto:
Solo el natal instinto
Me aguija á hacerlo, Lice,
Con que cualquiera dice
Los riesgos que sufrió.

Pasadas iras cuento
Tras tanto ensayo fiero:
De la herida el guerrero
Muestra asi la señal.
Asi muestra contento
Cautivo, que de penas
Escapó, las cadenas
Que arrastró por su mal.

Hablo, mas solo hablando
Satisfacerme curo:
Hablo, mas no procuro
Que crédito me dés.
Hablo, mas no demando
Si apruebas mis razones:
Si á hablar de mí te pones,
Que tan tranquila estés.

Yo pierdo una inconstante;
Tú un corazon sincero:
Yo no sé cual primero
Se deba consolar.
Sé que un tan fiel amante
No le hallarás, traidora;
Mas otra engañadora
Bien fácil es de hallar.

LETRILLA V.

REGALANDO UNOS DULCES A UNA SEÑORITA DE POCOS AÑOS.

A la mas dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan:
A la preciosa
Y amable Silvia
Un dulce mimo
Mi afecto envia.
A la que artera,
Vivaz, festiva,
Puede á las Gracias
Causar envidia.
Cuya persona
Toda es delicias,
Toda en su trato
Sales y almíbar.
La que azucena,
Pura, sencilla,
Sin gemir hace
Que tantos giman.

Y en su inocencia
Donosa y linda
Arrastra esclavos
Cuantos la miran.
Cuyos ojuelos
La bondad misma
Son, y la boca
Fuente de risas.
Mientra en su seno
Reinan unidas
La atencion grata,
La amistad fina.
Seno, á quien nada
Bajo mancilla,
De almos afectos
Felice mina.
¡Oh! en paz gloriosa
Por siempre vivas,
Sin que te anublen
Duelos ni cuitas.
Todo te halague,
Todo te ria;
La suerte en todo
Ciega te sirva.
Ni en tus hervores
Nunca despidas

Otros suspiros
Que de alegría.
  Nunca; y el cielo
Cual con benigna
Lumbre á la tierra
Plácido mira,
  Asi riente,
La edad florida
Regale, adule,
Colme de dichas
  A la mas dulce
De cuantas niñas
Del feliz Turia
La margen pisan.

LETRILLA VI.

LA FLOR DEL ZURGUEN [1].

Parad, airecillos,
Y el ala encoged,
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.

1 Asi llamaba el autor á una niña muy bella del nombre de un valle cercano á Salamanca.

Parad, y de rosas
Tejedme un dosel,
Do del sol se guarde
,, La flor del Zurguen.
Parad, airecillos,
Parad, y vereis
A aquella que ciego
De amor os canté:
A aquella que aflige
Mi pecho cruel,
La gloria del Tórmes,
,, La flor del Zurguen.
Sus ojos luceros,
Su boca un clavel,
Rosa las mejillas,
Y atónitos ved
Do artero Amor sabe
Mil almas prender,
Si al viento las tiende
,, La flor del Zurguen.
Volad á los valles;
Veloces traed
La esencia mas pura
Que sus flores den.
Vereis, cefirillos,
Con cuanto placer

Respira su aroma
„ La flor del Zurguen.
Soplad ese velo,
Sopladlo, y veré
Cual late, y se agita
Su seno con él:
El seno turgente,
Do tanta esquivez
Abriga en mi daño
„ La flor del Zurguen.
¡Ay cándido seno!
¡Quién sola una vez
Dolido te hallase
De su padecer!
Mas ¡oh! ¡cuán en vano
Mi súplica es!
Que es cruda cual bella
„ La flor del Zurguen.
La ruego, y mis ansias
Altiva no cree:
Suspiro, y desdeña
Mi voz atender.
¿Decidme, airecillos,
Decidme qué haré,
Para que me escuche
„ La flor del Zurguen?

Vosotros felices
Con vuelo cortés
Llegad, y besadle
Por mi el albo pie.
  Llegad, y al oido
Decidle mi fe;
Quizá os oiga afable
  „ La flor del Zurguen.
Con blando susurro
Llegad sin temer,
Pues leda reposa,
Su altivo desden.
  Llegad y piadosos,
De un triste os doled;
Asi os dé su seno
  „ La flor del Zurguen.

LETRILLA VII.

FILIS CANTANDO.

„ Venid, avecillas,
„ Venid á tomar
„ De mi zagaleja
„ Leccion de cantar.
Venid: de sus labios,

Do la suavidad
Suspira entre rosas
Y miel y azahar,
La alegre alborada
Canoras llevad,
Para cuando el dia
Comience á rayar.
„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.
Con vuestros piquitos
Dulces remedad
Sus juegos alegres,
Su tono y compás;
Las fugas y vueltas,
Con que enagenar
De amor logra á cuantos
Oyéndola estan.
„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.
Seguid su elevado
Y ardiente trinar,
O el desfallecido

Blando suspirar,
  Que el alma penetra
De dulzura tal,
Que en pos de sus ayes
Se quiere exhalar.
    „ Venid, avecillas,
    „ Venid á tomar
    „ De mi zagaleja
    „ Leccion de cantar.
  Yo que lo he sentido
No alcanzo á explicar,
Cual mueve y encanta
Su voz celestial.
  Venidlo vosotras,
Venidlo á probar,
Por mas que su gracia
Tengais que envidiar.
    „ Venid, avecillas,
    „ Venid á tomar
    „ De mi zagaleja
    „ Leccion de cantar.
  Venid, parlerillas;
No dejeis pasar
La ocasion dichosa,
Pues cantando está.
  Venid revolando,

Que no ha de cesar
Su voz regalada
Con vuestro llegar.
„Venid, avecillas,
„Venid á tomar
„De mi zagaleja
„Leccion de cantar.

LETRILLA VIII.

LA ROSA.

„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
La rosa primera
Que de mi jardin
Llorándolo Flora
Hoy, Filis, cogí,
Y Amor á mi ruego
Crió para tí,
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Ella el suyo hermoso
Acaba de abrir
Del céfiro blando
Al soplo sutil;

Y en otro de nieve
Anhela morir:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Su aroma fragante
Puede competir
Con cuantos de Gnido
Exhala el pensil:
Su púrpura excede
Al vivo cármin:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
La altiva azucena,
El albo jazmin,
El clavel pomposo
Y el fresco alelí
Parias á mi rosa
Le deben rendir:
„ Deja que en tu seno
„ La ponga feliz.
Si Venus la viera,
Como yo la ví
Entre cien pimpollos
Flotante lucir,
Quisiérala al punto
Solo para sí:

„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Quisieran las Gracias
En donosa lid
El prez de gozarla
Con Vénus partir;
Y adornar con ella
Su pecho gentil:
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Déjalo; y permite
Que á mi rosa unir
Mil dulces suspiros
Pueda y ansias mil;
Quizá asi mas grata
Los gustes de oir.
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.
Ve, flor venturosa,
Y á mi amada dí,
Cuan penado envidio
Tu glorioso fin:
Por él yo trocara
Mi triste vivir.
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.

Haz lenguas tus hojas,
Y clamen por mí:
Clamen hasta verla
Arder y gemir;
Robando á su boca
Dulcísimo un sí.
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.

Si alcanzases, rosa,
Como yo á sentir,
¡Oh! ¡cual te mecieras
De aqui para allí,
Sus globos de nieve
Ansiando cubrir!
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.

Si yo en tí pudiese
Mi ser convertir
Sobre ellos mis labios
Lograra imprimir.
¡Ay Filis! que solo
Me es dado decir:
„Deja que en tu seno
„La ponga feliz.

LETRILLA IX.

EL DESPECHO.

Sal ¡ay! del pecho mio,
Sal luego Amor tirano;
Y apaga el fuego insano,
Que abrasa el corazon.
Bastante el albedrío
Lloró sus crudas penas,
Esclavo en las cadenas,
Que hoy rompe la razon.
No mas á una inhumana
Seguir perdido y ciego;
Ni con humilde ruego
Quererla convencer.
Con su beldad ufana
Allá se goce altiva,
Que á mí no me cautiva
Quien me hace padecer.
Dos años la he servido:
¿Y en ello qué he ganado?
Llorar abandonado,
Pesares mil sufrir.
¡O tiempo mal perdido!

¡O agravios! ¡ó traiciones!
¿En tantas sinrazones
Cómo podré vivir?
Pensaba yo que un dia,
Favorecido amante,
Por mi pasion constante
Me coronara Amor;
Y ardiente en mi porfia,
Contento en el desprecio
Pensaba yo..... ¡qué necio
Juzgó mi ciego error!
Mis ansias por agravios
Suenan en sus oidos;
Los míseros gemidos
Irritàn su esquivez.
Asi mis tristes labios,
No osando ya quejarse,
Ni aun pueden aliviarse
Nombrándola una vez.
La busco, y tras su planta
Corriendo voy; mas ella
Me evita, y ni su huella
Logra mi fe adorar.
Que con fiereza tanta
Llegó ya á aborrecerme,
Que el rostro por no verme

Ni aun quiere á mí tornar.
¡Ingrata! ¡Fementida!
Prosigue en tus rigores;
O añade otros mayores
Con bárbaro placer.
Sigue, que ya extinguida
La hoguera en que penaba,
Do el alma se abrasaba,
Quiero en venganza ver.
Mas no, mi dulce dueño,
Cese el desden impío,
Cese; y del amor mio
Déjate ya servir.
Y quien tu antiguo ceño
Lloró, zagala hermosa,
Merezca que amorosa
Le empieces á seguir.

LETRILLA X.

EL RICITO.

„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Cadejito de oro,
Que debo á mi bien,

A calmar süave
En mi pecho ven
De ausencia tan triste
La pena cruel;
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Su fina memoria
Que mis ansias ve,
Por premio te envia
De mi tierna fe;
Y en tí á par la suya
Me quiere ofrecer,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Mi amor la recibe;
Y espera que fiel
No olvide los votos
Que allá le escuché,
Cual yo aqui su esclavo
Por siempre seré,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Yo te vi algun dia
¡Oh! ¡cual lo envidié!
Suelto de su frente
La nieve envolver,

O en feliz contraste
Con su rubia sien,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Y tus blondas sedas
Vi á Amor extender:
Asi á sus ojuelos
Un velo tejer;
Y artero y festivo
Cubrirse con él,
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Mas fúlgido entonces,
Y en todo tu prez,
Al oro de Tivar
Te vi oscurecer:
Y yo entre tus hebras
Cautivo exclamé:
„ Ricito donoso,
„ De Amor dulce red.
Si mil libertades
Se van á perder
En tu laberinto,
¡ La mia por qué
Tan noble osadía
No habrá de tener!

„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Hoy quiere tu dueño,
Mudado tu ser,
Que en tí asegurada
Mi ventura esté.
Ven pues de mi pecho
Al firme joyel,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.
Ven; y mi esperanza
Benigno sosten,
Que yo con mi lira
Tan claro te haré,
Que los astros mismos
Un lugar te den,
„Ricito donoso,
„De Amor dulce red.

LETRILLA XI.

LA RESOLUCION.

„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Por selva y prado

Mi dulce amor
Me sigue, hablando
De su dolor.
  Suspira y llora;
¡Ay! ¿seré yo,
    „Bronce á su llanto,
    „Nieve á su ardor?
  En blando alivio
Solo un favor
Me ruega humilde:
¿Se lo haré? no.
  No; que me manda
Ser el honor
    „Bronce á su llanto,
    „Nieve á su ardor.
  ¡Honor tirano!
Que á la razon
Bárbaro oprimes,
¿Quién te inventó?
  ¿Por qué me ordenas
Ser con Damon,
    „Bronce á su llanto,
    „Nieve á su ardor?
  ¿Por qué al mas fino
Gentil pastor,
Por qué negarle

Tan fácil don?
¿Ni ser injusta,
Si él me prendó,
,, Bronce á su llanto,
,, Nieve á su ardor?
Yo bien lo hiciera,
Mas otra voz
Huye, me clama,
Tal sinrazon:
Ni el gusto feries
A un vil temor,
,, Bronce á su llanto,
,, Nieve á su ardor.
Mira que èl dia
Vuela veloz,
Y el que le sigue
Nunca es mejor.
Mañana es tarde:
Cesa en tu error,
,, Bronce á su llanto,
,, Nieve á su ardor.
La beldad pasa:
Coge su flor,
Que en un momento
La agosta el sol;
Y en vano entonces

Serás ¡qué horror!
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Túrbome y dudo,
Y en dulce union
A amar me inclino
A quien me amó;
Sin que á ser baste
Ya mi rigor,
„Bronce á su llanto,
„Nieve á su ardor.
Antes le entrego
Mi corazon
Cual fino el suyo
Se me rindió:
Siendo en tan grata
Transformacion
„Nieve á su llanto,
„Cera á su ardor.

LETRILLA XII.

LA FLOR DEL ZURGUEN.

Aves, que canoras
Venis á ofrecer

La alborada al dia
Que empieza á nacer,
  Si aun dulces trinais
Por ver á mi bien,
Callad que ya sale
  ,,La flor del Zurguen.
Si ansiais de sus gracias
Las señas tener,
Callad, parlerillas,
Que yo os las diré;
  Que en el alma impresas
Las llevo tan bien,
Cual tenga las mias
  ,,La flor del Zurguen.
Su rostro la gloria,
La nieve su tez,
Sus risas el alba,
Su lengua la miel;
  Y el turgente seno
De Amor el vergel,
Donde con él juega
  ,,La flor del Zurguen.
Sobre él la donosa
Prendiera un joyel,
Do heridos dos pechos
De amores pinté;

Un lazo los une
De rosa y clavel;
Y en torno esta letra,
„ La flor del Zurguen.
Sin que yo la llame,
Blando ya el desden,
Cual suelta corcilla
Me sale aqui á ver:
Y cual fiel paloma
Tras su pichon fiel,
Asi á mi voz corre
„ La flor del Zurguen.
Conmigo á este valle
La saco á aprender
De Amor en el arte
Leccion de querer;
Y ya á todas pasa
En menos de un mes:
¡Tanto ingenio tiene
„ La flor del Zurguen!
Cuidado, avecitas,
Que nadie á entender
Los misterios llegue,
Que yo la enseñé;
Si cual niña simple
La viereis tal vez,

Que amable os las fia
„ La flor del Zurguen.
Callad la inocencia
Y el vivo placer,
Que á par en su rostro
Riendo se ven,
Cuando en dulce premio
De mi tierna fe,
Me mira y suspira
„ La flor del Zurguen.
Y yo muy mas loco,
Al verla temer,
Y ansiar y en mis llamas
Negándolo arder,
Templar en su seno
Procuro la sed,
Que enciende en el mio
„ La flor del Zurguen.
Mas vedla cual llega:
Yo ciego no sé
Al ver su donaire
Qué decir, ni hacer.
Trinadle vosotras
Por mí el parabien;
Y suene hasta el cielo
„ La flor del Zurguen.

LETRILLA XIII.

EL LUNARCITO.

„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
¿De dónde, donosa,
El lindo lunar,
Que sobre tu seno
Se vino á posar?
¿Cómo, di, la nieve
Lleva mancha tal?
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
¿Qué tienen las sombras
Con la claridad;
Ni un oscuro punto
Con la alba canal,
Que un val de azucenas
Hiende por mitad?
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Premiando sus hojas
El ciego rapaz,
Por juego un granate

Fue entre ellas á echar:
  Mirólo, y rióse,
Y dijo vivaz:
    „La noche y el dia
    „¿Qué tienen de igual?
  En él sus saetas
Se puso á probar;
Mas nunca lo hallara
Su punta fatal.
  Y diz que picado
Se le oyó gritar:
    „La noche y el dia
    „¿Qué tienen de igual?
  Entonces su madre
La parda señal
Por término puso
De gracia y beldad;
  Do clama el deseo
Al verse estrellar:
    „La noche y el dia
    „¿Qué tienen de igual?
  Estréllase, y mira;
Y torna á mirar;
Mientra el pensamiento
Mil vueltas le da;
  Iluso, perdido,

Ansiando encontrar,
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Cuando tú lo cubres
De un albo cendal,
Por sus leves hilos
Se pugna escapar.
¡Señuelo del gusto!
¡Dulcísimo iman!
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Turgente tu seno
Se ve palpitar,
Y á su blando impulso
Él viene, y él va;
Diciéndome mudo
Con cada compás:
„La noche y el dia
„¿Qué tienen de igual?
Semeja una rosa,
Que en medio el cristal
De un limpio arroyuelo
Meciéndose está.
Clamando yo al verle
Subir y bajar:
„La noche y el dia

,, ¿Qué tienen de igual?
¡Mi bien! si alcanzases
La llaga mortal,
Que tu lunarcito
Me pudo causar,
No asi preguntaras
Burlando mi mal,
,, La noche y el dia
,, ¿Qué tienen de igual?

LETRILLA XIV.

LA DESPEDIDA.

A Dios, mi dulce vida,
Filis á Dios, que el hado
Mi fin ha decretado;
Y es fuerza ya partir.
A Dios.... ¡ó despedida!
¡O crudo! ¡amargo instante!
A Dios..... ¿mi pecho amante
Podrá sin tí vivir?
Sin esos lindos ojos,
Sin esa amable boca,
Que al mismo Amor provoca,
¿Qué dicha podré hallar?

Solo angustias y enojos,
Dudas, llantos y zelos.
¡Ay Fili! ¡qué consuelos
Para mi ardor templar!
Acordaréme en vano
De aquel felice dia
Que te juraste mia,
Que te ofrecí mi fe.
Y en mi delirio insano
A tí tornando fino,
Mil veces el camino
Perderá incierto el pie.
De tu habla deliciosa
El celestial sonido
Conservará mi oido
Para mayor dolor.
Tu imagen engañosa
Creeré tener al lado:
A asirla iré; y burlado
Maldeciré mi error.
Saldrá la fresca Aurora
A recordarme aquella,
Do á solas muy mas bella
Te me dejaste ver.
Vendrá la noche; ahora
Libre, diré, le hablaba:

Ahora el amor nos daba
La copa del placer.
Cual colorin cautivo
Luchando noche y dia
La jaula abrir porfia;
Y el hierro quebrantar:
Asi ¡dolor esquivo!
Dará mi pensamiento
De tormento en tormento,
Sin un punto parar.
Te seguiré zelosa:
Te temeré enojada:
Te rogaré olvidada:
Te amansaré cruel.
O blanda y amorosa
Con plácidas orejas
Oirás tal vez mis quejas,
Tan bella como fiel.
Ora estés mansa, ó cruda
Dudes, temas, rezeles,
Por mi salud anheles,
O desdeñes mi amor:
Todo en mi pena aguda
Me angustiará, tu olvido
Por cierto, por fingido
¡Ay Fili! tu favor.

¡Mas tú, mi bien, llorosa!
¡Tú triste! ¡tú abatida!
¿Si estás asi, mi vida,
Cual mi dolor será?
A Dios, á Dios: piadosa
Te acuerda que un mar hecho
Me parto..... que mi pecho
Jamas te olvidará.

LETRILLA XV.

EN UN CONVITE DE AMISTAD.

„Bebamos, bebamos
„Del suave licor,
„Cantando beodos
„A Baco, y no á Amor.
Amigos, bebamos;
Y en dulce alegría
Perdamos el dia:
La copa empinad.
¿En qué nos paramos?
La ronda empecemos,
Y á un tiempo brindemos
Por nuestra amistad.
„Bebamos, bebamos

,, Del suave licor,
,, Cantando beodos
,, A Baco, y no á Amor.

¡O qué bien que sabe!
Otro vaso venga:
Cada cual sostenga
Su parte en beber.

Y quien quiera alabe
De Amor el destino;
Yo tengo en el vino
Todo mi placer.

,, Bebamos, bebamos
,, Del suave licor,
,, Cantando beodos
,, A Baco, y no á Amor.

¡O vino precioso!
¡Cómo estás riendo!
¡Saltando! ¡bullendo!
¿Quién no te amará?

Tu olor delicioso,
Color sonrosado,
Sabor delicado,
¿Qué no rendirá?

,, Bebamos, bebamos
,, Del suave licor,
,, Cantando beodos

„A Baco, y no á Amor.

Amor da mil sustos,
Ansias y dolores;
Coja otro sus flores,
Cójalas por mí:
Que yo mis disgustos
Templaré bebiendo,
¡O Baco! y diciendo
Mil glorias de tí.

„Bebamos, bebamos
„Del suave licor,
„Cantando beodos
„A Baco, y no á Amor.

Tú al Indo venciste:
Tú los tigres fieros
Cual mansos corderos
Pudiste ayuntar.
Tú el vino nos diste;
El vino que sabe
La pena mas grave
En gozo tornar.

„Bebamos, bebamos
„Del suave licor,
„Cantando beodos
„A Baco, y no á Amor.

Venga, venga el vaso,

Que un sorbo otro llama:
Mi pecho se inflama,
Y muero de sed.
  Nadie sea escaso;
Ni aunque esté caido
Se dê por rendido.
Amigos, bebed.
    „Bébamos, bebamos
    „Del suave licor,
    „Cantando beódos
    „A Baco, y no á Amor.

LETRILLA XVI.

EL VINO Y LA AMISTAD SUAVIZAN LOS MAS GRAVES TRABAJOS.

    „Al viento las penas:
    „Las copas llenad;
    „Que todo lo endulzan
    „Vino y amistad.
  ¡O socios amados,
Que en tanta agonía
La fortuna impía
Combatiendo vé,
  Jamas degradados,

Adore inclinada
Nuestra frente honrada
Su orgulloso pie.
„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan
„Vino y amistad.
Ella se complace
En hollar odiosa
La virtud gloriosa,
Y el sagrado honor;
Pero inútil hace
El justo su empeño;
Y con alto ceño
Burla su furor.
„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan
„Vino y amistad.
La batida nave
De borrasca fiera,
Se pierde velera
Por el ancho mar:
Y cuando mas grave
Su riesgo aparece,
El sol que amanece

La sale á salvar.

„ Al viento las penas:
„ Las copas llenad;
„ Que todo lo endulzan
„ Vino y amistad.

Dejad que ora truene
La calumnia infame,
Que cuanto ella trame
Sin fruto ha de ser:

Que el vulgo resuene,
Que el error se agite,
Que el zelo se irrite,
Nada hay que temer.

„ Al viento las penas:
„ Las copas llenad;
„ Que todo lo endulzan
„ Vino y amistad.

Clamarán que huimos
Nuestra dulce España.
Su bárbara saña
Debimos huir.

Sus puñales vimos;
Y España en tal duelo
Cual madre á otro suelo
Nos hizo partir.

„ Al viento las penas:

„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan
„Vino y amistad.
Desde él doloridos
Nuestros ojos miran,
Do fieles suspiran
Las almas tornar:
Y en tiernos gemidos
La lengua apenada
¡Ay patria adorada!
Clama sin cesar.
„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan
„Vino y amistad.
Volvereis, amigos,
A sus sacros lares,
De indignos pesares
Libre el corazon.
Augustos testigos
De nuestra justicia
Contra vil malicia
Dios y la razon.
„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan

„Vino y amistad.

Su favor divino
Tornará el reposo;
Y al nublado odioso
Seguirá la luz.
Tal sol matutino
Que hermoso se ostenta,
De la noche ahuyenta
El negro capuz.

„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan
„Vino y amistad.

En hermandad santa
En tanto los pechos
Ligad con estrechos
Vínculos de amor.
Baco á dicha tanta
Aplauda riente;
Y otra copa aumente
Su plácido ardor.

„Al viento las penas:
„Las copas llenad;
„Que todo lo endulzan
„Vino y amistad.

Amigos queridos,

Desde estos mis brazos
En mútuos abrazos
A uniros corred.
  De la mano asidos
Juradme y juremos
Que hermanos seremos;
Y á un tiempo bebed.
    „ Al viento las penas:
    „ Las copas llenad;
    „ Que todo lo endulzan
    „ Vino y amistad.



IDILIOS.

IDILIO I.

LOS INOCENTES.

Allí está la gruta
Del aleve Amor;
Huyamos, zagala,
Las iras del dios.
  Su lóbrega boca
Me llena de horror:
Si es esto la entrada,
¿Qué hará su interior?
  Los negros cuidados,
El flaco temor,
Los zelos insomnes,
El ciego furor
  La moran, y afligen
Con ímpio rigor
Los tristes que en ella
Su engaño encerró.
  Huyamos, huyamos
Con planta veloz;
Si mas lo tardares
Ya no es de sazon.
  Mira que sus redes

Nos tiende el traidor;
Y solo quien huye
Burlarle logró.
  Falaz como artero,
Si escuchas su voz
Tú serás su esclava,
Pero muy mas yo.
  Lanzarnos há ciegos
Con ímpetu atroz,
Por sendas que falso
De flores sembró,
  A un bosque sombrío,
Do en dura prision
Sin fin penaremos
En llanto y dolor.
  Este aciago bosque
Lo finge el error
Un val de delicias,
Que nadie apuró.
  Las risas alegres,
Tímido el pudor,
Las vivas ternezas
Y el grato favor
  Diz que lo habitaron
En célica union,
Cuando en su inocencia

El mundo vivió:
El Amor infante
Sin flechas ni arpon
En nuestras cabañas
Triscando riyó;
Y la hermosa vírgen
No se avergonzó
De hallarse á los ojos
Desnuda del sol.
Si tal fue aquel tiempo
Ya todo acabó;
Y el amor del dia
No es niño este Amor.
No en cosas que fueron,
Ni en una ilusion
Jamas la cordura
Sus dichas cifró.
Que el agua mas fria
La sed no apagó,
Si al labio tocarla
Ya rauda pasó.
¡Pero tú suspiras!
¿Qué grata emocion
Tus mejillas tiñe
De un vivo rubor?
¿Por qué esa faz bella

Que al alba nubló
Inclinas al suelo
Cual lánguida flor?
¡Dulcísima amiga!
Ya el alma sintió
Simpática el fuego,
Que á tí te inflamó.
Y súbito noto,
Que á mi corazon
Agita y regala
Su blando calor;
Probando al mirarte
Un gozo mayor,
Y al tocar tu mano
Mas grato temblor.
¿Si será que amemos;
Y el pérfido dios
Ya sus rudos grillos
Falaz nos echó?
No, no, que por graves
Insufribles son,
Y jamas mi planta
Mas suelta voló.
Él lágrimas cria,
Y nunca brilló
En tus lindos ojos

Tan vivo fulgor.
Y en vez de sus quejas
Y triste clamor,
Nunca á mí tan dulce
Tu labio sonó.
Nada pues temamos,
Que es muy superior
De Amor á los fuegos
Nuestra inclinacion.
Ingenua y sencilla,
La austera razon
Sus pasos regula,
La guarda el honor.
Ni en nada semeja
Su plácido ardor
A la ardiente llama,
Que el Ciego sopló.
Esa llama odiosa,
Que impía, feroz
Los hombres y el mundo
Fatal devoró.
Asi hablaba un dia
Lleno de candor
A una niña amable
Un simple pastor.
Ella muy mas simple,

Con nuevo teson
Que nunca amaría
Resuelta juró.
  Y ya en su inocencia
Se hallaban los dos
Perdidos de amores,
Diciendo que no.

IDILIO II.

LA CORDERITA.

Corderita mia,
Hoy llevarte quiero
Á la amable Filis
En rendido feudo.
  ¡Oh! ¡con cuanta envidia
Tu destino veo;
Y partir contigo
Tal dicha apetezco!
  Tú vas, inocente,
Á ser con tus juegos
De otra inocentilla
Feliz embeleso.
  Seguirás sus pasos,
Ya con sus corderos

Al valle descienda,
Ya trepe al otero.
  Tus blandos balidos
Serán dulces ecos,
Que al placer despierten
Su adormido pecho.
  Cual tus carreritas
Y brincos ligeros
Colmarán de gozo
Sus lindos ojuelos;
  A donosas risas
Sin cesar moviendo
Su espíritu amable,
Sus labios parleros.
  Mas tierno otràs veces
Ansiará tu afecto,
Lamiendo su mano
Mostrarle tu celo;
  Por su parda saya
Con vivaz esfuerzo
Tu vellon nevado
Pasando y volviendo.
  Y á su lado siempre,
De tan alto dueño
Gozarás los mimos,
Oirás los requiebros.

Llamarate amiga,
De ternura ejemplo,
De candor dechado,
De gracias modelo.
O si acaso artera
Tras algun romero
Fugaz te guareces,
Porque te eche menos,
Corriendo y balando
Al sonar su acento,
Con nuevas caricias
Calmarás su duelo;
Tomando riente
De tu amor en premio
La sal de su palma,
Y el pan de sus dedos.
De mí lo aprendiste,
Y á saber cogerlo
De mi zurroncito
Con goloso empeño.
O si fausta logras
De Amor el momento,
Tendrás de sus labios
Algun dulce beso:
Beso que á mí fuera
De júbilo inmenso,

Que tú no codicias,
Y fiel yo merezco.
  Asi te engalanan,
Doblando tu aseo,
Mi mano oficiosa,
Mi ardiente desvelo
  La sonora esquila
Ligada suspendo
De un collar de grana
A tu dócil cuello.
  Tu vellon nevado
De ricitos lleno,
Cual de blonda seda
Cuidadoso peino.
  Y de alegres lazos,
Sembrándolo luego,
A tus orejitas
Dobles las prevengo.
  Tus clementes ojos,
Que me estan diciendo
El placer que sientes
Mirándome tiernos,
  Mi amorosa mano
Con este albo lienzo
Limpiándolos, cuida
Que luzcan mas bellos.

Y en fin de una trenza
De flores rodeo
Tu lomo, y atada
Con otra te llevo.

Ya estás, dige mio,
Si no cual yo anhelo,
Mas tal como alcanza
Mi prolijo esmero.

Tu balar süave,
Tu bullir travieso
Sencillos publican
Tu puro contento.

Y al verte galana,
Con locos extremos
Cual hembra procuras
Lucir tus arreos.

Corderita, vamos;
Sus, corramos prestos
Tú á servir á Filis,
Yo á hacerle mi obsequio.

Empero si tierna
Te estrecha en su seno,
Cuando tus caricias
Le vuelvan el seso,

Cuenta que le digas:
„El bien que poseo,

„Gozarlo debiera
„Quien te adora ciego."

IDILIO III.

LA AUSENCIA.

Del cárdeno cielo
Las sombras ahuyenta
Rosada la aurora
Riendo á la tierra;
Y Filis llagada
Del mal de la ausencia,
De Otea los valles
En lágrimas riega.
Tierna clavellina,
Cuando apenas cuenta
Diez y siete abriles
Inocente y bella,
En soledad triste
Su zagal la deja,
Que del claro Tormes
Se pasó al Eresma.
Un mayoral rico
Allá diz que intenta
Guardarlo, y que Filis

Por siempre lo pierda.
  Quien á ageno gusto
Sujetó su estrella,
Engáñase necio
Si libre se piensa.
  La vejez helada
Con rigor condena
Las lozanas flores
De la primavera.
  La infelice Filis
Se imagina eternas
Las horas, que tardan
De su bien las nuevas.
  ¡Ay! dice; y al cielo
Los ojos eleva,
Sus ojos cubiertos
De horror y tristeza,
  ¡Ay! ¡cuánto me aguarda
De duelos y quejas!
En solo pensarlo
Mi pecho se hiela.
  Tórtola viuda,
Solitaria yedra,
Sin mi olmo frondoso
Que en pie me sostenga,
  ¿Qué haré, cuitadilla?

¿O dó iré que pueda
Vivir sin su arrimo,
Tan niña y tan tierna?
¡Felices vosotras,
Mis mansas corderas,
Que ni zelos hieren,
Ni agravios aquejan!
¡Con cuánta alegría
Mis ojos os vieran
Pacer de este prado
Golosas la yerba!
¡O á la mano amiga
Que sal os presenta
Veniros, y hacerme
Balando mil fiestas!
¡Y tú, fiel cachorro,
Qué saltos y vueltas
No dieras, siguiendo
De mi bien las huellas,
Cuando él por hablarme,
Cantándome letras
De dulces amores,
Saliera al Otea!
Hoy todo ha mudado:
Del calor la fuerza
Los valles agosta,

Las fuentes deseca.
¡A este pecho triste
Con mayor violencia
Abrasa de olvido
La ardiente saeta!
Aqui donde lloro,
Aqui en esta vega
Nos vimos y amamos
Por la vez primera.
Todo fue en un punto,
Cual súbito vuela
La llama del rayo,
Y el árbol humea.
Corderitas mias,
¿Quién ¡ay! me dijera
Que viento serian
Sus locas finezas?
Juramentos tantos
Y ahincadas promesas,
Si hay fe entre los hombres,
¿Por qué se me niegan?
¡Amor! tú me escuchas,
Y tú los oyeras:
Sea tuyo el castigo,
Cual tuya es la ofensa.
¡Oh! nunca tuviese

Yo vuestra inocencia;
Nunca, ó corderitas,
Le escuchara necia,
   Cual de áspid huyendo
Su voz lisonjera,
Sus ayes falaces,
Sus blandas endechas,
   Y en llanto mis ojos
Cegar no se vieran,
Ni en hondos suspiros
Doliente la lengua.
   Quien en hombres fia,
Haz cuenta que siembra
En las duras rocas,
O en la ardiente arena:
   Que en vez de ventura
Recoge vergüenza,
Y en vez de alegrías
Cuidados y penas.
   Llorad, ojos mios,
Pues fue culpa vuestra
Jugar bulliciosos,
Mirar sin cautela.
   Volad, mis suspiros,
Sentidas querellas,
Volad, do mi aleve

Riendo os espera.
Sígaos mi pecho
Ardiente centella,
Que el suyo de bronce
Derrita cual cera.
Y vosotros, hijos
De mi pasion ciega,
Finos sentimientos,
Sencillas ternezas,
Partid de mi labio,
Volad á la oreja
Del que os llamó dulces
Mas que miel hiblea.
Decidle mis ansias,
Decidle cual queda
De penada y triste
Su fiel zagaleja.
Humildes rogadle,
Rogadle que vuelva;
Si aleve no gusta
Que mísera muera.
Decidle.....; mas nada
Si oiros desdeña
Le digais; y nada
Si de mí se acuerda.

IDILIO IV.

EL HOYUELO EN LA BARBA.

La mi queridita
Una cárcel tiene
En su rostro bello,
Donde á todos prende.
  Esta feliz cárcel
Un hoyuelo es breve,
Que su linda barba
Tan gracioso hiende,
  Que cuantos lo miran,
Sin arbitrio sienten,
Que en él sus deseos
Sepultarse quieren.
  Cautivos los mios
Ni anhelan, ni pueden
Pasar de su encierro
El círculo leve.
  Que alli en la bonanza
Tranquilos se aduermen,
Alzados los vientos
En paz se guarecen;
  Y locos, perdidos

En su feliz suerte,
¡Hoyuelo precioso!
Suspiran mil veces;
  Tú en ámbito estrecho
A la concha excedes,
Do cuaja la aurora
La perla de oriente:
  Y á mil cupidillos
Grato nido ofreces,
De do arteros parten,
Van, revuelan, vuelven.
  ¡Riquísima copa
De dulces placeres,
Que Amor al deseo
Dadivoso ofrece!
  Las Gracias te envidian,
Y al reirse alegre
Tu donoso juego
Codicia Citeres.
  El juego voluble,
Con que ora te cierres,
Ora te dilates,
Mas lindo apareces.
  En tí embebecidos
Los ojos se pierden,
Se abisman las almas,

Los pechos se encienden.
¡Regalado hechizo!
Quien te vé enloquece;
Quien feliz te goza
De delicias muere.

IDILIO V.

LA VUELTA.

Zagal de mi vida,
Que á mi amante cuello
Afanoso corres
De sudor cubierto.
Suspirado mio,
Gracioso embeleso,
Do abismadas siempre
Las potencias llevo.
Norte, que arrebatas
Mi fiel pensamiento,
Mas claro y seguro
Que el que arde en el cielo.
Mi sola delicia,
Mi amable hechicero,
Con cuyos prestigios
Deliro sin-seso.

Ya fina te logro,
Ya en salvo te veo,
Y tuya y tú mio
Por siempre seremos.

Y te hablo y escucho,
Y al lado te tengo,
Y en firme lazada
Conmigo te estrecho.

En tanta delicia
Tan vivo mi seno
Palpita, que apenas
Me alcanza el aliento.

Y el corazon triste,
Que viéndote lejos
Cubierto gemia
De horrores y duelo,

En lágrimas dulces,
Y en ayes de fuego
Parece que anhela
Salirse del pecho.

¡Oh! limpien mis manos,
Hermoso lucero,
Las nieblas que empañan
Tus claros reflejos.

Y en tu rubia frente
Enjugue este lienzo

El sudor, que undoso
La mancha corriendo.
¡Venturoso punto!
¡Plácidos momentos,
Que al ánimo absorto
Semejan un sueño!
¡Oh! siempre, sí siempre
Sus gratos recuerdos
En entrambos duren,
Cual mi amor eternos.
Y un dia tan fausto,
Dia de contento,
De puras delicias,
De gozos inmensos,
Consagrado quede
Al Amor y Vénus,
Célebre en los fastos
De su alegre reino.
Huyó de las sombras
El lóbrego ceño,
Y mi sol renace
Mas lumbroso y bello.
Calmó la borrasca,
Callaron los vientos,
Y en paz y delicias
Aduérmese el suelo.

Los yelos y horrores
Del áspero invierno
Son flores y aromas,
Y muelle sosiego.
Gocemos, bien mio,
Unidos gocemos
De tanta ventura,
Tras tan graves riesgos.
Mis tiernos suspiros
Y ahincados lamentos
En vivas alegres
Nos vuelvan los ecos.
Y el sol mas benigno,
Y el aire mas fresco,
Mas plácido el valle,
Y el cielo mas ledo
Celebren, acordes
Con mis sentimientos,
La gloria á que en verte
Cual loca me entrego.
Perderte he temido:
Temblé, lo confieso,
Que al fin no cedieses
A un bárbaro empeño.
Perdona, perdona
Benigno el exceso

De mi amor, las dudas
De que hoy me avergüenzo.
¡Yo pude formarlas....!
Sí, adorado dueño,
Que el amor ausente
Dos veces es ciego.
Un pecho apenado
Figúrase necio
Do quiera peligros,
Y dudas y miedos.
Seguid en el mio,
Mis dulces recelos:
Los tibios no temen;
¡Infelices ellos!
Tú, hermoso pimpollo,
Repite de nuevo,
Repite á esta triste
Tu fiel juramento.
Enemigos tantos
Batiéndote fieros;
Tiemblo á mi desdicha,
Si en tí nada temo.
Cielos pues y tierra,
Oid en silencio,
Y afirmad los votos
Que entrambos hacemos.

Si yo te faltare,
Fáltenme primero
La luz que me alumbra
Y el aire que aliento.
Y mi nombre odioso,
De infamia y desprecio,
Para todos suene
Cual fúnebre agüero.
Recibe mi mano,
Y en ella el imperio
Que sobre mí toda
Por siempre te entrego.
Mas si tú me olvidas.....
Proseguir no puedo.....
Pensándolo solo
De horror me estremezco.
No, mi idolatrado,
No, y único egemplo
De firmeza al mundo
A amar enseñemos.
Tú serás por siempre,
Tú serás el centro
Do faustos caminen
Mis votos y anhelos:
Tú el ídolo mio,
Y el gozo supremo,

Y el mar de delicias
Do loca me anego:
  Tú en las tempestades
Que aun mísera tiemblo,
El sol de bonanza,
Y el íris sereno,
  Y el luciente polo,
Do los ojos vueltos
Lleve yo segura
Mi barquilla al puerto:
  Vida que me anime,
Ser de mi ser mesmo,
Y cuanto en amores
Se hallare mas tierno.....
  Proseguir no pudo,
Que ya sus ojuelos
Al zagal no vian,
De lágrimas llenos.
  Y él tambien llorando,
Con un dulce beso
A sus ansias puso
Finísimo el sello.

IDILIO VI.

LA PRIMAVERA.

Ya la Primavera
Tranquila y riente
Del tiempo en los brazos
Asomando viene,
Y al mundo que en grillos
De yelos y nieves
Tuvo el crudo Invierno,
La esperanza vuelve:
La dulce esperanza
De que Mayo alegre
Lo colme de rosas,
Y el Julio de mieses.
El blando Favonio
Que llegar la siente,
Con grato susurro
Las alas extiende;
Y en torno vagando,
Su manto esplendente
Por el éter puro
Fugaz desenvuelve.
Del cándido seno
Con su soplo llueven

Sin cuento las flores,
Que el suelo enriquecen:
El suelo alfombrado
De un plácido verde,
Que el alma y los ojos
A par embebece;
Y en silbos süaves
Gárrulo y bullente
Despierta en sus nidos
Las aves que duermen.
Sus picos canoros
Acordes ofrecen
Mil trinos al Alba,
Que á abrir se previene
Las rosadas puertas
Del fúlgido oriente
Al sol, que entre albores
Galan amanece.
Su augusto semblante,
Su rayo clemente
Del yerto Fuenfria
Los yelos disuelven:
Que súbito vueltos
En raudos torrentes
De su excelsa cumbre
Ruidosos descienden:

Del húmido valle
La pompa mantienen,
Y al cabo en sus flores
Sesgando se pierden.
Cual claros espejos
Risueñas las fuentes
En vena mas rica
Limpísimas crecen:
Y en hilos de plata
Su humor se desprende,
Que en blando murmullo
El ánimo aduerme.
El mundo se anima:
Cuanto vive y siente
Cual de un hondo sueño
Despierta, y se mueve.
Las selvas que el cierzo
Desnudó en Noviembre,
De yemas pobladas
Sus ramas ya ofrecen:
Do mal contenidas
Las hojas nacientes,
Sus rudos capullos
A abrirse compelen;
Y al trépido rayo
Con que el sol las hiere

Tienden sus cogollos;
Y el viento los mece.
Entre ellos las aves
Cruzando frecuentes,
Con rápidos giros
Van, huyen y vuelven;
Mientras Filomena
Mi pecho enternece,
Lanzando angustiada
Sus ayes dolientes:
Ayes que un silencio
Lúgubre suspende,
Y hace que en mi oido
Mas tiernos resuenen.
No ya en sus guaridas
El yelo entorpece,
Ni undosa la lluvia
Los brutos detiene;
Que vagos y libres
Do quier aparecen,
Y en bosques y valles
Su dominio egercen.
Con saltos veloces
El corzo allá tuerce,
Y alli aun de su sombra
Se asusta la liebre.

A un soplo el conejo
Se arrisca y detiene,
Y á uno y otro lado
Vivaz se revuelve.

A par que en la vega
Tranquilas se tienden
La cabra golosa,
La oveja paciente.

Y todo es delicias,
Y todo se enciende
De Amor en las llamas,
O gime en sus redes.

¡Amor, nueva vida
De todos los seres!
Tú en la Primavera
Les dictas tus leyes

Del solio oloroso
De rosa y claveles,
Que Flora á tu númen
Galana entreteje.

Tus flechas certeras,
Tu grito potente
A todos alcanzan,
Por todos se atiende.

Hasta en los abismos,
Y en los mudos peces

Sus ecos resuenan,
Su chispa se prende:
  Que el mundo poblando
De nuevos vivientes,
Hacen que tu imperio
Sin fin se renueve.
  Ya el trino mas dulce
Del ave parece,
Mas plácido el vuelo,
Sus juegos mas muelles:
  La voz de los brutos
Mas llena y ferviente,
Su marcha mas presta,
Su anhelo mas fuerte.
  El leon amante
Rugiendo estremece
Los anchos desiertos
Del Africa ardiente.
  El oso aunque rudo
Su cetro obedece,
Que dóciles torna
Los tigres crueles.
  Su veneno el potro
Con las auras bebe:
Las ondosas crines
Sacude demente:

Bate el duro suelo,
Fogoso se mueve,
Y hace que los montes
Sus relinchos llenen.
Del pasto olvidado,
De amor se enfurece
En pos la novilla
El toro valiente;
Y al rival que el triunfo
Disputarle quiere,
Con botes tremendos
Zeloso acomete;
Ahúyentalo, y solo
Los premios obtiene,
Que en roncos mugidos
Feroz engrandece.
Su estrépito templan
Los dulces rabeles
De cien pastorcillos,
Que el valle conmueven;
Y á su antigua llama
Las zagalas fieles
Sus cantos repiten
Con nuevos motetes.
El bosque enramado,
Do el Ciego mantiene

Para sus misterios
Callados retretes,
  Que ocultos y umbrosos
Anhelan y temen
El pudor cobarde,
Y el deseo ardiente,
  De amantes felices
Ya rinde desdenes,
Ya audacias alienta,
Ya triunfos entiende.
  ¡Dulcísimos triunfos!
Que de un velo envuelve,
Y el recato esconde
Del mismo que vence.
  ¡O repuestos valles!
¡Ladera pendiente!
¡Altísima sierra,
Que las nubes hiendes!
  ¡Oh! ¡cómo al miraros
Ora florecientes
Los ojos se gozan,
Y el pecho enloquece!
  Las auras se inundan
De süaves pebetes;
Con toda su gloria
Ya el sol resplandece;

Y tierras y cielos
Del año naciente
La pompa celebran,
Y en júbilo hierven.
Mientras que á la luna
En pos de Citeres
Sus danzas ligeras
Las Ninfas previenen:
Do porque sin armas
Nada dél recelen
Nudo Amor cual niño
Vivaz se entromete.
Tú, ó raudal de vida,
Primavera, eres
Quien nos das de Flora
Tan gratos presentes.
Ella te engalana
De rosas las sienes,
Y el manto te viste
Que ostentas flüente;
Y en colores rico,
Vario en accidentes,
Su genio imagina,
Tocan sus pinceles.
Tú al hórrido Invierno
Las furias contienes,

Y en yerbas y flores
Sus yelos disuelves.
  Tú al rico Verano
Benigna precedes;
Sus espigas de oro
De tu mano él tiene.
  A Octubre en tus gomas
Sus frutas le ofreces;
Y al cándido Baco
Llenas los toneles.
  El blando sosiego,
Los cantos alegres,
Las risas ligeras,
Los gratos banquetes
  En séquito amable
Te cercan rientes,
Colmando los pechos
De dulces placeres.
  ¡Oh! ¡el rápido vuelo
Modera indulgente;
Y ansioso me deja
Gozar tantos bienes!
  Mas ¡ay! que al cantarte
Fugaz despareces,
Mas vaga que el viento,
Cual los sueños leve;

Y cuando en seguirte
Se afana la mente
De Sirio en las llamas
Lánguida fallece.

ÍNDICE.

ODAS ANACREONTICAS.

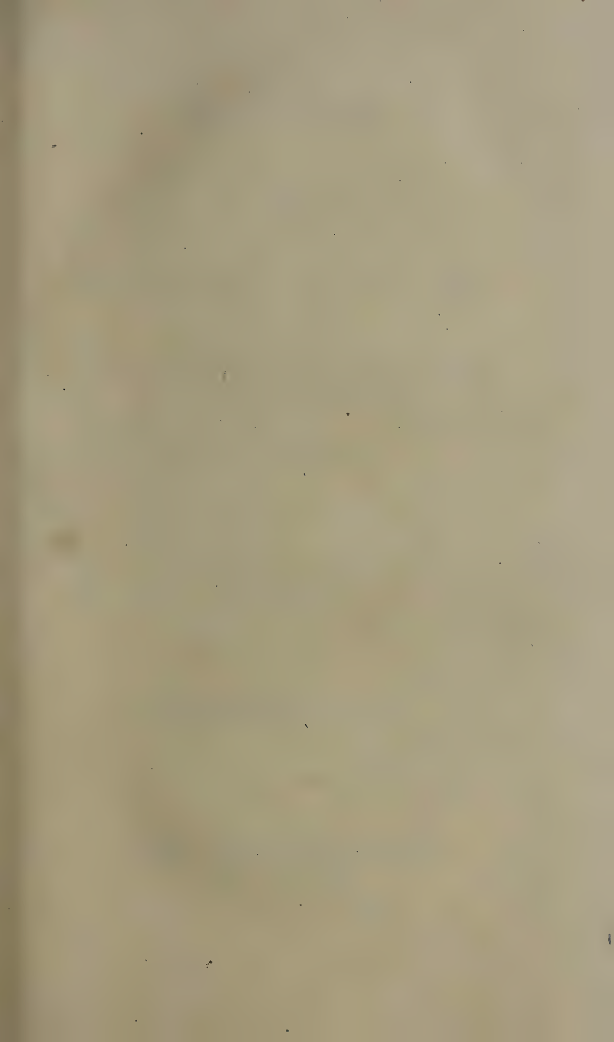
LA INCONSTANCIA.—ODAS Á LISI.

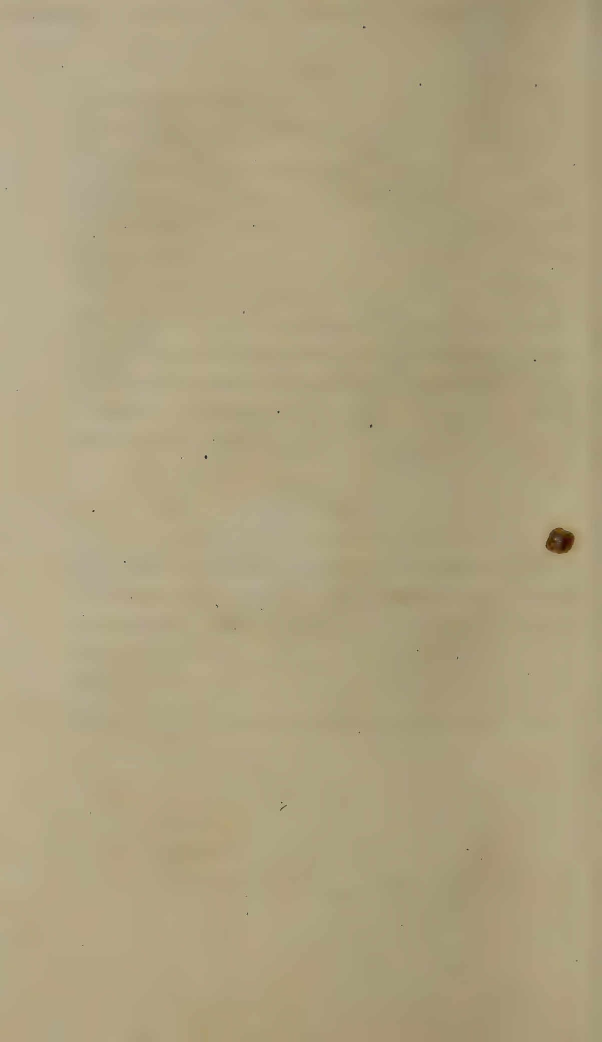
LA PALOMA DE FILIS.

GALATEA, Ó LA ILUSION DEL CANTO.

LETRILLAS.

IDILIOS.





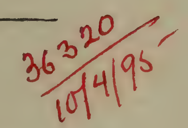
POESÍAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS,

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, É INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.

TOMO II.



MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1820.

Scribere iussit amor.
Ovid. Heroid.

ROMANCES.

NOTA DEL AUTOR.

Varias consideraciones, que ya han cesado, detuvieron hasta ahora la impresion de muchos de estos romances, compuestos en los primeros años del autor. Los publicados antes se han procurado poner íntegros, ó corregir con mas detencion que lo estaban, dándoles á todos el tono y el gusto de esta composicion verdaderamente nacional, y en que tanto abundamos, tan conforme con la soltura y la facilidad del habla castellana como con nuestro genio y poesía.

DEDICATORIA A UNA SEÑORA.

Oye, Señora, benigna
Los inocentes cantares,
Que del Tórmes en la vega
Dicta Amor á sus zagales:
  Los cantares que algun dia
Envueltos en tiernos ayes
Tal vez las serranas bellas
Oyeron con rostro afable.
  En la primavera alegre
De mis años con süave
Caramillo y blandos tonos
Los canté por estos valles;
  Cuando el bozo delicado
Aun no empezaba á apuntarme,
Ni el ánimo me afligían
Los sabios con sus verdades.
  La dulce Naturaleza
Como cariñosa madre
Despertó mi helado pecho,
Y el Amor me hizo quejarme.
  Entonces ¡quién unos días
Volviera tan agradables!
Ví la fuerza encantadora

De unos ojos celestiales,
El iman irresistible
De un halagüeño semblante,
Y las delicias de un habla
Toda mieles y azahares;
Y embebecido y colgado
De sus gracias y donaires,
Recibí la ley rendido,
Y temí el rigor cobarde.
Yo adoré, y gocé venturas,
O lloré agudos pesares.
¿Es acaso amar delito?
¡Quién no será dél culpable!
¡Quién en la feliz aurora
De una edad crédula y fácil,
Cuando todo al gusto rie,
Y el seno en júbilos arde,
No cedió al plácido aliento,
Que bonancible á engolfarse
Por el sosegado golfo
Lleva su inexperta nave!
Despues los años severos,
Sufridos ya los embates
Por desconocidos rumbos
De mil fieros huracanes,
Aherrojándome imperiosos

Con sus cadenas fatales,
En voz triste y faz ceñuda
Mandaron que atras tornase.
¡Ay qué bárbaras contiendas!
¡O qué encendidos combates!
¡Por qué para obedecerlos,
Blando Amor, debí dejarte!
Hícelo al fin, y aun ansiando
Volver iluso á embarcarme,
Por la paz de las cabañas
Troqué los revueltos mares.
Quedáronme de mis yerros
Estas quejas lamentables,
Que á besar tus pies dichosas
Vuelan hoy al Manzanares.
Ellas en mas claros dias
Templaron mis crudos males,
Y aun ahora en blando alivio
Me ordena Amor que las cante.
Óyelas pues, y no temas,
No temas que ellas te engañen;
Que amor no finge en el campo
Como finge en las ciudades.

ROMANCE I.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

Del sol llevaba la lumbre
Y la alegría del alba
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de Pascua,
Y á embebecer todo el valle
En sus amorosas ansias.
La primavera florece
Do gentil la huella estampa,
Do plácida mira rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia,
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean,
Y las Gracias la acompañan.
Y ella cual honor del llano
Descuella la altiva palma,
Y sus flotantes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
O cual vid de fruto llena,

Que con el olmo se abraza,
Sus largos vástagos tiende
Al arbitrio de las ramas;

Asi entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Lozana en medio brillando
Cual fresca rosa entre zarzas;

O como cándida perla
Que artífice diestro engasta
Entre encendidos corales,
Porque mas luzcan sus aguas.

Todos los ojos se lleva
Tras sí; todo lo avasalla:
De amor mata á los pastores,
Y de envidia á las zagalas.

Tal que oyéndola corridas
Tan altamente aclamada,
Por no sufrirlo se alejan
Amarilis y su hermana.

Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas,
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.

¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire,

Y no enloquezca en loarla.
  Cual absorto la contempla,
Y á la Aurora la compara,
Que radiante al sol precede,
Y el cielo en albores baña.
  Quien al fresco y verde aliso
Que al pie de corriente mansa
Su pompa y móviles hojas
En sus cristales retrata.
  Cual á la luna si ostenta
De luceros coronada,
Venciendo las altas cumbres
Llena su esfera de plata.
  Otros pasmados la miran,
Y mudamente la alaban,
Y mientras mas la contemplan,
Muy mas hermosa la hallan.
  Que es como el cielo su rostro,
Cuando en una noche clara
Con su egército de estrellas
Brilla, y los ojos encanta:
  O el sol que alzándose corre
Tras de la rubia mañana,
Y de su gloria en el lleno
Todos sus fuegos derrama,
  Que tan fúlgido deslumbra,

Que sin accion deja el alma;
Y mas el corazon goza
Cuanto mas el labio calla.
¡Oh qué de zelos se encienden,
Y ansias y zozobras causa
En las serranas del Tórmes
Su perfeccion sobrehumana!
Todas humilládas penan,
Mas sin osar murmurarla;
Que como el oro mas puro
No sufre una leve mancha.
¡Bien haya tu gentileza,
Otra y mil veces bien haya;
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana!
Toda, toda eres delicias,
Toda eres donaire y gracia;
El Amor rie en tus ojos,
Y la gloria está en tu cara:
En esa cara hechicera
Do toda su luz cifrada
Puso Vénus misma, y ciego
En pos de sí me arrebata.
La libertad me has robado;
Favorable allá la guarda,
Y mi vida y mi ser todo

Que ahincados se te consagran.
No el don por pobre desdeñes,
Que aun las deidades mas altas
A zagales cual yo humildes
Un tiempo acogieron gratas;
Y mezclando sus ternezas
Con sus rústicas palabras,
No aunque diosas esquivaron
Sus amorosas demandas.
Su feliz egemplo sigue,
Pues que en beldad las igualas;
Cual yo á todos los excedo
En lo fino de mi llama.
Asi un zagal le decia
Con cláusulas mal formadas,
Que salió libre á los fuegos,
Y volvió cautivo á casa.
De entonces penado y triste
El dia á sus puertas le halla:
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada.
„Linda zagaleja
„De cuerpo gentil,
„Muérome de amores
„Desde que te ví.
Tu talle, tu aseo,

Tu gala y donaire
No tienen, serrana,
Igual en el valle.
 Del cielo son ellos,
Y tú un serafin:
 ,,Muérome de amores
 ,,Desde que te ví.
De amores me muero,
Sin que nada alcance
A darme la vida,
Que allá me llevaste;
 Si no te condueles,
Sensible de mí,
 ,,Que muero de amores
 ,,Desde que te ví.

ROMANCE II.

EN UNAS BODAS DESGRACIADAS.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien cuanto pierdo,
Por tí sola me lastima
Que te cases con un necio.
 Tan discreta cortesía,
Tan gentil aire y aseo

Quien los merezca los goce,
Y alcancen mas digno dueño.
Que si es la desdicha estrella
De la beldad, aunque el cielo
No te hiciera tan hermosa,
Ganaras mucho en no serlo.
Y hoy dueña de tu albedrio
Gozaras el bien supremo
De querer y ser querida
Por tu gusto, y no el ageno.
¿Qué valen los rizos de oro,
Ni los alegres ojuelos,
El carmesí de los labios,
Ni el albo turgente seno?
¿Qué el agasajo apacible,
Y ese hablar tan halagüeño,
Que la libertad cautiva,
Y embebece el pensamiento,
Si tan celestiales dones
Los ha de ajar un Fileno?
Para tan mal emplearlòs,
Valiera mas no tenerlos.
Que mejor yace el diamante
Sumido en su tosco seno,
Que no en la mano villana
Que no alcanza su alto precio.

Y el clavel mas bien flotando
Luce en el vástago tierno,
Que deshojado y sin vida
En fino búcaro puesto.
Y mas bien el gilguerillo
Se goza en dulces gorgeos
Volando de rama en rama,
Que en dorada jaula preso.
Si por ganadero rico
Con él te casan tus deudos,
Diles tú, que no hay riquezas
Donde se echa el gusto menos:
Donde en vez de un rostro afable,
Y el solícito desvelo
Con que el fino amor previene
De la amada los deseos,
Te abrumarán noche y dia
En un porvenir eterno
La dureza de las rocas,
De la noche el torvo ceño.
De las bodas el bullicio,
Y sus galas y festejos
Son cual la miel mas süave
En un paladar enfermo:
Lucimiento á la riqueza,
De la ociosidad recreo,

Fastidio de los velados,
Y de la envidia alimento.
Acabarán; y tú triste
Con el duro lazo al cuello
Llorarás tarde, y en vano
Sentirás del yugo el peso:
Yugo que leve y de flores
Cuando Amor lo echa risueño,
De bronce abruma insufrible
Si interes lo anuda ciego.
¡Ay zagala! por tu vida
No tengas tan mal empleo:
Lástima ten de tí misma,
Si yo no te la merezco.

ROMANCE III.

EL ARBOL CAIDO.

¿Alamo hermoso, tu pompa
Dónde está? ¿do de tus ramas
La grata sombra, el susurro
De tus hojas plateadas?
¿Dónde tus vástagos bellos,
Y la brillantez lozana
De tantos frescos pimpollos

Que en derredor derramabas?
  Feliz naciste á la orilla
De este arroyuelo, tu planta
Besó humilde, y de su aljofar
Rico feudo te pagaba.
  Creciendo con él, al cielo
Se alzó tu corona ufana:
Rey del valle en tí las aves
Sus blandos nidos labraran.
  Por asilo te tomaron
De su amor; y cuando el alba
Abre las puertas al dia
Entre arreboles y nacar,
  Aclamándola gozosas
En mil canciones, llamaban
A partir en tí sus fuegos
Las inocentes zagalas;
  Que en torno tu inmensa copa
Con bulliciosa algazara
Vió aun de la tarde el lucero
En juegos y alegres danzas.
  Cuando en los floridos meses
Se abre al placer reanimada
Naturaleza, y los pechos
En sus delicias inflama,
  Tú fuiste el centro dichoso,

Do de toda la comarca
Los amantes se citaron
A sus celestiales hablas.
  Los viste penar, los viste
Gemir entre ardientes ansias;
Y envolviste sus suspiros
En sombras al pudor gratas.
  El segador anhelante
En tí en la siesta abrasada
Llamó al sueño, que en sus brazos
Calmó su congoja amarga:
  Y con tu vital frescura
Tornó á herir la mies dorada
Reanimado, y ya teniendo
Su fatiga por liviana.
  Despues con tus secas hojas
Al crudo Enero...... la llama
Te tocó del rayo, y yaces
Triste egemplo de su saña.
  Cual con segur por el tronco
Roto, la pomposa gala
De tus ramas en voluble
Pirámide al cielo alzadas,
  El animado murmullo
De tus hojas, cuando el ala
Del céfiro las bullia,

Y el sentido enagenaba,
 Tu ufanía, el verdor tierno
De tu corteza entallada
De mil símbolos sencillos,
Todo en un punto acabara:
 Y hollado, horroroso, yerto,
Solo eres ya en tu desgracia
Blanco infeliz de la piedra
Que ruda mano dispara:
 Estorbo y baldon del prado,
Que cual ominosa carga
Tu largo ramaje abruma,
El mirarte solo espanta.
 Tu encuentro el ganado evita,
Sobre tí las aves pasan
Azoradas, los pastores
Huyen con medrosa planta:
 Siéndoles siniestro agüero
Aun ver cabe tí parada
La fugitiva cordera,
Que por perdida lloraban.
 Solo en su horfandad doliente
La tórtola solitaria
Te busca, y piadoso alivio
La suya en tu suerte halla.
 En tí llora, y en su arrullo

Se queda como elevada;
Y el eco sus ansias vuelve
De la vecina montaña:
El eco que lastimero
Por el valle las propaga,
Do solo orfandad y muerte
Suenan las flébiles auras.
Mientra al pecho palpitante
Parece que una voz clama
De tu tronco: ¡qué es la vida,
Si los árboles acaban!

ROMANCE IV.

LA DECLARACION.

Si tu gusto favorece,
Zagaleja, mis deseos,
Tú serás mi eterna llama,
Y yo la envidia del pueblo.
Ocho meses te he seguido,
Fino amándote en secreto,
Por tus injustos desdenes,
Y con temor de tus deudos.
Las ansias y los suspiros
Que debes á mi silencio

Sábelo Amor solamente,
O mi pecho, que es lo mesmo.
¡Qué de noches á tus rejas
Los centellantes luceros,
Y de las aves al alba
Me encontraron los gorgeos!
Mas nunca bien ocultarse
Pueden el querer y el fuego;
Pues ya todos en tu casa
Saben del mal que adolezco.
Necedad es la porfía
De callar mas mis intentos,
Que nunca ganó el cobarde
De amor en el dulce juego.
Ayer me dijo Belarda,
Que si la calle paseo,
Tu madre misma se rie,
Y aprueba mi galanteo:
Que tu padre bien me quiere,
Y que á tus hermanas debo
Voluntad y compasion:
¡Ay! toma en ellas ejemplo.
Yo, zagaleja, te adoro;
Que en la noche de los fuegos
Te consagré mi albedrío:
Perdona el atrevimiento.

Mas no, esquiva, no desdeñes
Por la humildad del sugeto
Un pecho tierno y sencillo,
Esclavo de tus ojuelos.
Que en el don que ofrece el pobre
No debe mirarse al precio,
Si la voluntad lo ensalza
Y lo hidalgo del afecto.
Mil y mil almas te diera,
Si yo fuera de ellas dueño:
Una te doy que me cupo,
No merezca tu desprecio.
Que ni mas fiel, ni mas pura
Cabe en amoroso pecho,
Ni corazon mas leal,
O rendido á tus preceptos.

ROMANCE V.

EL NIÑO DORMIDO.

Bajo el álamo que hojoso
Cubre con su pompa umbría
La pacífica cabaña
Del enamorado Aminta,
Él y la sensible Lisi

En plácido sueño un dia
Vieron al hermoso niño,
Que es su gloria y sus delicias.
La faz graciosa inclinada
Del un lado, las mejillas
Bien cual dos rosas fragantes
Por el calor encendidas,
Como bañada la boca
En una grata sonrisa,
Y sobre su lacteo pecho
Dobladas las manecitas.
Los brazos entrelazados
Aminta y Lisi, una misma
La accion, los rostros unidos,
Y fija en su amor la vista,
Por no turbar su reposo
Ni á respirar se atrevian,
Embebecidos gozando
De su beldad peregrina.
¡Ay! dijo la amable Lisi,
Suspirando enternecida,
¡Cuánto en sus felices sueños
Es la inocencia tranquila!
¡Cómo la paz la acompaña!
¡Cómo el contento la anima!
¡Y con su risa los cielos

Benévolos la acarician!
Goza, dulce esposo, goza
Como tu Lisi querida
Mirando el clavel hermoso
Que mi fino amor te cria.
Goza, y si es posible el lazo
Que afortunados nos liga,
Contemplándolo se estreche;
Y en él crezcan nuestras dichas.
¡Vé con qué indecible gracia
Aun dormido está! ¡qué linda
Su frente aparece ornada
De su cabellera riza!
¡Cuál entreabiertos los ojos
Como dos luceros brillan,
Y aun entre sueños parece
Que cariñosos nos miran!
El alelí mas florido,
La mas fresca clavellina,
La mas hermosa azucena,
La rosa que ámbar espira,
Nada son con nuestro amado:
Mayor es su lozanía,
Sus gracias mas acabadas,
Mas su belleza divina.
Su rostro es la misma gloria:

La paz, el gozo, la risa,
La candidez, la inocencia
Se unen en él á porfia.

¡O rostro en que venturosos
Todos mis gustos se cifran!
¡O sol! ¡ó adorado hijo,
Mi embeleso y mi alegría!

Feliz descansa; y tu sueño
Disfruta en calma benigna,
Que solícita en tu guarda
Vela la ternura mia;

Cual la cándida paloma
Sus pichoncitos abriga,
Y de su seno amoroso
Los sustenta y vivifica.

Descansa, vástago tierno,
Que bajo la sombra amiga
De mis cuidados floreces,
Para hacer mi gloria un dia:

Descansa; y que tu reposo,
Tus sueños, tu amable vida,
Los ángeles tus hermanos,
Velando en torno bendigan.

Alamo feliz, tus ramas
Sobre él blandamente inclina,
Y con tus sonantes hojas

Oficioso le cobija.
Trinad, ó canoras aves,
Con mas dulce melodía
Para no turbar su sueño;
Y á verle llegad festivas.
Tú, agradable cefirillo,
Haz á mi bien compañía,
Y en su congojada frente
Plácido el sudor mitiga.
¡Cielos! una madre os ruega:
En vuestra bondad propicia
Acoged mi hijo querido;
Y honrado y dichoso viva.
Haced, haced que en su seno
A una pululen unidas
La caridad oficiosa,
La piedad y la justicia:
Incesantes dél brotando
Como de una vena rica
Cuanto de noble y de grande
Mas la humanidad sublima.
Y tú, idolatrado esposo,
Vé en nuestro hechizo dormida
A la inocencia, que apenas
En su placidez respira.
Vé al lustre de nuestros años

En su juventud florida,
A nuestro arrimo y consuelo
En la ancianidad tardia.
  Vé al serafin, al lucero
Mas radiante..... una ramita
Súbito al soplo del viento
Del álamo desprendida,
  Cayendo en la faz del niño
Nublo á los padres su dicha,
Que á un tiempo al verle despierto
Y que asustadillo grita,
  ¡Ay hijo adorado! exclaman;
Y sobre él con mil caricias
Para acallarle en sus brazos
Riyendo se precipitan.

ROMANCE VI.

EL AMANTE CRÉDULO.

Para las fiestas de Mayo
Prometió la bella Fili
Sus favores á un zagal,
Que importuno la persigue.
  Huye á sus ruegos en tanto
Con engañosos melindres,

Y mil palabras le empeña
Para ninguna cumplirle.
Loco el zagal en sus ansias,
Tan crédulo como simple,
Las gracias de la pastora
Como finezas recibe.
Toda la aldea es donaires,
Todos de Pascual se rien;
Él solo se goza ufano
De las burlas que le dicen.
¡O bien haya su inocencia:
Y mas el despejo libre
De la sutil zagaleja,
Que tan bien un amor finge!
Pascual cuenta los instantes;
Y la tardanza maldice
De los dias que se duermen
Del Abril en los pensiles.
Solo Anton, que en crudos zelos
Arde para divertirse,
A cada paso esta letra
Al loco amante repite:
Vendrá Mayo, zagal necio;
Y con sus fiestas vendrá
Tu desengaño y desprecio
Y la risa del lugar.

Los dias que confiado
Quieres hora adelantar,
Un tiempo te ha de pesar
Que hayan tan presto llegado.
Déjalos, Pascual, estar;
Y no te anticipes necio
Tu desengaño, un desprecio,
Y la risa del lugar.

ROMANCE VII.

LA GRUTA DEL AMOR.

Esta es, adorada Clori,
La gruta donde guiados
Del dulce amor en sus aras
Eterna fe nos juramos.
Aqui fue do derretido
En mil ardientes halagos,
Premiando ahincado tus plantas,
Y tu timidez culpando,
Me inspiró el dios tal fineza,
Que tú al corazon mi mano
Llevando, tuyo es, dijiste,
Y en vano ¡infeliz! lo callo.
Súbito tus ojos bellos

En lágrimas se arrasaron;
Y una fuerza irresistible
Te precipitó en mis brazos,
  Clamando ¡en tanta ruina
Mi honor solo al tuyo encargo!
Y de rubor contra el mio
Tu ardiente rostro ocultando,
  Yo á mi palpitante seno
En indisoluble lazo
Feliz te estreché; y mas fino
Torné á jurarme tu esclavo.
  ¡Qué momento aquel, ó amada!
¡Cómo inflexible el recato
Le disputó á la ternura
Aun el favor mas escaso!
  Hasta que sobrecogidos
De un inexplicable encanto,
Débiles ya á gloria tanta,
Sin acuerdo y mudos ambos,
  Ni tú mas que anhelar tierna,
Ni mas yo que transportado
Gozar mi inefable dicha
Pudimos un largo espacio.
  Suspiraste al fin diciendo:
¡Ves cuan fina te idolatro,
Zagal querido, y cuan ciega

Tus dulces éxtasis parto!
  Todo por tí lo abándono,
Y de hoy señor te declaro
De una vida ya no mia;
Que á Amor y á tí la consagro.
  ¡Qué infeliz fuera tu Clori,
Si ser pudiese que ingrato......!
No la gloria en que me anego
Mengüen ya recelos vanos.
  Serás tan constante y fino,
Cuan fina y constante te amo;
Y tu fe sencilla y pura,
Pues con otra igual te pago.....
  Serélo, Clori adorada,
Serélo; y si infiel te falto,
Antes fálteme la vida,
O me abrase justo un rayo.
  Serélo, pues ya dichoso
Solo un ser con tu ser hago;
Y en este nudo inefable
Todas mis delicias hallo.
  No temas, no temas, Clori:
Vé el sol cuan fúlgido y claro
Se encumbra y al mundo rie,
Nuestra union solemnizando.
  Vé hervir todo cuanto existe

De amor en el fuego santo,
Las plantas arder, heridos
Gemir de su presto dardo
Brutos y aves, halagarse
Rendidos, fáciles, mansos;
Y union, union en mil gritos
Sonar por el aire vago.
La nuestra pues estrechemos
Aun mas, si mas nos es dado;
Y crezca sin fin la llama
En que ardes tú, y yo me abraso.
Crezca esta llama, bien mio,
No haya en tus éxtasis plazo;
Ni mas que un solo deseo
De gozar anime á entrambos.
Todo á hacerlo nos convida:
Vé alli donde solitario
Me hallaste por tus desvíos
Sumido en dolor y llanto.
Allá cual nuestra ventura
Pomposo y florido el árbol,
Do á hablarnos la vez primera
Nos llevo un feliz acaso.
Y aqui el venturoso césped,
Do entre mimos y regalos
A acordar nuestros amores

Blanda tú ya nos sentamos:
  Do de las fragantes rosas
Que yo traje á tu regazo,
Ceñí con una guirnalda
Tu pelo blondo y dorado;
  Diciéndote, su ámbar, Clori,
No es á la nariz tan grato,
Como el que tu aliento exhala,
Y aspira feliz mi labio.
  Mas risueña tú á mi frente
La guirnalda trasladando,
Galardon, clamaste, sea
De un hablar tan cortesano;
  Y de un rosicler mas vivo
Tus mejillas se animaron,
Ñublando el pudor tus ojos
Con un lánguido desmayo;
  En que tu seno turgente
Bullendo mas concitado,
Parecia en sus latidos
Decirme en delicias ardo.
  Yo, aun tu ternura excediendo,
Como en un glorioso pasmo
Me entregaba á mil delirios,
Gozándome en tu embarazo.
  A par que sus leves alas

Batiendo el céfiro blando,
Y soltándose las aves
En el mas canoro aplauso,
A nuestra llama aplaudian,
Y del aire el ancho espacio
Se llenó de nuestra gloria
Con su júbilo y sus cantos.
¡Ay Clori! ¡que eterna dure!
¡Que jamas, jamas aciagos
Ni rezelos la mancillen,
Ni se mengüe con los años!
Mas de celestial fineza
Inimitable dechado
A los amantes mas fieles,
Y envidia y honor seamos.
Sí, dijo Clori, tan tierna
Como en aquel primer rapto
De su pasion; y un suspiro
Fue á nuevas dichas presagio:
Un suspiro, que en mi pecho
Dulcisimo resonando,
En él todas las delicias
Traslado de Gnido y Pafos.
Las Ninfas aunque envidiosas
De deliquio y amor tanto,
Himeneo desde el bosque

Con alegre voz cantaron.
  Y el cielo en mas grata lumbre,
Mas florecidos los campos,
Las auras con mas aromas,
Los árboles mas lozanos,
  Y todo con nueva vida
Se ostentó para adularnos:
Un templo de Amor la gruta,
Nuestra fe un puro holocausto.
  Asi célebre de entonces,
Del hecho el nombre tomando,
La Gruta de Amor se llama
Por naturales y extraños.

ROMANCE VIII.

LA LLUVIA.

Bien venida, ó lluvia, seas
A refrescar nuestros valles,
Y á traernos la abundancia
Con tu rocío agradable.
  Bien vengas á dar la vida
A las flores, que fragantes
Para mejor recibirte
Rompen ya su tierno cáliz;

Do á sus galanos colores
En primoroso contraste,
Tus perlas del sol heridas
Brillan cual ricos diamantes.
Bien vengais, alegres aguas,
Fausto alivio del cobarde
Labrador, que ya temia
Malogrados sus afanes.
Bajad, bajad, que la tierra
Su agostado seno os abre,
Do os aguardan mil semillas
Para al punto fecundarse.
Bajad, y del mustio prado
Vuestro humor la sed apague,
Y su lánguida verdura
Reanimada se levante;
Tejiendo un muelle tapete,
Cuyo hermoso verde manchen
Los mas vistosos matices
Como en agraciado esmalte.
Bajad, bajad en las alas
Del vago viento, empapadle
En frescura deleitosa,
Y el pecho lo aspire fácil.
Bajad: ¡oh cómo al oido
Encanta el ruido süave

Que entre las trémulas hojas
Cayendo las gotas hacen!
Las que al rio undosas corren,
Agitando sus cristales
En sueltos círculos, turban
De los árboles la imagen;
Que en su raudal retratados
Mas lozano su follage,
Y erguidos ven sus cogollos,
Y su verde mas brillante.
Saltando de rama en rama
Regocijadas las aves,
Del líquido humor se burlan
Con su pomposo plumage:
Y á las desmayadas vegas
En bulliciosos cantares
Su salud faustas anuncian,
Y alegres las alas baten.
El pastor el vellon mira
Del corderillo escarcharse
De aljófares, que al moverse
Invisibles se deshacen;
Miéntras él se goza y salta,
Y con balidos amables
Bendice al cielo, y ansioso
La mojada yerba pace.

El viento plácido aspira,
Y viendo cuan manso cae
En sus campos el rocío
El labrador se complace,
Gozando ya de las mieses
Su corazon anhelante,
Que colmarán sus graneros
Cuando el Can al mundo abrase.
El bosque empapado humea,
De aromas se inunda el aire,
Y aparecen las espigas,
Floreciendo los frutales.
En medio el sol de las nubes
Su frente alzando radiante,
De oro y de púrpura al íris
Pinta entre gayos celages:
Él tendiéndose vistoso
Sus inmensos brazos abre,
Y en arco fúlgido al cielo
Da un magnífico realce.
La naturaleza toda
Se agita, anima, renace
Mas gallarda, ¡ó vital lluvia!
Con tus ondas saludables.
Ven pues ¡oh! ven, y contigo
La fausta abundancia trae,

Que de frutos coronada
Regocije á los mortales.

ROMANCE IX.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

Mañanita de San Juan
Por el prado de la aldea
A celebrarla se salen
Pastores y zagalejas.
Bailándolas ellos vienen
Con mil mudanzas y vueltas;
Y cantando mil tonadas
Del dulce Amor vienen ellas.
Unos el suyo encarecen
En bien sentidas ternezas;
Y otros con agudas chanzas
Bulliciosos las alegran.
Los que son mas entendidos,
Cortesanos les presentan
La mano para apoyarse
Con delicada fineza.
No hay corazon que esté triste,
Ni voluntad que esté exenta:
Todo es amores el valle,

Los zagales todo fiesta.
 Cual saltando se adelanta,
Cual burlando atras se queda,
Y cual en medio de todas
Repica la pandereta.
 El crótalo y tamborino
Con la alegre flauta alternan;
Y el regocijo y los vivas
Suben hasta las estrellas.
 Unos de trébol y flores
Y misteriosa verbena [1]
Sus cándidas sienes ciñen,
Matizan sus rubias trenzas.
 Otros por detras sus ojos
Con un lienzo arteros vendan,
Y del juego alegres rien
Si con el engaño aciertan.
 Y otros de menuda juncia
Tejiendo blandas cadenas

1 Era uso antiguo de los mas de los pueblos el salir al campo las gentes la mañana de S. Juan, cantando y bailando *á coger el trebol y la verbena*, á que atribuian crédulas varias virtudes y misterios. Aun hoy se va en Madrid en este dia á comprar *las yerbas* á los portales y plazuela de Santa Cruz, resto sin duda de aquel estilo.

Hacen como que las prenden,
Y en sus lazos mas se enredan.
   Aquel deshojando rosas
En el seno se las echa,
Y aquel en el suyo guarda
Las que á su nariz acercan.
   Cuales alzando los ramos
En triunfo de amor las llevan,
Y cuales porque los pisen
De ellos el camino siembran.
   Asi llegan á la fuente
Que el gran álamo hermosea
Con su pomposo ramage,
Do en alegre paz se asientan.
   El gusto y júbilo crecen:
La risa y el placer vuelan
De boca en boca, y mas vivos
Canto y danzas se renuevan.
   La aurora de su albo seno
Rosas derramando y perlas
Cede el cielo al sol, que asoma
Y se para y las contempla;
   Y en medio su trono de oro
Por las lucientes esferas
Ostentando de sus llamas
La inagotable riqueza,

Este dia mas hermoso
Parece que da á la tierra
Mas rica luz, y á las flores
Alegría y vida nueva.
Con la fiesta y el bullicio
Las avecillas despiertan,
Pueblan y animan los aires,
Y la nueva luz celebran.
Todo en fin se goza y rie;
Fuentes, árboles, praderas,
Selváticos brutos, hombres,
El júbilo en todos reina.
Libre en tanto el Amor vaga:
Nadie sus tiros rezela.
El campo, el dia, la hora,
Todo la ilusion aumenta.
Todo encanta los sentidos:
Por una llanada inmensa
Vaga la vista, las aves
Con sus trinos embelesan.
Entre el grato cefirillo
El labio aromas alienta,
El tacto en delicias nada,
Y el pecho inflamado anhela:
Gratamente asi corriendo
Por las agitadas venas

Del placer la suave llama,
Que á todos arrastra y ciega.
La ocasion brinda al deseo,
Las miradas son mas tiernas,
Los requiebros mas ardientes,
Mas picante la agudeza.
Nadie desairado llora;
Ni enojar amando tiembla:
El baile mismo autoriza
Mil cariñosas licencias.
Quién rendido se declara,
Quién tierno la mano premia
De su amada, y quién le roba
Un beso al dar una vuelta.
Beso de que no se ofende
La zagala mas severa,
Pues fueran culpa este dia
El rigor ó la tibieza.
Todos arden y suspiran,
Todo se aplaude y festeja;
La timidez es osada,
Menos cauta la modestia.
Y entre tantos regocijos,
Un pastor, á quien las nuevas
De su dulce bien faltaban,
Cantó angustiado esta letra.

Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido:
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor:
Ausente estoy, fui querido:
¡Ved si es justo mi dolor!

Tambien yo un tiempo dichoso
Cual ora os gozais me vi;
Y en mi embeleso amoroso
Alegre canté y reí
A par de mi dueño hermoso.
Despues que dejé su lado
Perdi la dicha y el gusto;
Y hoy con mas grave cuidado
Al ver su silencio injusto
Solo exclamo desolado:

Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido:
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor:
Ausente estoy, fui querido:
¡Ved si es justo mi dolor!

ROMANCE X.

DE LAS DICHAS DEL AMOR.

No juzgues, bella aldeana,
Que es por niño á Amor dificil
Cautivar un albedrío,
Y á sí en dulce lazo unirle.
No que á su imperio dichoso
Quien gusta indócil resiste,
O que hay, cuando el arco flecha,
Destreza que el tiro evite.
Que en la corte y en los campos
Omnipotente preside,
Y asi al guerrero avasalla
Como al zagalejo humilde.
Hace al mas rústico urbano,
Audaz la tímida vírgen,
Y hasta el anciano sesudo
Por él las canas se tiñe.
Bien que en unos lindos ojos,
Y en un seno de jazmines,
Y unas mejillas de rosa
Toda su fuerza consiste.
Asi alegre y bullicioso

No engañada te imagines
Que en las lágrimas se goza,
Ni con los suspiros rie.

Que educado por las Gracias
Gusta que bailen y trisquen,
Y que canten y festejen
Cuantos sus banderas siguen;

Ya en la pacífica Idalia,
Ya de Gnido en los pensiles
Grata los entre su madre,
Ya en sus aras sacrifiquen.

El camino de su templo,
La senda que dél dirige
Al bosque de las delicias
Sus adeptos mas felices,

No por ásperos los tengas,
Ni los juzgues imposibles,
Que son llanos, y de rosas
Poblados y de alelíes.

Ni menos pienses cobarde
Que su fuego el alma aflige,
Ni de sus blandas heridas
Que ningun remedio admiten.

Un plácido ardor su fuego,
Sus llagas son apacibles,
Y sus flechas puntas leves,

Que su tierno nombre imprimen.
La cárcel que horrida tiemblas,
Y esos yerros con que oprime
Sus venturosos esclavos,
Que tú llamas infelices,
Es un celestial alcázar,
Donde gozan los que viven
En vez de encierros y grillos
De contentos indecibles.
Siempre entre mirtos y acacias,
Y en un temple bonancible,
Lleno el ambiente de aromas,
Los ramos de colorines,
Que revolando anhelosos
A sus queridas persiguen,
A par que en sus dulces trinos
Àmor, solo amor repiten.
Alli embebidas las almas
Ya en esperanzas que fingen,
Ya en desdenes que contrastan,
Ya en favores que consiguen.
Temen ora, ora suspiran,
Ora blandamente gimen,
Gozan ora, ora se quejan,
Ora al amado se rinden.
Sus palabras son caricias,

Sus riñas serenos íris,
Y el despego y los rigores
Ocasion á nuevas lides.
Fragua feliz los rezelos
Do amor ya tibio se avive,
Y los piques y mudanzas
De otro nuevo amor orígen.
Su favor plácida llama
Con que el alma se derrite,
Pasatiempo los cuidados,
Y la timidez melindre.
¡Felices mil y mil veces
Los que en su poder suspiren,
Los que sus cadenas llevan,
Y los que su ley reciben!
¡Y yo aun mas feliz, bien mio,
Si á mi ruego al fin sensible
Una hechicera mirada
Osa y no temas me dice!

ROMANCE XI.

A FILIS RECIEN CASADA.

Llegó en fin el fausto dia
Que tanto Celio anhelaba,

Que cien envidiosos lloran,
Y que mi amistad aclama.
Ya eres su esposa; y tu cuello
Sufre dócil la lazada,
Con que para siempre unidas
La suya y tu vida se atan.
De flores será olorosas
Si los dos sabeis llevarla,
Cual de punzantes espinas
Si la discordia os separa.
Cuida pues, amable Fili,
De que cada vez mas grata
Al feliz velado sea
Por tu dulzura y tus gracias.
Cuida que el peso no sienta;
Y que una tierna mirada
Del esposo en cada hora
El rendido amante te haga.
Bien, Fili, lograrlo puedes,
Si la ilusion regalada
Que hoy le embelesa, procuras
Que el tiempo no la deshaga.
Ni mimosa le empalagues,
Ni con melindres de casta
Marchites por tus desvíos
La flor de sus dulces ansias.

Sé plácida á sus amores;
Mas gratamente velada
De un pudor tímido á veces
Feria tus finezas cara:

Que por vulgar no se precia
Aunque riquísima el agua,
Y al sol fúlgido el diamante
Por lo raro se compara.

Ni le des, ni pidas zelos;
Zelos que pedidos cansan,
Y dados..... te ofenderia
Si mas de este achaque hablara.

Los donosos devaneos
Acabaron ya, cual vagas
Pasan las nubes de Estío,
Que sin lluvia el campo engañan.

Acabaron, bella Filis,
Las citas á la ventana,
Los empeños en el baile,
Las músicas y enramadas,

Y aquel tu bullir travieso,
Que te dió entre las zagalas
El renombre de festiva,
De decidora la palma.

Lo que en la alegre soltera
Se rie como una gracia,

Por liviandad se censura
En la severa casada.
 Hoy un nuevo amor empiezas,
Cuya deliciosa llama
Otros frutos ha de darte,
Y otra mas ilustre fama.
 Tu esposo, y tu esposo solo,
Goce de tu vida y alma,
Cual en torno de las suyas
Tú eres feliz soberana.
 Un querer, un gusto, un lecho
Comun os sea: en su cara
Te mirarás como espejo;
Y tu genio al suyo iguala.
 A veces á sus antojos
Tu razon dobla, que es gala
Del amor mandar sirviendo;
Y al que se humilla le ensalzan.
 Sé con cuantos te rodean
De trato y condicion blanda,
Que el rigor enojos cria,
Y mal oye quien mal habla.
 Solícita con tu esposo,
Y desvelada en tu casa,
Cual madre todos te miren,
Tus doncellas como hermana.

Pero á par cuida prudente,
Pues su señora te llamas,
No tan alto nombre pierdas
Si las cubres ó te guardan.
Alégrate sin rebozo,
Y trisca en el baile y canta,
Que la virtud nunca estuvo
Con la risa mal hallada;
Y huye indulgente y benigna
La severidad ingrata,
Que á la par que humilla ofende,
Y el fuego de amor apaga:
Viendo en el mar de la vida,
Cual á un rayo de bonanza
Que fugaz vuela, ominosas
Ya mil nubes amenazan.
Sin afectar presunciones
Ni en cada dia una gala,
Conserva ese limpio esmero
Con que á todos nos encantas.
Cuida de ti por tu amado;
Y hazte á sus ojos tan varia,
Que cual ora ilusos te hallen
Cada vez mas extremada.
Mira que el querer se entibia,
Que el ciego embeleso pasa,

Que desplace el desaliño,
Y lo gozado empalaga.
Serás madre, bella Filis,
Serás madre, y trasportada
Recibirás en tus brazos
La mitad de tus entrañas.
¡Oh en qué afectos al oirlo
Tu amante seno se inflama,
Viéndote fecunda oliva
De pimpollos circundada!
Serás madre, y de tu esposo
Crecer sentirás la llama,
Reflorecer las finezas,
Sellarse la confianza.
Sobre él sentarás segura
Tu amable imperio; y ufana
Brillarás cual entre albores
Se ostenta riente el alba.
Crecerán tus dulces hijos,
Y en ellos tus esperanzas,
Cual mata de clavellinas
Plantada al margen del agua.
Tú velando noche y dia
Felizmente en su crianza,
En delicias celestiales
Te sentirás inundada:

Y serás, Fili, en el mundo
Cual tórtola solitaria,
Que en su nido y en su amado
Todas sus venturas halla.

En tu regazo dormidos,
Colgados de tu garganta,
Verás con qué de caricias
Tu ardiente cariño pagan.

A tu voz, cual los polluelos
Que su madre en torno llama,
Correrán de gozo llenas
Siguiéndolos tus miradas:

Mientras el feliz esposo
Ya sus brazos les prepara,
Y entre su querida y ellos
Su corazon se derrama:

Gozando tú embebecida
Cual nuevas las vivas ansias
De su tierna fe, la gloria
De ver cuan penado os ama.

¡Oh qué de premios y dichas
Fausto el cielo te depara!
¡Qué de contentos y amores
De pureza inmaculada!

¡Qué porvenir tan glorioso!
¡Qué deliciosa fragancia

De virtudes! ¡qué de bienes
Esposa y madre te aguardan!
Disfrútalos, Fili bella,
Y las prendas que te ensalzan
Admire yo, si es posible,
En tus hijuelos copiadas.
Disfrútalos; y la dicha
Sé por siempre de tu casa,
El lustre de nuestra aldea,
Y de todos la alabanza.
Como parabien de boda
Estos versos le cantaba
Un zagal, que fue su amante,
A Filis recien casada.
Cuando de repente al triste
Tan al vivo se retratan
Los dolorosos recuerdos
De sus dichas malogradas,
Que en su deliciosa imagen
Como embebecida el alma,
Ni ya al rabel armonía
Ni al labio le da palabras;
Y abismado, confundido,
A pesar de su constancia
La que empezó enhorabuena,
Si no cesa en llanto acaba.

ROMANCE XII.

LOS DIAS DE SILVIA.

A la Excma. Sra. Duquesa de Alba.

Si á los tiernos sentimientos
Que mi corazon abriga
Mostrar toda su fineza
Hoy dejase, amable Silvia,
  Cual exaltados hervores
De mi ardiente fantasía
La tibieza los burlara,
Mumurándolos la envidia.
  Mas quien íntimo supiese
La sencillez de mi fina
Voluntad, los dulces lazos
Que al Duque y á tí me ligan;
  Lazos que á los dos me estrechan
Con violencia tal, que unidas
En una sola tres almas,
Vuestra ventura es la mia,
  Ni culpara mi entusiasmo,
Ni llamara encarecida
Una aficion, que hará siempre

Mi embeleso y mis delicias.
Dijera sí, que la pluma
Por el papel corre tibia,
Ni alcanza á pintar la lengua
Cuanto el corazon le dicta:
Este corazon que anhela
Porque goces aun mas dias
Que ornan luceros la noche,
Y el Mayo rosas matiza;
Mas que el abrasado Julio
Lleva de blondas espigas,
Que la belleza de ardores,
De gozos el Amor cria.
Y cual plácido arroyuelo
Que por la vega florida
Salpicándola de aljofar
Insensible se desliza,
Tal tus años lentos giren
En serie no interrumpida
De bien logrados deseos,
De inefables alegrías.
Por siempre en verdor lozano
Del tiempo la mano impía
Jamas tu cabello ultraje,
Ni mancille tus mejillas;
O esos tan lumbrosos ojos

Y á esa boca toda risas,
Con las lágrimas se anublen,
Dolientes ayes aflijan,
  Sino que hechiceros ardan
Cual ora Amor los atiza,
Y ella de cuantos la escuchen
Las voluntades te rinda.
  Jamas de amargos cuidados
Tu sensible pecho gima;
Ni la inquietud ó el desvelo
Tu blando sueño persigan:
  Mas bien con plácida mano
Fortuna tus pasos rija,
Y por donde quier que fueres
Contigo lleves la dicha.
  Brillando cual la alba luna,
Cuya claridad benigna
A los alegres encanta,
Y á los míseros alivia;
  O como el astro de Vénus,
Cuando á la Aurora convida
A que abra al dia las puertas,
Y ahuyente la noche umbría.
  Envidiada mas sin queja
Todos te busquen y sirvan,
Los hombres cual su señora,

Las mugeres por amiga;
  Y encantados dulcemente
De las gracias con que brillas,
De tu lengua esten colgados,
Que miel y ámbares destila.
  Tus saladas agudezas
Y tu urbanidad festiva
El ingenio las aplauda,
La emulacion las repita.
  Corriendo de boca en boca
Por siempre esa vena rica
De donaires, que en la tuya
Inagotable se admira.
  Respete tu genio amable
Hasta la calumnia misma;
La envidia al ver tu talento
Enmudezca confundida.
  Enmudezca, cual las aves
Cuando suavísimo trina
El ruiseñor solitario,
Oyéndole embebecidas.
  Y tú, Silvia, sobre todos
Cual rauda el águila altiva
Se encumbra, tu vuelo eleves,
Y todos tu ley reciban.
  Sean tus inmensas riquezas

Patrimonio á la desdicha,
Tu excelso nombre un sagrado
Contra la suerte enemiga.
  Adúlete la esperanza,
Abrácete la sencilla
Blanda paz, riente el gozo
Por siempre y vivaz te siga.
  Asi ejemplo á las edades
De virtudes peregrinas,
Tus discreciones se aprendan
Cual tu bondad se bendiga.
  Favorable en fin el cielo
A cuanto amistad me inspira,
En su seno y en los brazos
Del amor mil años vivas.

ROMANCE XIII.

LA ZAGALA DESDEÑOSA.

Si me quieres como dices,
Deja el desden, zagaleja,
Que nunca bien hermanaron
El amor y la aspereza.
  Opon cruda los desdenes
Si otro zagal te festeja,

Que á dos escuchar á un tiempo
Es hacer á ambos ofensa.
Uno sea el escogido,
Mas cuando feliz lo sea
Goza en paz de su ternura,
Y él en libertad te quiera;
Y celébrete entre todas,
Y en derretidas finezas
Pagándole tú benigna,
Su llama exhalarse pueda.
Que en el amor los rigores
Son cual hielo en primavera,
Que al Mayo roba sus galas,
Y á los ganados la yerba.
Y el favor plácida lluvia
Con que Abril al campo alegra,
Que hace florecer los valles,
Y espigar la sementera.
Favorece, y no desdeñes,
Que no toda la belleza
Está en unos lindos ojos,
O en una dorada trenza.
La beldad erguida y vana
Es bien cual pomposa yedra,
Que embeleso de los ojos,
Ninguno estéril la aprecia:

Mas al agasajo unida,
Cual vid de racimos llena,
A cuya sombra apacible
Gozosos todos se sientan;
Y cuyos vástagos verdes
Cuando en el olmo se enredan,
Ornándolo con sus hojas
Con sus abrazos lo estrechan.
Flor de un dia es la hermosura,
Y el tiempo tras sí la lleva;
Y si en mis palabras dudas,
Toma una leccion en Celia.
Celia la célebre un dia
Por su beldad hechicera,
Que despreció á mil rendidos
Cuanto envanecida necia;
Y hoy ultraje de los años,
Busca en sus ardores ciega
Quien la sirva, y todos huyen;
Quien la mire y no lo encuentra.
Voló con su nieve y rosa
De sus ojos la viveza,
Y rugosa y sola y triste
A un seco rosal semeja.
Solo la bondad sencilla
Que cariñosa aunque honesta

Oye á su zagal querido,
Y le corresponde tierna;
La que con sus gracias rie,
Y con él baila en la fiesta,
Y en el seno pon sus flores,
Y con otras su amor premia;
La que viendo en él su esposo,
Ni se esquiva ni avergüenza
De que á ella todos por suya,
Y á él por su amante los tengan:
Esta siempre como el alba
Brillando en su luz primera,
A cuantos la ven rendidos
Guarda en su dulce cadena.
Los años no la obscurecen,
Ni los cuidados la aquejan,
La emulacion la perdona,
Y la envidia la respeta;
Siendo aunque en edad tardía
Su agrado y felices prendas
Delicia de los zagales,
Como encanto de las bellas.
Sé pues afable, Amarilis,
Cesa en los desdenes, cesa;
Que en tu júbilo y donaires
Bien ese rigor no suena:

Ni te formaron los cielos
Asi extremada y perfecta,
Para que tan altos dones
Míseramente se pierdan.
Sé afable con quien te adora,
Y verás toda la aldea,
Si ora tu altivez murmura,
Celebrar tu gentileza.
Así cantaba Belardo
De una zagala á las puertas;
Y ella asomándose airada
Que calle y parta le ordena.

ROMANCE XIV.

LOS SUSPIROS DE UN AUSENTE.

Tras aquel ceñudo monte
Que á las estrellas levanta
Su erguida frente, de nubes
Y de nieves coronada,
Está la mansion dichosa
De mi Clori, la zagala
Que es gloria de estas riberas
Y embeleso de las Gracias.
Fina el alma me lo anuncia,

Pues no cabiendo agitada
Ya en mi lastimado pecho,
En tiernos ayes se exhala.
Con violencia irresistible
De la otra parte se lanzan
De la alta cima mis ojos,
O el duro monte traspasan.
Mil cuidados van con ellos,
Penas mil y quejas vanas,
Y mil finezas y ardores.....
¡Ay, que la ilusion me engaña!
Yo aquí en soledad me aflijo,
De la otra parte mi amada,
Opuesta á nuestros deseos
Esta invencible muralla.
¡Rudo monte! tú me privas
Velar adonde me arrastra
Mi dulce amor...... ni aun me dejas
Ver su pacífica estancia:
La estancia que fue algun dia
En mi suerte afortunada,
Confidente de mis glorias,
Testigo fiel de mis ansias.
Allá estático la busco,
Y en su impaciencia de hallarla
La vista allí se la finje,

Y allí corren vida y alma
En pos de Clori: ¡bien mio!
Solo á tu nombre en mil llamas
Arde el pecho, mi ser todo
En gozo y delicias nada.
¡Clori! ¡Clori! ¡quién me diese
Esta importuna distancia
Rápido pasar! ¡quién ciego
Precipitarme á tus plantas!
¡Estrecharte entre mis brazos,
Y así en sorpresa tan grata
Ver tu tímida inocencia
Cual con tu pasion luchaba;
Y las lágrimas de gozo
Con que tu seno inundaras
Mezclándolas con las mias
En mis ayes inflamarlas!
¡Quién tierna te oyese á solas
Por mí anhelar, y en tu cara
Ya la inquietud retratarse,
Ya plácida la esperanza!
¡Ya de un infeliz dolerte,
Que en su soledad amarga
Mil y mil veces sin seso
Nombra á su Clori adorada!
Clori mi labio articula,

Clori lisonjera el aura;
Y Clori el eco repite
Por la selva solitaria;
Y mi Clori no me escucha.....
¡ Rudo monte! de tu falda
Hasta tu frente te cubra
La esterilidad infausta;
Ni á tus árboles el Mayo
Vista jamas de sus galas,
Ni tus desnudas laderas
De flores y de esmeralda:
Tus arroyuelos no corran;
Los veneros que brotaban
Bullendo tus ricas fuentes,
Cierren sus venas de plata:
Las aves de tí se alejen;
Ni entre tus áridas ramas
O al tierno amor sacrifiquen,
O sus blandos nidos hagan;
Ni en fin los amantes fieles
Honren tus sombras ingratas,
Buscándolas por terceras
De sus finas confianzas.
Esto sea, odioso monte,
Pues con aspereza tanta
Te opones á mi ventura,

Mi ardiente pasion contrastas.
Ver si no á mi luz me deja;
Deja á mi ligera planta
Doblar tu escarpada cumbre,
Volar hasta su cabaña:
Sorprehenderla en su retiro,
Feliz un instante hablarla,
Y deshacer sus temores,
Y alentar sus esperanzas,
Clamándole, ¡ vida mia,
Mantenme la fe jurada,
Y otra y mil veces recibe
La que mi pecho te guarda:
Y que nuestro amor venciendo
Hados, tiempos y distancias,
De firmeza ejemplo sea
Hasta en la edad mas lejana!
Da, ó monte, este corto alivio
A mis súplicas ahincadas,
O al solícito deseo
De mi Clori que me aguarda.
Y si el ruego y la inocencia
El mármol rígido ablandan,
Cede ¡ oh! cede á su ternura,
Y sus lágrimas acalla:
Y sus lluvias te dé el cielo,

Y eternas duren tus hayas,
Y huya el ardiente solano
De tus umbrosas moradas.
¡Ah! si yo al menos tuviera,
Pues que á su aspereza clama
Sin fruto mi amor, del viento
O de las aves las alas!
Mas rápido que la mente,
Clori mia, á tí volára:
Viera si de mí te acuerdas,
Y viera cuan fina me amas;
Y si mis ternezas partes,
Y si mis zozobras pagas;
Si enagenada me buscas,
Si como loca me llamas:
Y en nudo estrecho enredado
De tu nevada garganta,
Con ardiente sed bebiera
Tus lágrimas regaladas:
Arrastrárate á mi pecho;
Y alli en mi pasion insana
En tí, Clori, mi ser todo,
Y el tuyo en mí trasladara:
Moviérante mis gemidos,
Callárante mis palabras;
Y envidiara el Amor mismo

Nuestras celestiales ansias.
Asi deshechas las dudas
Que ausente de ti me asaltan,
Tú ardieras en mi fineza,
Yo me embriagara en tus gracias.
¡Quién esto, mi bien, hiciese.....!
¡Ay! una sola mirada,
Una lágrima, un suspiro,
Todas mis dichas colmara.

ROMANCE XV.

LOS SEGADORES.

Segadores, á las mieses:
Que ya la rubia mañana
Abre sus rosadas puertas
Al sol que de oriente se alza.
Un vientecillo agradable
Sigue su brillante marcha,
Meciendo en volubles ondas
Del pan las débiles cañas.
¡Ved cómo se pierde entre ellas!
¡Ved cuan susurrante vaga!
Ora carga y las inclina,
Ora raudo las levanta.

Los desfallecidos pechos
Su vital soplo repara;
Y al trabajo interrumpido
Con nuevo vigor nos llama.

A par que las avecillas
No bien despiertas el alba
Saludan con mil gorgeos,
Trinándole la alborada.

Y huyen las lobregas sombras,
Y el horizonte se inflama,
Y el luminar de los cielos
En su inmènso ardor nos baña.

A las hoces pues, amigos,
Que el tiempo fugaz se pasa;
Y miles de espigas de óro
Nos provocan sazonadas.

De ellas la frente ceñida
Nos sonrie la abundancia,
Para henchir nuestros graneros,
Y colmar nuestra esperanza.

Vedlas en qué remolinos
De aqui y de allá se esparraman,
Moviéndose turbulentas
Como la mar por las playas:

Mientras las áridas hojas
Con su sonido retratan

El que forma la mar misma;
Si se aduerme en süave calma:
Y en su plácido murmullo
Haciendo en pos una pausa,
Tornan rápidas á alzarse,
Y á ondear muy mas livianas.
No pues tan rico tesoro
La pereza desmayada
O la ingratitud lo pierdan:
Seguid alegres mis plantas.
Seguidlas: de un pobre anciano
Ved cómo las manos flacas
Os dan del trabajo ejemplo,
Y á las vuestras se adelantan.
Cuando fui mozo, ninguno
Logró sacarme ventaja
Ni en el afan de una siega,
Ni con el bieldo en la parva.
Mas hoy los años me encorvan,
Y asi las fuerzas desmayan
Cual la pajilla voluble,
Que el viento á su antojo arrastra.
Sus pues: empezad festivos
De la siega la tonada,
Que vago nos vuelva el eco
Desde la opuesta montaña.

O en acento mas sublime
Y con voces alternadas
De la honrosa agricultura
Resonad las alabanzas.
Santificada en Isidro,
Gloriosa en el godo Wamba,
Y allá en Eden por Dios mismo
Al hombre aun sin culpa dada.
El vicio es callado y triste:
La inocencia rie y canta;
Y el trabajo es pasatiempo
Cuando el placer lo acompaña.
¡Oh! ¡cómo aquel nos alegra
Si la bendicion alcanza
Del cielo, que sus larguezas
Ora por do quier derrama!
¡Cómo el corazon se goza
Recordando las escarchas
Y aguaceros con que Enero
El ancho suelo inundaba!
Aquellos yelos y lluvias
Son las selvas erizadas
Que hoy veis de doradas mieses,
Y un Dios bueno nos regala.
Este es el órden que puso
Con su omnipotencia sabia

Al tiempo, que raudo vuela
Con igualdad siempre varia.
Asi el sustento atesora
De esa infinidad que vaga
De vivientes por la tierra,
O tiende al viento las alas.
Todos á su providencia
Cual menesterosos claman,
Y en sus manos paternales
Piedad y alimento hallan.
Hállelo el pobre en las vuestras:
Si de ellas tal vez se escapa
Quebrada la rica espiga,
Guardaros bien de apañarla.
Con negligencia oficiosa
Dejadla, amigos, dejadla
A arbitrio de la indigencia,
Que sigue vuestras pisadas.
En ella su pan del dia
De vuestra bondad aguarda
La inocencia desvalida,
O la ancianidad cansada.
Este pan es una deuda:
Asi la tierra nos paga
Cuanto un dia le fiamos
Con usuras duplicadas.

Asi nos dan liberales
Grato refrigerio el agua,
El aire vital aliento,
El sol su creadora llama.
No pues cuando mas profusa
De sus dones hace gala,
Y á sus hijos su ancha mesa
Naturaleza prepara;
Cuando la veis, que rïente
De gavillas circundada
Y de riquisimas frutas
En comun á todos llama,
O por árida codicia,
O por vil desconfianza
En nos solos vinculemos
Los tesoros de sus gracias.
De ellos vive el ave, y parte
La hormiga en sus trojes guarda;
Téngala tambien el pobre
Que humilde nos la demanda:
Y lleve con su hacecillo
Cual si un tesoro llevara
El consuelo y la alegría
A su mísera morada:
Donde postrados acaso
Sobre otras míserás pajas

Ya sus pequeñuelos hijos
De hambre transidos le aguardan.
  Asi al buen Dios imitamos
Que nos da con mano franca:
Agradarle abrir las nuestras,
Y enojarle es el cerrarlas.
  Abridlas pues; y sus dones
Entre todos se repartan,
Que él los da á todos, y á todos
Su inefable amor abraza.
  Esto Plácido decia
A la puerta de su granja
En medio de sus segadores,
Que como á padre le acatan.
  Plácido, en cuyo semblante
La inocencia de su alma,
Y el respeto impresos brillan
En sus venerables canas.
  Alzando las corvas hoces
Con bulliciosa algazara
Todos al anciano siguen,
Y él alegre les gritaba:
  Segadores, á las mieses:
Que ya la rubia mañana
Abre sus rosadas puertas
Al sol que de oriente se alza.

ROMANCE XVI.

EL CONVITE.

Por entre la verde yerba
Baja un arroyuelo al prado,
Orlando de espuma y nácar
Las flores que encuentra al paso.
¡Oh en qué círculos se pierde!
Ora va riente y manso,
Y ora hace un blando susurro
Las guijas atropellando.
Limpísimos sus raudales
Semejan al aire vano,
Que trasparente nos muestra
Los términos mas lejanos.
La arena en el fondo bulle,
Como la del rico Tajo
Rodando el oro mas puro
Entre sus móviles granos,
Y resbalándose en ondas
Cual las que de grado en grado
Forman las fáciles aguas,
Remeda su curso vago.
Luego el fugaz paso enfrena,

Y en el mullido regazo
De la espadaña y el trébol
Que riega abundoso y claro,
Hasta su murmullo calla;
Y parece que cansado
De tanto correr se duerme
En un plácido remanso;
Do se ven los pececillos,
Ora rápidos vagando
Ir y revolver mil veces
Por el cristalino lago:
Y ora en mas alegre juego
Con impotente conato
Lanzarse, y sonando hundirse
En las ondas con sus saltos.
Los árboles de la orilla
En su espejo retratados,
Dos veces la vista alegran
Con la pompa de sus ramos.
Sobre ellos los pajaritos
Bullen en júbilo y canto,
O entre sus vástagos corren
Lascivos y alborotados.
Aqui el ruiseñor canoro
Al cielo su duelo alzando,
Con los trinos embebece

De su melodioso llanto:
  Y alli premiándola tierno
Con mil piadas y halagos,
Ardiente en pos de su amiga
Sale un colorin volando.
  Allá la tórtola gime,
Y al arrullo solitario
Rendida su fiel consorte
Le vuelve un quejido blando.
  Solícitas las abejas
Por el herreñal cercano
Con ronco estrépito bullen
En torno el florido acanto.
  Mientra en la opuesta ladera
Satisfechos ya del pasto
Al frescor de su enramada
Se reposan los rebaños:
  Y el valle en delicias arde;
Y en ventura y gozo tanto
Solo amor el pecho siente,
Y de amor suspira el labio.
  Ven pues á la grata sombra
Del álamo consagrado,
Zagala hermosa, á tu nombre
Desde que en él nos hablamos;
  Y en cuya limpia corteza

Ceñidas de un verde lauro
Grabé atento nuestras cifras,
Del Amor mismo guiado.
  Anúdalas ¡ay por siempre
Y en indisoluble lazo!
Florido un mirto, y en torno
„De Clori dichoso esclavo."
  Sus pues, ¿qué nos detenemos?
Ven á su umbroso descanso,
Que ya del sol y tus ojos
No puedo llevar los rayos.
  Ven, y á mis ruegos te inclina;
Dame, donosa, la mano,
Que bien este don merece
Quien su corazon te ha dado.
  Quien meses tantos de ausencia
Sufrió infeliz suspirando
Por este lumbroso dia,
Término á mis ansias grato;
  En que en brazos del deseo
Los dulcísimos regalos
Disfrute, con que me brindan
Tu ternura y tus encantos.
  ¡Oh! ¡cuál tus miradas brillan!
¡Cuán lánguidos son tus pasos!
¡Y en tu acento y en tí toda

Qué nuevas delicias hallo!

Ven, ven, adorada Clori:
Un instante no perdamos,
Que Amor nos rie, y propicio
Tiende el misterio su manto.

Celebrarán nuestra gloria
Las avecillas cantando,
Murmurando el arroyuelo,
Y balando los ganados.

ROMANCE XVII.

EL VELO.

Quita, quita, Clori mia,
Quítate ese odioso velo,
Que los rayos oscurece
De tus ojos hechiceros.

Deja que la lisa frente
Luzca en todo su despejo,
De los rizos coronada
De ese tu blondo cabello.

Que tu boca y tus mejillas,
Y tu garganta y tu seno
A par que arrastren mis ojos,
Electricen el deseo;

Que esa flòr de colorido
De rosa y jazmin deshechos,
Y tantas gracias y dotes
Que te dió pródigo el cielo,
Brillen en toda su gloria,
Y hagan el feliz empleo
Sin esa importuna nube
De mil corazones tiernos.
¿Los tienes para ocultarlos?
¿No ves cual ostenta Febo
Su luz profuso, y la noche
Miles de ardientes luceros?
Ni la noche ni el sol hacen
De su hermosura un misterio,
Ni de su oriente la perla,
Ni el diamante de sus fuegos.
Todo, todo cuanto existe,
Mientras mas gracioso y bello
Quiere Amor, el cielo ordena
Que brille cual brilla él mesmo
En muestra de su grandeza,
Y ornato rico del suelo,
Y ocupacion de la mente,
Y de los ojos recreo.
Deja pues embozos tales
A la inquietud de los zelos,

O á la beldad que ya sufre
La ruda mano del tiempo.
Tú empero que airosa creces,
De perfecciones modelo,
Como la temprana rosa
En medio un pensil ameno,
Tú que cual la blanca luna
De las estrellas en medio
Esclarece el bajo mundo,
Y hermosea el firmamento,
Asi cuando te presentas
De tus gracias en el lleno,
Eres, mi bien, de estos valles
La delicia y el contento.
¿A qué negarte á los ojos,
Que en su cariñoso anhelo
Gozar quieren, cuanto admira
De bello en tí el pensamiento?
Si es arte, para que oculto
Haga el delicioso empeño
De hallarlo en los corazones
Mas poderoso su efecto,
A vulgares hermosuras
Deja ese falaz manejo,
De que el desengaño rie
Si hace ilusion un momento.

Deja á esas flores sin vida
Para fascinar á necios
Que ostenten lo que no tienen,
Disfracen lo que perdieron.

Caigan ellas, porque vistos
Pierden su rostro y su cuello,
El velo hasta la cintura,
Y escondan su árido pecho.

Guarden de la luz sus ojos,
Por si en su ingenioso juego
Crece por la gasa el brillo
De sus lánguidos reflejos.

Y á esfuerzos de un vil engaño
Hagan en fin, que de lejos
De su hermosura se luzcan
Los desmoronados restos.

No tú que por tus donaires,
Y tu mirar halagüeño,
Y tu bullicio y delicias,
Y tus sales y tu ingenio,

Esas formas de una diosa,
Ese aire noble y esbelto
De tu cabeza, esos pasos
Que envidia la misma Vénus,

Igual en los corazones
Mantienes tu dulce imperio,

Martirio de las hermosas,
De los hombres embeleso.

Asi yo á Clori rogaba;
Y ella donosa riendo
Alzó arcando su alba mano
El velo á mi ardor molesto.

Y ya tus gustos cumplidos
Tienes, mi querido dueño,
Dijo; gózate en mis ojos,
Que mi alma toda está en ellos.

Vélos, y hallarás tu imagen,
Que del corazon saliendo
Fiel sabe, y contarte puede
Sus mas íntimos secretos.

Yo en mi impaciente delirio
Embebecido, sin seso
Mirélos, y ellos se fijan
En mí lánguidos y tiernos.

Las delicias inefables
Que á aquel instante siguieron,
Si es posible Amor las diga,
Que yo á explicarlas no acierto.

ROMANCE XVIII.

CLORI ENFERMA.

¡Con qué dolor, Clori mia,
Mi cariño fiel te deja!
¡Cuánto rezela y se aflige,
Y el decirte á Dios me cuesta!

Tú padeces, y yo esclavo
De una bárbara decencia,
Apenas preguntar oso
Si el agudo mal se templa.

Pero en tu mirar doliente
El corazon me penetras:
Me lo dividen tus ayes,
Y tu silencio me hiela.

Tanto que el dolor partiendo
Contigo mi amor, apenas
Mi mano si te levantas,
Tímida en tu auxilio llega.

Vaste al lecho, y abatido
Te abandono á tus doncellas.
¡Ay! ¿por qué el cuerpo se aparta
De do vida y alma quedan?

¿Por qué, mi bien, esta noche
Sentado á tu cabecera

No he de velar y alentarte?
¿No aliviaré tu tristeza?
¡Con qué piedad guardaria
Tu reposo! ¡con qué tiernas
Dulces pláticas cuidara
Tu vigilia hacer ligera!
¡Qué atenciones, cuánto esmero
No empleara, á todo atenta
Con solicitud dichosa
Mi entrañable diligencia!
¡Qué palabras, qué consuelos
Te diria! ¡en qué finezas
Aun ¡ay! tan solo en tu alivio
Se desharia mi lengua!
Pero no, el dolor agudo
No te aquejara: tus penas
Templara el cielo á mi ruego,
Y acabara la dolencia:
El médico Amor seria;
Con lágrimas mi terneza
El fuego apagando que arde
En tu seno, y te atormenta.
Tal vez sobre el pecho mio
Puesta la hermosa cabeza,
Tus ojos cerrara el sueño
Con blandas adormideras;

Y el corazon palpitando
Con carga tan halagüeña,
Ni aun respirar osaria,
Rezeloso de perderla.
Solicito el aire mismo
Tu amable delicadeza
Guardara; y su soplo mudo,
Su vuelo insensible fuera:
Despertaras, y mis brazos
En agradable sorpresa
Te estrecharan, y los tuyos
Mi cuello tiernos ciñeran.
No, el dolor, Clori adorada,
No turbaria...... ¡cuál sueña
Amor! tú sola, yo lejos,
¿Quién oirá, mi bien, tus quejas?

ROMANCE XIX.

EL COLORIN DE FILIS.

Miraba Filis un dia
Entre las doradas redes
De la jaula, por romperlas
Su colorin impaciente:
Filis, que amable y sencilla

Desde niña gustó siempre
De avecitas, y en sus juegos
Aun casada se entretiene,
Miraba al pobre cautivo
Llorar su mísera suerte
Con los píos mas agudos
Y los trinos mas dolientes:
Morder el sonoro arambre,
Y de alto á bajo correrle,
Pugnando su débil pico
Si los hilos doblar puede:
Sacudirlo enardecido,
De un lado y otro volverse,
Y avanzar cabeza y cuello
Por la abertura mas leve:
Descansar luego un instante;
Y con ímpetu mas fuerte
Saltar, volar, agitarse,
Y hácia sí airado atraerle:
Tal que en su empeño y delirio
Con uña y pico inclementes
Batiendo la jaula entera,
A su esfuerzo la estremece.
¡Ay! dijo la bella Filis,
Y suspiró dulcemente,
¡Qué mal, jilguerito, pagas

Lo mucho que á mi amor debes!
¡Qué mal tan sañosa furia
Con tu placidez se aviene,
Con tu delicia esos ayes,
Que agudos mi pecho hieren!
Mas pues entre grillos penas,
Por fina que te festeje,
No hayas miedo que te culpe
Tu esquivez, ni tus desdenes;
Que me olvide de tus gracias,
Ni tu ingratitud increpe,
Ni tu cólera castigue,
Ni de mi lado te aleje.
¿Qué sirve que en tu cariño
Solícita me desvele,
Que la comida te ponga,
Que el bebedero te llene,
Que dadivosa mi mano
Regalos mil te presente,
Ni mi dedo te acaricie,
Ni con mi boca te bese?
¿Qué sirve que mis finezas
Tus donosuras celebren,
Ni en tus suavísimos trinos
Embebecida me lleves;
Pues encerrado y esclavo,

Sin esperanza de verte
Jamas con tu dulce amiga,
No es posible estar alegre?
No es posible, ave querida,
Por mas que en fingir te esfuerces,
Que no maldigas la mano
Que asi entre hierros te tiene;
Y en cada mimo encubierto
Algun lazo no rezeles,
Con que tu bárbaro encierro
Mas ominoso te estreche,
Que de todo cautelosos
La injusticia al fin nos vuelve;
Y á los ojos que así miran
La amistad misma es aleve.
Yo tambien cautiva lloro;
Y aunque de rosa y claveles
Es mi cadena, en su peso
El corazon desfallece.
Huérfana y en tiernos años,
Que aun no cumplí diez y siete,
Abandoné mi albedrío
Al gusto de mis parientes.
Cúpome un amable dueño,
Que galan me favorece,
Cual amigo me respeta;

Y como hermano me quiere.
Pero aunque humilde me sirva,
Y por gran dicha celebre
Que su señora me llame,
Ni me engaña ni envanece:
Que yo tambien, jilguerito,
Me valgo de estos juguetes,
Cuando con graciosos quiebros
Armonioso me enloqueces.
Tambien *hijito* te llamo
Si á mi voz piando vienes,
Y tus alitas me halagan,
Y tu piquito me muerde.
Y aun mas que tú ardiente y tierna,
Tomándote blandamente
Te estrecho contra mi seno,
Te beso mil y mil veces:
Y nada ya dulce hallando
Con que mi fe encarecerte,
¡Ay, clamo, si con mis besos
Mi vida darte pudiese!
Otro tanto hace mi dueño
Cuando mi amor le enloquece,
Que no hay fineza que olvide,
Ni obsequio á que no se preste.
Él pasatiempos me busca,

Oros y galas me ofrece;
Y en su casa y su albedrío
Mis voluntades son leyes.
Pero en medio este embeleso
Una voz mi pecho siente
Acá interior que me dice:
„Nada á una esclava divierte."
Este pensamiento amargo
Mancilla todos sus bienes,
Y cual ominosa sombra
Mi corazon obscurece.
Asi como mis cariños
Tú, avecilla, pagar sueles
Con un pio, en que me increpas
La soledad en que mueres.
Aun ahora elevada y triste
Con un suspiro elocuente
La libertad me demandas,
Y á volar las alas tiendes.
No las tenderás en vano,
Que el corazon me enternecen
Tu expresion y tus quejidos;
Y asi en paz, donoso, vete.
Vete en paz, la jaula abriendo
Dijo Filis: no te niegue
Mi amor lo que tanto anhelas,

Y tan fácil darte puede.

Vete en paz, colorin mio,
Pues esclavo de las leyes
Que á mí bárbaras me ligan
En tu inocencia no eres.

Vete, y venturoso goza
La libertad que ya tienes,
Y que yo alcanzar no puedo
Si no ¡ay triste! con la muerte.

Soltóle, voló; y el llanto
Brotó involuntariamente
De sus ojos, que se anegan
Con las lágrimas que llueven:

Y mirando á su avecilla
Que ya en los aires se pierde,
Con un suspiro que lanza
Seguirla ilusa pretende.

ROMANCE XX.

EL CARIÑO PATERNAL.

No embaraces, dulce amiga,
El grato anhelo del niño:
Deja que donoso pase
De tus brazos á los mios.

Mira en sus blandos gorgeos
Y en su incesante bullicio
Cuál su tierno amor explica,
Gozándose en mis cariños.
Él ya vivaz los entiende:
Y en oyendo, „dulce hechizo,
„Ven de tu padre á los brazos;"
Se pierde en alegres brincos.
Aun ahora mismo riendo
¿No admiras cuán expresivo
Presentándome los suyos
Se impacienta por cumplirlo?
Déjalo pues, Lisi amada;
Da benévola este alivio
A la ternura de un padre,
Y á los ruegos de un amigo.
Ambos su encanto gocemos,
Gocémosle, que uno mismo
Es nuestro interes, las ansias
Que en contemplarle sentimos.
De los fuegos feliz fruto
Que el casto Amor ha encendido
En nuestros pechos, pimpollo
Que florece á nuestro abrigo;
No la delicia me niegues
De que entre besos y mimos

Yo le festeje en mis brazos,
Y él me acaricie festivo:
La delicia de en mi seno
Regalarle adormecido,
Y bullirle y sustentarle,
Cual veces tantas te envidio,
Cédeme pues, blanda Lisi,
Por ora este dulce oficio,
Que asi la feliz tarea
Iguales los dos partimos.
No mas lo tardes avara,
Si por un ciego capricho
No siente ya de su padre
Zelos tu amor con el hijo.
Pues no, que ese sol hermoso
Tiene por mitad su brillo
De ambos, Lisi, y en su oriente
Los dos á par revivimos.
Una flor es que al desvelo
Y al amor que ardiente y fino
Nos liga, su pompa un dia
Deberá y su ámbar subido.
Un otro los dos, un centro
Do se unen nuestros destinos:
Tú hallas á tu fiel Aminta,
Yo á mi amable Lisi admiro.

Tú le llevaste en tu seno;
Y con un blando suspiro
Clamaste al nacer: ¡ó esposo!
Recibe tu hijo querido.
Estrechéle yo en mis brazos;
Y bañándole en benigno
Feliz llanto, pecho y vida
Sentí con él divididos.
¡Y hoy á estos brazos le niegas....!
¿No deben partir contigo
Si es un gusto el que tú gozas,
Y si es carga ser tu alivio?
¡Carga, idolatrada Lisi!
¡Carga! el serafín mas lindo,
Que en sus graciosos fulgores
Semeja al sol matutino;
Semeja á la misma gloria;
Y en quien tú y yo embebecidos
Parece que nuestras almas
Con la suya confundimos:
Que ciegos en él hacemos
En nuestro amante delirio
Un ser único, en su pecho
Nuestros pechos derretidos.
Cuando aplicándolo al tuyo,
Y él premiándolo arterillo,

Como que apurar anhela
Su néctar mas exquisito,
Los dos en grato embeleso
Su empeño infantil reimos;
Él viéndolo el pecho deja,
Y entre gozos y cariños
Soltándose en mil donaires,
Ambos bracitos tendidos
Consigo amoroso anhela
En uno á los dos unirnos.
Yo cedo á su blando impulso;
Pero al allegarme asido
Ya le torno á ver del pecho,
Y el juego inocente rio.
Otras veces mas donoso
Pone su rostro divino
De nuestros felices labios
Ansiando un tierno besito:
Y al recibirlo los suyos
Con mil risas prevenidos
Otro nos vuelven, tan dulce
Cual lo diera el Amor mismo.
Otras cual loco vocea,
Se agita, salta, y esquivo
Escápase de tus brazos,
Para venirse conmigo.

Tal ora lo ves, que apenas
En ellos puedes sufrirlo;
Y mientras mas lo retiras,
Mas crece su ardiente ahinco.

Pues déjalo, idolatrada;
No tu amor necio exclusivo
Lo atormente mas: mis brazos
Tendidos ve á recibirlo.

En ellos mas bien á amarme
Aprenderá, y divertido
Con mis caricias mas dulce
Le sonará el nombre de hijo.

Hijo adorado y hermoso,
En quien mis venturas cifro,
Esperanza de mi vida,
De mi ancianidad alivio,

De tus venturosos padres
Embeleso peregrino,
Luz, clavel, fausto renuevo
De nuestros años floridos,

Ven, mi bien, ven á alegrarme,
Gózate en el seno mio,
Pues que solo enamorado
Para tí y tu madre vivo,

Lisi, la sensible Lisi
No pudo mas resistirlo,

Y dándole ardiente un beso
Del almíbar mas subido,
Cesen tus ansiadas quejas,
Y tu inquietud y martirio;
Y no enojoso acrimines
Lo que pasatiempo ha sido.
Cesen, donosa riendo
A su fiel Aminta dijo;
Y toma la rica joya
De tu amor tierno y sencillo.
Un juego fue, dulce esposo,
Negártelo, no un desvío;
Toma, que con él mi vida
En tus brazos deposito.
Cogió el padre el feliz peso:
Miró á Lisi enternecido;
Y en suave llanto sus ojos
Se arrasaron sin sentirlo.

ROMANCE XXI.

DE LA NOCHE DE LOS FUEGOS.

Nunca yo hallado te hubiera,
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú por mi ventura

Salieras, Rosana, á verlos;
Y hoy mi infelice cuidado
No ardiera en ciegos deseos,
Ni mi labio en mil suspiros,
Ni en tiernas ansias el viento.
Que amor, si esperanza falta,
Solo es un loco despecho,
La solicitud martirio,
Y agonía los desvelos.
Vite afortunado entonces,
Un acaso fue el encuentro;
Mas el verte y adorarte
Todo fue un instante mesmo.
Cual son en la hórrida nube
En un punto rayo y trueno,
Y glorioso el sol inunda
De un mar de luz tierra y cielos.
Tan bella en el llano estabas,
Cual en un verjel ameno
Crece el alto cinamomo
De flores y hoja cubierto:
Tal cual fresca clavellina
Despliega el virginal seno
Salpicada de rocío,
Y en ámbares baña el suelo:
Tal cual la rubia mañana

Entre purpúreos reflejos
Abre las puertas al dia,
Y en pos marcha del lucero.

Yo te rendí el albedrío:
¿Pude, bien mio, no hacerlo
Siendo tan bella, y mis ojos
Estándote ¡ay de mi! viendo?

¿Quién de tu voz al prestigio,
De tus miradas al juego,
A la gracia de tus pasos,
Y á las sales de tu ingenio

Esclavo no se humillara,
Por mas que con loco empeño
A su magia irresistible
Pusiese un pecho de acero?

¿O quién no ofreció á tus plantas
Feliz en su rendimiento
Alma y libertad y vida,
Haciéndote de ellas dueño?

¿Por qué á los fuegos saliste?
¿Por qué yo no estuve ciego?
¿Acaso adorarte es culpa?
¿O acaso en servir te ofendo?

¿Quién puso tal ley? mal haya,
Mal haya el alma de hielo
Que asi pensó, profanando

De Amor los dulces misterios:
Mal el que tirano intenta
Ahogar su plácido incendio,
Y que el suspirar no sea
De la edad florida empleo.
No, el amar no es un delito,
Sinó un suavísimo feudo
Que grata naturaleza
Pone á los sensibles pechos.
Yo lo pago, y fiel te adoro:
Benigna á mi ahincado ruego,
No á su yugo, que es de flores,
Huyas indócil el cuello.
Cede, adorada, á este yugo,
Que sustenta el universo;
Y á que dóciles un dia
Los númenes se rindieron.
Verás como siempre vivo
Un purísimo venero,
De delicias inefables
Sacia tu labio sediento.
Cuan fino tu seno hierve
En regalados afectos,
Tu boca en cantos y risas,
El alma en dichas y anhelos:
Y en el fuego de sus aras

Mas y mas sin fin ardemos,
Para gozar y adorarnos
Solo felices viviendo.
  Asi sin duelos ni afanes
Bajo su glorioso cetro
Triunfaremos, vida mia,
De la fortuna y el tiempo.

ROMANCE XXII.

LA HERMOSURA DEL ALMA JAMAS SE ACABA, Y ES LA MEJOR BELLEZA.

No me rindieron, bien mio,
Ni tus ojuelos alegres,
Que con su juego me encantan,
Y al Amor mismo enloquecen:
  No el frescor de tus mejillas,
Batidas de grana y nieve,
Como dos tempranas rosas
Que al sol modestas se encienden:
  No la nariz agraciada,
No la llena y alba frente,
Ni tu boca muy mas dulce
Que son del Hibla las mieles.
  La bien torneada garganta,

Que gracias tantas sostiene,
Y ese seno de jazmines,
Señuelo á mi anhelo ardiente:
  Ese seno, Clori mia,
Que para mejor perderme
A par de tu süave aliento
Concita Amor blandamente;
  Donde ya artero se esconde
Porque el cuidado lo encuentre,
Y ya entre dos azucenas
Cansado de herir se aduerme;
  Bellos son, y solicitan
El deseo á mil placeres;
Empero no me arrastraron
A que tu cautivo fuese:
  Que ya en cien otras hermosas
Por mil trances diferentes
Entre el bullicio y las llamas
De mis alegres niñeces,
  Por favorecido suyo
Me tendió el Ciego estas redes,
Sin que en sus lazos falaces
Tan docil cual hoy cayese.
  Otros mas excelsos dotes
Me obligaron á quererte,
Y otras gracias mas divinas,

Que el amor vulgar no entiende.
  Gracias, Clori idolatrada,
Que sin cesar reflorecen,
Y solo el alma las goza,
Cual ella sola las siente.
  Ella sola, y su fragancia,
Que á rosas y ámbares vence,
En el seno que la aspira
Eternas delicias mueve.
  Asi en la común belleza,
Que con su esplendor fulgente,
Y el agrado de sus formas
Los sentidos embebece,
  Mi corazon mal contento
Y la razon impaciente
Un alma ansiaban; la hallaron,
Y serán sus siervos fieles.
  Que los encantos del cuerpo
Son vanos frágiles bienes,
Flor de un dia, que á la tarde
Su pompa y matices pierde.
  Llama que brilla un momento:
Que luego eclipsada muere,
Y al resplandor con que alumbra
Sombras y dolor suceden.
  Un soplo, un sol la mancillan,

O anúblala el tiempo aleve;
Pero del alma los dones
Cual ella jamas fenecen.
  Jamas tu amable inocencia,
Tu dulzor, y esa clemente
Ternura, que abierto al triste
Contino tu pecho tiene:
  Ese pecho tan sensible
Donde Amor rendido aprende
A saber amar, y el mundo
Ni conoce ni merece
  En su prez inestimable,
Dejarán, mi bien, de hacerme
La impresion encantadora
Con que hoy todo me conmueven.
  No, jamas la llama pura
De amistad en que te excedes
A tí misma previniendo
Cuanto el deseo ansiar puede;
  Ese solícito anhelo,
Que siempre exhalado viene
A alzar con próvida mano
La humanidad indigente;
  Y ese tu pensar divino,
En que oyéndote mil veces
Extática queda el alma,

Como si á un ángel oyese;
  O ese encanto delicioso
Con que delicada ejerces
Sin ofender el imperio
Que sobre todos te adquieres,
  Ni tu sencillez donosa,
Y esa modestia celeste,
Que amando, adorada, tanto,
Nada á permitir se atreve,
  Sentirán la accion del tiempo;
Siempre en juventud perenne,
Siempre ocupacion dichosa
De mi pecho y de mi mente:
  Que olvidando en tí lo humano,
Te hallarán graciosa siempre,
Celestial, amable, y digna
De los cultos que hoy te ofrecen.
  Asi, aunque la edad caduca
Llegue á escarchar nuestras sienes,
Aun amaremos, que el alma,
Clori, jamas envejece.

ROMANCE XXIII.

LA ZAGALA PENSATIVA.

¿Tú triste, serrana bella?
¿Tus ojuelos cristalinos
De llorar, mi bien, turbados?
¿Sin luz su amoroso brillo?
¿Tu rostro ajado? ¿el gracioso
Color de rosa marchito
En tus mejillas? ¿tu pecho
Lanzar ardientes suspiros?
¿Tú elevada y silenciosa?
¿Tú de tu zagal querido
El lado esquivar tres dias?
¿Por qué tan crudo desvío?
¿Es este el amor eterno?
¿Este el premio á mis martirios
Y la fe jurada? ¡injusta!
¿Me abandonas? ¿soy perdido?
¿Qué niebla á tu luz se opone?
Por el corazon mas fino
Que el Niño alado hasta ahora
Hirió con sus dulces tiros:
Por un alma en que dominas

Cual señora, te suplico
Me digas tu mal, ó acabes,
Cruel, de una vez conmigo.
  Vivir no puedo en mas dudas:
Cuantos tristes desvaríos
Teme mi desdicha, todos
Presentes ahora los miro.
  Todos á azorarme vienen;
Y desolado el juicio
Sin osar fijarse vaga
De uno en otro mal perdido:
  Cual un mísero forzado,
Que ansiando romper sus grillos,
Mientras mas sin fruto lidia,
Mayor es su necio ahinco.
  Ya tu helada indiferencia
Me hace temblar, ya el antiguo
Ceño implacable, por otro
Ya mi amor lloro en olvido:
  Y abandonado..... ¡dejarme
Su fe! ¡su labio sencillo
Torpe mentir! lejos, lejos
De mí, pensamiento indigno.
  Lejos de mí; y tú perdona,
Perdona al ciego delirio
Que me arrastra: ¡oh si algun dia

Mi llama hubieses creido!

¡Qué feliz, cuan sin zozobra
Gozára el premio contigo
De mi afan! ya no hay remedio;
Tú, aleve, tú lo has querido.

Y yo víctima infelice
De un error, en un abismo
De males sumido, al cielo
Clamo en vano por alivio.

¡Causa infeliz de estos males!
Por tu obstinado capricho
Feneció nuestra ventura,
Y hoy los dos á par gemimos:

Yendo los ojos vendados
Por un ciego laberinto,
Dó es tan vana la salida,
Cuan mortales los peligros.

Mi estado mira, y piadosa
Duélete dél; no mi esquivo
Tormento inhumana dobles
Con tu silencio, bien mio.

¿Qué te aqueja, ó qué padeces?
Yo en tu seno deposito
Mis crudas penas: ¿pues cómo
No te merezco lo mismo?

¿Puede haber ningun misterio

Entre dos que tan unidos
Estrecha Amor? ¿tus pesares
Son de mis males distintos?
  Unos mismos son, amada,
Cual lo son nuestros destinos,
Ya ominoso nos aflija,
Ya el dios nos ria benigno.
  Tú misma entre sus trasportes
Veces mil fina lo has dicho,
Ahincada poniendo al cielo
De tu verdad por testigo.
  ¡Y hoy, bárbara, los separas!
¡Y asi en tu silencio impío
Obstinándote, los ruegos
Huyes de tu triste amigo!
  ¡Y te complaces en verle
Dudoso, ahogado, sombrío,
Sospechar, temblar do quiera
Desastres ó precipicios.....!
  Mi ardor, mis furores sabes,
Y á todo estoy decidido,
Menos á olvidarte, ciego
Será á tu voz mi albedrio.

ROMANCE XXIV.

LA VUELTA DEL COLORIN.

¿Qué es esto, colorin mio,
Revolando á mis ventanas
Cuando yo te suponia
Unido ya con tu amada:
  Cuando en el umbroso bosque,
Saltando de rama en rama,
Debieras en dulces trinos
Armonioso requebrarla:
  Cuando con ala incansable
Y en deliciosa inconstancia
De la libertad pudieras
Gozar que tanto anhelabas?
  ¿Qué es esto, necia avecilla?
Dijo Fili una mañana
Que vió al abrir sus balcones
Que su colorin la aguarda.
  ¿Qué es esto, avecilla necia,
Tan presto tu bien te cansa,
Que ya ¡infeliz! echas menos
La esclavitud de la jaula?
  ¿Te agrada el afan inútil
De batir con cruda garra,

Y morder con fiero pico
Los arambres de tu guarda?
¡Y este era el empeño ardiente
Con que en romperlos pugnabas,
Y estos tus tiernos suspiros,
Tu soledad y tus ansias!
¿Valen mas doradas redes
Y el encierro de una sala,
Que cruzar suelto y ufano
Desde el prado á la enramada?
¿Posarse allí bullicioso
En la ramilla, que vaga
Tiembla á tu peso, se inclina,
Y alzándote tú se alza?
¿Concertar el lindo pecho,
Acomodando con gracia
Las plumas, que el vivaz soplo
Del cefirillo rizara?
¿Volar al pensil vecino,
Y compitiendo en la gala
De tus subidos matices
Con sus flores mas lozanas,
Buscar la rosa mas bella,
Y gozar feliz del ámbar
Que exhalan sus frescas hojas,
Libándolas sin ajarla?

¿Valen mas mis cariñitos
Que las ardientes piadas
De tu querida, ó mis besos
Que los que su amor te guarda?
¿No es mejor en limpia fuente
Bañarse y beber sus aguas,
Que en estrecho bebedero
Ni tan risueñas ni claras?
¿Y mejor con sutil pico
Buscar mil sabrosas granas,
Que el cebo y golosos mimos
Con que mi amor te regala?
¿Alli entre flores y aromas
Al rayar riente el alba
Con deliciosos motetes
Darle grato la alborada?
¿Alli de tu gusto dueño
Cantar con libre garganta,
Y querer con libre pecho,
Y volar con libres alas?
¿Y en pos de tu alegre amiga
Que en tus suspiros se inflama
Del valle al plácido nido
Esposo feliz llevarla?
Amado colorin mio,
¿No es esto mejor? ¿iguala

A tan fausta independencia
Esta sujecion amarga?
Esta sujecion, que al tiempo
Su rueda abrumando para;
Y siempre y siempre la misma
A la eternidad retrata.
¡Y aun cariñoso me pias!
¡Y solícito te afanas!
¡Y revolando me pides
Que presta el encierro te abra.....!
¡Oh! ¡cuánto, cuánto me enseñas!
¡Cuánto, donoso, me hablas
Con los sentidos gorgeos
Con que á mis balcones llamas!
Tu leccion y ejemplo sigo,
Avecilla afortunada,
Mas que tu dueño discreta
En tu feliz ignorancia.
Cesó mi necio delirio:
Tu empeño me desengaña
De las torres que en el viento
Mi vanidad encumbrara.
Y el tedio se hundió con ellas,
Con que esquivé la fragancia
De las rosas, que florecen
Do quiera bajo mi planta.

Tú vuelves, ave querida,
A la mano que te halaga,
Al dueño que te requiebra,
Y á la amiga que te ampara.
Tú vuelves de agradecida,
Tú vuelves, porque criada
Entre cariños y besos,
En ellos tus dichas hallas.
Tambien yo hallaré las mias
En querer con vida y alma
Esclava feliz al dueño,
Que con alma y vida me ama.
Yo le pagaré, avecilla,
Yo le pagaré afanada
Noche y dia en su regalo
Las finezas de su llama:
Como tú loca en tus juegos
Con ellos mi afecto pagas,
Y en suavísimas canciones
A mi voz sola te exhalas.
Tú á mi lado hallas tu gloria,
Y abandonas por gozarla
Libertad, nido y querida;
Y porque te encierre clamas.
Yo sin tantos sacrificios,
En la inefable lazada

Que con mi esposo me liga,
Vincularé mi esperanza.

Centro á mis finos deseos,
Él será la lumbre clara
Que mis ojos ilumine,
Que dirija mis pisadas.

Y asi en su seno aliviando
La libertad que me cansa,
Gozar sabré las delicias
Que esquivé insensible y vana.

Ven pues, colorin precioso,
Ven, que la prision te aguarda;
Y yo con dulce desvelo
Cuidaré hacértela grata.

Los dos seremos felices,
Tú en su pacifica estancia,
Y yo en servir á mi amado,
Y en celebrarte sus gracias.

El colorin cariñoso
Batiendo alegre las alas
Voló á la jaula, y su suerte
Con mil trinos ponderaba.

Y Filis, la tierna Filis,
Corrio á su esposo exhalada,
A jurarse entre sus brazos
Su dichosisima esclava.

ROMANCE XXV.

LA VISITA DE MI AMIGA.

Permite, insensible amiga,
Que en mis amargos pesares
La injusta ley que me has puesto
Una sola vez quebrante.
He callado; y no, no puedes,
No puedes, cruel, quejarte
De que mi labio importuno
Con mis lástimas te canse.
Guárdalas el hondo pecho;
Y aun tímido de enojarte
Hasta sus tristes suspiros
Mudos vuelan por el aire.
Mas de esta feliz mañana
Otro soy ya: no me caben
En el corazon las ansias;
Y vado es forzoso darles.
¡Tú en mi casa! ¡tú en mi cuarto!
¡Y entretenida y afable
Gozando en él los primores
Del buril y de las artes!
¡Tú de Angélica aplaudirme

El encanto inexplicable
Con que á su Medoro mira,
Cede, y en sus brazos cae!
¡Aquel suspiro de fuego
Que parece ir á exhalarse
De su boca, el suave anhelo
De su pecho palpitante!
¡El delirio con que estrecha
Su cuello, y á sí lo atrae,
Y el ardor que la devora
Se esfuerza comunicarle!
¡La expresion del feliz moro,
Que ya su éxtasis parte!
¡Su ahincado mirar do brillan
Amor y placer triunfantes!
¡Y tú con labio aun mas tierno,
Tú, Fili, á par celebrarme
De la infeliz Eloisa
La desfallecida imagen!
¡Aquellas lágrimas bellas
Que cual perlas sobresalen
Por sus pálidas mejillas,
Que dos rosas fueron antes!
¡Aquellos ojos divinos
Que amor desolado abate,
Un amor que aun quiere al cielo

Su esposa insano robarle!
¡Mientras ella en él los fija
Con todo el fervor de un ángel,
El sacrificio ofreciendo
De sus horribles desastres!
¡Y por su lívida boca
Que agudo el dolor contrae,
En pos su Abelardo el alma
Involuntaria se sale!
¡Esto encarecer.....! ¡oh cuántos,
Oh cuántos en un instante
De encontrados pensamientos
Con tu embeleso alentaste!
Los vientos que las borrascas
Consigo bramando traen,
Y la quieta mar concitan
En rápidos huracanes,
Menos turbulentos lidian,
Que en mi corazon amante
Mil infelices cuidados
De entonces acá combaten:
Sin que haya un fugaz momento
En que su furor se calme,
En que la razon se escuche,
Ni amor frenético calle:
Siempre en la idea indelebles,

Cual si ora grata me hablases,
La languidez de tu acento,
La expresion de tu semblante.

¿Posible será que ceda
Tu injusticia? ¿qué á mirarme
Como á tu Medoro vuelvas,
Yo mi Angélica te llame?

¿Que las delicias renueves,
Con que algun dia galante
Cuàl Eloisa en sus fuegos
Mi loca pasion premiaste?

Acuerda, acuerda estos dias
De glòria y bien inefables,
En que tus dulces suspiros
Con mis suspiros mezclaste,

Cuando ante la faz del cielo
Y en fe y en ternura iguales
Nos juramos, cruda Fili,
Tú ser mia, yo adorarte;

Estrechándote en mi seno,
Que aun ahora hablando me late,
Y no pudiendo tú fina
De mis brazos arrancarte......

No, en tu helada indiferencia
Feneció el sentir: ni sabes
En mi ardiente fantasía

Cuánto una mirada vale.
No sabes con qué delirio
A mil sueños celestiales
Me abandono, y el deseo
Los imposibles combate.
¿Mas por qué estos imposibles?
Tuyos son, que el fatal arte
Tienes de hacerte infelice,
Y á mí, bárbara, acabarme.
No los hay para quien ama:
Para dos que tan constantes
Sufren, merecen, anhelan,
Y en las mismas llamas arden.....
Yo sueño, y Amor me burla.
De ilusiones agradables
El alma llena, en mi cuarto
Y á tu lado vuelvo á hallarme.
¿Dime, mi bien, no me viste
Embebecido, cobarde,
Turbado, dudoso, inquieto,
Y osando apenas hablarte?
¿No viste en mi triste rostro
Las dolorosas señales
De mi abandono? ¿no oiste
Decirte entre tiernos ayes:
Esta casa, su fiel dueño

Tuyos son? ¡oh qué de males
Con tus zelos ominosos
A tí á par que á mí causaste!
Hoy en ella soberana,
Bajo tu imperio süave
Fuera mi gloria rendido
Como señora adorarte:
Recibir las dulces leyes
Que tu labio me dictase;
Y mirándome en tus ojos,
Solo en tu culto emplearme;
Haciendo asi la cadena
Que unió nuestras voluntades,
Y hoy tu ímpia mano destroza,
De aroma y rosa inmortales.
¡Ay Filis! esta cadena,
Por desdeñar tú escucharme,
En mi bárbaro despecho
Será un dogal que me acabe.
Contempla, cruel, la obra
De tu altivez, y si valen
Ruegos en tí, no mis penas
Dobles con nuevos ultrajes;
Que aun la esperanza.... ¡oh si un dia...!
Ve, injusta, el horrible trance
En que me has puesto: el bien veo,

Y ni aun puedo desearle.
  Filis mas sufrir no pudo
Que asi su amor la increpase,
Pues aunque severa le huye,
Jamas dejara de amarle.
  Suspiró profundamente,
Y el sonrosado semblante
Inclinó sobre su seno,
Sin atreverse á mirarle.
  El dichoso que á sus ansias
La alcanzó tan favorable,
Entre sus brazos la estrecha,
Y exclamando: ¡Amor, triunfaste!
  Filis, bien mio, le dice,
Baste de violencias, baste;
Cesen tus falsos desvíos
Y mis dudas infernales:
  Tú serás mi eterno empleo,
Tú mi delicia inefable,
Mi vida y mi gloria, y cuanto
De mas tierno en amor cabe.
  Que pues él feliz nos une
Despues de tormentas tales,
Y haber de su amargo acibar
Mi labio apurado el cáliz,
  ¿Qué fuerza, adorada mia,

Qué fuerza será bastante
Ni á arrancarte de mi pecho,
Ni á que tú dejes de amarme?
Nada la sensible Filis,
Nada respondió anhelante;
Y en lágrimas de ternura
Cual nieve al sol se deshace.

ROMANCE XXVI.

LA INJUSTA DESCONFIANZA.

Basta de enojoso ceño:
No dudes de mi cariño,
Que te agravias y me ofendes
Con tus desvelos, bien mio.
¡Yo faltar á mis promesas!
Yo indiferente! ¡yo tibio!
¡Desdeñar tu amable lado!
¡Llamarme y haberte huido!
¡Yo que ciega mariposa
Con mas bulliciosos giros
Que ella la luz do fenece
Rondo tus ojos divinos!
¡Yo que cuando lejos peno,
Filis, de tí, sin sentido

Cual si presente me oyeras
Tu dulce nombre repito!

No, donosa, nada temas
De un corazon que sencillo
Te idolatra, y es tu esclavo
Por eleccion y destino.

La constancia fue su gloria;
Y orgulloso hoy en sus grillos
Nombre, libertad, fortuna,
Todo á tus pies lo ha rendido;

Y por tí sola de todos
Olvidado en su retiro,
No demanda en tantos suyos
Ni el mas leve sacrificio.

¿No lo vés, zelosa mia?
¿No ves con qué ciego ahinco
Gozoso en obedecerte
Todas mis venturas cifro?

¿Hay gusto tuyo, hay deseo
Que no halles siempre cumplido?
¿Ni paso en mí que no sea
Del amante mas sumiso?

Siempre en tí y de tí pendiente,
Y ora como en el principio
De tus ojos recibiendo
La ley que inviolable sigo.

Escojíte por señora,
Y entre mil tiernos suspiros
Eterna fe me has jurado;
Yo alma y vida te di fino.

Nuestros labios cariñosos,
Los votos con los gemidos
Mezclando, que solo hacemos
Ya un ser, veces mil se han dicho;

Y crecer sintiendo ardientes
Su embeleso y desvarío,
Extáticos nuestros pechos
Mil veces mas se han unido.

¡O qué instantes, Filis mia!
¡Qué abandono! ¡con qué hechizo
Contemplándome exclamabas:
„Tuya soy, y tú eres mio!

„Y en ello cuantas venturas
„El gusto mas exquisito
„Soñarse y delicias puede,
„Y aun mas si es posible miro."

¿Quiénes, adorada, entonces
Mas felices? uno mismo
El querer, gozar, y cuanto
Puede embargar los sentidos.

¡Y aun dudas y te desvelas!
¡Y victima de un capricho

Te atormentas! ó amas poco,
O yo soy de amarte indigno.
¿Qué? ¿te has trocado de aquella
Que veces tantas me ha visto
Suspirar loco á sus plantas
De la lira al dulce trino?
¿Quién osará, amada mia,
Ni de tu beldad el brillo,
Ni contrastar de tus ojos
El encanto peregrino?
¿Quién apagar en mi pecho
El volcan que hierve activo;
Ni la impresion indeleble
Turbar que en mí tu amor hizo?
¿Quién de aquel entre mil ayes,
„Triunfaste al fin: ya me rindo,"
En mi oido y mi memoria
Jamas borrará el sonido;
De tierno y tímido llanto
Llenos y en el suelo fijos
Tus ojos, feliz trofeo
De un rigor aun mal vencido?
Cesa pues, cesa en tus quejas:
Caiga ya ese ceño umbrío,
Y alegre en tu rostro ria
De sus gracias el bullicio.

Cesa, cesa, y mas amemos:
Crezca el celestial prestigio
Que nos ciega: nuestro fuego
Arda cada vez mas vivo.
Amemos y amemos siempre,
Sin que zelos ni desvíos,
A turbar amargos vengan
Las delicias que sentimos:
Delicias inexplicables,
En que ebrios, embebecidos
Al Amor mismo enseñamos
Con nuestros dulces delirios.
Mundo y hombres olvidemos,
Que asi mas y mas perdidos
Vivirás para mí solo,
Como yo para tí vivo.

ROMANCE XXVII.

EL OTOÑO DE LA VIDA.

A mi amigo D. Manuel María Cambronero, del Consejo de S. M.

¡Ves cuan benigno el Otoño,
Fabio, á nuestros ojos rie!

¡Con qué magestad tranquila
Sus horas el sol preside!
¡Cuan plácidas son las noches;
Y hermosa alzando entre miles
De sôles Febe su carro
Con el dia en luz compiten!
¡Ves cuan profuso sus dones
Nos ostenta! ¡que sutiles
Las auras bullen, las vegas
De nuevas galas se visten!
¡En los árboles mecerse
La verde pera, en las vides
La uva de oro, con que Baco
Lagares y cubas hinche!
¡La abundancia por do quiera,
Y en deliciosos convites
La alma paz, que á la esperanza
Colmada riendo sigue!
Nada en vanas apariencias
Ni en melindrosos matices
De flores, que un dia apenas
Al rayo del sol resisten.
El hombre respira y goza;
Donde quier se torne ó mire
Hallará un bien, un alivio
A las penas que le afligen.

Trabaja el áspero Invierno,
Y á par que él domina horrible
Entre nieves y aguaceros,
Su esteva encorvado oprime.

En la estacion de las flores
Con nuevo anhelo repite
La labor, y en sus barbechos
Mas honda la reja imprime.

Luego cuando el can fogoso
Sus vivas llamas despide
Sobre la agostada tierra
Que ahogándose en ellas gime,

Él en medio de sus mieses
Contrasta con pecho firme
La congojosa agonía;
Y el trillo y bieldo apercibe.

Hoy goza: sus largos dones
Grato el Otoño le rinde,
Y su afan galardonando
Su sien de pámpanos ciñe.

Los árboles le dan sombras,
Los céfiros apacibles
Frescura, embeleso el cielo,
Frutos la tierra felices.

Asi es, Fabio, nuestra vida:
De su Otono bonancible

Son los rápidos instantes
Los únicos que se vive.
Solo en ellos siente el hombre
Su noble ser; y el sublime
Don de la razon divina
Todo su esplendor recibe.
Este don de infaustas nieblas
Lleno en los años viriles,
Que en la ancianidad se apaga,
Y la niñez no apercibe:
Las enconadas pasiones,
Que en ímpetu irresistible
Su pecho hasta allí agitaban,
Ya en plácida union le asisten:
Despertando en él honrosas
Aquel fuego que invisible
Yacía, y con que á la gloria
Y á la humanidad se sirve:
Aquel que de mónstruos fieros
Purgó el mundo con Alcides,
Dió á Grecia leyes, y alienta
De Helicon los claros cisnes.
Entonces al cielo inmenso
Se encumbra, los pasos mide
De los astros, y adivina
Las órbitas que describen:

Sigue en su carro á la luna;
De ella y del sol los eclipses
O la vuelta de un cometa
Tras largos siglos predice:
Baja observador al suelo;
Del átomo imperceptible
Del Ande á la excelsa cumbre
Corre con ojos de lince:
Cálase al abismo obscuro;
Ve al oro entre escorias viles;
Informe roca al diamante,
Aún en masa al amatiste;
Y admirando el vivo anhelo
Que arrastra imperioso á unirse
Perfeccionándose á cuanto
Do quier la mente concibe,
Calcula, pesa, compara,
Y en su teson invencible
Halla al fin las altas leyes
Con que ser tanto se rige.
Búscalas luego en el hombre;
Sonda las causas, los fines
De sus obras; ¿y qué encuentra?
Fabio, abismos infelices:
A la honradez en las pajas,
Sobre pluma á la molicie,

Y al orgullo que en los brazos
De la opulencia se engrie:
  En triunfo al error y al vicio,
Al favor inaccesible,
Y al ciego interes hollando
A la verdad que proscribe.
  ¡Oh! ¡dichoso quien del cielo
Cual tú alumbrado consigue
De virtud la fausta senda
Seguir de ilusiones libre!
  ¡Dichoso el que en el Otoño
De sus dias se redime
De la ley comun, y goza
Dulce paz en vida simple!
  En la alegre Primavera
Todo es galas y pensiles,
Todo músicas y ardores
Con que el alma se derrite:
  Solo se respira y siente
El placer: solo se existe
Para querer: en delicias
Nada el pecho, el labio rie:
  De ilusion vaga el deseo
En ilusion, insensible
Al pesar que á las espaldas
Aguija, aunque airado grite.

¡Loca edad, en que sin norte
Se pierde el débil esquife
De la vida en rumbos ciegos,
Siempre amenazado á hundirse!

Sucede el fogoso Estío:
La ambicion punza insufrible
Al corazon, la codicia
Lo sume en ansias ruines,

Para que con su tesoro
Su fin trágico anticipe,
O con diez llaves cerrado
Del sueño y la paz le prive:

Si embriagado en loco orgullo
En bandos no lo dividen
Y partes mil, odios, zelos,
Temores, envidia triste.

Con tan ásperos verdugos
El ciego interes dirige
Sus pasos: torres de viento
Crédulo el error le finge:

Tras un fantasma engañoso,
Que al lograrlo se percibe
Amargo ya, un otro anhela
Que en su lugar le fascine:

Alcánzalo, y se fastidia;
Y en su ansiar incorregible

Entre el tedio y el deseo
Su mísero ser maldice.
Por fin el plácido Otoño
Viene á calmar estas lides,
Siendo en tan recias borrascas
De serenidad el íris.
Viene de frutos colmado:
Los desengaños le siguen,
Caen las hinchadas pasiones,
Y la razon logra oirse,
Igual al fanal del dia
Cuando en el cenit sublime
Deshace la opaca nube,
Que el paso á su llama impide:
Y á su luz en grata calma
A un tiempo se burla y gime
De tanta inútil zozobra;
Y el yerro al aviso sirve;
Cual convaleciente aun débil
Que en gesto y acento tristes
Su congojosa dolencia
Alegre á todos repite:
O navegante, en el puerto
Libre de náufragas sirtes,
Temblando sus largos rumbos
Y tempestades describe.

Nuestro Otoño pues gocemos,
Fabio mio, en paz felice,
Que el tiempo vuela: la vida
Es un vapor insensible,
Y asi pasa: el yerto Invierno
Al blando Otoño persigue;
Y en pos la muerte y la tumba
Serán nuestro eterno eclipse.

ROMANCE XXVIII.

ELISA ENVIDIOSA.

¿Si tan niña te casaron,
Por qué murmuras, Elisa,
Que las solteras se lleven
Los galanes de la villa?
¿A qué culpar sus donaires,
Y en tus ominosas iras
Ni aun perdonarles las gracias
Con que su inocencia brilla?
¿En qué te ofenden las flores
Que su cabello matizan,
De su seno los joyeles,
De sus dedos las sortijas?
¿En qué el donoso bullicio

De su juventud festiva,
Ni el embeleso en que gozan
Del dulce Amor las primicias?

En buen hora se engalanen,
Y con atencion prolija
Cuiden de realzar el lustre
De su beldad peregrina:

Su cuello el aljófar orne,
Y trasparente á la vista
Velen su pecho en la gasa,
Que leve un soplillo agita:

Den á su mirar mas fuego,
Mas frescor á sus mejillas,
Y premiándolo á su talle
Mas soltura y gallardía.

No esta delicia les vedes,
Ni con tus quejas y envidias
O sus triunfos solemnices,
O publiques tu desdicha.

Déjalas ir á los bailes,
Deja que canten y rian,
Cual tú, enojosa, lo hicieras
Si hoy no vivieras cautiva.

Hiciéraslo, como sabes
Que te holgaras siendo niña;
Y que en danzar y prenderte

La palma entonces tenias.
Si feliz no te olvidaste
De las músicas y citas,
Que alcanzó mas de un dichoso,
Notándolo tus vecinas;
Todo sin cuidado entonces,
Y tú inocente y sencilla,
Era un pasatiempo alegre
Cuanto ora llamas malicia.
Quéjate pues de tu estrella;
No nuestras fiestas impidas,
O pensaré que son zelos
Tan enfadosa porfia.
¿Qué te importa que Belarda
Dé á su zagal una cinta,
Que Silvio y Enarda se hablen,
Ni zelosa esté Belinda?
Delio apagará su enojo,
Y los zelos serán risas,
Como á las nubes de Mayo
Sigue la lluvia tranquila.
Que tú tambien de este achaque
Otro tiempo adolecias,
Y curábalo tu esposo,
Y tú le amabas mas fina.
Deja en fin culpas y duelos

Por sus paces ó sus riñas,
Que asienta mal en tu róstro
El ceño con que nos miras.
Y el cuento serás del valle,
Si cansada en su alegría
En dar consejos te empeñas,
Sin que nadie te los pida.
Que si á todos enamora
La modestia que es benigna,
Cuando es importuna enfada,
Y con altivez irrita:
Cual la mesura y los velos
De la viudez dolorida
Si al baile van melindrosos
Todo su placer mancillan.
Ama sensible á tu Albano,
Pues lo tienes de por vida,
Y desvelada en servirle
A sus gustos te anticipa.
Parte con él tus finezas
Fiel esposa y dulce amiga,
Aun mas que en tus largos bienes
En bondad y gracias rica.
Ocupada en tus hijuelos
Con solicitud activa,
Cual diligente hortelana

Con dos tiernas clavellinas,
Sus débiles pasos rige,
Goza feliz sus caricias;
Y en su amor y su cuidado
Todos tus encantos cifra.
Y dejando á las zagalas
Bien querer, y que las sirvan,
Sin esos necios afanes
Con que en vano te fatigas,
A ellos y al padre dichoso
Consagra alegre tus dias
En la afortunada suerte
Que los cielos te prodigan.
Que si él es grato á tus ojos;
Cuanto tú á los suyos linda,
Por mas que anhelar no tienes,
Lastimada casadilla.

ROMANCE XXIX.

LA MAÑANA.

Dejad el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo dia,
Que asoma por el oriente,

De do en vuelo despeñado
La ciega noche desciende
Opuesta al sol, que en su alcance
Su fúlgido tren previene;
Y semejando una hoguera
Que en inmensas llamas hierve,
Allá al confin por do asoma
Del cielo en ellas lo enciende.
¡Oh qué celages y albores!
¡Qué de ráfagas fulgentes
Con sus rayos los alumbran,
Y de oro los enriquecen!
Él como en triunfo glorioso
Su rápida marcha emprende,
De animada luz dorando
De los montes la alta frente:
Mientras que los hondos valles
Muy mas lóbregos se ofrecen,
Cual si otra noche en sus sombras
De nuevo los envolviese.
De Titon la esposa bella
Ostentándose riente
Lleno el regazo de flores,
De rosa ornadas las sienes,
Libra al céfiro su manto,
Que fugaz lo desenvuelve,

Mezclando en el horizonte
La púrpura con la nieve;
Y luego galan vagando
Entre las flores se pierde,
El rocío les sacude,
Y sus frescas hojas mece.
Ellas fragantes perfumes
En oblacion reverente
Tributan al sol, que á darles
Vida con sus llamas vuelve.
¡O qué bálsamo, qué olores!
¡Qué delicia el alma siente
Al respirarlos! del pecho
Absorta exhalarse quiere.
En tanto de las tinieblas
Los restos se desvanecen
Entre la luz, que en raudales
De los cielos se desprende.
Todo con ella del sueño
Sale y se rejuvenece,
Cual si del mundo este dia
La feliz aurora fuese;
Y todo la atencion llama,
Y bulle en gozo y deleite,
De embeleso en embeleso
Llevándola dulcemente.

La vista vaga perdida:
Aqui una flor la entretiene
Que de luz mil visos hace
Con sus perlas trasparentes.
Sobre las mieses lozanas
Allí en tal copia las vierte
Grata el alba, que sus hojas
Ya contenerlas no pueden,
Corriendo en líquidos hilos
Que los surcos humedecen,
Para que asi sus cogollos
Con mas pompa al sol desplieguen:
Y allá el plácido arroyuelo,
Cuyas claras linfas mueve
El viento en fáciles ondas,
Apenas correr se advierte:
Mas allá el undoso rio
Por la ancha vega se tiende
Con magestad sosegada,
Y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso á lo lejos
La vista inquieta detiene,
Y entre nieblas delicadas
Cual un humo desparece
Por ese inmenso horizonte
Que en un pabellon luciente

Enarcándose, los ojos
Atónitos embebece:
  El vivo matiz del campo,
Este cielo que se extiende
Sereno y puro, estos rayos
De luz, el tranquilo ambiente,
  Este tumulto, este gozo
Que universal antecede
Al trinar el himno al dia
Reanimados los vivientes;
  Este delirio de voces
Que en su estrépito ensordecen,
Tantos pios de las aves,
Tantos cánticos fervientes;
  Este hervor inexplicable,
Este bullir y moverse
En inefable delicia
Una infinidad de seres,
  De la yerbecilla humilde
Al roble mas eminente,
Del insecto al ave osada
Que al sol su vuelo alzar quiere,
  ¡Oh como me encanta! ¡oh cómo
Mi pecho late y se enciende,
Y en la comun alegria
Regocijado enloquece!

La mensagera del alba,
La alondra mil parabienes
Le rinde, y tan alto vuela
Que ya los ojos la pierden.

Tras sus nevados corderos
El pastor cantando viene
Su tierno amor por el valle,
Y al rayo del sol se vuelve.

El labrador cuidadoso
Unce en el yugo sus bueyes,
Con blanda oficiosa mano
Limpiándoles la ancha frente.

El humo en las caserías
En volubles ondas crece,
Y á par que en el aire sube,
Se deshace en sombras leves.

Y la atmósfera mas pura,
Y los árboles mas verdes,
Y mas lozano está el valle,
Y mas viciosas las mieses.

¡Qué hermosa es, amable Silvia,
La mañana! ¡cuánto tiene
Que admirar! ¡en sus primores
Cómo el alma se conmueve!

Deja el lecho, y ven al campo,
Que fausto á tu seno ofrece

Su aroma y flores, y juntos
Gocemos tantos placeres.

ROMANCE XXX.

DE UNA AUSENCIA.

¿Qué sirve que viva ausente,
Si con el alma te veo,
Zagala hermosa del Tórmes,
Y te adora el pensamiento?
¿Qué sirve que ausente viva,
Si un amor fino y honesto
Bien asi en la ausencia crece
Cual con seca leña el fuego?
Nunca está lejos quien ama,
Aunque tenga un mundo en medio:
Para el gusto no hay distancias,
Ni violencias para el pecho.
Solo, zagala, el que olvida
Se dice bien que está lejos;
Que yo donde quier que fuere
En mi corazon te llevo.
Cual inseparable marcha
En pos su sombra del cuerpo,
Y vivo el fuego se esconde

Del pedernal en el seno.
  Asi el esperar me anima,
Y en memorias me entretengo;
Sin que en estos tristes valles
Nada encuentre de recreo.
  Sin aliño las zagalas,
De altivo y áspero ceño,
Cuanto aqui miro, bien mio,
Me parece tosco y feo.
  Mis locas ansias se pierden:
Los ayes los lleva el viento,
Mis lágrimas el Eresma,
Y el Alba los dulces sueños.
  ¡En ellos ¡ay! qué de noches
Me hallara á tus plantas puesto,
Tal vez airada conmigo,
Tal condolida á mis ruegos!
  ¡Y al despertar qué de veces
Como burlado me siento,
Llamándote cual si oyeras
Bañé en lloro amargo el lecho!
  Mas quisiera yo las noches
Cuando entre escarchas y hielos
Quejándome de tu olvido
Me hallo del Alba el lucero;
  Las noches en que llorando

No merecidos desprecios
De mi cítara los trinos
Oyó conmovido el cielo,
Mas qué no estas noches tristes
De luto y dolor eterno,
En que á solas me consumo,
Y maldigo mis deseos.
¿Pues aquellas, vida mia,
Cuando ya mis dulces versos
Sonar pudieron felices
De gozo y finezas llenos;
Y tú inflamada al oirlos,
Dándote el Amor su velo,
A tus ventanas salias
Con silencioso misterio,
Para entender mas de cerca
Los cariñosos requiebros,
Y unir tus tímidas ansias
Con mis ardientes afectos?
Nada alcanzará á borrarlas
De un alma de que eres dueño,
De un alma donde por siempre
Será y único tu imperio.
Ni por mas que en mi desdicha
Se conjure el universo,
Dejarás de hacer, bien mio,

Mi delicia y mi embeleso.
¡Ay! ¡cuándo diré á tus rejas,
Como cantaba algun tiempo
Ciego de amor y esperanzas,
Que cual humo se han deshecho!
„Nunca yo hallado te hubiera;
„Ni la noche de los fuegos
„Nunca tú por mi ventura
„Salieras, Rosana, á verlos."
Cuando.... aqui llegaba un triste,
A quien del Tórmes trajeron
Al Eresma desterrado
La envidia, el odio y los zelos.
Los compasivos zagales
Que sus gemidos oyeron
Consuélanle; y él responde,
Que á un ausente no hay consuelo.

ROMANCE XXXI.

EL CONSEJO DE JACINTA.

Con Pascuala Gil se casa,
Y á la linda Fili olvida:
Lo que en la zagala es luto,
Será en Lucindo alegría.

Sirvióla Lucindo un tiempo;
Pero el engaño y la envidia,
Cual nube al sol contrapuesta
Asi eclipsaron sus dichas.

Un chismoso de la aldea
Fingió agravios y malicias,
Que á la sombra se abultaron
Del acaso y la mentira.

El zagal, que no debiera,
Despreciólos en su fina
Voluntad asegurado
Y en su inocencia sencilla.

Pero lastimóse Filis,
Que es sensible cuanto linda,
Y sin desdenes ni quejas
Dejó á Lucindo ofendida.

Luego á Gil quiso en despique;
Si es amor una porfia,
O si jamas un cuidado
Con un disgusto se alivia.

Lucindo llora el olvido,
Y en vano ruega y suspira,
Que donde el engaño adula,
Nunca la verdad se estima.

¡Oh qué de veces el triste
Buscó fino á su querida;

Y con mil rendidas ansias
Amainar tento sus iras!
¡A sus plantas qué de veces
Sus verdades ratifica,
Confunde apariencias vanas,
Injustos zelos disipa!
Mas Fili en su enojo ciega,
Cuanto el zagal mas la obliga
Mas ciertos da sus agravios,
Y huye mas y mas su vista.
Bien haya Gil que por necio
La saca de esta agonía,
Y libra cortés á entrambos
De un martirio de por vida.
La niña el desaire siente;
Y entre agraviada y corrida
Por Gil, la boda y sus piques
Es la cancion de la villa.
Pero ella á Lucindo quiere;
Él la adora y la suplica,
Y asi del otro el desvío
Será el iris de sus riñas.
Todos asi lo murmuran;
Y ya en el baile Jacinta
Viéndola tan triste y sola
Le cantaba el otro dia:

Zágala del Tórmes
Deja de llorar,
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.
Porque Gil se casa
No tan boba seas,
Que tú el tiempo llores,
Que él rie y se alegra.
Egemplo en él toma,
Y olvídale á par:
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.
Lo que Gil se pierde
Lucindo lo gane,
Puesto que en el trueque
Bien librada sales:
Y pues es tan necio
No le llores mas,
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.

ROMANCE XXXII.

LA TERNURA MATERNAL.

¡Oh! ¡cómo me encanta, Filis,
Gozar del juego inocente

Con que entre risas te halaga
El ángel que al pecho tienes!
¡Cual con sus tiernas manitas
Te lo bate, y las extiende
Hasta tus frescas mejillas,
Hundiéndolas suavemente!
Luego la cabeza esconde,
Y hace como que se duerme,
Y entre mil gozos y mimos
Entre tus brazos se mece.
Mas al punto el taimadillo,
De su quietud impaciente,
Con nuevas fiestas y risas
Salta, y de tu cuello pende.
Tú con miradas de madre
Lo contemplas, y le vuelves
Por cada caricia un beso,
Que á nuevos juegos le mueve.
Rien la dulzura y gracia
En sus ojuelos alegres,
En su boca los gorjeos,
La candidez en su frente.
No hay en torno los donaires
Con que vivaz te entretiene,
Ternura que no le grites,
Ni bendicion que no le eches.

Clavel, lumbroso diamante,
Perla de subido oriente,
Cielo, sol, ángel, lucero,
Todo aun poco te parece.
Y en el suavísimo encanto
En que viéndolo te embebes,
Por tus ojos á su pecho
Volársete el alma quiere.
Yo mudo y enagenado
Siento el mio blandamente
Latirme, y parto contigo
Tan sobrehumanos placeres.
¡Dichosa Filis! tú gozas
Cuanto bien gozarse puede:
Tu seno nada en delicias,
Tu rostro en gloria y deleite
Puro, angélico, sublime;
No el grosero que se bebe
Del vicio en la amarga copa,
Que llanto y dolor previene.
¡Ves cuánto la virtud vale!
¡Cuál sus encantos conmueven
El alma, y de madre tierna
Son los éxtasis celestes!
¡Lo ves, Filis! fausta sigue,
Y en gozos y afectos crece:

Da otro beso á tus amores,
Y otro y otro aun mas ardientes.
 Él los busca, y te provoca
Con sus donosos juguetes;
Te mira, y se oculta y rie,
Y en gorjeos enloquece.
 Con estas gracias empieza,
Y feliz la llama prende
Que en lazada deliciosa
Os ha de atar para siempre;
 De ora haciendo que dos pechos
Con sola una vida alienten,
Y en ver y en querer conformes
Su union mas y mas se estreche.
 Hoy el pequeñuelo infante
Que es hijo á tu pecho siente,
Y este amor sin conocerlo
Lo máma en tu dulce leche.
 Este amor santo que un dia,
Como el árbol que se extiende
Rico en sazonados frutos,
Crecerá, y dártelos debe.
 Y tu descanso y delicia,
Lleno de bondad y bienes
Gloriosos hará tus años,
Tan tierno como obediente.

Cuanto hoy por su débil vida
Tu seno en afectos hierve,
Tanto y mas y mas de obsequios
Verásle en torno volverte.

Verásle, madre dichosa,
Cuando sus gracias desplieguen
Adelantados los dias,
Como él las luce riente.

Cual solícito pregunta,
De tus avisos aprende,
Y tus virtudes remeda,
Y su razon se esclarece.

De ora un enjambre de nietos,
Lindos cual él te previene,
En cuyas vidas la tuya
Con nuevo verdor florece.

Y en cuyas ilustres prendas
Correrán de gente en gente
Las que en riquísima mina
Tu corazon ennoblecen.

De ese tu blondo cabello
Se ajará el oro fulgente,
Arando la ruga fea
La fresca tez de tus sienes;

Y entonces de nuevo en ellos
Vivirás, cual en oriente

Diz que entre aromas renace
De sus cenizas el fénix.
Hoy siembras, Filis, y el llanto
Que tan delicioso viertes,
Es un plácido rocío
Que los frutos desenvuelve.
Siembras, y con grato influjo
De esa tu feliz simiente
Sazonará el sol un dia
En abundancia las mieses.
Siembras, y abrirse en su seno
Verás, Fili, en plazo breve
Las rosas de su inocencia,
Y de tu amor los claveles.
Riega oficiosa la planta,
Y en solicitud perenne
Del fogoso can la libra,
Y los hielos de un Diciembre.
Vela en su amparo, y ten cuenta
Si algun ramito se tuerce,
Que la razon lo dirija,
Y no el cariño te ciegue.
Que asi pomposa y lozana
El cielo hará que descuelle
Sobre cuantas hermosean
Los mas floridos verjeles:

Y que en pos de su fragancia
Felice á todos se lleve,
Porque tu nombre y tu gloria
Con los suyos se acrecienten.

Asi yo á Filis hablaba,
Que no á mí, á su hijuelo atiende:
Estréchalo en su albo seno;
Y él mamando se adormece.

Filis ni aun respirar osa,
Porque su amor no despierte,
Y con languidez süave
Mirándolo se enternece.

Esposa y madre en su rostro,
Pudor y amor santamente
Brillan unidos, y un ángel
Para mis ojos parece;

Que en lágrimas inundados
Sentí al punto; y reverente
Ya aunque hermosa, no ví en Filis
La Filis de mis niñeces.

ROMANCE XXXIII.

AUSENTE DE CLORI SU AMOR SOLO ES MI ESTUDIO.

¡Qué me aprovechan los libros!
¡De qué en mi triste aposento
Morar como en cárcel dura
Aherrojado siempre entre ellos!
  Mis ojos sus líneas corren,
Y en oficioso desvelo
El labio terco repite
Sus verdades y preceptos:
  Mientras la mente embebida,
Bien mio, en mil devaneos
Burla mi conato, y vuela
A buscar mas noble objeto.
  La imaginacion fogosa
Con delicioso embeleso
De mis pasadas venturas
Hermosea los recuerdos:
  Y en sus vagarosas alas
Como en un alegre ensueño
Tras lo que perdido anhela
Lanzándose el pensamiento,

En el solitario bosque
Ora á tu lado me encuentro
De aquel jardin, confidente
De nuestros dulces secretos;
Donde huyendo veces tantas
Con inocente misterio
De la calumnia los tiros,
Los ojos de un vulgo necio,
Emboscados, como solos
En medio del universo
Nos cogió espirando el dia,
Clori, envidioso el lucero,
El pecho en rendidos ayes,
El labio en finos requiebros;
Y Amor plácido sellando
Nuestros fieles juramentos.
Ora inflamando mi númen
Al brillo de tus ojuelos,
Mil ternezas me imagino
Cantarte en mis dulces versos;
Que cual mi pecho sencillos,
Como mi llaneza tersos,
En tu delicada lengua
Adquieren mas alto precio.
Ora que en Fedra temblamos
De Amor los horribles fuegos,

O en tú seno, triste Zaida,
De tú Orosman el acero:
Y ora que en la amable Julia
Sus derretidos conceptos,
En su leccion encantados,
Confundimos con los nuestros:
Con solícita fineza
Contino buscando aquellos
Que á nuestra inefable llama
Semejan bien que de lejos.
Tal vez recuerdo infelice,
Tambien nuestro á dios postrero,
Tú en el sofá desmayada,
Y yo á tus pies en silencio:
Sonando la fatal hora,
Sin poder yo en mi despecho
Ni huir del mandato odioso,
Ni á tí dejarte muriendo.
Partiendo en fin, y á tus brazos
Y á decirte á dios de nuevo
Loco tornando, abismada
Tú en dolor, yo sin aliento.
O ya en éxtasi mas grato
Doy nuevas alas al tiempo,
Y rayando el fausto dia
De volver, mi bien, á vernos,

Traspaso los altos montes,
Que alzada su frente al cielo
Hasta el paso cerrar quieren
A mis ardientes deseos.
Desde su enriscada cumbre
Vislumbrar en sombras creo
La corte ya, el ansia crece,
Y dejando atras el viento
Aguijo el correr, la rueda
Gime en su rápido vuelo,
Grita el mayoral, y el tiro
De polvo y sudor cubierto
Entra en fin por la ancha calle,
A quien la imperial Toledo
Da nombre, á tu casa corro,
Y el callado umbral penetro.
Llego á tu dichosa estancia;
Encuéntrote sola, y ciego
A tus pies me precipito,
Y los baño en llanto tierno.
Tú lanzando un grito alegre
De sorpresa y de contento,
¡Es posible, amado, exclamas,
Que abrazarte otra vez puedo....!
Y ahincada tus manos tiendes,
Tus manos que de mil besos

Inundo yo; tú suspiras,
Y el placer.... sobre tu seno....
Embriagadas, confundidas
Las almas.... yo te sostengo
Desfallecida en mis brazos.....
Y en los tuyos desfallezco.....
¡Clori! la mente delira;
Yo en fijarla en lo que leo
Me afano, su error acuso,
Y al libro obstinado vuelvo:
Empeñándome estudioso
En buscar con nuevo anhelo
En la luz de sus doctrinas
A mi mal algun remedio.
Empero todo es en vano;
Y por mas que atarla quiero,
Sin saber cómo ocupada
De tí siempre la sorprendo.
Ríñola; pero replica
Que tú sola eres su empleo;
Y asi en tu amor y mis penas
Contino que estudiar tengo.

ROMANCE XXXIV.

LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables
Cual precursor de la noche
Por el occidente sale;
Do con su fúlgido brillo
Deshaciendo mil celages,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.
Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rocío esparcen.
Su corona alzan las flores,
Y de un aroma süave
Despidiéndose del dia
Embalsaman todo el aire.
El sol afanado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su augusta imagen;
Simil á un globo de fuego

Que en vivas centellas arde,
Y en la bóveda parece
Del firmamento enclavarse.
  Él de su altísima cumbre
Veloz se despeña, y cae
Del Océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
  ¡Oh qué visos! ¡qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!
  Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
  Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae
Indeciso el sól los pasos,
Y en mirarlos se complace.
  Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte,
  Como un cendal delicado,
Que en su ámbito inmensurable
En un momento extendido,

Súbito al suelo se abate,
  A que en tan rápida fuga
Su vislumbre centellante
Envuelto en débiles nieblas
Ya sin pábulo desmaye.
  Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un sauce.
  Y á sus guaridas los rudos
Selváticos animales,
Temblando al sentir la noche,
Se precipitan cobardes.
  Suelta el arador sus bueyes;
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales:
  Suena un confuso balido,
Gimiendo que los separen
Del dulce pasto, y las crias
Corren llamando á sus madres.
  Lejos las chozas humean,
Y los montes mas distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hacen:
  De ellas á la excelsa esfera

Grupándose desiguales
Estas sombras en un velo
A la vista impenetrable;
El universo parece
Que de su accion incesante
Cansado el reposo anhela,
Y al sueño va á abandonarse.
Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve, y hace dulce
La memoria de mis males.
El verde oscuro del prado,
La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo rio,
Los árboles de su margen,
Su deleitosa frescura;
Los vientecillos que baten
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen;
Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades,
Y de sus tristes jardines,
Hijos míseros del arte.
Liberal naturaleza
Porque mi pecho se sacie
Me brinda con mil placeres

En su copa inagotable.
Yo me abandono á su impulso:
Dudosos los pies no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
Cruzo la tendida vega
Con inquietud anhelante
Por si en la fatiga logro
Que mi espíritu se calme:
Mis pasos se precipitan;
Mas nada en mi alivio vale,
Que aun gigantescas las sombras
Me siguen para aterrarle.
Trepo huyéndolas la cima,
Y al ver sus riscos salvages
¡Ay! exclamo, ¡quién cual ellos
Insensible se tornase!
Bajo del collado al rio,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles el pecho
Mas pavoroso me late.
Miro las tajadas rocas
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.
Llénanme de horror sus sombras,

Y el ronco fragoso embate
De las aguas mas profundo
Hace este horror y mas grave.
Asi azorado y medroso
Al cielo empiezo á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes:
Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y el manto la noche tiende
Que el crepúsculo deshace.

ROMANCE XXXV.

LOS ARADORES.

¡Oh qué bien ante mis ojos
Por la ladera pendiente
Sobre la esteva encorvados
Los aradores parecen!
¡Cómo la luciente reja
Se imprime profundamente,
Cuando en prolongados surcos
El tendido campo hienden!
Con lentitud fatigosa
Los animales pacientes

La dura cerviz alzada
Tiran del arado fuerte.
Anímalos con su grito,
Y con su aguijon los hiere
El rudo gañan, que en medio
Su fatiga canta alegre.
La letra y pausado tono
Con las medidas convienen
Del cansado lento paso,
Que asientan los tardos bueyes.
Ellos las anchas narices
Abren á su aliento ardiente,
Que por la frente rugosa
El hielo en aljófar vuelve:
Y el gañan aguija y canta,
Y el sol que alzándose viene
Con sus vivíficos rayos
Le calienta y esclarece.
¡Invierno! ¡Invierno! aunque triste
Aun conservas tus placeres;
Y entre tus lluvias y vientos
Halla ocupacion la mente.
Aun agrada ver el campo
Todo alfombrado de nieve,
En cuyo cándido velo
Sus rayos el sol refleje.

Aun agrada con la vista
Por sus abismos perderse,
Yerta la naturaleza
Y en un silencio elocuente;

Sin que halle el mayor cuidado
Ni el lindero de la suerte,
Ni sus desiguales surcos,
Ni la mies que oculta crece.

De los árboles las ramas
Al peso encorvadas ceden,
Y á la tierra fuerzas piden
Para poder sostenerse.

La sierra con su albo manto
Una muralla esplendente
Que une el suelo al firmamento
Allá á lo lejos ofrece.

Mientra en las hondas gargantas
Despeñados los torrentes
La imaginacion asustan,
Cuanto el oido ensordecen.

Y en quietud descansa el mundo,
Y callado el viento duerme,
Y en el redil el ganado,
Y el buey gime en el pesebre.

¿Pues qué cuando de las nubes
Horrísonos se desprenden

Los aguaceros, y el dia
Ahogado entre sombras muere;
Y con estrépito inmenso
Cenagosos se embravecen
Fuera de madre los rios,
Batiendo diques y puentes?
Crece el diluvio: anegadas
Las llanuras desparecen,
Y árboles y chozas tiemblan
Del viento el furor vehemente;
Que arrebatando las nubes
Cual sierras de niebla leve
De aqui allá en rápido soplo,
En formas mil las revuelve:
Y el imperio de las sombras,
Y los vendavales crecen;
Y el hombre atónito y mudo
A horror tanto tiembla y teme.
O bien la helada punzante
La tierra en mármol convierte;
Y al hogar en ocio ingrato
El gañan las horas pierde.
Cubiertos de blanca escarcha
Como de marfil parecen
Los árboles ateridos,
Y de alabastro la fuente.

Sonoro y rígido el prado
La planta hollado repele;
Y do quier el dios del hielo
Su ominoso mando ejerce;

Hasta que el süave favonio
Medroso y tímido al verse
Nuevo volar, con su aliento
Tan duros grillos disuelve.

El dia rápido anhela:
No asoma el sol por oriente
Cuando sin luz al ocaso
Precipitado desciende;

Porque la noche sus velos
Sobre la tierra despliegue,
De los fantasmas seguida
Que en ella el vulgo ver suele.

Asi el Invierno ceñudo
Reina con cetro inclemente,
Y entre escarchas y aguaceros
Y nieve y nubes se envuelve.

¿Y de dónde estos horrores,
Este trastorno aparente,
Que en Enero su fin halla,
Y que ya empezó el Noviembre?

Del orden con que los tiempos
Alternados se suceden,

Durando naturaleza
La misma, y mudable siempre.
  Estos hielos erizados,
Estas lluvias, estas nieves,
Y nieblas y roncos vientos,
Que hoy el ánimo estremecen,
  Serán las flores del Mayo,
Serán de Julio las mieses,
Y las perfumadas frutas
Con que Octubre se enriquece.
  Hoy el arador se afana,
Y en cada surco que mueve
Miles encierra de espigas
Para los futuros meses:
  Misteriosamente ocultas
En esos granos, que extiende
Do quier liberal su mano,
Y en los terrones se pierden,
  Ved, cual fecunda la tierra
Sus gérmenes desenvuelve,
Para abrirnos sus tesoros
Otro dia en faz riente.
  Ved, como ya pululando
La rompe la hojilla débil,
Y con el rojo sombrío
Cuan bien contrasta su verde:

Verde que el tostado Julio
En oro convertir debe,
Y en una selva de espigas
Esos cogollos nacientes.
Trabaja, arador, trabaja
Con ánimo y pecho fuerte,
Ya en tu esperanza embriagado
Del verano en las mercedes.
Llena tu noble destino,
Y haz cantando tu afan leve,
Mientras insufrible abruma
El fastidio al ocio muelle;
Que entre la pluma y la holanda
Sumido en sueño y placeres,
Jamas vió del sol la pompa
Cuando lumbroso amanece:
Jamas gozó con el alba
Del campo el plácido ambiente,
De la matinal alondra
Los armónicos motetes.
Trabaja, y fia á tu madre
La prolífica simiente,
Por cuyo felice cambio
La abundancia te prometes:
Que ella te dará profusa
Con que tu seno se aquiete,

Se alimenten tus deseos,
Tu sudor se remunere;
Puesto que en él y tus brazos
Honrado la fausta suerte
Vinculas de tu familia,
Y libre en tus campos eres.
Tu esposa al hogar humilde
Apacible te previene
Sobria mesa, grato lecho,
Y cariño y fe perennes:
Que oficiosa compañera
De tus gozos y quehaceres,
Su ternura cada dia
Con su diligencia crece:
Y tus pequeñuelos hijos
Anhelándote impacientes
Corren al umbral, te llaman,
Y tiemblan si te detienes.
Llegas, y en torno apiñados
Halagándote enloquecen;
La mano el uno te toma,
De tu cuello el otro pende;
Tu amada al paternal beso
Desde sus brazos te ofrece
El que entre su seno abriga,
Y alimenta con su leche;

Que en sus fiestas y gorjeos
Pagarte ahincado parece
Del pan que ya le preparas,
De los surcos donde vienes.
Y la aijada el mayorcillo
Como en triunfo llevar quiere;
La madre el empeño rie,
Y tú animándole alegre
Te imaginas ver los juegos
Con que en tus faustas niñeces
A tu padre entretenias,
Cual tu hijuelo hoy te entretiene.
Ardiendo el hogar te espera,
Que con su calor clemente
Lanzará el hielo y cansancio,
Que tus miembros entorpecen:
Y luego, aunque en pobre lecho,
Mientras que plácido duermes,
La alma paz y la inocencia
Velarán por defenderte;
Hasta que el naciente dia
Con sus rayos te despierte,
Y á empuñar tornes la esteva,
Y á regir tus mansos bueyes.
¡ Vida ignorada y dichosa!
Que ni alcanza ni merece

Quien de las ciegas pasiones
El odioso imperio siente.
¡Vida angelical y pura!
En que con su Dios se entiende
Sencillo el mortal, y le halla
Do quier próvido y presente:
A quien el poder perdona,
Que los mentirosos bienes
De la ambicion tiene en nada,
Cuanto ignora sus reveses.
Vida de fácil llaneza,
De libertad inocente,
En que dueño de sí el hombre
Sin orgullo se ennoblece:
En que la salud abunda,
En que el trabajo divierte,
El tedio se desconoce,
Y entrada el vicio no tiene;
Y en que un dia y otro dia
Pacíficos se suceden,
Cual aguas de un manso rio
Siempre iguales y rientes.
¡Oh quién gozarte alcanzara!
¡Oh quién tras tantos vaivenes
De la inclemente fortuna
Un pobre arador viviese!

Uno cual estos que veo
Que ni codician, ni temen,
Ni esclavitud los humilla,
Ni la vanidad los pierde:
Lejos de la envidia torpe
Y de la calumnia aleve,
Hasta que á mi aliento frágil
Cortase el hilo la muerte.

ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡Oh qué mal se posa el sueño
Sobre ojos que el Amor abre,
Ni con sus dulces cuidados
Su grata calma hizo paces!
Las dos sueñan, y rendidos
De sus amargos afanes
A un pacífico letargo
Se abandonan los mortales.
Yo solo velo, bien mio,
Y en ocupacion süave
Con tu cariño y mis penas
Regalo mi pecho amante;
Yendo y tornando el deseo,

Sin que ni un momento pare,
Hasta el lecho silencioso,
Do en plácido sueño yaces:
Do en libre y feliz soltura
Las formas inimitables
De tu belleza sin velo
Logran todo su realce.
¡Oh qué de gozos y bienes
De allá en su ilusion me trae!
¡Qué de esperanzas me adula!
¡Y qué de estorbos deshace!
Si los Reyes de la tierra
Pusieran en este instante
Su cetro á mis pies en cambio
La gloria que en tí me cabe,
¡Qué ufano los desdeñara
Mi corazon! ¿pues qué valen
Su oro y pompa y señorío
Con mi embeleso inefable?
Tú lo di, ó Luna, que atiendes
Mis finezas, tú que sabes
De este corazon las ansias,
Y cuan tierno ora me late.
Dilo tú, que en tus amores
Ciega un tiempo abandonaste
Por ver tu pastor dormido

Las esferas celestiales;
  Y entre las sombras marchando
Con planta y pecho anhelante
Extática y silenciosa
Descansabas con mirarle,
  Hasta que en tu ardiente seno,
Premiándolo, con mil ayes
Tímido el suyo alentabas
A que mas y mas gozase.
  Dilo pues, hermosa Luna,
Asi en tus visitas halles
A tu Endimion venturoso
Cada noche mas galante.
  Inmóvil, los ojos fijos
Sobre tu albergue, enviadle
Clamo á los cielos, los sueños
Mas ligeros y agradables.
  Volad, frescos cefirillos,
Volad, y batid el aire
Que fácil su labio aspire,
Porque mas grata descanse:
  Colmad de suaves esencias
Su estancia: flor en los valles
No abra el cáliz, que en tributo
De mi Clori no se exhale.
  La armoniosa filomena,

Cuyo pico lamentable
Trina en el bosque, á su oido
Hoy no ensaye otros cantares,
Que los que en quiebros canoros
Su imaginacion halaguen,
Den pábulo á su ternura,
Y su corazon inflamen.
Y tú en solícito anhelo
Los sueños mas deleitables,
Amor, á su mente ofrece,
Con que se goce y regale:
Haz que trisque con las Gracias,
Haz que su hermana la llamen,
Y que de rosa y jazmines
Ciñan su sien y la abracen.
Entre sus albas corderas
Salga á la vega, un enjambre
De cupidillos la siga,
Y adórenla los zagales.
O aplaudida aun de las bellas
Luzca gallarda en el baile,
Rindiendo á cuantos la miren
Con sus pasos y su talle.
Entonces, ó Amor, presenta
Propicio mi fiel imágen
A sus pies, besando tierno

Las breves huellas que estampen.
  Mi fineza le recuerda;
Dile, dile de mi parte
Que duerma en paz, pues yo velo,
Y mi fe la guardia le hace:
  Dile mis blandos suspiros,
Y el éxtasi inexplicable
En que me ves, este lloro
Que del corazon me sale:
  Este aqui presente verla,
Y como presente hablarle,
Y en mis cariños perderme,
Y en sus gracias embriagarme.....
  ¡Dichosa holanda, dichosa
Veces mil! ¡oh quién lograse
Gozar lo que avara gozas,
Saber cuanto feliz sabes,
  ¡Oh quién lograse..... en mis venas
Todo el fuego de Amor arde,
Un dulce temblor me agita,
Plácido el seno me late.
  La voz me falta..... á mis ojos
Ven, grato sueño, ven fácil;
Y haz que el delirio que siento
Entre tus brazos se calme.

ROMANCE XXXVII.

LA LIBERTAD.

Ve, Delio, con qué delicia,
Con qué agradable bullicio
Ese ruiseñor canoro
Se goza en el bosque umbrío.
  Cual salta de ramo en ramo,
Cual en su alegre delirio
Va, y vuelve, y huye, y se pierde
Entre el verde laberinto.
  Al impulso de sus alas
Y su revolar festivo,
Conmoviéndose, las hojas
Bullen en grato ruido:
  Y corriendo de su seno
Aljofarado el rocío,
Como una lluvia de perlas
Parece del sol al brillo.
  Ve con qué indecible gozo
Despliega el voluble pico,
Y en su preludiar süave
Se queda como embebido;
  Abismándose sin duda

Allá en repasar consigo
Algun gravísimo trance,
En que el infeliz se ha visto;
Hasta que soltando el lleno
De sus melodiosos trinos,
Su primor nos ensordece
Sabrosamente el oido;
Tan vario como sublime
En los quiebros infinitos,
Con que explica de su pecho
Los sentimientos mas vivos:
Todo enmudece y le escucha;
Solo á su armónico silbo
La alondra allá de las nubes
Responde en agudos pios:
Pios que dilata el eco,
Y el mas ardiente al oirlos
Hasta rendirla redobla
Sus penetrantes suspiros;
Que el viento hinchendo incesantes,
Cada vez mas peregrinos
Alza el júbilo en sus alas
A las cumbres del olimpo:
Y el valle todo es delicia,
Y armonía el cefirillo,
Vivas de triunfo las aves,

Y embeleso los sentidos.

Pues tantas salvas y cantos
Obra son, Delio querido,
De la libertad felice
Que ha logrado el pajarillo.

Cual rota la odiosa valla
Que embarazó su camino,
Se derrama el arroyuelo
Por todo un valle florido,

Y bullendo entre las guijas,
O adurmiéndose tranquilo,
Es del ánimo y los ojos
Distraccion y regocijo.

Yacía el mísero esclavo
Entre los dorados hilos
Y el encierro de una jaula,
Pendiente de ageno arbitrio.

Solitario y triste en ella
Sin hermosura ni aliño,
Siempre el alma en sus amores,
Siempre azorado y esquivo,

Acordando aquellas horas,
Cuando en el sagrado asilo
De su nido acompañaba
A su esposa y dulces hijos,

O asentado en algun ramo

Orillas del manso rio
El murmullo de sus ondas
Remedaba entretenido.

En vano sobre él el tiempo,
Para olvidarle benigno
De su esclavitud odiosa,
Tornaba en plácido giro

Del Mayo las lindas flores,
La blonda mies del estío,
O del sosegado Octubre
La frescura y los racimos;

Pues siempre en su estrecha cárcel,
Mordiendo infeliz los grillos,
Lloraba sus desventuras
Sin mejorar su destino,

Cuando un acaso dichoso,
O el cielo apiadado quiso
Que á su libre ser volviese,
Y á morar su antiguo nido:

Y asi bullicioso y loco
Y en movimiento continuo
Salta y bulle, y trisca y canta,
Todo júbilo y cariños.

Otro tanto me sucede
Despues que exento me miro,
Y que lancé de mi cuello

El yugo de Amor indigno.

Que señor de mis deseos,
Y en gloriosa paz conmigo,
Sin comprar un falaz gozo
Con un siglo de martirios,

Siempre el sol claro me luce,
Siempre alegre canto y rio,
Llenando mis faustos dias
Las Musas y mis amigos.

ROMANCE XXXVIII.

LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco Otoño
La señal de la vendimia,
Y su voz redobla el eco
Por los valles y colinas.

Del peso dulce y opimo
De sus racimos vencida
Al suelo la vid pomposa
La frente encorvada inclina;

Y entre el desmayado verde
Que su follage mancilla,
Cual encendidos topacios
Las doradas uvas brillan:

O como el negro azabache
Que á la noche desafia
Agrupándose, el deseo
A su robo solicitan.

Alzándose el sol radiante
En brazos del nuevo dia,
De Baco los largos dones
A recoger nos convida.

Las cestas pues se preparen,
Ordénense las cuadrillas,
Y al campo salid gritando:
„Honor al dios de las viñas."

No haya escondido racimo
Que se escape á vuestra vista,
Que no corte vuestra mano,
Y el cuévano no reciba.

Dadme una cesta, muchachas,
Que quiero en tanta alegría
Compañero ser dichoso
De vuestra dulce fatiga.

Y allá en las tristes ciudades
Dejad que míseros giman
Revueltos en mil cuidados
Los necios que las habitan:

Que yo en los campos me gozo
Y en su soledad tranquila;

Y el áfan de sus labores
El pecho me vivifica.
¡O como á la par por todos
Vuelan el gozo y la risa;
Y las picantes tonadas
Nos entretienen y animan!
Hinchendo el plácido viento
Su estrépito y gritería,
Que á los mas tibios inflaman,
Y la licencia autorizan.
Ved como Felicio el lado
Buscó de su amada Silvia,
Y los racimos le toma,
Y en el trabajo la alivia;
Mientras entre Arcadio y Delio
Se turba Nise indecisa,
Y á sus chanzas y cantares
Enmudece como niña.
Daliso alli mas osado
Corre tras Filis la linda,
La de los divinos ojos,
Y de voz muy mas divina:
Y tomándola en sus brazos,
Por mas que resiste y lidia,
Con el mosto de un racimo
Le rego frente y mejillas.

Y Enarda la bulliciosa
Allá con sutil malicia
Para su cesta se lleva
Cuanto á la de Silvio quita.

Todo es obra de las copas
Que Baco jovial nos brinda,
Y en placer nos enloquecen,
Y al Amor dan osadía.

¡Loor al dios, que en su triunfo
Nos trajo allá de la India
Con la vid el süave néctar
Que sus racimos destilan!

¡Al de juventud perenne,
Que en faz riente y benigna
Ora estos dulces racimos
Tan liberal nos prodiga!

Seguid, seguid bulliciosos
Con solícita agonía,
Que el júbilo bien no hermana
Con la flojedad indigna.

Ved por las cumbres del cielo
Cual alzándose camina
Rápido el sol, y sus pasos
Culparán nuestra desidia:

Que él tambien reina en las vides,
Fausto los racimos cria,

Y hoy lo acerbo de sus granos
Torna en delicioso almibar.
Pero con nueva algazara
Los victores se repitan,
Que el carro en triunfo á la aldea
Lleva las uvas cogidas.
Órnanle á trechos colgando
Cual vencedoras insignias
Los vástagos mas frondosos,
Que el viento ondeando agita.
Y su próspera llegada
Con su bullicio anticipa
Un tropel de alegres niños,
Que en torno corriendo gritan.
Recíbelas la ancha troje,
Que las macera, y envia
Do el lagarero enmostado
Con membrudo pie las pisa:
Y remedando al beodo
Que ya en sus pasos vacila,
Ora titubeando marcha,
Ora sobre un pie se libra,
Y ora al monton mal hollado
La altiva frente domina,
Carga, lo derrama, y vuelve,
Y se hunde hasta la rodilla.

Rueda el tórculo gimiendo,
Y con inmensa ruina
Desciende el molar enorme,
En que su presion estriba.

Corre en arroyos el mosto;
Y Baco la sien ceñida
De las hojas de sus parras
Desde una cuba lo mira.

Los silenos de su corte
En torno danzando giran,
Del licor sus tazas llenan,
Y beben, y al dios lo liban:

Licor hoy de áspero gusto,
Mas que hervido será un dia
Mas bien que el néctar de Jove
El bálsamo de la vida:

El que alegre los banquetes,
Dé al Amor nuevas delicias,
Abra al misterio los labios,
Y en placer torne las iras.

Y él corre, y corre espumoso
Hasta las hondas vasijas,
Y en ellas cual un torrente
Sonando se precipita.

Todos batiendo las palmas
Aplauden á su caida:

N 2

La taza en las manos rueda,
Y á un dulce delirio incita:
Quien canta, ó quien loco rie,
Balbuciente aquel se explica,
Y hundírsele aquel la tierra
Siente, y se afana en asirla:
Uno en fraternal abrazo
Va, y con su rival se liga,
Y otro al beber con el mosto
Barba y pecho se rocía:
Y todo estrépito insano,
Todo algazara festiva,
Muy mas fervientes con ellos
Los brindis se multiplican.
Asi triunfa el dios del vino,
Asi su inmortal bebida
Borra los cuidados tristes,
Los ánimos regocija.
En tanto del negro ocaso
Desciende la noche umbria,
Y su manto de luceros
Tiende á la atonita vista.
Ábrese la alegre danza,
Vivo el crotalo repica,
Y el ruidoso tamborino
Un nuevo delirio inspira.

Los jóvenes con mil pruebas
De destreza y gallardía
Ante sus bellas se ufanan,
Sus lentos pasos aguijan.
¡O qué mudanzas y vueltas!
¡Con qué donaire y medida
Bate la planta la tierra,
Los brazos se abren y animan!
Delio á Nise estrecha ardiente,
Silvia á Felicio va unida,
Daliso á Filis rodea,
Y con Silvio Enarda trisca.
Todos aplauden y gozan,
Todos bullen á porfia,
Y en el calor con que Baco
Las llamas de Amor atiza,
No hay quien baile indiferente,
Ni vendimiadora esquiva,
Alternando con las danzas
Los brindis y ardientes vivas.
Asi el cansancio en los brazos
Del regocijo se olvida,
Y alegres nos ve la Aurora
Correr de nuevo á las viñas,
A seguir con las tonadas
La labor entretenida,

Que huye el sol, cesa; y la noche:
Con otro baile disipa.
  Cuando yo estos dulces versos
Cantaba á mi fácil lira,
En el ocio de mi aldea
En gloriosa paz vivia:
  Despues ominoso el hado
Me arrastró á las grandes villas:
Vi la corte, y perdí en ella
Cuanto bien antes tenia.
  Y asi abrumado de afanes,
Siempre en duelos y agonías,
¡Quién, exclamo, se volviese
A su aldea y sus vendimias!

ROMANCE XXXIX.

EL NÁUFRAGO.

¿Cuándo, inconstante fortuna,
Dejarás de perseguirme;
Ni será blanco á tus tiros
Mi corazon infelice?
  ¿No eran ya, dime, sobradas
Tantas marañas y ardides,
Y las traiciones y males

Que hasta aqui, cruel, me hiciste?
Desde los pasos primeros
Que dió en la senda dificil
De la vida mi inocencia,
Siempre enconada me afliges.
Siempre, cuando mas lumbroso
Y en calma mas bonancible
A resplandecer un dia
Empezó á mis ojos tristes,
Burlando al ciego deseo,
Se alzaron á sumergirle
En caliginosa noche
Cien tempestades horribles.
Sembré trigo, y cogí abrojos.
La vida ignorada y libre
Que mi corazon ansiaba
Llegó un instante á reirme.
¡Cuán rápido fue este instante!
Tú en él mis venturas viste,
Y en tus redes engañosas
Envolviéndome invisible,
Me arrastraste al mar ondoso,
A arrostrar las fieras lides
De los enconados vientos
Entre Scilas y Caribdis.
¿Cómo escapar del naufragio

Pudiera mi leño humilde?
¿O en las despeñadas olas
Vagar, y en ellas no hundirse?
  Fue mi salud una playa,
Do á la envidia inaccesible
De la bondad en el seno
Viví tranquilo y felice:
  Do rotos los crudos lazos
Con que atado antes me vide,
Libre ante la faz del cielo
Pude y honrado decirme.
  Tan alto bien, cual los sueños
Que en los aëreos pensiles
De la ilusion embriagada
La imaginacion concibe,
  Volo fugitiva sombra;
Cuando á mi airada volviste
Fortuna, y con férreo brazo
Precipitando mi esquife
  De nuevo al agua, la muerte,
La muerte si lo resistes
Te aguarda cierta, gritaste;
Y yo en medio un mar sentime.
  ¡Pero qué mar! ¡qué borrascas
Y huracanes tan terribles!
¡Qué vértigos! ¡qué á los cielos

Sus rizas olas subirse,
Y luego en inmensos tumbos
De violencia irresistible
Estrellarse entre las rocas,
A tal ímpetu mal firmes!
Velada la lumbre clara
Del polo en un denso eclipse;
Perdido el rumbo, y sin puertos
Donde náufragas se abriguen,
Yo vi cien famosas naves
Sin piloto que las guie,
Rotos ya timon y quilla,
Súbito ¡oh dolor! hendirse:
Y vi sus ricos despojos
Entre las vadosas sirtes
Encallar, y con sus dueños
En los abismos sumirse.
Do quier la espantable muerte
El viento á sus iras sirve,
Su brazo hiere incansable,
El ponto en sangre se tiñe:
Cual nada y se agita en vano,
Cual pugna á una vela asirse,
A uno la ola hunde cayendo,
Y otro se salva entre miles.
Yo en la agonía, y temblando

Irme cada instante á pique,
Clamé fervoroso al cielo,
Y el cielo se digno oirme:
   Que á la bondad jamas deja
Que desvalida suspire;
Y al que rendido le implora
Siempre benévolo asiste.
   Al fin quebrantado y laso
A tu ribera acogime,
O Garona, do en mis males
Hacer una tregua quise.
   ¡Ay! en peregrinas playas
Ninguno sus dichas cifre:
La desgracia es ominosa,
Y del pobre todos rien.
   Náufrago, extrangero, errante,
Ni un pecho hallé que sensible
Ni una lágrima vertiese
Sobre el dolor que me oprime:
   Ni uno que enjugase al menos
Las que derramaba tristes,
Ni uno en fin con quien el mio
Lograra amoroso abrirse.
   Asi desdeñoso, helado,
Cuando todo cuanto existe
Renace en vitales llamas,

Me es su delicia insufrible.
En vano ya Primavera
De luz y de flores ciñe
Su sien purpúrea, y del año
A los destinos preside:
Sus aromas deliciosos,
Los riquísimos matices
Con que engalana la tierra,
Que de verde y gualda viste,
Me son de mortal zozobra
Pintándome otros paises,
Y otros tan prósperos dias,
Cual son estos infelices.
Todo me abruma y desplace:
En mil inventos sublimes
Que un tiempo indagar ansiara,
Nada hay que mi anhelo excite.
Mi lira, á la mano indócil,
Pulsada el son no repite,
Aunque sus himnos canoros
El mismo Apolo la inspire:
Y el ardor con que en las alas
Del genio hasta los confines
Me alcé del inmenso cielo,
En sueño eterno se extingue.
Mis ojos, bien como al polo

Fijo el iman se dirige,
Asi hácia España se vuelven,
Y aun verla ilusos se fingen.
  Alli el nevado Moncayo
Con las estrellas se mide;
Y allá el yerto Guadarrama
Las dos Castillas divide:
  Derrámase undoso el Bétis
Regando allá sus pensiles;
Y alli el Tajo á su alto dueño
En feudo su oro le rinde:
  En Madrid el régio alcázar
Descollándose preside
A cien fábricas, y todas
Acatan su planta humildes.
  ¡Ay! este embeleso insano
Ya llega tan vivo á herirme,
Que el llanto mis ojos ciega,
Y es fuerza que los retire.
  Asi de esperanzas solo
Mi llagado pecho vive;
Sin que haya ni un breve instante
Que de tí, España, me olvide.
  ¡Dulce patria! mientras llego
Contigo dichoso á unirme,
Mis encendidos suspiros

Como de un hijo recibe.
Mi corazon vuela entre ellos,
Que por honrado y por firme
Tu amparo y favor merece;
Y con el mas fiel compite.
Tú eres todo á mis deseos:
Tú si enconos me persiguen,
Tú si envidias me oscurecen,
Todas mis penas redimes.
Tu amor en mis venas hierve;
Y con tus gloriosos timbres
Me gozaré envanecido
Mientra el seno me palpite.
Necesidad imperiosa
Me echó de tí, bien lo gime
Mi bondad, y esta memoria
De crudo dogal me sirve.
Mira pues cual madre tierna
Una desgracia imposible
De contrastar; y en tus ojos
De mi paz mire yo el íris.
Caiga la discordia impía:
No mas en tu seno atices
Su volcan; y hunda el averno
Odios y memorias viles.
Húndalos, y de tus hijos

No mas ilusa te prives,
No mas sus votos desdeñes,
No mas la virtud mancilles.
¡Oh! ¡cuándo este ansiado dia,
Que con mil lágrimas pide
Mi dolor al justo cielo,
Fausto empezará á lucirme!
¡Cuándo en tu plácida orilla
Que ora Abril de flores viste
Podrá, humilde Manzanares,
Volver mi cítara á oirse!
¡Y mis lágrimas de gozo
Se unirán con tus sutiles
Claras linfas, y mis cantos
Con tu murmullo apacible;
A par que de mis naufragios
Cual otro paciente Ulises
Las lamentables historias
Repita seguro y libre!
¡Cuándo mis estrechos lares
Que hoy en soledad se afligen
Sin su dueño, salvo y ledo
Tornarán á recibirle,
Donde en venturoso olvido
Reine y en pobreza humilde,
Sin que ni zelos ni encónos

Contra su bondad conspiren!
¡Al ver mis dulces amigos,
¡Ay! será que fino á unirse
Mi pecho á su pecho llegue,
Y su ardor les comunique:
Hallando en sus tiernos brazos,
A mi eterno amor sensibles,
Un puerto, do al fin gozoso
Por siempre y en paz respire!
¡Cuándo, cuándo, patria mia,
Lograré feliz decirte:
Ya te abrazo, el noble feudo
Grata de mi amor admite!
Admitelo, y con tu nombre
Mi nombre orgulloso brille,
Y con tu vida mi vida
Por siempre se identifique:
Que jamas ni fuerza humana
De tí podrá dividirme,
Ni hasta el último suspiro
Cesaré fiel de servirte;
Siendo en él mi anhelo ardiente
Que con gloria inmarcesible
Brilles asi entre los pueblos,
Y el cetro augusta sublimes,
Cual el sol, padre del dia,

Cuando descollando rie
Por oriente, que los astros
Se hunden ante él invisibles.
¡Cuándo... un náufrago en desgracias
Muy mas que en cantar insigne
Asi hablaba con su patria,
Cual si ella cuidase oirle!
De súbito mil recuerdos
El corazon le comprimen,
Su lengua el dolor le anuda,
Sus quejas el llanto impide;
Y á España vueltos los ojos,
¡Ay amada España! dice:
El eco en torno vagando
¡España! ¡España! repite.

ROMANCE XL.

LOS SUSPIROS DE UN PROSCRIPTO.

Era la noche, y la luna
Su carro al cenit subia,
El adormecido mundo
Bañando en su luz benigna.
Todo sin accion callaba:
Su ala apenas fugitiva

Batia el blando favonio
Bullendo en la selva umbría:
O algun ave solitaria
Gritando despavorida,
El imperio de las sombras
Mas melancólico hacia,
Del fúnebre aciago canto
Las cláusulas repetidas
En la voz del eco triste
Por las opuestas colinas:
Cuando un infeliz proscripto,
A quien sus cuidados privan
Del sueño, que á los dichosos
Solo plácido visita,
Sobre una escarpada roca
Que el horizonte domina,
Y libre á los ojos deja
El paso á las dos Castillas,
Pensando en las dulces prendas
De su amor y sus delicias,
Bañado en lágrimas tristes
Asi angustiado decia:
Volad, dolientes suspiros,
Hasta mi esposa querida,
Muy mas que yo afortunados,
Y llevadle el alma mia:

Llevadle de este infelice
Las lágrimas encendidas,
Y la indeleble memoria
De nuestras pasadas dichas.
Id, suspiros, y llevadle
La fe inalterable y fina
De un esposo que la adora,
Y vive porque ella viva.
Id, volad, suspiros mios,
Y á mi idolatrada hija
Llevad el ósculo dulce,
Que un tiempo darle solia.
¡Ay, ya no; que blanco triste
Del encono y la mentira,
Padre infeliz, ver no puedo
Ni sus juegos ni sus risas:
No gozar de su semblante
La sencillez expresiva,
Ni una gracia, un solo halago
De cuantos loco le oia;
Ya si entre amables gorgeos
Tendidas las manecitas
Que en mis brazos la tomase
Solicitaba festiva:
Ya si en mis tiernos cariños
Las bulliciosas pupilas

De sus ojuelos de gloria
Se gozaban en mí fijas:
O si de su hermosa madre
En el seno adormecida,
Aun en su feliz reposo
A nuestro amor sonreia.
¡O Dios! todo ha fenecido:
Todo una estrella maligna,
Todo lo trocó en las furias
Que hoy mi espíritu atosigan:
Que en un horroroso caos
Envolviéndolo me abisman;
Y á mil altas esperanzas
Por siempre el verdor marchitan.
¡Mísero! rotos los lazos
Que con la patria me ligan,
Mi honor y pobre fortuna
A merced de la malicia,
Errante, en suelo extrangero,
En olvido á mi familia,
Y á mis amigos falaces
Ocasion de burla impía,
¿Qué por apurar me queda?
¿Ni en tal colmo de desdichas
Dónde hallar quien de mis hados
Benigno temple las iras?

Solo tú, adorada esposa,
Tú eres solo quien mitiga
Con su constancia mis males,
Y con tu virtud me animas.
Tú en cuya bondad me apoyo;
Que angelical dulcificas
Con tus cartas de mis ansias
El insoportable acíbar.
Asi la infeliz memoria
Clavada en tí noche y dia,
En este abismo espantoso
Puedo soportar la vida.
¡Vida.....! no asi, esposa, llames
La lentitud infinita
Con que sobre mi existencia
Aherrojado el tiempo gira:
Este cavilar eterno,
Este sin hallar salida
Vagar en la incertidumbre
Mas dolorosa y sombria;
Hundiéndose asi los meses,
Siempre en la misma fatiga
De ansiar un fin que no llega,
Y en que el ánimo agoniza.
¡O horror! ¡o ultraje! ¡ó despecho!
Las lágrimas mis mejillas

Cual de dos fuentes inundan,
Y el seno ahogado palpita.
Todo mi ser se estremece,
Y hasta mi existencia misma
Me es en horror al sentirme
Sin mi dulce compañía.
¡Yo no las veré.....! ¡por siempre
Sin su amor y sus caricias,
Hasta que la cruda parca
Mi lazo mortal divida!
Sin tener ¡ó desconsuelo!
Tal vez ni una mano amiga
Que mis apagados ojos
Cierre en mi última agonía:
Ni quien en la humilde tumba
Con entrañas compasivas
Algunas lágrimas vierta,
Y el eterno adios me diga.
Y ellas en su inmenso duelo
Vagarán llorando, heridas
Del grito y los rudos golpes
Que contra mí el odio vibra:
Pobres, míseras, holladas,
Demandando á la codicia
El pan de dolores lleno,
Que la indigencia mendiga.....

¡Ay! guardad, queridas prendas,
Con religion santa y pia
De un padre y un fino esposo
Los ayes que hoy os envia:
Guardad, ídolos del alma,
La que entre ellos confundida
Para vos se exhala ardiente,
Y allá unánimes partidla.
Vendrá un tiempo en que estas ansias,
En vuestra horfandad esquiva
Recuerdos mil renovando,
De consuelo y paz os sirvan,
Cuando yo en eterno sueño
Descanse en la tumba fria,
Do se extinguirán las teas
Que hoy ciego el error agita:
Que alli la envidia no muerde,
El engaño no fascina,
Ni con su tósigo abrasa
La calumnia fementida.
¡Infelices! ¡por qué estrella
Se ve con mi suerte unida
Vuestra suerte, y á los cielos
Un amor tan santo irrita!.
Dichosas sin mí vosotras,
Yo sin las dos me reiria

De cuantos con necio encono
En mi perdicion conspiran.
Los hombres herirme pueden;
Pero mi honor sin mancilla
Brillará como el sol claro
Cuando un instante se eclipsa,
Que luego muy mas lumbroso,
Su frente alzando divina
Las nieblas que le oscurecen
Al abismo precipita.
Vendrá un dia, en que imparciales
La razon y la justicia
Me honrarán cual hoy me infaman
La impostura y la perfidia:
En que los gritos falaces
Con que hoy el vulgo alucinan,
La verdad los enmudezca,
La religion los proscriba,
Adornando el triunfal lauro
La frente que ora abatida
Cual marchita flor, apenas
En su oprobio al cielo mira.
¡Oprobio.....! no amada esposa;
El oprobio es la injusticia:
La virtud es noble y fiera:
El delito solo humilla.

¡Ay! ¡si yo verte alcanzase!
¡Si en mi proscripcion indigna
Me diesen gozar tu lado,
Y el de esa adorable niña!

¡Si yo vuestro llanto triste,
Y el que mis ojos destilan
Enjugáseis vos, en uno
Nuestras lástimas fundidas,

Como tres débiles plantas
Que abrazándose se afirman
De los recios vendavales
Contra las hórridas riñas!

Mi ansiar fuera entonces menos;
Mas lejos de vuestra vista
No hay mal que el alma no tiemble
De cuantos fiel imagina:

Yendo en alas del cuidado
Con incesante corrida,
Donde el amor y el deseo
Su bien y su gloria cifran.

Allí, prendas adoradas,
Os oigo, os hablo, y perdidas
Viéndoos por mí, con vos lloro
En vuestra inmensa ruina.

Apoyadas en mi seno,
En el vuestro se reclina

Mi dolor, en uno unidos,
Cual lo estan las almas mismas:
Y asi vuestros blandos ayes
Mi labio anheloso aspira;
Y vuestro llanto y mi llanto
En uno se identifican.
O bien ya plácido el cielo
Los pesares se me olvidan,
Gozo mis ansias se vuelven,
Mis lágrimas dulce risa:
Soñándome que el encono
Y la calumnia homicida
Deshechos, sus impías tramas
Ya la verdad ilumina.
Y volando á vuestros brazos
En celestial alegría
Me anego yo, entre los mios
Os perdeis en mis caricias:
Y en pos me aclaman los buenos,
Y mis méritos se estiman,
Tierna la patria me abraza,
Y mis amigos me abrigan.....
¡Pero qué míseras quejas,
Qué plegarias doloridas
Mi oreja afligen.....! ¡qué sombras
Llorosas á mí se inclinan!

Desaliñado el cabello
Y las ropas mal ceñidas,
Sin aliento en las tinieblas
Su planta débil vacila.

¡A gemir tornan de nuevo.....!
Mi azorada fantasía
Me finge las formas tristes
De mi esposa y de mi Elisa:

Las formas ¡ah! no las gracias
Que un tiempo me embebecian,
De la madre el gentil talle,
Tu inocencia, infeliz hija.

Ellas son..... ellas son..... ¡cielos!
Ya vuestra piedad benigna
Oyó mis fervientes ansias;
Y mis dolores se alivian.

Venid, venid á mis brazos,
Hija, esposa, fiel amiga;
Llegad, amparo y consuelo,
Y mitad del alma mia.

Ya soy feliz con vosotras;
Abrazadme, y que indivisas
Nuestra vida y nuestra suerte
Una por siempre se digan.

Aquí será nuestra patria:
Lejos aquí de la envidia

Un nuevo Eden plantaremos
Para los tres de delicias:
  Un Eden do inaccesibles
A las viles arterías
De la traicion, al engaño
Que cuando halaga asesina,
  Respiremos ya dichosos,
Y en inefable armonía
La inocencia y paz gocemos,
De que los hombres nos privan.....
  Acercábanse las sombras,
Y él ambas manos tendidas
A abrazarlas cariñoso
Recibiéndolas corria;
  Empero al querer tocarlas,
Horrísono el viento silba,
Las sombras desaparecen,
Y la ilusion se disipa.
  Cayó desmayado: el alba
Sumido en su inmensa cuita
Le halló otro dia, en su llanto
Bañándole enternecida;
  Mas vuelto en sí con sus fuegos,
La vista en el cielo fija,
Y de nuevo ¡ay dulce esposa.....!
¡Ay hija infeliz! suspira.

ROMANCE XLI.

MIS DESENGAÑOS.

Un tiempo en las dulces redes
Del Amor viví cautivo;
Canté alegre su embeleso,
Lloré zelos y desvíos.
Las halagüeñas miradas
De unos ojos que festivos
Cuantos miraban rendian
Con su donaire y su brillo,
A mí ciego me trajeron,
Gozando en ellas los mios
Gloria tal, que aun me enloquece
Cuando á solas la imagino.
Luego un habla y una boca
Tan linda, de tal hechizo,
A tan altos pensamientos
Y un talento tan divino
Se unieron, que cuanto cabe
En delicias y martirios
Sufrir pude desdeñado,
Disfruté favorecido.
Sueño fugaz mis niñeces,

A sus ardientes delirios
La austera razcn opuso
Sus celestiales avisos.

Lloré, y dolime; y ansioso
De otros bienes con altivo
Pensamiento de las ciencias
Sondar osé los abismos.

La augusta filosofia,
Sus tesoros peregrinos
Ostentando ante mis ojos,
Me arrebató embebecido.

Una flor, un vil insecto,
El pintado pajarillo,
La planta, el viento, la lluvia,
Del trueno el ronco ruido,

Cuando espantosa la nube
Desgarrándose, del vivo
Relámpago nos deslumbra
El rápido ardiente giro;

El murmullante arroyuelo,
Que saltando fugitivo
Entre guijuelas y flores,
Va á perderse en el gran rio;

Mientras él sus ricas ondas
Rueda con pasos torcidos,
Regando cien largas vegas

Otro siempre, y siempre el mismo,
Fueron mi incesante estudio:
Vióme entre su horror tranquilo
La noche, me halló la Aurora
Mudo extático en mis libros.
O bien con alas de fuego
Perderme en vuelo atrevido
De la nada y del espacio
Por el inmenso vacío,
Hasta topar con el trono,
Que en las cumbres del Olimpo
Asentó aquel que modera
La eternidad y los siglos.
¿Y con qué fruto? á las gratas
Ilusiones que de niño
Me embriagaban, sucedieron
Mil tétricos desvaríos.
Dudar, cavilar, y nada
De cierto; vago, perdido
De encontradas opiniones
Por un ciego laberinto,
Sin alcanzar quien me diese
De Ariadna el feliz hilo
Para seguirle; ó me alzase,
Natura, tu velo umbrío.
Quise apurar de los seres

Las esencias, el destino
Que á ella señalarles plugo
En este todo infinito:
  De do su hoguera alimenta
El claro sol, qué principio
Concita el plácido viento
En rápidos torbellinos:
  Por qué el inmenso Océano
Va, y huye, y torna impelido
De una ley siempre constante
De la playa á sus dominios.
  Por qué.... vendados los ojos
Corrí, cual errado el tino
Da el viandante en negra noche
De uno en otro precipicio.
  Entonces mi hidalgo seno
La ambicion de mil prestigios
Llenó, arrastróme á la corte,
Y engolfóme en sus peligros.
  ¡Oh qué dias! ¡qué zozobras!
Siempre del ageno arbitrio
Colgado, aherrojado siempre
Cual vil esclavo entre grillos:
  De crímenes rodeado,
Con labio y ceño sombríos
Aunque lo llorase el alma

Implorando su castigo;
Y de ellos y la inocencia
Oyendo el mísero grito,
El crujir de las cadenas,
Y del hambre los suspiros:
Ir, volver, buscando ansioso
La dulce paz, el desvío
De un cargo en que ahogarme tiemblo,
Aun hoy que lejos lo miro.
Llamábame con la aurora
Ya su enojoso ejercicio:
Era la noche, y gemia
Del arduo peso oprimido.
Jamas á las dulces Musas
Debí entonces ni un alivio,
O á la celestial Sofia
Una mirada, un cariño.
¡Horas, que perdidas lloro;
Que á mi espíritu habeis sido
Tósigo y dogal de muerte,
Jamas volvais á afligirlo!
Quien quiera puestos y corte
Por mí los goce: á los tiros
De la envidia oponga el pecho;
Y llore mientras yo rio.
¡Yo reir! no; que si el cielo

Me salvó por un prodigio;
Llevando á seguro puerto
Mi zozobrante barquillo.
No empero fui mas dichoso;
Cuando ¡oh dolor! combatido
De la mas fiera borrasca
Apenas hallé un amigo.
Sufrila callado y solo;
Y en su ominoso conflicto
Llegó el santo desengaño
A alumbrarme aunque tardío.
Un fatal velo á mis ojos
Se descorrió: en mi retiro
Solícito estudié al hombre,
Y lloré habiéndole visto.
Lloré y suspiré aunque en vano
Tras un error, que benigno
Me aduló, sombra engañosa
Que un rayo de luz deshizo.
Sensible, indulgente y bueno,
Juzgándolo por mí mismo,
Lo creyera, y con los tristes
Oficioso y compasivo;
Y no hallé en él sino engaño,
Dureza, odioso egoismo,
En el labio las virtudes,

Y en el corazon los vicios:
  Llorando pérfida hiena,
Para devorar impío
Al infeliz que á acorrerle
Crédulo á sus lloros vino.
  ¡Cuánto he trabajado, cuánto
Por salvarle; y ha gemido
Mi razon siempre ocupada
En dorar sus extravíos!
  ¡Extravíos! aun ahora
Fascinarme solicito,
Y á la luz cierro los ojos,
Y á la verdad el oido.
  ¡Oh verdad, verdad! ¡qué amarga
Me afliges! mi ardiente ahinco
Del bien déjame piadosa,
Gozaré cuanto imagino:
  Déjame idólatra ciego
De este bien, que en sus caminos
Honre al mortal, y lo vea
Cual su Autor formarlo quiso.
  Quien quiera mi engaño ria,
Mientras yo en él embebido
La virtud adoro, y corro
Tras su celestial hechizo.
  Mi ilusion es un consuelo,

El desengaño un martirio:
Mas quiero soñar virtudes,
Que ver y llorar delitos.

Ni busco ni huyo los hombres,
Pero mi trato es conmigo;
Que un Dios y sus pensamientos
Bastan á un arrepentido.

Con ellos solo en los campos
Soy hombre y libre respiro;
Y alzándome á un cielo inmenso,
De otras grandezas me rio.

Tranquilo y en paz con todo,
Ni agenas glorias envidio,
Ni zelos doy con mi suerte,
Ni de ofensa á nadie sirvo.

Trabajo en hacerme bueno;
Busco en ánimo sencillo
La verdad, y para hallarla
Naturaleza es mi libro.

Ella es la regla segura
Que en mi humilde vida sigo;
Y á su voz dócil mis votos
Y necesidades mido.

Sus galas me dan los valles,
El bosque encantados sitios,
Las aves canoro aplauso,

Mi estrecha casilla abrigo.
Asi del ocio y los años
Burlando el cansado hastío,
Olvidado y muerto en este
Un mundo mejor habito.

DOÑA ELVIRA.

ROMANCE I.

No sé qué grave desdicha
Me pronostican los cielos,
Que desplomados parecen
De sus quiciales eternos.
Ensangrentada la luna
No alumbra, amedrenta el suelo,
Si las tinieblas no ahogan
Sus desmayados reflejos.
En guerra horrible combaten
Embravecidos los vientos,
Llenando su agudo silbo
De pavor mi helado seno.
Atruena el hojoso bosque;
Y parece que allá lejos
Llevados sobre las nubes
Gimen mil lúgubres Genios.
Hados, ¿qué quereis decirme?
¿O qué amenaza este estruendo,
Este confuso desorden
Que en naturaleza veo?
Asi hablaba Doña Elvira
Encerrada en su aposento,
Cuando la callada noche

El mundo sepulta en sueño.
Ella vela: sus cuidados
No permiten que un momento
Halle el ansiado reposo,
Cierre sus ojos Morfeo.
Doña Elvira, que viuda
Del Comendador Don Tello,
Señor de Herrera y las Navas,
Castellano de Toledo,
Bajo un sencillo tocado
Cubierto el rubio cabello,
Sin sus oros la garganta,
Y el monjil y saya negros,
En soledad y retiro,
Sumida en dolor inmenso,
Diez años há que le llora
Como le lloró el primero.
En vano el Abril florido,
Lanzando al áspero invierno,
Rie á la tierra, y la alfombra
De galas y verdor nuevos.
En vano el plácido Octubre
Renovando los misterios
De Baco, tras Sirio ardiente
Se ostenta de frutas lleno.
Ella insensible á sus dones

Llora siempre en el silencio
De la noche, cuando al mundo
Alegra lumbroso Febo.

Era Don Tello esforzado;
Tuvo el renombre de bueno,
Murió en la toma de Alhama
De heridas y honor cubierto.

Un hijo solo fue el fruto
De su amor fino y honestó,
Como su padre valiente,
Como Doña Elvira bello:

Que tambien contra los moros
Cual mil famosos guerreros,
Doncel de Isabel la sirve
En el Granadino cerco;

Mientras la penada madre
Entre zozobras y miedos,
Cuanto por su padre un dia
Hoy tiembla por el mancebo:

Si bien gallardo y membrudo,
Cual joven aun poco diestro
En repararse asaltado,
Ni en herir acometiendo.

¿Si será, clamaba Elvira,
Que en su juvenil denuedo
El hijo de mis entrañas

Hoy me las parta de nuevo?
Yo le miro enardecido
Picar al bridon soberbio,
Y el primero en la batalla
Correr al mayor empeño;
Entrarse la lanza en ristre
De los bárbaros en medio,
Por ganar una bandera,
O algun noble prisionero
Que presentar en la corte
De la Reina, como hacerlo
Mi ínclito esposo solia.....
¡Oh dolorosos recuerdos!
¡Madre desolada y triste!
¡Hijo infeliz! ¡cuánto tiemblo
Por tí de Muza los botes,
De Alhiatar el crudo acero!
¡Cuánto que ciego, olvidado
De mi amor y mis consejos,
Con un desastre consumes
Mi viudez y desconsuelo!
¡Ah si de tu ilustre padre
Como tienes el esfuerzo
La prudencia te adornara,
Mis cuidados fueran menos.....!
Guardad, bárbaros; no aleves,

Si estais de sangre sedientos,
Probeis vuestros fuertes brazos
Contra ese pimpollo tierno.
¡Tantos le asaltais, cobardes,
Y seguros de vencerlo
Correis cual hambrientos lobos
A un inocente cordero!
Cual buenos solos buscadle,
Y el brazo y heróico aliento
Vereis en él, del que tanto
Temblábais grande Don Tello.
O mejor con el Maestre,
O con el Córdoba fiero
Mediros, que á todos llama
Su horrible lanza blandiendo.
¡Perdonad mi hijo querido;
Asi hallen siempre los vuestros
Ventura y prez en las lides,
Honras y amor con el pueblo!
¡Hijo amado! ¡qué de angustias
Me cuestas....! En su desvelo
Súbito de la almohada
Alzándose sin sosiego,
Corre al balcon, y escuchando
Exclama..... ¡si el escudero
Vendrá, que partió á informarse

De su salud y sus riesgos!

Traeme fiel las faustas nuevas
Que madre tierna deseo,
Y tendrás un premio digno
De tu lealtad y tu zelo.....

¡Pero qué estrépito se oye!
No hay dudarlo..... pasos siento:
La marcha de algun ginete
Repite sonoro el eco.

¡Cuán silencioso camina!
Percibir apenas puedo
El batir del duro casco
Sobre el pedregoso suelo.

¿Si será que asi á deshoras
Venga alguno de mis deudos
A anunciarme las desdichas,
Que contino estoy temiendo?

¡Madre infeliz! ¡venturosa
La que jamas logró serlo!
No cual yo que al cielo airado
Ablandé con votos necios.

Ella no verá sus hijos
Atravesados los pechos
De mora lanza, y segados
En su flor cual débil heno.

No en las andas funerales

Extendidos, ni cubierto
De negros paños, y en torno
Los militares trofeos,
Verá su féretro alzarse,
Y en un silencioso duelo
A cien caballeros nobles
De sus armas compañeros.
No llorará como lloro,
Ni tendrá en un hilo puesto
Su vivir, temblando siempre
¡Mísera! un desastre nuevo.
¡Cavilaciones tardías.....!
¿Por qué, por qué su ardor ciego
No contrasté cuando pude?
¿Por qué me doblé á sus ruegos?
¿Por qué le dejé á las lides
Partir tan niño? ¿mi seno
Desnudo, mis tristes lloros
No pudieran detenerlo?
Sobre el umbral de rodillas
Una madre..... lejos, lejos
Mengua tal, oprobio tanto
De una Guzman y Pacheco:
Lejos de la sangre clara,
Que al moro el puñal sangriento
Tiró contra el hijo amado

De Tarifa en el asedio.
¡Cuál se hablaria en la corte
De Isabel! ¡y qué denuestos
Los ricoshombres no harian
Al hijo y la madre á un tiempo!
¡Honor, honor castellano!
¡Inclito esposo, modelo
De valor y altas virtudes
A cristianos caballeros!
Ve desde el cielo á tu hijo,
Que tras tu glorioso ejemplo
Madre infeliz, viuda triste
Víctima á la patria ofrezco.
Tiéndele los nobles brazos,
Seguro que por sus hechos
No mancillará las glorias
De sus heróicos abuelos.
Tiéndelos, amado esposo,
Unelo á tí en nudo estrecho,
Parte con él tus laureles,
Y goza lo que yo pierdo.
Súbito un ave nocturna
Lanzando un grito funesto
Se oyó, y batiendo las alas
Voló en ominoso agüero:
Y una gigantesca sombra

Cual un pavoroso espectro
Cruzó delante sus ojos,
De horror y lágrimas llenos.
Elvira, la triste Elvira
Aterrada y sin aliento
Cayó sobre su almohada,
Gritando: yo desfallezco.

ROMANCE II.

Yace la infeliz Elvira
Tan abismada en su estrado,
Que ni aun aliento le queda
Para clamar por amparo:
Despavoridos los ojos
En el balcon, y temblando
Que el ave el grito repita,
De sus desdichas presagio.
Procura alzarse, y no puede;
Tienta gritar, y es en vano,
Que la congoja y el miedo
Le ligan fuerzas y labio.
Asi la encontró la aurora
Anegada en lloro amargo,
Cuando ella flores y perlas
Derrama de su regazo.

Zaida su esclava querida
En angustia y duelo tanto
Fue de todas sus doncellas
La sola que hallo á su lado:

Zaida, que aun niña en la corte
Que baña el Genil y el Darro,
Con su virginal belleza
Hizo á mil libres esclavos:

La que en su donaire y gracias
De la Alhambra en los saraos
Despertó tantas envidias
Como dió vueltas danzando.

Abencerrage y Vanegas,
Nombres cuyo lustre raro
Al sol empaña, y columnas
Son del pueblo y del Estado,

Cautiva la hizo Don Tello,
Y Elvira en felice cambio
Por endulzar su desgracia
Le dió de amiga la mano.

Esta, que al alba antecede,
Para sentir sus agravios,
Que nada en cautivos nobles
Es poderoso á olvidarlos:

Si ya en secreto no llora,
El tierno pecho llagado

De abrasado amor, al mismo
Que la madre está llorando.
Desvelada la echó menos,
Y solícita en su hallazgo
Topóla en su estancia triste,
Vuelta apenas del desmayo.
¿Qué teneis, señora mia?
¿Por qué en lágrimas bañados
No me miran vuestros ojos
Cuando cariñosa os hablo?
¿Qué teneis? clamaba Zaida:
¿Qué suspiros tan ahincados
Son esos, y esos gemidos
Con que pareceis ahogaros?
¿Por qué conmovido el pecho
Os bate asi? ¿por qué helado
Lo siento, y vos tan parada
Que me semejais de mármol?
Alzad, señora, del suelo,
Y en mi seno reclinaos;
Que ni él será, ni mi vida
De vuestro amor digno pago.
Dejad las ansias y duelos
A esta infeliz, que sus hados
A eterno dolor condenan
En su verdor mas lozano.

Pero vos, dulce senora,
Entre honores y regalos,
¿Por qué ese horror en el rostro,
Y esa zozobra y espanto?
Elvira á la voz de Zaida
Abrió como despertando
Sus ojos, que otra vez miran
Hácia el balcon azorados;
Y viendo que Zaida llora,
Torna al dolorido llanto:
Y ¡ay madre desventurada!
Clamaba de cuando en cuando.
¡Ave enemiga y funesta!
¡Sombra fatal.....! ¡cielo santo,
Herid, herid á la madre,
Y perdonad mi hijo amado!
Sus doncellas y sus dueñas
Alborotanse entre tanto,
Y despavoridas corren
Por su senora clamando.
Llegan, y al verla cual yace
Como el lirio de los prados,
Que ajo el áspero granizo
Roto su frondoso tallo:
Atonitas la contemplan,
Y sin osar demandarlo,

No temen ya, cierto miran
Algun lamentable caso.
Todas suspiran cual ella,
Vénla llorar, y anegado
Su rostro en lágrimas tristes,
Conmueven todo el palacio.
Asi estaba entre zozobras
Aquel afligido bando
De palomas inocentes
En ansias y sobresaltos,
Cuando á mas amedrentarlas
Un ruido de caballos
Se oyó; y en la sala vieron
Al escudero y Don Sancho.
Don Sancho, padre de Elvira,
El mas respetable anciano
De cuantos de Calatrava
Visten el glorioso manto:
Terror un tiempo del moro:
Lleno de méritos y años,
Y en su encomienda y retiro
Hoy de míseros amparo.
Llegó el noble caballero
Silencioso y mesurado,
Del escudero asistido
En sus vacilantes pasos;

Grave y plácido el semblante,
Serenidad afectando,
Pero en el suelo los ojos
Y de lágrimas preñados.
Elvira al ver á su padre,
¡Mi gozo, exclamó, el encanto
De mi vida finó! ¡ay triste!
De Santafé en el rebato.....
Quiso proseguir, y un nudo
El dolor echó á su labio;
Y en los brazos de su Zaida
Volvió á tomarla el desmayo.
El noble anciano en su apoyo
Tendió los trémulos brazos:
Con sus ruegos la conforta:
Regálanla sus cuidados.
Y Zaida cuasi sin vida,
Trémula toda, y ahogado
El pecho en ansias mortales
La está infeliz sustentando:
Mientras las fieles doncellas
En duelo y horror tamaño,
A los pies de su señora
Se precipitan gritando:
¡Ay desventurada Elvira!
¡Ay malogrado Fernando!

¡Ay! ¡ay Fernando! retumban
Los artesones dorados.

Volvió en fin Elvira triste
De su profundo letargo;
Y ¡ay padre, otra vez exclama,
Ya acabó mi hijo adorado!

¡Su sombra, su infausta sombra,
Y de un ave el grito aciago
Nuncios á esta infeliz fueran
De tan pavoroso estrago!

¿Qué es esto, Elvira querida?
¿Qué es esto, señora? ¿cuándo
Ni la constancia en tu pecho,
Ni la religion faltaron?

¿Cuándo, cuándo esperé verte,
Cual hoy sin mesura te hallo,
Sin escuchar mis avisos,
Ni hacer de mis ruegos caso?

Niña perdiste á Don Tello,
Y fue inmenso tu quebranto;
Pero jamas, hija mia,
Te abatieras á este grado.

Si murió..... á esta voz terrible
A Zaida se le nublaron
Los ojos, y un grito agudo
Su amor lanzó involuntario.

Si murió Don Sancho, sigue
Con tono grave y posado,
En el cielo está, señora,
Su buen padre acompañando:
   Mártir ilustre y dichoso,
De glorias brilla colmado.
¡Diérame esta suerte el cielo
Por premio de mis trabajos!
   Pagó esforzado á la patria
La deuda que un pecho hidalgo
Desde que nace le debe,
Que sus mayores pagaron.
   Sintió de su heróica sangre
El noble ardor, y emulando
De sus ínclitos abuelos
Los fechos mas señalados,
   En su juventud florida
Sus sienes ornó del lauro
Que tantos años y lides
Costáran á Tello y Sancho.
   Su noble tio el Maestre,
De haberle por deudo ufano,
La roja cruz y la espada
Le ciñó de Santiago.
   Isabel su fin glorioso
Honró con su regio llanto,

Si antes sus altas proezas
Celebraba con aplauso.

¡Y tú lloras sin consuelo!
¡Tú lloras, porqué bizarro
Siguió á tu Tello, que siempre
Le ofrecimos por dechado!

No fue asi Doña María,
Émula y muger del bravo
Guzman el Bueno, y hoy honra
De nuestro linage claro.

Si cobarde y vil se hubiese
De su batalla fugado,
Entonces sí, hija querida,
Que debiéramos llorarlo.

Entonces sí que el encuentro
De los buenos esquivando,
Andar debiéramos siempre
El rostro en tierra inclinado.

Hoy no, que en las lenguas suena
De todos; que fiel retrato
De sus mayores, cual ellos
Del honor murió en el campo.

Oye á tu fiel escudero;
Y verás como envidiado,
No plañido sernos debe
De su sol el noble ocaso.

¡Hija adorada y llorosa!
Ya basta del libre vado
Que á tus sentimientos dieras,
Y es del honor moderarlos.
Cesen pues los ayes tristes,
Y ese tu gemir insano;
Ni mas me aflijas, de un padre
Las súplicas desdeñando.
Elvira á este dulce nombre
Dió á su ahogo un breve plazo;
Y apoyándose en su Zaida
Fue humilde á besar su mano.
Solícito alzóla el viejo
Con un amoroso abrazo:
Todos en silencio triste
Al escudero escuchando [1].

[1] El autor habia continuado este suceso en otro romance, que se extravió despues de su fallecimiento.

SONETOS.

AL Sr. D. GASPAR DE JOVELLANOS,

DEL CONSEJO DE S. M., OIDOR EN LA REAL AUDIENCIA DE SEVILLA [1].

Las blandas quejas de mi dulce lira,
Mil lágrimas, suspiros y dolores
Me agrada renovar, pues sus rigores
Piadoso el cielo por mi bien retira.
El dichoso zagal que tierno admira
Su linda zagaleja entre las flores,
Y de su llama goza y sus favores,
Alegre cante lo que Amor le inspira.
Yo lloré solo de mi Fili airada
El altivo desden con triste canto,
Que el eco lleve al mayoral Jovino:
Alternando con cítara dorada,
Ya en blando verso, ó dolorido llanto,
Las dulces ansias de un amor divino.

1 El autor dedicó estos sonetos á su amigo el año de 1776, á excepcion de cinco añadidos en esta edicion.

SONETO I.

EL DESPECHO.

Los ojos tristes, de llorar cansados,
Alzando al cielo su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro,
Que el grave peso no los sufre alzados:
 Mil dolorosos ayes desdeñados
Son ¡ay! tras esto de la luz que adoro;
Y ni me alivia el dia, ni mejoro
Con la callada noche mis cuidados:
 Huyo á la soledad, y va conmigo
Oculto el mal, y nada me recrea:
En la ciudad en lágrimas me anego:
 Aborrezco mi ser; y aunque maldigo
La vida, temo que la muerte aun sea
Remedio débil para tanto fuego.

SONETO II.

EL PRONOSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura
Há el cielo á tus ojuelos trasladado,

Y ornó de oro el cabello ensortijado,
Y dió á tu frente gracia y hermosura.
  Esa rosada boca con ternura
Suspirará: tu seno regalado
De blando fuego bullirá agitado;
Y el rostro volverás con mas dulzura.
  Tirsi, el felice Tirsi tus favores
Cogerá, altiva Clori, su deseo
Coronando en el tálamo dichoso:
  Los Cupidillos verterán mil flores,
Llamando en süaves himnos á Himeneo;
Y Amor su beso le dará gozoso.

SONETO III.

EL PENSAMIENTO.

Cual suele abeja inquieta revolando
Por florido pensil entre mil rosas,
Hasta venir á hallar las mas hermosas,
Andar con dulce trompa susurrando;
  Mas luego que las ve, con vuelo blando
Baja, y bate las alas vagarosas,
Y en medio de sus hojas olorosas
El delicado aroma está gozando:
  Asi, mi bien, el pensamiento mio

Con dichosa zozobra por hallarte
Vagaba de amor libre por el suelo;
Pero te ví, rendime, y mi albedrío
Abrasado en tu luz goza al mirarte
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV.

LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el Amor que el corazon helado
De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;
Mas dió al punto á sus pies mil partes hecha
Contra su seno de pudor murado.
Solicítala en oro trasformado,
Y al vil metal con altivez desecha:
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.
Válese al fin de Tirsi que la adora:
Llama al tierno Himeneo, y oficioso
De la mano la arrastra al nupcial lecho.
Victoria canta el diós: de la pastora
Cesa el desden, y en llanto delicioso
Cual nieve al sol se le derrite el pecho.

SONETO V.

LA PALOMA.

Suelta mi palomita pequeñuela,
Y déjamela libre, ladron fiero:
Suéltamela, pues ves cuanto la quiero;
Y mi dolor con ella se consuela.
  Tú allá me la entretienes con cautela:
Dos noches no ha venido aunque la espero.
¡Ay! si esta se detiene, cierto muero:
Suéltala, ¡ó crudo! y tú verás cual vuela.
  Si señas quieres, el color de nieve,
Manchadas las alitas, amorosa
La vista, y el arrullo soberano,
  Lumbroso el cuello, y el piquito breve...
Mas suéltala, y verásla bulliciosa
Cual viene y pica de mi palma el grano.

SONETO VI.

LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

Ora pienso yo ver á mi señora
De donosa aldeana, y que el cabello

Libre le vaga por el albo cuello,
Cantando alegre al despertar la Aurora:
Ya en pellico y cayada de pastora
Los corderillos guia, y suelta al vello
Por el prado brincar, corre en pos de ellos;
Ya en ocio blando en la cabaña mora.
Tierna ora rie, y va cogiendo flores:
A caza ora tras ella el monte sigo;
Y bailar en la fiesta ora la veo.
Así ausente me alivio en mis dolores;
Y aunque sueño de amor es cuanto digo,
El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII.

EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

Huyes, Cínaris bella y desdeñosa,
De mil dulces palabras olvidada,
Ni vuelves hácia mí la faz rosada,
Ni mi voz oyes por correr furiosa.
¡Ah! tente, tente á mi dolor piadosa;
Tente, y yo callaré. no tu nevada
Planta la selva hiera enmarañada,
Cual la de Vénus cuando erró llorosa.
Ni aun respirar ya puedes de rendida.

Vuelve... ay! ay! vuelve... mas ¡dolor agudo!
Que por mejor correr suelta el cayado.
Vuelve... dijo Damon; pero no oida
De la ingrata su voz, seguir no pudo
En encendidas lágrimas bañado.

SONETO VIII.

EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡Oh si el dolor que siento se acabara,
Y el bien que tanto anhelo se cumpliese!
¡Cómo por desdichado que ora fuese
La mas alta ventura no envidiara!
Con la esperanza sola me aliviara;
Y por mucho que en tanto padeciese,
El gozo de que el mal su fin tuviese
Lo amargo de la pena al fin templara.
Por un instante de placer que hubiera
Con júbilo mis ansias sufriria;
Ni en su eterno durar desfalleciera.
Pero si es tal la desventura mia,
Que huyendo el bien, el daño persevera,
¡Qué aguardar puedo en mi letal porfia!

SONETO IX.

EL PROPOSITO INUTIL.

Tiempo, adorada, fue cuando abrasado
Al fuego de tus lumbres celestiales
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado.
¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales;
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!
Pasó aquel tiempo; mas la viva llama
De mi fiel pecho inextinguible dura:
Y hablar no puedo, aunque morir me veo.
Huyo; y muy mas mi corazon se inflama:
Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre á la razon vence el deseo.

SONETO X.

LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla: del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura:

Apenado á tí corre; su ternura
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.
De rosa en la coyunda el cuello hermoso
Pon al yugo feliz: la copa apura
Que Amor te brinda; y de triunfar segura
Entra en lides süaves con tu esposo.
¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardores,
En rubor virginal la faz teñida!
Mas Vénus... Vénus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Filis coge, y la esquivez olvida.

SONETO XI.

LAS ARMAS DEL AMOR.

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme,
De tus lindos ojuelos para herirme
Las flechas y la llama abrasadora.
Tu dulce boca, que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme:
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.
Tu voz süave, tu desden fingido

Y el albo seno do el placer se anida
Pábulo añaden al ardor primero.
Amor con tales armas me ha rendido:
¡Ay armas celestiales! ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII.

LA HUMILDE RECONVENCION.

Dame, traidor Aminta, y jamas sea
Tu cándida Amarili desdeñosa,
La guirnalda de flores olorosa
Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.
Ay! dámela, cruel; y si aun desea
Tomar venganza tu pasion zelosa,
He aqui de mi manada una amorosa
Cordera; en torno fenecer la vea.
Ay! dámela, no tardes, que el precioso
Cabello ornó de la pastora mia,
Muy mas que el oro del Ofir luciente,
Cuando cantando en ademan gracioso
Y halagüeño mirar mereçí un dia
Ceñir con ella su serena frente.

SONETO XIII.

LA RESIGNACION AMOROSA.

¿Qué quieres, crudo Amor? deja al cansado
Ánimo respirar solo un momento:
Baste el veneno en que abrasarme siento
Y el dardo agudo al corazon clavado.
Ni duermo, ni reposo; y de mi lado
Cual sombra huye el placer: ah! ¡qué lamento
Suena en mi triste oido! de tormento
Basta, Amor, basta, pues de mí has triunfado.
Le ruego asi; y á mi dolor movido
Él me muestra la lumbre por que muero,
Puro rayo de angélica hermosura:
Yo me postro á adorarla, y encendido
En fuego celestial penar mas quiero;
Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV.

EL RUEGO ENCARECIDO.

Deja ya la cabaña, mi pastora,
Déjala, mi regalo y gloria mia:

Ven, que ya en el oriente raya el dia,
Y el sol las cumbres de los montes dora.
  Ven, y al humilde pecho que te adora
Torna con tu presencia la alegría.
Ay! que tardas, y el alma desconfia:
Ay! ven, y alivia mi penar, señora.
  Tejida una guirnalda de mil flores
Y una fragante delicada rosa
Te tengo, Filis, ya para en llegando.
  Darételas cantando mil amores,
Darételas, mi bien, y tú amorosa
Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV.

LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora
En muda soledad tu malhadado
Nombre ¡ay Fili! repito, afortunado
Decirte osé: mi corazon te adora.
  Junto á este arroyo que tu muerte llora
Te hallé cogiendo flores; y turbado
La guirnalda nupcial en tu dorado
Cabello puse, y te juré señora.
  Alli nos reveló sus deliciosos

Misterios la alma Vénus, la sagrada
Tea encendiendo plácido Himenéo.
Ay! ¡dejadme, recuerdos dolorosos!
Mi Fili al claro olimpo fue robada;
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI.

LA FUGA INUTIL.

Tímido corzo, de crüel acero
El regalado pecho traspasado,
Ya el seno de la yerba emponzoñado,
Por demas huye del veloz montero:
En vano busca el agua, y el ligero
Cuerpo revuelve hácia el doliente lado:
Cayó y se agita, y lanza congojado
La vida en un bramido lastimero.
Asi la flecha al corazon clavada
Huyó en vano la muerte, revolviendo
El ánima á mil partes dolorida:
Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazon cubriendo,
Y el fin se llega de mi triste vida.

ONETO XVII.

EN UNAS BODAS.

He aqui el lecho nupcial, ¿tiemblas, amada,
Y para tí le ornó de gozo llena
Tu tierna madre? el corazon serena,
Y de santo pudor sube á él velada.
Tambien yo como tú temí engañada
Doblar el cuello á la feliz cadena;
Cedí, y dichosa fui: tu esposo pena,
Llega, y colma su suerte afortunada.
Veo asomar al Himeneo santo:
Que fausta ya Fecundidad te mira;
Y en maternal amor arder tu pecho.
Llega..... la vírgen entre risa y llanto
Ansia y teme: la madre se retira;
Y corre Honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII.

EL REMORDIMIENTO.

Perdona, bella Cintia, al pecho mio
Si evita cauto tu adorable llama;

Que Fili solo su fineza inflama,
Y él la idolatra aun en el mármol frio.
Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:
¿Así, me dice, ¡ó pérfido! se ama?
Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!
Vuélveme á mi inocencia y á mi pura
Candidez virginal: tú de mi pecho
¡Aleve! aleve! has la virtud lanzado.
Vuélveme á mi virtud.... Su sombra oscura
Me sigue asi; y en lágrimas deshecho
Me hallo en el duro suelo desmayado.

SONETO XIX.

AL Excmo. Sr. D. EUGENIO DE LLAGUNO, HABIENDOLE NOMBRADO EL REY CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE CARLOS III.

Alivia el peso, soberana Astrea;
Déjame un hora de feliz reposo:
El crudo afan de tu servicio honroso
Ceda una vez á mas feliz tarea.
Santa amistad en celebrar se emplea
Del claro Elpino el galardon glorioso,
Merced justa de un Rey que poderoso

Su mérito y saber honrar desea.

Vosotras, Musas, si á mi ruego un dia
Cedisteis gratas, y mi tierno acento
Oyó afable por vos mi dulce Elpino;

Prestas volad, decidle mi alegría,
Del pueblo hispano el general contento,
De la virtud el júbilo divino.

ELEGÍAS.

ELEGIA I.

EN UN EMPEÑO TEMERARIO.

Amor, desdenes, ira, y todo junto
El poder de la envidia y de los zelos,
Se han unido en mi daño á un solo punto.
La medrosa inquietud con mil desvelos
Cubre mi infeliz pecho de amargura:
Doy lástima á la tierra y á los cielos.
Yo vi en mi daño una doncella pura,
Término de beldad, y con mil dones
Que exceden toda humana criatura.
Sus ojos son de fuego: sus razones
Hacen al que las oye temblar luego;
Y encanta en su saber los corazones.
Yo la miré, y temí, y un blando fuego
Sentí que por mis venas discurria:
Y á todo lo demas halléme ciego.
Volvióseme tristeza la alegría,
La paz del corazon tormenta brava,
Y oscuridad infausta el albo dia.
Nunca empero del daño me apartaba;
Mas antes vanamente confiado
Del puerto al ancho mar me abandonaba.

Ni de nubes el cielo encapotado,
Ni de las roncas olas el bramido,
Ni el aquilon por ellas despeñado,
Ni la negra tiniebla, ni el gemido
De los que anega el mar, ni de mi leño
El crujir, ni el camino no sabido,
Bastaron á apartarme del empeño,
Ni á volverme al lugar do me alejaba,
Que Amor me arrebataba á mi despeño.
La orilla con los huesos blanqueaba
De muchos que perdieron ya la vida;
Y otros el viento por la mar llevaba:
Yo alegre en tanto en rápida corrida
Las olas iba de la mar cortando,
De la mar en mi daño embravecida;
Y en necio error en el Amor fiando
Que calmase aguardaba la tormenta,
Asi á solas conmigo razonando:
¡O flaco corazon! ¿qué te amedrenta?
¿Qué rezelas cobarde, ó qué te espanta
Si un dios tu vela y tu esperanza alienta?
¿Pretendes por ventura gloria tanta
Sin peligro alcanzar? ay! que la gloria
Es solo del que al riesgo se adelanta,
Y aquel solo es el digno de memoria
Que trepa á la dificil aspereza

Do eterna hará la fama su victoria.
¿No ves, no ves, cuitado, tu bajeza?
Pues alza ya los ojos á la cumbre
De aquella sobrehumana gentileza.
¡O beldad celestial! ó gloria! ó lumbre!
¡O angélico semblante! eterno dia!
Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbre.
Tú mi norte serás, serás mi guia,
Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa:
Tuya es mi libertad y el alma mia.
A tí corre mi nave presurosa,
Tú la encamina al puerto deseado;
Y á mí vuelve los ojos amorosa.
Tal la ruego, y al mar abandonado
Parécenme sus olas mas serenas,
Y dolido el Amor de mi cuidado.
Asi el veneno corre por las venas;
Y en un ardor dulcísimo me abraso,
Que revuelve en su llama amargas penas.
¿Diré ¡cuitado! lo que entonces paso?
¿Ni el infierno y la gloria que en mí siento?
Aun con cien lenguas me quedara escaso.
Cual Tántalo entre el agua estoy sediento:
En el medio del fuego estoy helado;
Y á un tiempo alegre rio y me lamento.
Estoy contra mí propio conjurado;

Y quiero y aborrezco en solo un punto;
Y vivo y muero en tan fatal cuidado.
  Siento placer y pena todo junto;
A mi adorada busco; y si la veo
Me quedo en mi dolor como difunto.
  ¡Gloria inmortal del fortunado empleo
Que en ciego afan codicia mi ternura!
¡Oh cuál en tí me aflijo y me recreo!
  ¿Quién digno se hallará de tal ventura?
¿A quién, divino Amor, á quién espera
El premio de su angélica hermosura?
  ¡Oh si ganarle yo posible fuera!
Suerte mayor no anhela mi deseo;
Y despues, si asi place, al punto muera.
  Mas ¡mísero de mí! que devaneo,
Y alcanzarla presumo locamente;
Ay! y su altura y mi humildad no veo.
  Cual fábula seré de gente en gente;
Y el nombre infausto quedará en el mundo
De mi temeridad y amor ardiente.
  ¡Ciego, dañoso error! ¿en qué me fundo,
Que á la altísima cumbre de su gloria
Asi aspiro á subir desde el profundo?
  ¡Oh caso digno de fatal memoria!
Yo lo alcanzo, señora, lastimado;
Pero Amor lleva siempre la victoria.

Yo sé que cual gigante despeñado
Seré al fin, ó cual Icaro atrevido
En medio el hondo mar precipitado.
Sé que el ciego me arrastra embebecido
Donde pueda acabarme: sé mi engaño,
Y cuan alto mi error haya crecido.
Y el orígen fatal de tanto daño
Sé para mas dolor; y sé la llama
Donde ardí incauto para mal tamaño.
Y sé como el tirano á sí me llama;
Y á mi rota barquilla en nada ayuda
Contra el ventoso mar que hinchado brama.
Todo lo sé, señora; mas no muda
Su voto Amor, ni yo tornar pudiera,
Pues ya aun me veda que al remedio acuda.
¿Y qué gloria mayor, puesto que muera,
Que fenecer por vos? ¿quién lo alcanzára?
¡Ay si el crudo me oyese, y luego fuera!
Mi fatal caso al menos lastimára
Un pecho en su crudeza empedernido;
Y aun piadoso quizá mi fin llorára.
Con esto del camino no sabido
Pisara yo la senda confiado;
Y ni sombra temiera, ni alarido.
Mas ¡ay mísero! ay triste! que el airado
Mar se embravece, y amenaza al suelo;

Y á su furia el Amor me ha abandonado.
  Los vientos silban, se oscurece el cielo,
Cruje frágil el leño; y donde miro
Encuentro de la noche el negro velo.
  Me quejo, gimo y por demas suspiro:
La muerte á todos lados me saltea;
Y mi barca infeliz perdió ya el giro.
  Tal merece quien tanto devanea,
Y á imposibles osado se aventura:
Si por su daño alguno los desea,
Sírvale de escarmiento mi locura.

ELEGIA II.

EN LA MUERTE DE FILIS.

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y al labio salga en dolorido acento
La aguda pena en que morir porfío.
  Con lastimeros ayes gima el viento;
Y entre suspiros y mortal quebranto
La falta de la voz supla el lamento;
  Ciegos los ojos con su amargo llanto,
Lejos de la alma luz, siempre en oscura
Noche fenezcan en desastre tanto.
  Truéqueseme la dicha en desventura,
Ni jamas bien alguno esperar pueda,

Pues me robó la muerte mi luz pura.
¡Filis! amada Filis! ay! ¿qué queda
Ya á mi dolor? ¿faltaste, mi señora?
¡Cómo la voz el sentimiento veda!
Allá volaste al cielo á ser aurora,
Dejando en llanto y sempiterno olvido
Esta alma triste que tu ausencia llora.
Qué! ¿ni mi dulce amor te ha detenido?
¿Ni la amarga horfandad en que me dejas?
¿Tan mal, querida Fili, te he servido?
¿Asi de este infeliz, asi te alejas?
Vuelve, adorada, vuelve á consolarme;
No mas desdenes mis dolientes quejas.
Pero tú no pudiste abandonarme:
El golpe de la muerte, el golpe fiero
Solo dé tí, mi bien, logró apartarme.
¡Oh muerte! muerte! ¡oh golpe lastimero!
Ay! ¿sabes, despiadada, lo que hiciste.....?
De todos tus delitos el postrero.
¿A quién con mano bárbara rompiste
El feliz hilo de la tierna vida,
Y en el sepulcro despiadada hundiste?
¡A Filis! á mi Filis! ¡mi querida,
Mi inocente zagala! Su ternura
¿En qué ofenderte pudo, fementida?
¿No te movió su angélica hermosura

A que no mancillases insolente
Tan delicada flor en su alba pura?
  Jamas yo te creí tan inclemente;
Mas este golpe, golpe lamentable,
¡Oh cuán á costa mia me desmiente!
  ¡O dura mano! ¡ó bárbara, implacable!
¿A quién, clamo sin fin, tu saña fiera
Hirió con su guadaña abominable?
  ¡Á Filis! á mi Filis.....! ¡y esto espera
A inocencia y amor, mientras riendo
Eterno un siglo la maldad prospera!
  Huye, inhumana, al Tártaro tremendo;
Y en sus abismos húndete entre horrores,
Húndete, ó monstruo, tus hazañas viendo....
  Deliro en mi pasion; y mis dolores
Crecen, inmensos como el mar: ¡cuitado!
¿Qué he de hacer sin mi bien, sin mis amores?
  ¡Que ya no gozaré su alegre lado!
¡Ni oiré mas sus suavísimas razones!
¡Ni he de ver de su rostro el tierno agrado!
  ¡Sus ojuelos, iman de corazones,
Aquellos ojos cuya lumbre clara
Tras sí arrastraron tantas atenciones!
  ¡Y aquel cuello, aquel talle, aquella rara
Gracia que en noche eterna se oscurece!
¡Ay muerte dura, de mi bien avara!

Lloro, y llorando mi tormento crece;
¡Pero qué mucho! si en mi acerba pena
Todo el orbe dolido se enternece:
Con horrísono silbo el aire suena,
Ni el agua corre ya como solia,
Ni la tierra es fructífera ni amena:
Ni arrebolado asoma el albo dia,
Ni en la cima es del cielo el sol fulgente,
Ni la luna en la noche húmida y fria.
El Tórmes el raudal de su corriente
Detiene por seguir mi amargo llanto,
De ciprés coronada la ancha frente:
Con lúgubre aparato y triste canto
De sus Ninfas el coro le rodea:
¡Ay cuál doblan sus voces mi quebranto!
No ya el nácar sus cuellos hermosea,
Ni sembrado de perlas y corales
Su cabello en los hombros libre ondea.
Mustio taray y tocas funerales
Hoy visten todas por la Filis mia,
De su agudo pesar ciertas señales.
¡O cuál con ellas yo la vi algun dia
Del seco Agosto en la enojosa llama
Triscar alegre en la corriente fria!
Hoy en llanto su pecho se derrama;
Y con doliente lúgubre alarido

Cual si la oyese cada cual la llama.

El raudo Tórmes con mortal quejido
Tambien las acompaña; y su lamento
Merece de Neptuno ser oido.

Neptuno, el que del húmido elemento
Modera la soberbia impetüosa,
Ocupando entre dioses alto asiento:

El que con voz y diestra poderosa,
Con su tridente en carro de corales
Alza ó calma su furia sonorosa;

Retrajo el curso á repetir mis males,
Y en ronco son los hórridos Tritones
Dieron de su dolor ciertas señales.

Del húmido palacio los salones
Retumbaron con fúnebres gemidos,
Y temblaron columnas y artesones.

Las focas y delfines doloridos
En rumbo incierto tras su dios vagaban
De tan nuevos prodigios aturdidos:

Y como que asombrados preguntaban,
¿Qué horror es este y doloroso estruendo?
Y los míseros llantos remedaban,

Las colas escamosas revolviendo,
Y en las cerúleas ondas excitando
Desapacible son, ronco y horrendo.

Por las vecinas playas lamentando

Sonaban de otra parte los zagales
En tristes coros el desastre infando.
  Mas ay! ay! que sus cantos á mis males
En nada alivio dan; mas antes crecen
En mis ojos dos fuentes inmortales.
  Que si ya, gloria mia, no merecen
Estar colgados de tu faz süave,
Mejor en ciego llanto asi fenecen.
  ¡Oh dolor sobre todos el mas grave!
¡Oh sombra! oh fugaz bien! incierta vida!
Quien en tí se confia poco sabe:
  Apenas apareces ya eres ida,
Dejando la esperanza en tí fundada
Cual mustia flor del vástago partida.
  ¿Quién pudiera decirme que mi amada,
Mi tierna palomita, de repente
Asi del seno me seria robada,
  Cuando á aguardarla fui junto á la fuente
La tarde antes del aciago dia
En la márgen del Tórmes trasparente?
  ¡Cómo me recibió! ¡con qué alegría
De mí burlando mi temor culpaba,
Y fiel su eterna llama me ofrecia!
  ¡Con qué halagüeños ojos me miraba!
¡Y con cuántos dulcísimos favores
Mis dudas, mis zozobras alentaba!

¡O mi acabado bien! ó mis amores!
¿Quién entonces creyera tal fracaso,
Ni tras ventura tal estos dolores?
Riéndote la vida al primer paso,
¿Quién rezelara que su luz temprana
Corriera asi tan súbito á su ocaso?
Contino, Filis, de mis ojos mana
Un mar de ardiente lloro, ¡ay sin ventura!
Aciago fruto en mi esperanza vana.
Tu eterna ausencia mi dolor apura;
Y el no haberla ¡ay de mí! jamas pensado
Dobla al mísero pecho la amargura.
Bien debí, puesto que me vi encumbrado
A lo sumo del bien que en hombre cabe,
Temblar el triste fin en que he parado.
¿Pero quién con amor temerlo sabe?
¿Ni entonces hace del agüero cuenta?
¿Ni del buho que suena aciago y grave?
En vano desde el roble en que se asienta
Anuncia la corneja el caso triste,
Que á un pecho con pasion nada amedrenta.
Tú ¡Batilo infeliz! volar la viste
La noche en que enfermó tu Fili amada,
Y su fúnebre voz seguro oiste.
Acuérdome tambien que á la alborada,
Dejando ya paciendo mi ganado,

A hablarla fuera en su feliz majada;
Y vi un lobo feroz haber robado
Una mansa cordera, blanca y bella,
Que devoraba sobre el fresco prado.
Corrí compadecido á socorrella;
Y súbito... á mis ojos... ¡qué portento!
En humo denso se me huyo con ella.
Yo hasta aquel punto de temor exento,
Del espantable caso sorprendido
Caí sobre la yerba sin aliento.
¡O qué de tiempo estuve alli tendido!
Y cuando ya en mi acuerdo hube tornado.
Ay! á llorar en tanto mal sumido,
Sin poder proseguir lo comenzado,
Y atónito de ver prodigios tales,
Volví lleno de horror á mi ganado.
Alli luego encontré nuevas señales
Que algun terrible caso me anunciaban,
Agüeros ciertos de mis crudos males.
Mis mansas ovejillas se espantaban,
Y cual si las siguiera un lobo fiero,
Girando en torno del redil balaban.
A un lado oí quejido lastimero:
A examinarlo corro... y de repente....
¿Callarélo, ó diré tan triste agüero?
Vi dividida por agudo diente

La corderita á Filis prometida,
Que mi mano cuidaba diligente.
  Al pie de ella la madre dolorida
Con débiles balidos la lloraba,
Queriendo con su aliento aun darle vida.
  Entonces yo sentí que me apretaba
El corazon un miedo desusadó,
Y trémulo mil males me anunciaba.
  ¡Oh mi Fili! oh mi bien! oh desgraciado!
¿Qué pudieron decirme estos agüeros,
Que era ya de tu vida el fin llegado?
  ¿Que esto anunciaban los prodigios fieros?
¿Y esto la triste ave y la cordera?
¡Ay, acabados gustos verdaderos!
  ¡Vida fugaz, cual sombra pasagera!
Ya á la mia no queda sino llanto,
Prueba aun bien débil de mi fe sincera.
  Crecerá inmenso mi mortal quebranto,
Hasta que huyendo este nubloso suelo
En lazo á tí me una eterno y santo.
  Ni ¡oh mi luz! pienses que jamas consuelo
Hallar podrá mi espíritu abatido,
Que en tí el bien me dejó con presto vuelo.
  Y en lágrimas y penas sumergido
Tu imagen sola cada vez mas viva
Mi pecho ocupa de su amor herido:

La horrible parca que de tí me priva
La ansia no apagará con que él la adora,
Que su llama en tu falta mas se aviva,
Y acuerda al alma triste en cada hora
Tu dulcísimo amor, tu fe sincera,
¡Ay cuál padezco, y se me parte ahora!
La tierna débil voz, la voz postrera
Que en tu labio sonó ya moribundo,
Jamas podré olvidarla aunque yo muera.
¡Pues qué si el espectáculo profundo
Se me presenta de tu muerte aciaga!
En un mar de mis lágrimas me inundo.
Deja, mi amor, que en ellas me deshaga,
Y que en largos suspiros exhalado
Mi espíritu á sus ansias satisfaga.
Paréceme mirarte en el cuitado
Trance de la postrera despedida,
Débil la voz, el rostro demudado,
Del todo casi ya desfallecida,
Fijos en mí con gesto lastimero
Los ojos, y su luz oscurecida,
Diciéndome: BATILO, YO ME MUERO;
Y al quererme abrazar aun débilmente,
En mi boca lanzando el *ay* postrero,
¡Oh dolor! ¡cuánto estabas diferente
De aquella que antes por tus gracias fuiste

El milagro de amor mas reverente!
¡Oh, no me aflijas mas, memoria triste!
Deja, deja acabarme en mi amargura:
Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.
Mi fe, mi firme fe te lo asegura:
No puedo ya vivir de tí apartado,
Que el ansia de te ver mi vida apura.
Entonces de temores sosegado,
En lazo ardiente, casto, verdadero,
Por siempre á tí me gozaré ayuntado.
Ay! ¿qué en la tierra, miserable, espero?
¡Muerte cruel, tan pronta con mi amada,
En mí ejecuta, en mí tu golpe fiero!
Arráncame esta vida quebrantada:
Llévame con mi Filis al sosiego
De que el ánima está necesitada.
Muévante, ó cruda, mi infelice ruego,
La vida que aqui paso dolorosa,
Y el largo llanto con que el campo riego.
No pienses, no, mostrarte rigurosa,
Mi pecho hiriendo en ansias abismado,
Que antes serás en tu rigor piadosa.
Pues yo de alivio ya desesperado,
Ni curo tener cuenta con mi vida,
Ni un breve alivio á mi infeliz cuidado.
Mis lágrimas son siempre sin medida;

Y en los suspiros con que canso al cielo
El alma se me arranca dolorida.
  Ni para alimentarme hallo consuelo,
Ni es otra mi bebida que mi llanto,
Ni del sueño me alivia el vago vuelo:
  Pues cuando al fin, rendido en mi quebranto,
Entre sus blandas alas me adormece,
Despavorido al punto me levanto:
  Que mil sombras tristísimas me ofrece,
Tendiendo yo la mano arrebatado
Al bien que niebla vana desparecé.
  Tal es de mi vivir el triste estado:
Huyendo en torva faz siempre las gentes,
Y de ellas por sin seso baldonado:
  Solo en mis ovejillas inocentes
Compasion halla mi amoroso anhelo,
Si es que cabe en mis ansias inclementes:
  Ellas solas me siguen en mi duelo;
Y en torno rodeándome apiñadas,
Doblan con su balar mi desconsuelo.
  Las que tuve á mi Filis destinadas
Todas sin quedar una han fenecido.
¡Ay corderas, cual ella desgraciadas!
  A las otras el prado florecido
Jamas mueve á pacer, aunque acabando
Las miro con tristísimo balido.

Aqui las tiernas crias van quedando,
Las madres alli caen sin aliento,
Todas en cuanto mueren suspirando.
Mientras Melampo fiel su sentimiento
Me muestra lastimado en ronco ahullido;
Los pies me lame y me contempla atento:
O ya el camino corre conocido
Que á la majada de mi Filis guia;
Torna, se para, y cae sin sentido.
Su compasion enciende el alma mia.
Oh! fenezca esta vida desastrada,
Que de ir á acompañarte me desvia.
¡Oh mi bien! mis amores! ¡oh eclipsada
Lumbre de estos mis ojos! mi consuelo!
¡Rosa en Abril florido marchitada!
Llévame donde estás con presto vuelo:
Acabe, acabe mi mortal quebranto;
Y allá te abrace en el sereno cielo.
Pídeselo con ruego y tierno llanto
A aquel que inmóvil ve desde su altura
Mi firme amor y mi deseo santo.
Entonces sí que libre de amargura,
Mi alegre suerte con la tuya uniendo,
Gozaré el lleno bien que acá me apura.
Entonces sí que el alma, en ti viviendo,
Se adormirá feliz en paz gloriosa,

Sus finas ansias coronadas viendo;
Y con habla dulcísima y sabrosa,
Conversando contigo mano á mano,
Podrá llamarse sin temor dichosa.
Qué! ¿no te mueve mi dolor insano?
¿De tu Batilo, Filis, ya te olvidas?
¿Su voz desdeñas? su clamar es vano?
¿Do estan las voluntades tan unidas?
¿Do estan?... Mas no se cuida allá en el cielo
De las cosas viviendo prometidas.
Y ya en paz alma, roto el mortal velo,
De un infeliz en su dolor perdido
Tú las ansias no ves ni el desconsuelo.
Mientras sobre tu losa aqui tendido
Yo besándola estoy sin apartarme,
Ni templar ¡ay! el mísero gemido,
Hasta que mi dolor llegue á acabarme,
Y suba en vuelo alegre arrebatado
Donde pueda por siempre á tí juntarme,
Y gozar tu semblante regalado.

EPITAFIO

DEL SEPULCRO DE FILIS.

La gracia, la virtud y la belleza,
La fe y el corazon mas inocente,

Y el milagro mas raro de terneza,
Que Amor hará sonar de gente en gente,
Yacen debajo de esta triste losa,
Do la sombra de Fili en paz reposa.

SONETO

RENUNCIANDO A LA POESIA DESPUES DE LA MUERTE DE FILIS.

Quédate adios pendiente de este pino,
Sin defensa del tiempo á los rigores,
Citara en que canté de mis amores
Las gracias y el ingenio peregrino.
Guárdala, ó tronco, que honras el camino,
Por muestra de la fe de dos pastores,
Do puedan cortesanos amadores
Tomar lecciones de un amor divino.
Mientras la oyó viviendo mi señora
Con cuerdas de oro resonar solia,
Y fieras crudas amansó su canto.
Ya que el alma feliz los cielos mora,
Y en esta tumba su ceniza fria,
Cesen los versos, y principie el llanto.

ELEGÍA III.

LA PARTIDA.

En fin voy á partir, bárbara amiga,
Voy á partir, y me abandono ciego
A tu imperiosa voluntad. Lo mandas;
Ni sé, ni puedo resistir: adoro
La mano que me hiere; y beso humilde
El dogal inhumano que me ahoga.
No temas ya las sombras que te asustan,
Las vanas sombras que te abulta el miedo
Cual fantasmas horribles, á la clara
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,
Que nacer solo hicieran... en mi labio
La queja bien no está: gima y suspire;
No á culpar tu rigor dé los instantes
Del mas ardiente amor tal vez postreros.
Tú de tí misma juez mis ansias juzga:
Mi dolor justifica; á mí no es dado
Sino partir. ¡Oh Dios! ¡de mi inefable
Felicidad huir! ¡en mis oidos
No sonará su voz! ¡no las ternezas
De su ardiente pasion! ¡mis ojos tristes
No la verán, no buscarán los suyos,

Y en ellos su alegría y su ventura!
No sentiré su delicada mano
Dulcemente tal vez premiar la mia
Yo extático de amor...! Bárbara! injusta!
¿Qué pretendes hacer? ¿qué placer cabe
En afligir al mismo á quien adoras?
Que te idolatra ciego? no, no es tuyo
Este exceso de horror: tu blando pecho,
De dulzura y piedad á par formado,
No inhumano bastara á concebirlo.
Tu amable boca, el órgano süave
De amor, que solo articular palabras
De alegría y consuelo antes supiera,
No lo alcanzó á mandar. Sí: te conozco;
Te justifico, y las congojas veo
De tu inocente corazon..... mi vida,
Mi esperanza, mi bien, ah! ve el abismo
Dó vamos á caer: que te fascinas;
Que no conoces el horrible trance
En que vas á quedar, que á mí me aguarda
Con tan amarga arrebatada ausencia.
No lo conoces deslumbrada: en vano
Tranquila ya, despavorida y sola
Me llamarás con doloridos ayes.
Habré partido yo; y el rechinido
Del eje, el grito del zagal, el bronco

Confuso son de las volantes ruedas,
A herir tu oido y afligir tu pecho
De un tardío pesar irán agudos.
Yo entre tanto abatido, desolado,
A tu estancia feliz vueltos los ojos,
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,
Te diré adios; y besaré con ellos
Las dichosas paredes que te guardan,
Mis fenecidas glorias repasando
Y mis presentes invencibles males.
Ay! ¿do si un paso das donde no encuentres
De nuestro tierno amor mil dulces muestras?
Entra aqui, corre allá, pasa á otra estancia:
Aqui ellas te dirán se postró humilde
A tus pies, y la mano alli le diste:
Allá, loco en su ardor, corrió á tu encuentro;
Y alli le viste en lágrimas bañado,
En lágrimas de amor: con mil ternezas
Mas allá fino te ofreció su llama;
Y al cielo hizo testigo y los luceros
De su lazada eterna, indisoluble,
En la noche feliz.... Sedlo, fulgentes
Antorchas del olimpo, y tú, callada
Luna, que atiendes mis sentidas quejas,
Y antes mi gloria y sus finezas viste:
Sedlo; y benignas en mi amarga suerte

Ved á mi amada, vedla, y recordadle
Su santo indisoluble juramento.
Vedla, y gozad de su donosa vista,
De las sencillas animadas gracias
De su semblante. ¡Oh Dios! yo afortunado
Las gozaba tambien: su voz oia,
Su voz encantadora, que elevada
Lleva el alma tras sí; su voz que sabe
Hacer dulce hasta el NO, gratas las quejas.
¡Oh qué de veces de sus tiernos labios
Me enagenó la plácida sonrisa,
Las vivas sales y hechiceras gracias!
¡Oh qué de tardes, de agradables horas
De nuestra dicha hablando instantes breves
Se nos huyeran! qué de ardientes votos!
¡Qué de suspiros y esperanzas dulces
Crédulas nuestras almas concibieron,
Y el cielo hoy en su cólera condena!
¡Qué proyectos formáramos!... mi vida,
Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,
Amiga, hermana, esposa, ¡oh si yo hallara
Otro nombre aun mas dulce! ¿qué pretendes?
¿Sabes do quieres despeñarme? espera,
Aguarda pocos dias: no me ahogues.
Despues yo mismo partiré: tú nada
Tendrás que hacer, ni que mandar: humilde

Correré á mi destierro y resignado.
Mas ora ¡irme! dejarte! si me amas,
¿Por qué me echas de tí, bárbara amiga?...
Ya lo veo; te canso: cuidadosa
Conmigo evitas el secreto; me huyes:
Sola te asustas, y de todo tiemblas.
Tu lengua se tropieza balbuciente;
Y embarazada estás cuando me miras.
Si yo te miro, desmayada tornas
La faz, y alguna lágrima... ¡oh martirio!
Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos
Otros ¡ay! otros eran: me buscaban;
Y en su mirar y regaladas burlas
Alentaban mis timidos deseos.
¿Te has olvidado de la selva hojosa,
Do huyendo veces tantas del bullicio,
En sus obscuras solitarias calles
Buscamos un asilo misterioso
Do alentar libres dé mordaz censura?
¿Qué sitio no oyó alli nuestras ternezas?
¿No ardió con nuestra llama? al lugar corre
Do reposar soliamos, y escucha
Tu blando corazon: si él mis suspiros
Se atreve á condenar, dócil al punto
Cedo á tu imperio, y parto. Pero en vano
Te reconvengo: yo te canso; acaba

De arrojarme de tí, cruel... Perdona,
Perdona á mi delirio: de rodillas
Tus pies abrazo, y tu piedad imploro.
¡Yo acusar tu fineza!... yo cansarte!...
¡A tí que me idolatras!... no: la pluma
Se deslizó; mis lágrimas lo borren.
¡O Dios! yo la he ultrajado: esto restaba
A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,
Dispon, ordena, manda: te obedezco:
Sé que me adoras; no lo dudo: humilde
Me resigno á tu arbitrio... el coche se oye;
Y del sonante látigo el chasquido,
El ronco estruendo, el retiñir agudo
Viene á colmar la turbacion horrible,
De mi agitado corazon... se acerca
Veloz, y para: te obedezco, y parto.
Adios, amada, adios... el llanto acabe,
Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

ELEGÍA IV.

EL RETRATO.

¿Si es él, Amor? ¡qué trémula la mano
Rompe el último nema! me lo anuncia
Con zozobra feliz saltando el pecho.

No, no puedo dudarlo: el importuno
Velo cayó: tu celestial imágen,
Tu suspirado don..... mi amante boca
Con mil ardientes besos, mi llagado,
Mi triste corazon con mil suspiros
Ambos á par lo adoren; y el tributo
Primero denle de mi tierno pecho:
Milagro del pincel, amable copia
Del mas amable objeto, ciego torno
A besarte otra vez; ojos, gozadla;
Sáciate, corazon..... no estás ausente:
Ingenioso su amor buscarte supo:
Supo templar de su cruel imperio
El áspero rigor, y fino hallarte.
De tu ternura celestial, ó amada,
O mitad de mi vida, tal milagro
De cariño esperaba mi deseo:
Llegó; y puedo contigo consolarme;
En mi inmenso penar gemir contigo;
Y en tu seno lanzar la ardiente vena
De lágrimas que inunda mis mejillas
En tan mortal insoportable ausencia.
Sí, amada, ya te tengo: ya en mi pecho
Fino te estrecharé: mis tristes ojos
Te ven, el fuego de los tuyos sienten;
Y mis manos te tocan, y mis labios

Pueden saciarse de oprimirte finos;
Y mis suspiros animarte; y toda
Inundarte en mis lágrimas ardientes.
Las sientes, ¿y no lloras? ¿á mis ayes
Dolientes ¡ay! los tuyos no responden?
¿Y á mis quejas y míseros gemidos?
A tí me vuelvo desolado, te hablo,
¿Y muda está tu cariñosa lengua?
Clori, Clori, mi bien..... ¡Loco deseo!
¡Fantástica ilusion.....! á sombras vanas,
A un mentido color prestar queria
La vida, el fuego, la expresion, las sales
Que al prototipo celestial animan.
¡Oh cómo, cómo en este punto siento
De mi suerte el horror, el hondo abismo
Do sepultado y sin consuelo lloro!
¡Ausencia! ausencia! arráncame la vida;
No de ilusion en ilusion me lleves:
Un breve plazo tus dolores templas;
Y tornas luego, y mas cruel divides
En partes mil mi lastimado pecho.
¡Ay! un instante en mi ilusion creia,
Mirando absorto el celestial trasunto,
Que mis ternezas, mis sentidos ayes
Halagüeña escuchabas: que tus labios
Se desplegaban en amable risa:

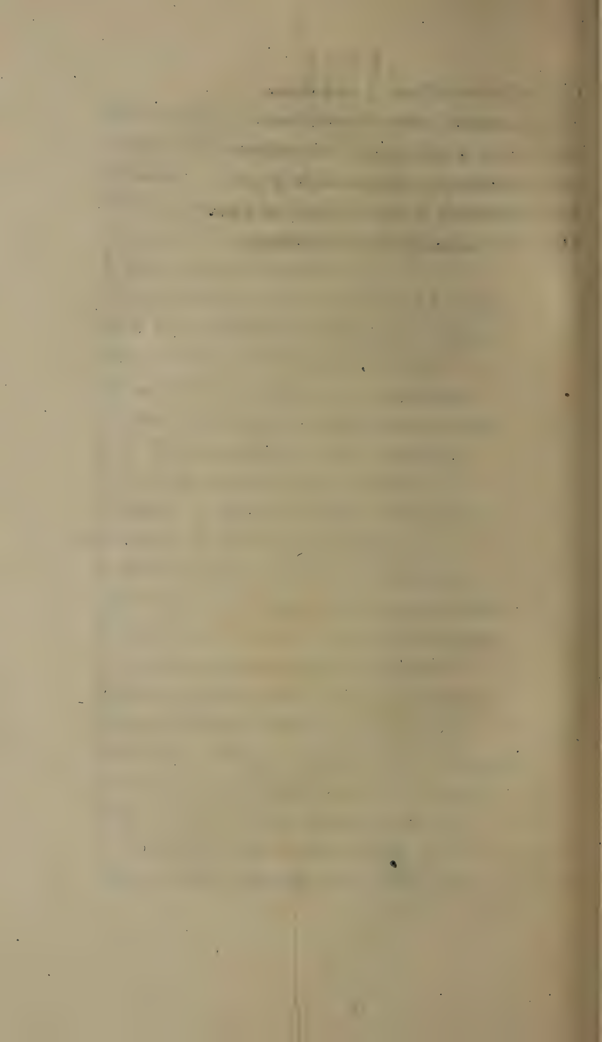
Que al esplendor del animado fuego
En que tus ojos agraciados lucen,
La llama se alentaba de los mios;
Y que amor coloraba tus mejillas,
Dulce señuelo á mi sedienta boca,
Ó el elástico seno conturbaba
En grata ondulacion.... Me precipito
Frenético en mi error..... Clori, tu imágen
Helada me recibe: no, no siente
Asi cual tú..... el encanto lisonjero
Se desvanece; y á una sombra abrazo
Muda y sin alma, y una sombra oprimo,
Y una sombra acaricio, y mil finezas
Loco le digo y que responda anhelo.
Ay! eres tú, adorada, ¿y callas tibia?
¿Y á mi llanto tus lágrimas no corren?
¿Por qué insensible á mis cariños eres?
¿Y eres de nieve al fuego en que me abraso?
¿Por qué en los ojos la inquietud graciosa,
El vivaz sentimiento, la ternura,
El delicioso hechizo hallar no puedo,
Que en los tuyos de amores me embriagan?
Háblame, idolatrada, ó no me burles
Cual si á abrir fueras cariñosa el labio,
Ó en su mirar donoso tus pupilas
Se animen, ó falaces no remeden

Otras, do Amor su trono soberano
Sentó y se gozan las sencillas Gracias.
No tu nevado torneado cuello
Inmóvil yazca; vuélvase y recline
En mi seno amoroso esa cabeza
Que enhiesto apoya; y góceme dichoso
Cual veces tantas en su dulce peso.
Sienta tu pecho: á la ternura se abra:
Ábrase al blando amor, y arda y palpite:
Y en plácida efusion al pecho mio
Haga correr el celestial encanto
De su angélica llama, de los puros
Afectos mas que humanos que en sí abriga;
Ó el lácteo pecho de mi bien no mienta,
Do todo es suave amor, dulzura todo,
Sencillez tierna y cariñosas ansias,
Placer, transportos, éxtasis, delicias.
No la alba mano el abanico agite
En juego inútil: ó mi dócil cuello
En torno ciña en lazo venturoso,
Indisoluble lazo en que añudára
Nuestras almas el cielo para siempre;
Ó cual un tiempo cariñosa oprima
Mi palpitante corazon, y sienta
El fuego asolador que le consume.
¡Ah mano! hermosa mano! el pincel rudo

Trasladar quiso en vano tus contornos,
Tu gracia, tu candor..... de mármol era
Si viéndola el artista..... No, profano:
Mis labios solo tributarla deben,
En su delirio idolatras, el culto
Que le ha votado amor: tu nieve y rosa
La manchan, no la tocan: ay! qué digo!
¿La menor de sus partes puede acaso
Remedar el pincel? ¿débil el arte
No cede á empresa tanta y se confunde?
¿Esas cejas sin alma? ¿es esa frente
La tuya, Clori mia? ¿son tus labios
Festivos, purpurantes, halagüeños,
Estos labios helados? ¿las mejillas
Son la leche y carmin en deliciosa
Mezcla deshechos, como tú los llevas
En tus llenas mejillas sonrosadas?
¿Y tu seno y tu tez, y el suave agrado
De tu semblante, y la donosa gracia
De tus razones.....? ¡qué violenta hoguera
Circula por mis venas.....! ¡qué suspiros
Se exhalan sin sentirlo de mi pecho!
¡Cómo agitado el corazon palpita!
Con frenética sed me precipito
Sobre tu imagen muda..... irresistible
La mágica virtud de tu presencia

Me arrastra..... desfallecen mis rodillas.....
Cubren mil sombras mis llorosos ojos.....
Un ardor..... un ardor..... mi bien, mi gloria,
Clori, amor, vida, esposa, ¡oh si pudiese
Llegar á tí la commocion que siento,
Y este torrente de delicias puras
En que sin seso en mi ilusion me inundo!
¡Si á ti alcanzasen mis dolientes ansias,
Mis sollozos, mis ayes, los furores
De mi delirio infausto! ¡si escuchases
La inmensa copia de ternezas que hablo
A tu divina imagen....! Tus mejillas,
Y tu frente, y tus ojos, y tu boca,
Y cuello, y pecho, y toda tú abrasada
Al fuego de mis ayes encendidos,
Y en mi llanto inundada te hallarias.....
¿Por qué estos cultos á una imagen muda
Se habrán de tributar? ven, ven, amada,
A recibirlos, ven en los transportos
Del mas violento amor: no se profanen
En una helada inanimada sombra:
Ven luego, ven, y unámonos por siempre:
O á mí me deja en tus amantes brazos
Fino volar, y colma mi ventura.
Una palabra, una palabra sola.....
Dila, y feliz recibirás los cultos

Que idólatra tributo á tu retrato.
Él entretanto sobre el pecho mio
Será alivio á mis penas, compañero
De mi destierro, inapreciable joya
De tu firmeza; y suplirá ¡ay! en vano
De su divino original la ausencia.



SILVAS.

SILVA I.

EL SUSPIRO.

Fany, Fany, ¿qué es esto? ¡tú suspiras!
¡Tú en quejidos dolientes
Tornas la voz graciosa,
Delicia de mi ser, gozo del suelo!
¡Tú al cielo triste y desolada miras!
¡Y consternada, mísera, llorosa,
En ayes mas ardientes
Te vuelves á angustiar! ¿La calma pura
De tu pecho dó está? quién su ventura,
Su grato olvido, su quietud gloriosa
Pudo anublarlos? ¿quién...? Benigno el cielo
Nos rie, idolatrada,
Y en fausta union, dulcísima lazada,
Que apuremos Citeres las delicias
De su imperio nos da. ¿Nuestra fineza,
Nuestro embeleso, y votos, y caricias,
Pueden, Fany, crecer? ¿mas mi terneza
Ser puede? ¿mas la llama
Que mi fiel pecho, que tu pecho inflama?
¡Y suspiras, mi bien! ¡oh, que no sabes
Cuánto al Amor desconocida ofendes!

¡Cuál con un ay me enciendes!
¡Cuál me afliges cruel! cada suspiro
Loco me vuelve, el corazon me abrasa:
Cada mirada el alma me traspasa,
Y en cada *ay* tuyo fenecer me miro.
Sí, Fany, sí; que el aura deliciosa,
Afable, tierna, plácida, que un dia
Entre aromas y néctares süaves,
Tu apasionado seno despedia,
Y mi boca tal vez robó dichosa;
Los suspiros ardientes,
Los gratísimos ayes que apenada
Tu lengua regalada,
En los transportos del amor mas fino,
Sonaba herida de su ardor divino:
Hoy de las penas, de las ansias graves,
De las zozobras que en el alma sientes
Son efecto infeliz..... ¡Desventurado!
Ni aun ya dudarlo á mi dolor es dado.
Tus ojos, tu tristeza, tu caido
Semblante de llorar desfallecido,
Tu débil anhelar, ese quedarse
Cual muda estatua, y súbito inflamarse
Cual la grana mas viva,
Ese buscarme y evitarme esquiva;
Obstinada en callar, todo descubre

El mal agudo que tu pecho encubre,
Que sus ternezas ominoso impide,
Y en partes mil lidiando lo divide.
¿De dó empero este mal? qué te desvela?
¿Qué tiembla ya el honor, ni que rezela,
Cuando á la sombra de mordaz censura
El aura del Amor mas blanda aspira
A nuestra feliz llama,
La luz sucede á la tiniebla oscura,
Y el cielo eterno bien nos asegura?
¿Merecerá tu ira
La fe constante que mi pecho inflama,
Y absorto en tí de todo me enagena?
¿Te cansa ya la celestial cadena
Con que un tiempo se unieron
Nuestras dos almas, y felices fueron?
¿Los dulces himnos que en ternura iguales
Con los del Teyo armónica mi lira
Modular sabe, pero Amor le inspira,
Y á los dioses te allegan inmortales?
¡Ay! no; perdon, amada,
Perdona al dolor mio
Blasfemia tal, tan ciego desvarío;
Y á tu alma torne la quietud robada,
No mas tu pecho dolorido gima;
No mas el mio oyéndolo se oprima;

No mas.... ¡Pero de nuevo,
Cuanto mas fino á consolarte pruebo,
Vuelves á suspirar solo al mirarme....!
De una vez, cruda, acaba de matarme.
Mas deja en tanto al labio apasionado
Que tu suspiro celestial aliente:
Benigna deja que en el hondo seno
Lo ponga reverente,
De mil y mil que exhalo acompañado.
¡Oh corazon de sus encantos lleno!
Recíbelo feliz, y en el glorioso
Trono do reina mi Fany querida,
Do afable dulces leyes te prescribe,
Y á par tus votos sin cesar recibe,
Ponlo: y por siempre tu sin par fineza,
Tu lealtad y desvelo cariñoso,
Tu ciego ardor, tu voluntad rendida,
Tu pura fe, tu natural llaneza,
Y cuanto haya en amor de mas divino,
Ante él lo ofrece en holocausto digno,
Y tú calma, mi bien, tan cruda pena:
Ria en sus gracias tu beldad serena:
Alienta, alienta, y mi dolor no agraves,
Alienta, y no la gloria
En que inundarme afortunado siento
Destruyas, o el futuro sentimiento

Despiertes hoy aleve
En mi exaltada, mi vivaz memoria.
En las desdichas que amagarnos sabes,
Deja este espacio breve,
Déjalo, Fany, á mi fugaz ventura;
Y goce yo sin nieblas tu hermosura.
Gocela fino; á mi cariño deja
Crédulo abandonarse á los süaves
Inefables encantos,
Con que el deseo lisonjero aleja
El fatal plazo de dolor y llantos;
Y ardiente apure mi felice boca
El dulce cáliz que su sed provoca.
No en mi ilusion me aflijas; que inhumana
Vendrá ¡oh dolor! la ausencia,
La ausencia, Fany, cuyo espectro odioso
Contino asusta nuestro amor dichoso,
A ejecutar bien presto
Del hado en mí la bárbara sentencia;
Y en sañudo ademan, torvo semblante,
Con violencia tirana,
Voz imperiosa y diestra menazante,
Lejos de tí me arrastrará.... ¡funesto
Recuerdo! trance horrible! ¡Fany mia,
Que yo haya de partir! ¡que mi ventura
Tan dulce union, tan íntimos amores,

Tan claro dia, tan divinas flores,
Hayan de fenecer! ay! aquel dia,
Dia de duelo, y luto y amargura,
Tú llorarás tambien: con tus plegarias
Las raudas horas á mi bien contrarias
Anhelarás parar: bárbaro, impío
Al cielo llamarás: del cuello mio
Queriendo en vano desatar tus brazos,
Perdida huir mis últimos abrazos.

Y solitaria, misera, cuidosa
Vagarás por tu estancia pavorosa,
Con planta vacilante,
Espiritu azorado, y vista errante,
Llamando en débil voz, en grito triste,
Al que no ha nada á tus rodillas viste,
Ciego en su amor, perdido, enagenado,
La cabeza en tu seno reclinada,
Cantar apasionado
Su eterna fe, tu llama regalada;
Y entonces abismado, confundido,
Misero, desolado, sin sentido,
Pedirá en vano, anhelará la muerte,
Cual blando alivio á su infelice suerte.

Los ayes pues, el suspirar quejoso
Con que afliges mi pecho,
A otros suspiros y zozobras hecho

En los delirios de un amor dichoso,
Déjalos, Fany, á la ominosa hora
Del adios triste que á la par tememos;
Y hoy en delicias crédulos gocemos
Del fugaz rayo que aun los montes dora.

SILVA II.

FANY ENOJADA.

¿Será posible, idolatrado dueño,
Que contra un inocente
Dure en tí siempre el implacable ceño?
Mírote, y tiemblo: ardiente solícito
Tu gracia, y me baldonas inclemente.
Callo, y tu lado respetoso evito,
Y huyendo, injusta, á mi pesar te irrito.
Vuelvo, y te agitas mas: ¡en cuántas iras
Arden tus lindos ojos si me miras!
¿Por qué tanto rigor, tan fiero encono?
¿Por qué, Fany adorada,
Tras ruegos tales desdeñarme airada
Con gesto tal y tan amargo tono?
¿Me cesarás de amar? ¿los celestiales
Juramentos que hiciste,
Los que á mi labio apasionado oiste,

Si en fe mas puros, en delirio iguales,
Se pueden quebrantar? ¿el dulce encanto
De tus tiernas caricias
Se acabó para mí? ¿serán mis males
Con tu rigor eternos,
Y eterno mi llorar tus injusticias?
Duélete, ó cruda, de mi amargo llanto:
Duélete, y cariñosa
Vuelvan tus ojos á mirarme tiernos,
Tu suave boca á articular donosa
El idioma de amor, finos tus brazos
Ciñan mi cuello en deliciosos lazos,
Tu pecho celestial abrase al mio,
Y acabe, acabe ese rigor impío.
Acabe ya; que la implacable saña
Ni al tierno Amor, ni á Cíprida conviene:
Todo en el mundo sus mudanzas tiene;
Y encono tanto á tu hermosura daña.
Te idolatro, y mis dudas
Son nobles hijas del amor mas fino:
De este amor puro, celestial, supremo,
Que hará por siempre mi feliz destino;
Y asi perderte á cada punto temo.
Si tú, mi bien, amases
Cual yo sin seso tu beldad adoro,
Si tu pecho inclemente

Sentir pudiera mi pasion ardiente,
Y cual mísero peno tú penases,
La gracia hicieras, que rendido imploro.
 Benigna disculparas
Mi enojo ciego, mi furor demente,
Mi error zeloso y las palabras rudas,
Que á tu dulzura angelical comparas,
Y que en mi oido sin cesar sonando
Flechas semejan rápidas, agudas,
Que ímpia disparas á mi pecho triste:
Y por mi llanto mi dolor juzgando,
Por este llanto ciego
Con que hoy tus plantas dolorido riego,
Y antes de gozo derramar me viste,
En lugar de asperezas,
Y ese tu ceño indómito, ominoso,
Que indigno anubla tu semblante hermoso,
Solícita doblaras tus finezas
Y amorosos consuelos,
Feliz castigo en mis soñados zelos.
 Pero tú, Fany fiera,
Tú anhelas solo que en mis ansias muera,
Y asi en ellas te gozas de mirarme,
Burlándote, cruel, de mi tormento,
Y yo infeliz sin fruto me lamento.....
Perdon, perdon, ó acaba de matarme.

Si horrísona tormenta
Cubre en tiniebla el dia,
La luz y la alegría
Vuelve riente el sol.
Mírete yo contenta,
Caiga tu ceño oscuro,
Y alentará seguro
Mi afortunado amor.

SILVA III.

EL CUMPLEAÑOS DE FANY, HABIENDO DE DEJARLA DENTRO DE BREVES DIAS.

Ya entre arreboles la risueña aurora
Cielos y tierra de su albor colora:
De nuevas flores se engalana el prado,
Y el viento bulle en ámbares bañado.
Fany, amable Fany, en raudo vuelo
Fausto nos vuelve el cielo
De tu feliz natal el claro dia.
Las aves en acorde melodía
Proclamándolo van..... ¿Oyes, amada,
Sus trinos armoniosos?
¿De tu nombre los vivas deliciosos?
Tus años son: ¡ó suerte afortunada!

Tus años, de tu vida
El oriente feliz. Fany querida,
Loco de gozo, embebecido todo,
Mi fina llama, mi sin par ternura,
Por mas que encarecértelo procura
Mi cariñoso labio, no hallan modo
Como este dia celebrar: quisiera
Que tu pecho inundar dado me fuera
Del júbilo, mi bien, que inunda el mio,
Y embriagarlo en su angélico contento.
 Tierno quisiera el fugitivo plazo
Que el cielo, ó cara, me destina pio
Al de tu vida unir, unir mi aliento;
Y en delicioso indisoluble lazo
Hacer que por entrambos tú aspirases,
Y yo acabando de mi ser gozases.
 Entonces ¡ay! en mi delirio ardiente
Reclinado en tu seno blandamente,
¡Cuán alegre muriera,
Y á vida mas feliz en tí naciera!
  Fin tan delicioso,
 De tí acariciado,
 No, dueño adorado,
 No fuera morir.
  Éxtasi glorioso
 De dulces amores,

Fuera en mil ardores
Por siempre vivir.

Esta cadena misteriosa que une
Nuestras almas amantes,
Mas cada vez en su pasion constantes,
Que de ambas con suavísima armonía
En solo un punto el anhelar reune,
Y un solo pensamiento,
Siempre á mi gusto tú, yo al tuyo atento,
Su firme nudo aun mas estrecharia,
Y un solo ser de nuestro ser haria.

Nuestros dos pechos sin jamas saciarse
Amaran siempre para mas amarse.
Feliz sintiera cuanto tú gustaras:
Con tus suaves afectos mi ternura
Natural excitaras:
Néctar fuera en mis labios tu dulzura:
Despertaran mis llamas tus ardores:
Tu timidez amable mis temores,
Y venturoso fuera en tu ventura.

Unida á la planta
Que fiel la sustenta,
La yedra alimenta
Su humilde raiz;
Y ufana levanta
Sus tiernos pimpollos

Hasta los cogollos
Del árbol feliz.
Yo dejara de ser; pero en la vida
De mi Fany querida
Tornara á florecer: ¡oh si me oyese
El cielo, y luego mi querer cumpliese!
¡Qué en vano, idolatrada, la aspereza
De la suerte envidiosa
Atribulara entonces mi fineza;
Ni en medio mi delirio apasionado
Me vieras siempre en dudas abismado!
¡Qué en vano ¡ay triste! la memoria odiosa
De tener que ausentándome dejarte,
Y á un bárbaro opresor abandonarte,
Atosigara mi doliente seno,
Aun en tus brazos de zozobras lleno!
¡Qué en vano en fin el ansia de perderte,
Muy mas amarga que la misma muerte,
Hoy á anublarme en mi gozar vendria,
Ni el vuelo á mi esperanza cortaria!
¿Quién te arrancara
Del lado mio,
De tu albedrío
Fiero opresor?
¿Quién me privará
De las delicias

Que en tus caricias
Me brinda Amor?
Un ser con tu ser hecho,
Y en nudo celestial á tí ayuntado,
Nudo de amor dulcísimo y estrecho,
Tú aspiraras mi aliento apasionado,
Yo inflamara tu angélica ternura:
Y embebecido, loco en mi ventura,
Cuanto ansio ciego sin cesar gozando
Feliz mi llama se alentara amando,
Y cuanto mas ardiera mas gozara,
Y gozando sin fin, sin fin ansiara;
Ni nada, dulce bien, nada temiera.
Cuando ora acaso en la celeste esfera
El sol no acabará su presto giro,
Y lejos de tí... ¡oh Dios!... perdon, amada:
Permite á mi dolor solo un suspiro;
Y años mil te haga el cielo afortunada.
Sobre tu amable vida
Plácido el tiempo gire:
De la vejez retire
Lejos de tí el horror.
Siempre en ninez florida
Brillar tus gracias veas:
Siempre adorada seas,
Siempre pagues mi amor.

SILVA IV.

A LAS MUSAS.

Perdon, amables Musas: ya rendido
Vuelvo á implorar vuestro favor; el fuego
Gratas me dad con que cantaba un dia
Las dulces ansias del amor mas ciego;
O de la ninfa mia
Las gratas burlas, el desden fingido,
Y aquel huir para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El escuadron fulgente,
Que en la noche serena
El ancho cielo de diamantes llena;
Deslizándose en tanto fugitivas
Las horas, y la cándida mañana
Sembrando el paso de arrebol y grana
A Febo luminoso.
¡Ah Musas! ¡qué gozoso
Las canciones festivas
De las aves armonico siguiera

Saludando su luz el labio mio!
Ora mirando el plateado rio
Sesgar ondisonante en la ladera;
Ora en la siesta ardiente,
Bajo la sombra hojosa
De algun árbol altísimo copado,
Al raudal puro de risueña fuente,
Gozando en paz el soplo regalado
Del manso viento en las volubles ramas.
Ni allí loca ambicion en peligrosos,
Falaces sueños embriagó el deseo:
Ni sus voraces llamas
Sopló en el corazon el odio insano;
Ó en medio de desvelos congojosos
Insomne se azoró la vil codicia,
Cubriendo su oro con la yerta mano.
Miró el mas alto empleo
El alma sin envidia: los umbrales
Del magnate ignoró; y á la malicia
Jamas expuso su veraz franqueza.
De rústicos zagales
La inocente llaneza
Y sus sencillos juegos y alegría,
De cuidados exento
Venturoso gocé; y el alma mia
Entró á la parte en su hermanal contento.

La hermosa juventud me sonreia
Y de fugaces flores
Ornaba entonces mis tranquilas sienes,
Mientra el ardiente Baco me brindaba
Con sus dulces favores;
Y de natura al maternal acento
El corazon sensible,
En calma bonancible
Y en comun gozo y en comunes bienes
De eterna bienandanza me saciaba.
¡Dias alegres, de esperanza henchidos,
De ventura inmortal! ¡amables juegos
De la niñez! ¡memoria,
Grata memoria de los dulces fuegos
De amor! ¿dónde sois idos?
Decidme, Musas, ¿quién ajó su gloria?
Huyó niñez con ignorado vuelo;
Y en el abismo hundió de lo pasado
El risueño placer. ¡Desventurado!
En ruego inútil importuno al cielo;
Y que torne le imploro
La amable inexperiencia, la alegría,
El ingenuo candor, la paz dichosa
Que ornaron ¡ay! mi primavera hermosa;
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.
La edad, la triste edad del alma mia

Lanzó tan hechicera
Magia; y á mil cuidados
Me condenó por siempre en faz severa.
Crudo decreto de malignos hados
Dióme de Temis la inflexible vara;
Y que mi blando pecho
Los yerros castigára
Del delincuente, pero hermano mio,
Astrea me ordenó: mi alegre frente
De torvo ceño oscureció inclemente;
Y de lúgubres ropas me vistiera.
Yo mudo, mas deshecho
En llanto triste su decreto impío
Obedecí temblando;
Y subí al solio y de la acerba diosa
Las leyes pronuncié con voz medrosa.
¡Oh quién entonces el poder tuviera,
Musas, de resistir! ¡quién me volviese
Mi oscura mediania,
El deleite, el reir, el ocio blando
Que imprudente perdí! ¡quién convirtiese
Mi toga en un pellico, la armonía
Tornando á mi rabel con que sonaba
En las vegas de Otea [1]

[1] Sitio ameno muy inmediato á Salamanca.

De mis floridos años los ardores,
Y de Arcadio la voz le acompañaba,
Bailando en torno alegres los pastores!
El que insano desea
El encumbrado puesto,
Goce en buen hora su esplendor funesto.
Yo viva humilde, oscuro,
De envidia vil, de adulacion seguro,
Entre el pellico y el honroso arado.
Y de fáciles bienes abastado,
En salud firme el cuerpo, sana el alma
De pasiones fatales,
Entre otros mis iguales,
En recíproco amor, entre oficiosos
Consuelos, feliz muera
En venturosa calma,
Mi honrada probidad dejando al suelo;
Sin que otro nombre en rótulos pomposos
Mi losa al tiempo guarde lisonjera.
Pero ¡ah Musas! que el cielo
Por siempre me cerró la florecida
Senda del bien; y á la cadena dura
De insoportable obligacion atando
Mi congojada vida,
Alguna vez llorando
Puedo solo engañar mi desventura

Con vuestra voz y mágicos encantos.
Alguna vez en el silencio amigo
De la noche callada
Puedo en sentidos cantos
Adormir mi dolor; y al crudo cielo
Hago de ellos testigo,
Y en las memorias de mis dichas velo,
Musas, alguna vez: pues luego airada
Temis me increpa; y de pavor temblando
Callo y su imperio irresistible sigo,
Su augusto trono en lágrimas bañando.
Musas, amables Musas, de mis penas
Benignas os doled: vuestra armonía
Temple el son de las bárbaras cadenas
Que arrastro miserable noche y dia.

SILVA V.

AL CEFIRO DURMIENDO CLORIS.

Bate las sueltas alas amorosas,
Cefirillo süave, silencioso;
No de mi Clori el sueño regalado
Ofendas importuno: al fresco prado
Tórnate y á las rosas,
Tórnate, cefirillo bullicioso;

Y de su cáliz goza y sus olores.
A mi Clori perdona, tus favores,
Tu lisonjero aliento le escasea;
Y huye lejos del labio adormecido.
No agravies, no, atrevido
Su reposo felice,
Que Amor quizá en su idea
Me retrata esta vez, quizá le ofrece
Mi fe pura y le dice:
Duélete, ó desdeñosa,
De tan fina pasion, y con su fuego
Su tímida modestia desvanece,
Tornándola sensible y cariñosa.
Oh! mi ventura no interrumpas ciego!
Yo no sé qué, latiéndome gozoso,
Me anuncia el corazon al contemplarla.
Déjame ser en sueños venturoso;
Y escapa lejos á jugar al prado,
O respetoso pásate á su lado.
Empero ya travieso por besarla
Una rosa doblaste
Y vivaz en sus hojas te ocultaste.
De nuevo tornas y la rosa inclinas;
Y con vuelo festivo,
Bullicioso y lascivo
La meces y á su pecho te avecinas.

O! que mi ardor provocas
Cada vez que lo tocas!
O! que tal vez ese cogollo esconde
Letal punzante espina que su nieve
Hiera con golpe aleve!
Cesa, y benigno á mi rogar responde:
Cesa, céfiro manso,
Y siga Clori en plácido descanso.
Cesa; y á tu deseo
Corresponda tu ninfa agradecida
En fácil himeneo.
¡O nuncio del verano deleitoso!
Tú que en móviles alas vagaroso,
De las flores galan, del prado vida,
Vas dulce susurrando,
Con delicado soplo derramando
Mil fragantes esencias ¡ay! no toques
Esta vez á mi Clori; no provoques,
Cefirillo atrevido,
Con tu aroma su aliento:
Guarda, que Amor con ella se ha dormido.
Mas ¡ay! con qué contento
Parece que se rie y que me llama!
Su boca se desplega
Y su semblante celestial se inflama,
Como la rosa pura

Que bañada en aljófares florece
Emulando del alba la hermosura.
Llega festivo, llega
A sus párpados bellos,
Y con ala traviesa cariñoso
Asentándote en ellos
Apacible los mece,
Que otra vez rie y su alegría crece.
Ay! agítala, llega, y tan dichoso
Momento no perdamos, cefirillo,
Que Amor me llama, y su favor me envia.
Acorre, vuela, y tu fugaz soplillo
Al logro ayude de la dicha mia.

SILVA VI.

LAS FLORES.

Naced, vistosas flores,
Ornad el suelo que lloró desnudo
So el cetro helado del invierno rudo,
Con los vivos colores
En que matiza vuestro fresco seno
Rica naturaleza.
Ya rie Mayo, y Céfiro sereno
Con deliciosos besos solicita
Vuestra sin par belleza;

Y el rudo broche á los capullos quita.
Pareced, pareced ¡ó del verano
Hijas y la alma Flora!
Y al nacarado llanto de la aurora
Abrid el cáliz virginal: ya siento,
Ya siento en vuestro aroma soberano,
Divinas flores, empapado el viento;
Y aspira la nariz y el pecho alienta
Los ámbares que el prado les presenta
Do quiera liberal. ¡Oh qué infinita
Profusion de colores
La embebecida vista solicita!
¡Qué magia! ¡qué primores
De subido matiz que anhela en vano
Al lienzo trasladar pincel liviano!
Con el arte natura
A formaros en una concurrieron,
Galanas flores, y á la par os dieron
Sus gracias y hermosura.
Mas ¡ah! que acaso un dia
Acaba tan pomposa lozanía,
Imágen cierta de la suerte humana.
Empero mas dichosas
Si os roba, flores, el ferviente estío,
Mayo os levanta del sepulcro umbrío;
Y á brillar otra vez naceis hermosas.

Asi, ó jazmin, tu nieve
Ya á lucir torna aunque en espacio breve
Entre el verde agradable de tus ramas;
Y con tu olor subido
Parece que amoroso
A las zagalas que te corten clamas,
Para enlazar sus sienes venturoso.
Mientra el clavel en púrpura teñido
En el flexible vástago se mece;
Y oficioso desvelo á la belleza,
A Flora y al Amor un trono ofrece
En su globo encendido,
Hasta que trasladado
A algun pecho nevado,
Mustio sobre él desmaya la cabeza,
Y el cerco encoge de su pompa hojosa.
Y la humilde violeta, vergonzosa,
Por los valles perdida,
Su modesta beldad zela encogida;
Mas el ámbar fragante
Que le roba fugaz mil vueltas dando
El aura susurrante,
En él sus vagas alas empapando,
Descubre fiel do esconde su belleza,
Orgulloso levanta la cabeza,
Y la vista arrebata

Entre el vulgo de flores olorosas
El tulipan, honor de los vergeles;
Y en galas emulando á los claveles,
Con fajas mil vistosas,
De su viva escarlata
Recama la riquísima librea.
Pero ¡ah! que en mano avara le escasea
Cruda Flora su encienso delicioso;
Y solo asi á la vista luce hermoso.
No tú, azucena virginal, vestida
Del manto de inocencia en nieve pura,
Y el cáliz de oro fino recamado;
No tú, que en el aroma mas preciado
Bañando afortunada tu hermosura,
A par los ojos y el sentido encantas.
De los toques mecida
De mil lindos amores,
Que vivaces codician tus favores,
¡O cómo entre sus brazos te levantas!
¡Cómo brilla del sol al rayo ardiente
Tu corona esplendente!
¡Y cuál en torno cariñosas vuelan
Cien mariposas y en besarte anhelan:
Tuyo, tuyo seria,
¡O azucena! el imperio sin la rosa,
De Flora honor, delicia del verano;

Que en fugaz plazo de belleza breve
Su cáliz abre al apuntár el dia,
Y en púrpura bañada el soberano
Cerco levanta de la frente hermosa:
Su aljófar nacarado el alba llueve
En su seno divino:
Febo la enciende con benigna llama,
Y le dió Citerea
Su sangre celestial, cuando afligida
Del bello Adonis la espirante vida,
Que en débil voz la llama,
Quiso acorrer; y del fatal espino
Ofendida ¡ó dolor! la planta bella
De púrpura tiñó la infeliz huella.
Codíciala Cupido
Entre las flores por la mas preciada;
Y la nupcial guirnalda que ciñera
A su Psiquis amada,
De rosas fue de su pensil de Gnido;
Y el tálamo feliz tambien de rosa
Donde triunfó y gozó, cuando abrasado
En su llama dichosa
Tierno exclamó en sus brazos desmayado:
¡Hoy, bella Psiquis, por la vez primera
Siento que el dios de las delicias era!
¡O reina de las flores!

¡Gloria del Mayo! ¡venturoso fruto
Del llanto de la aurora!
Salve ¡rosa divina!
Salve; y ve, llega á mi gentil pastora
A rendirle el tributo
De tus suaves olores;
Y humilde á su beldad la frente inclina.
Salve ¡divina rosa!
Salve; y deja que viéndote en su pecho
Morar ufana y por su nieve pura
Tus frescas hojas derramar segura,
Loco envidie tu suerte venturosa;
Y anhele en tí trocado
Sobre él morir en ámbares deshecho,
Me aspirará su labio regalado.

SILVA VII.

EL SUEÑO.

¿Por qué en tanta alegría
Se inunda mi semblante,
Y enagenado el ánimo se goza,
Curiosa me demandas, Fili mia?
Hállote, y al instante
Mi corazon palpita y se alboroza;

Y rio si te miro,
Y no de pena, de placer suspiro.
Un sueño, un sueño solo mi contento
Causa, Fili adorada;
Óyelo, y goza el júbilo que siento.
En la fresca enramada
Cual solemos triscando,
Y riendo y burlando,
Soñé feliz que estábamos un dia:
De lindas flores á tu sien tejia
Y amáraco oloroso
Yo una guirnalda bella;
Mas tú, cuando oficioso
Ceñírtela intenté me la robaste;
Y una cinta con ella
Flexible haciendo, blandamente ataste
Mis dos manos: estrecha, Fili, estrecha,
Dije, el nudo primero,
Y otro y otro tras él y otro me echa,
Que á gloria tengo el ser tu prisionero.
Luego viendo una rosa
En medio el valle descollar hermosa
Sobre todas las flores,
De los besos del céfiro halagada,
A cortarla corrí. ¡Flor venturosa,
Le dije, el lácteo seno de mi amada

De tu frescura goce y tus olores!
Y en él la puse lleno de ternura.
Mi rosa pareció mas encendida,
Y su nieve mas pura
Contrapuesta á la púrpura subida.
Tú al punto la tomaste,
Y no sin vanidad ¡ay! la llegaste
Al carmin vivo de tus labios bellos;
Y besándola, de ellos
A los mios riendo la pasaras.
El alma toda apenas los tocaras,
El alma toda á recoger tu beso
Sobre la rosa se lanzó anhelante;
Y por uno, sin seso
Su tierno cáliz te torné abrasado
Con mil y mil en mi pasion amante.
En tales burlas por el fresco prado
Vagando alegres fuimos,
Cantando mil tonadas,
O remedando en voces acordadas
Ya el trino delicado á los jilgueros,
Ya el plácido balar de los corderos,
Cuando á Lícidas vimos
Que á nosotros venia
Cual suele en torva faz, osco y zeloso:
De súbito nublóse tu alegría,

Bien como flor cortada
Cuya mustia beldad cae desmayada:
Y con labio medroso
Huyamos me dijiste:
¿Zagal tan necio y tan odioso viste?
Yo te idolatro; y quiere
Que oiga su amor y alivie su cuidado;
Y asi me sigue cual si sombra fuera.
¡Ay zagal! aqui estás: en vano espera;
Y fiel mi mano al corazon llevaste:
Sobre él la puse, y fino palpitaba;
Y el mio de placer mil vuelcos daba.
Asi en trisca inocente
Sin sentirlo llegamos á la fuente,
Que en torno enrama el álamo pomposo.
Aqui evitemos la abrasada siesta,
Dijiste, pues á plácido reposo
Su sombra brinda y brinda la floresta;
Y te asentaste en la mullida grama.
Yo cariñoso me senté á tu lado,
Y en torno se derrama
Con el tuyo paciendo mi ganado
Por la fresca pradera.
El albo vellocino á la cordera,
Que en grato don por el rabel me diste,
A rizar oficiosa te pusiste;

Y yo en tanto escribia
Tu nombre venturoso
En la lisa corteza;
Y asi apenado al álamo decia:
Crece, tronco dichoso,
Crece; y el nombre de mi Fili amada
Crezca á la par contigo,
Y á par tambien su amor y su firmeza;
Y sé á los cielos de mi fe testigo.
De hoy mas por los pastores
Se escogerá tu sombra regalada,
Cuando traten en pláticas de amores,
O al viento envien sus dolientes quejas.
Sus inocentes danzas
Tendrán en tí las lindas zagalejas;
Y anidarán los dulces ruiseñores.
Ni sufrirás del tiempo las mudanzas
De tus sonantes hojas despojado,
Ya con su nombre á Fili consagrado.
Tú, que fina escuchaste
Mi apasionado ruego,
Cariñosa tomaste
La aguda punta y escribiste luego
Tras Fili, de Damon, y por adorno
De mirto una lazada
Que los dos nombres estrechaba en torno;

Y tierna me miraste: ¡ó qué mirada!
De ella alentado mis felices brazos
A tu cuello de nieve
Lanzándose amorosos.... Un rüido
Suena á la espalda, y la enramada mueve:
Tú esquiva evitas los ardientes lazos:
Yo miro airado; y Lícida escondido
Torvo acechaba nuestra dulce llama:
Su odiosa vista en cólera me inflama:
Detiéneme tu brazo cariñoso:
Lícidas huye con fugaz carrera:
Despierto; y en mi sueño venturoso
Fue FILI DE DAMON tu voz postrera.

SILVA VIII.

LOS RECUERDOS TRISTES.

¡Ah Clori! se anublaron
Los dias del placer: nuestra ventura
Pasó, pasó dejando en la memoria
Solo tristes recuerdos y amargura.
Sombra fugaz volaron
Las horas fugitivas de mi gloria,
Muy mas que el ave que ni rastro deja
Cuando hasta el cielo rápida se aleja.

Vuelvo atras; y el deseo
Engañador te finge cual un dia
Nos viera Amor, de sus ardientes flechas
Nuestras dos almas, para en uno hechas,
Gozándose llagadas, retirados
Del comercio importuno,
Y á su imperio feliz abandonados:
Ya en la alameda hojosa en el recreo
De un paseo inocente,
Ya en tu albergue glorioso do ninguno,
Triste censor de nuestras ansias puras,
Ni tus palabras mágicas oía,
Ni de mi loca lengua las ternuras,
Ni los suspiros de mi amor ferviente:
Solo el cielo nos viera,
Y sus puras antorchas rutilantes,
Y al cielo enagenado yo pedia,
Que en sus claras mansiones
Mis votos y tus votos recibiera;
Y en mis brazos amantes
Mas fino y tú mas tierna te estrechaba;
Y asi testigos mi delirio hacia
De mi inmensa ventura
Ya la lumbre de amor, ya los triones,
Mientra ardia y gozaba,
Y tornaba á gozar, y mas ardia.

¿Te acuerdas, adorada, la ternura
Con que anublando ya la imágen triste
De mi ausencia el placer, tú me dijiste:
¡O importuno! olvidemos
Momento tan fatal: ora gocemos,
Gocemos otra vez? ah! ¿qué se hiciera
De aquella noche en que el desden rendido
Prorumpiste llorando: eres querido;
Tuya soy, tuya? ¡oh noche! si olvidarme
De tí puedo, mi pecho al gozo muera:
Clori deje de amarme.
Divididos apenas
Del blondo estío en los ardientes dias,
Si el momentáneo trance se llegaba
De alejarme de tí, ¡cuál te afligias!
¡Cómo yo me apartaba! ¡ay horas llenas,
Horas llenas de gloria y de ventura!
¡Horas que en vano detener procura
Mi insano amor! ¿dó estais? ¿ó qué se ha hecho
De aquel hallarme á su adorable lado,
Y á sus plantas postrado,
En ansias mil deshecho?
Ya embriagado el oido
En su voz celestial, que el alma eleva,
Y do le agrada extática la lleva:
Ya ciego, arrebatado, sin sentido

A los rayos lumbrosos
De sus ojuelos, vivos, cariñosos:
Ya plácido gozando la alegría
De su amable semblante,
Do reinan sencillez y cortesía,
Y angélica inocencia: el albo seno,
De honestidad y de ternura lleno,
Bajo la sutil gasa palpitante,
Mientras furtivo mi mirar seguia
Su movimiento blando,
Mi fiel imágen dentro contemplando.
Clori, esta imágen indeleble sea,
A pesar de la suerte,
Que agostará nuestro florido suelo.
Idólatra en tu fe, constante vea
Arder hasta la muerte
La fiel llama que en tí me envidia el cielo.
Ó si débil acaso.... Clori mia,
Sin que dejes de amarme,
En tus brazos, iluso en mi alegria,
Hoy acabe, si un dia has de olvidarme.

SILVA IX.

EL LECHO DE FILIS.

¿Dó me conduce Amor? ¿dó indavertido,
En soñadas venturas embebido
Llegué con planta osada?
Esta es la alcoba de mi Fili amada.
Aquel su lecho, aquel: alli reposa:
Alli su cuerpo delicado, hermoso
En blanda paz se entrega
Al sueño mas süave: esta dichosa
Holanda la recibe: llega, llega
Con paso respetoso,
¡O deseo feliz! llega, y suspira
Sobre el lecho de Fili; y silencioso
Si en él descansa, al punto te retira:
Retírate; no acaso á despertarla
En tu ardor impaciente
Te atrevas por tu mal: huye prudente,
Huye de riesgo tal, y ni á mirarla
Pararte quieras por estar dormida,
Que aun corre riesgo, si la ves, tu vida.
Pero solo está el lecho: ¡afortunado
Lecho, salve mil veces,
Pues que gozar mereces

De su esquiva beldad! ¡salve nevado
Lecho; y consiente que mi fina boca
La holanda estreche, que felice toca
Los miembros bellos de mi Fili amada!
Su deliciosa huella señalada
En tí, lecho felice,
Aqui posó dormida
La rubia frente á mi deseo dice:
Alli tendió hácia mí su brazo hermoso,
Del delirio de un sueño conmovida;
Y aqui asentó su seno delicioso.
¡O salve veces mil; y el atrevido
Tiempo no te consuma,
Dichoso lecho, del Amor mullido!
Siempre en torno de tí las Gracias velen:
Los sueños lisonjeros,
Cuando mi Fili tu süave pluma
Busque, sobre ella cariñosos vuelen:
En sus alas los céfiros ligeros
Todo el ámbar le ofrezcan de las flores;
Y mi forma tomando
El placer en su seno mil ardores,
Gozos mil mueva, su desden domando.
¡Salve, lecho feliz, que solo sabes
Misterios tan süaves!
Tú, si su seno cándido palpita,

Le sientes palpitar· tú si se queja,
Tú si el placer la agita,
Y embriagada le deja
Fingirse mil venturas,
Todo lo entiendes, lecho regalado,
Todo lo entiendes con envidia mia.
Sus ansias inefables, sus ternuras,
Sus gozos, sus desvelos,
Su tímida modestia, sus rezelos
En el silencio de la noche amado
Patentes á tí solo, con el dia
Para mí desparecen,
Y cual la niebla al sol se desvanecen.
¡O lecho, feliz lecho, cuál suspiro
Cuando tu suerte y mis zozobras miro!
Si en tí el reposo habita,
¿De dó, lecho feliz, viene la llama
Que en delicias me inflama?
¿La grata turbacion que el pecho agita?
¡Ah lecho afortunado!
Tú de mi bien en tu quietud recibes
El llanto aljofarado,
Si lastimada llora: tú percibes,
Tú solo en sus amores confidente,
Su delicada voz. ¿Mis ansias siente?
¿Se angustia como yo? teme? rezela?

¿Duda si en verla tardo, y se desvela?
¡Ay! tú lo sabes: dímelo te ruego,
Y templa de una vez mi temor ciego:
Témplalo, dulce lecho.... Asi decia
El ardiente Damon, sin que pensase
Que Filis le atendia
Á otra parte del lecho retirada.
La bella zagaleja lastimada
De que tanto penase,
Salio presta de donde se escondia:
Damon se turba, y Filis cariñosa
Se rie dulcemente y le asegura;
Mudando la serrana desdeñosa
Su rigor desde entonces en blandura.

SILVA X.

MI VUELTA AL CAMPO.

Ya vuelvo á tí, pacífico retiro.
Altas colinas, valle silencioso,
Término á mis deseos,
Faustos me recibid: dadme el reposo
Por que en vano suspiro
Entre el tumulto y tristes devaneos
De la corte engañosa.

Con vuestra sombra amiga
Mi inocencia cubrid; y en paz dichosa
Dadme esperar el golpe doloroso
De la parca enemiga,
Que lento alcance á mi vejez cansada,
Cual de otoño templado
En deleitosa tarde, desmayada
Huye su luz del cárdeno occidente
El rubio sol con paso sosegado.
¡Oh cómo, vegas plácidas, ya siente
Vuestro influjo feliz el alma mia!
Os tengo, os gozaré; con libre planta
Discurriré por vos: veré la aurora,
Bañada en perlas que riendo llora,
Purpúrea abrir la puerta al nuevo dia,
Su dudoso esplendor vago esmaltando
Del monte que á las nubes se adelanta
La opuesta negra cumbre:
Del sol naciente la benigna lumbre
Veré alentar, vivificar el suelo,
Que en nublosos vapores
Adormeciera de la noche el hielo:
Del aura matinal el soplo blando,
De vida henchido y olorosas flores,
Aspiraré gozoso:
El himno de alborada bullicioso

Oiré á las sueltas aves,
Extático en sus cánticos süaves;
Y mi vista encantada,
Libre vagando en inquietud curiosa
Por la inmensa llanada,
Aqui verá los fértiles sembrados
Ceder en ondas fáciles al viento,
De sus plácidas alas regalados:
Sobre la esteva honrada
Alli cantar al arador contento
En la esperanza de la mies futura:
Alegre en su inocencia y su ventura
Mas allá un pastorcillo
Lento guiar sus cándidas corderas
Á las frescas praderas,
Tañendo el concertado caramillo:
Y el rio ondisonante,
Entre copados árboles torciendo,
Engañar en su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo,
Lento aqui sobre un lecho de verdura,
Alli zelando su corriente pura;
Cerrando el horizonte
El bosque impenetrable y arduo monte.
¡O vida! ¡ó bienhadada
Situacion! ¡ó mortales

Desdeñados y oscuros! ¡ó ignorada
Felicidad, alivio de mis males!
¡Cuándo por siempre en vuestro dulce abrigo
Los graves hierros que aherrojada siente
El alma romperá! ¡cuándo el amigo
De la naturaleza
Fijará en medio de ella su morada,
Para admirar contino su belleza,
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!
Otros gustos entonce, otros cuidados
Mas gratos llenarán mis faustos dias:
De mis rústicas manos cultivados
Los campos que labraron mis abuelos,
Las esperanzas mias
Colmarán y mis próvidos desvelos:
Mi huerta abandonada,
Que apenas ora del colono siente
En su seno la azada,
De hortaliza sabrosa
Verá poblar sus niveladas eras:
Mi mano diligente
Apoyará oficiosa
Ya el vástago á la vid, ya la caida
Rama al frutal, que al paladar convida
Doblada al peso de doradas peras:
Veráme mi ganado

A su salud, á su custodia atento
Solicito contarle, cuando lento
Torna al redil de su pacer sabroso:
O en ocio afortunado,
Mientra su ardiente faz el sol inclina,
Solitario filósofo el umbroso
Bosque en la mano un libro discurriendo,
Llenar mi pecho de tu luz divina,
Angélica verdad, las celestiales
Sagradas voces respetoso oyendo,
Que en himnos inmortales,
En medio de las selvas silenciosas
Do segura reposas,
Al sencillo mortal para consuelo
Tal vez dictaste del lloroso suelo.
De las aves el trino melodioso
Alli mi dulce voz despertaria;
Y armónica á las suyas se uniria
Cantando solo el campo y mi ventura:
Alli del campo hablara
Con el pobre colono; y en las penas
De su estado afanoso
Con blandas voces de consuelo llenas
Humano le alentara:
O bien sentado á la corriente pura,
Viva, fresca, esplendente,

Del plácido arroyuelo, bullicioso,
Que entre guijuelas huye fugitivo,
Si del vicio tal vez la imágen fiera,
Mi memoria afligiera,
El ánimo doliente
Se conhortara en su dolor esquivo;
Y en sus rápidas linfas contemplando
De la vida fugaz el presto vuelo,
Calmara el triste anhelo
De la loca ambicion y ciego mando.
Imágen ¡ó arroyuelo!
Del tiempo volador y de la nada
De nuestras mundanales alegrías,
Una de otra aprémiada
Tus ondas al nacer se desvanecen:
Y en raudo curso en el vecino rio
Tu nombre y tus cristales desparecen.
Asi se abisman nuestros breves dias
En la noche del tiempo: asi la gloria,
El alto poderío,
La ominosa riqueza
Y lumbre de belleza,
Do ciega corre juventud liviana,
Pasan cual sombra vana,
Solo dolor dejando en la memoria.
¡Oh cuántas veces mi azorada mente

En tu márgen florida,
Contemplando tu rápida corriente,
Lloro el destino de mi frágil vida!
¡Cuántas en paz sabrosa
Interrumpí tu plácido rüido
Con mi voz ¡ ó arroyuelo! dolorosa,
Y en dulces pensamientos embebido,
A tu corriente pura
Las lágrimas mezclé de mi ternura!
¡Cuántas, cuántas me viste
Querer de tí apenado separarme;
Y moviendo la planta perezosa,
Cien veces revolver la vista triste
Hácia tí al alejarme,
Oyendo tu murmullo regalado,
Y exclamar conmovido
Con balbuciente acento:
Aqui moran la dicha y el contento!
¡O campo! ó soledad! ó grato olvido!
¡O libertad feliz! ¡ó afortunado
El que por tí de lejos no suspira;
Mas trocando tu plácida llaneza
Por la odiosa grandeza
Por siempre á tu sagrado se retira!
¡Afortunado el que en humilde choza
Mora en los campos, en seguir se goza

Los rústicos trabajos, compañeros
De virtud é inocencia;
Y salvar logra con feliz prudencia
Del mar su barca y huracanes fieros!

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA I.

BATILO [1].

BATILO, ARCADIO, POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo dia con su lumbre dora;
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las parlerillas aves á la Aurora.
La cabra trepadora
Ya suelta se encarama
Por la áspera ladera:
De esta alegre pradera
Paced vosotras la menuda grama;
Paced, ovejas mias,
Pues de Abril tornan los felices dias.

1 Esta égloga en alabanza de la vida del campo fue premiada por la Real Academia Española en junta que celebró en 18 de Marzo de 1780.

Corónase la tierra
De verdor y hermosura,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Líquida de la sierra
Corre la nieve pura,
Y vuelven á sus juegos los pastores.
Todo el campo es amores:
Retoñan los tomillos:
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos;
Y el arroyuelo esmalta
De plata el valle, do sonando salta.
Asi cual es sabroso
Despues de noche triste
El rocío del alba al mustio prado;
O cual tras enojoso
Invierno el mundo viste
De gala el sol, gozándose el ganado;
Asi cual al cansado
Pastor, que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente;
Tras el Marzo inclemente,
Tal es á mi del céfiro el aliento:
Y cual á abeja rosa,
Del campo asi la vida deliciosa.

Apenas ha nacido
El dia en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre ejido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van saltando.
Mientra el sol se va alzando,
Mil zelosas porfias
A la sombra en reposo
Separo, si zeloso
Mi manso está por las corderas mias:
Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma
Con sosegada planta,
Al viento dando el pastoril acento,
El dulce Arcadio asoma:
Su armoniosa garganta
¡Cuán acordada sigue al instrumento!
Tambien canta contento
De la estacion florida.
Para en torno seguirle,
Corro de cerca á oirle:
Algo acaso dirá de mi querida;
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién viendo la hermosura
De esta tendida vega,
Y el brillo y resplandores del rocío,
Los brincos, la soltura
Con que el ganado juega,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
El noble señorío
Con que el claro sol nace,
Las nieblas recogerse,
En ondas mil la yerba estremecerse,
Y los hilos de luz que el aire hace,
Tierno latirle el seno
No siente, y de placer su ánimo lleno?
Do quiera es primavera,
Que Abril vertiendo viene
Nuevas galas y espíritu oloroso:
La novilla do quiera
Sobrado el pasto tiene
En tierna yerba de pacer sabroso.
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas,
Y pueden las pastoras

Bailar alegres las ociosas horas.
  No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento:
No el ir embarazado
Entre galas pomposas;
Ni corriendo vencer al raudo viento;
Mas sí cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y mis vacas pastando,
Y el manso rio entre árboles vagando.
  Pero aquel que alli veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana:
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

  La gracia sobrehumana
De tu cantar divino
Guarde del lobo odioso:
Y sigue en tan sabroso
Tono, hechizo del valle y de amor digno;

Que el ganado alboroza,
Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas antes al viento
Suelta esa voz süave
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste
Cuando te dió el cayado
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto
Este rabel, que un dia
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino;
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórmes cristalino
Formó en él la corriente,
Que ir riendo dijeras,
Lo largo en sus praderas

Vagando los rebaños mansamente;
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.
A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo que lo está viendo
Lejos un ciudadano,
El semblante afligido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rïe entre los pastores, y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve
Que jamas fue tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea:
De vida el llano ameno

Como por Mayo lleno:
Un muchacho en el cerro pastorea;
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.
De flores coronadas,
Mas lindas que las flores,
Suelto el cabello al céfiro liviano,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores
Las zagalejas en el verde llano:
A un lado está un anciano
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas;
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambriento corderuelo:
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el mullido suelo:
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,

Y á pastor peregrino
Descanso en su camino:
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
Ó en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Los ganados paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas;
Y gocen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.
¿Dónde las dulces horas,
De júbilo y paz llenas,
Mas lentas corren, ni con mas reposo?
¿Quién rayar las auroras
Como el zagal serenas
Ve, ni del sol el trasponer hermoso?
¡Cuidado venturoso!
¡Mil veces descansada

Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada;
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que engendran el poder y los honores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados;
Mejor que las alfombras nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio;
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de Enero,
Lumbre para bailar un roble entero.

Aqui en la verde grama
Oiga yo en paz gloriosa
El lento susurrar de este arroyuelo:
Aqui evite la llama
Cabe mi Elisa hermosa
Del sol subido á la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,

O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo;
Y arrúllenme las blandas tortolillas
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos;
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enagena.

Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa

Me dió ayer Galatea,
Filis este cayado,
Y este zurron leonado
La niña Silvia, que mi amor desea;
Mas yo á Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos;
Con su ingenio divino
¡Qué cosas no decia
Despues de los arteros ciudadanos!
Aun á los mas ancianos
Si te acuerdas pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo zagalejo entonces le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.

El semblante sereno,
Y el corazon roido,
Cual es el fruto de silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno
Su razonar fingido,
Pechos lisiados de la envidia fiera,

Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres;
Esto contaba Elpino
De la ciudad despues que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fue á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia;
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio que pavor ponia.
Me acuerdo que decia
Que del viento irritado
Bramaba en son horrendo,
Con las olas queriendo
Estrellarse en el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como á las enramadas nuestros rios.

Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuita,
Cual si débil balido
De herida oveja oistes,

Ó choto que su madre solicita.
¡Oh ceguedad maldita,
Fiar vida y ventura
A una tabla liviana!
Mejor es la galana
Vega, Arcadio, con planta hollar segura
Tras mis mansas corderas
Que el ver navíos ni borrascas fieras.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aqui no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor, ó hiela el frio.
No ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfeta;
Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.
Todo es amor sabroso,
Alegría y hartura,
Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso

Murmura la ventura
Del otro á quien da el cielo mas ganado.
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata.
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo,
Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.
  Como las ciudadanas
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras;
Ni en su beldad livianas
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador á todas horas.
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oido;
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡O soledad gloriosa!
¡O valle! o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! o limpia fuente!

¡O vida venturosa!
¡Sereno y claro rio
Que por los sauces corres mansamente!
Aqui entre llana gente
Todo es paz y dulzura
Y feliz armonía
Del uno al otro dia.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.

El cielo despejado,
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y plácido sonido
Que del céfiro forma el blando aliento,
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension á el alma deja;
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.

No aqui esperanza o miedo,
Las tramas y falsias
Que saben los soberbios ciudadanos.

El pastorcillo ledo
En paz goza sus dias
Sin entregarse á pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillo zelo
Da bendicion al cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves á la aurora.

Sin rezelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron:
Y ora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los jilgueros nido hicieron:
Si al lagarto sintieron
Sus tiernos corderillos,
Rie cual se espantaron,
Corrieron ó balaron:
Ora al yugo acostumbra los novillos:
Ora fruta ó flor nueva
En don alegre á su zagala lleva.

Con las serranas viene
A triscar por el prado,
Y enguirnalda la sien de frescas flores:

Ni entonces libre tiene
Su pecho otro cuidado
Que cantarles ufano mil amores.
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y rüidos;
Pues no en tales gemidos
Dos tortolillas querellarse vistes,
Cual canta en voz sonora
De amor un zagalejo á su pastora.

La fruta sazonada
¡Con cuál dulce fatiga
De la rama se corta! ¡cuán gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo ó colorin vistoso!
¡Cuán grato el armonioso
Susurrar y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con presto vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre cuando el alba asoma!

Asi Tirsi decia,
Que la primera gente
Como agora vivimos los pastores,

Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio;
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
  Y cierto ¿cuántas veces
Los mas altos señores
Vienen á nuestras pobres caserías
Sin pompa ni altiveces
A gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?
Las rústicas porfias
Que los zagales tienen,
Miran embelesados;
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen;
O de bailar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.
  Aqui Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las Magas el encanto

Con su verso divino
Junto al Betis undoso;
Y aqui Albano entonó su dulce canto.
¡O grata vida! ¡ó cuánto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado
Este vaso de leche alegre apuro:
Bebe Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora,
Cual hiedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora,
Tal tu cancion sonora
Es, zagal, á mi oido:
Ni asi es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual me encanta tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado

Con zarza montüosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena:
Ni asi aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un dia:
Yo sus burlas reia;
Y ellas de mis desprecios se enojaron.
Volvime á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fui compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Asi Elisa entre todas relucia.
¡Cuán bella parecia,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abrasaron,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermosean,
Y del olmo la vid es ornamento:
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento,
Al bosque el manso viento:
Tú á todo nuestro prado
Le das, Filena mia,
La risa y alegría:
Al sentirte venir bala el ganado;
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No asi de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la zela agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbria.
Con menos agonía
Huye del gavilan la garza airosa,

Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto
Para llevarlo en don á sus amores:
Yo para tí lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiseñores.
¡Ay si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado!
¡O en colorin mudado,
Continuo mis ardores te cantara!
¡O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfia
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne extremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada:
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡O fuente! ó valle! ó prado!

¡O apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola lloroso,
El ciervo en selva umbría
Con su par se alboroza,
Y con el agua el ánade pomposo.
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas
Cuando de nueva luz el sol las dora,
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Asi loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos;
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando alli á pastar sus ganadillos:
Y yo que logré oillos

Detras de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado.
De entonces la ciudad me fue enojosa;
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

ÉGLOGA II.

AMINTA.

A Aminta y Lisis en union dichosa
Amor unido habia,
El casto amor de la inocencia hermano.
Lisi cual fresca purpurante rosa,
Que abre su cáliz virginal del dia
Al suave aliento, por Aminta ardia;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
A su querida, cuando lejos de ella
Su cándido ganado apacentaba.
Eran dos niños por comun ventura
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Asi blondos y hermosos,

Cual entre las zagalas bulliciosos,
Sin venda ni arco en infantiles juegos,
Porque esquivas sus llamas no rezelen,
Sueltos los amorcitos vagar suelen
Cuando las danzas del Abril florido.
En ellos y en su Lisi embebecido
Del pasto alegre del vicioso prado
Aminta revolvia
A su feliz cabaña su ganado;
Y el sol laso entre nieblas se perdia;
Cuando asomar por el opuesto ejido
Los vio el padre feliz: ¡oh qué alegría
Con su vista sintio! ¡como su pecho
En plácida zozobra palpitaba,
Cual nieve al sol en blando amor deshecho!
En lágrimas bañado los miraba,
Y luego al cielo en gratitud ferviente;
Y asi cantó con labio balbuciente.

AMINTA.

¡O mis lindos amores!
¡Mitad del alma mia!
¡De vuestra madre bella fiel traslado!
Creced, tempranas flores,
De gloria y alegría
Colmando á vuestro padre afortunado:
Y cual risa del prado

Es el fresco rocío,
Dulce júbilo sed del pecho mio.
¡Ah con qué gozo veo
Plácidos ir girando
En lenta paz mis años bonanzosos,
Cuando en feliz recreo
De mi cuello colgando
Inocentes reis; ó bulliciosos
En juegos mil donosos
Triscais por la floresta
Tras los cabritos en alegre fiesta!
El colorin pintado
Que en la ramilla hojosa
Se mece, y blando sus cuidados trina;
El vuelo delicado
Con que la mariposa
De flor en flor besándolas camina;
La alondra que vecina
Al cielo se levanta,
Todo os es nuevo, y vuestro pecho encanta.
En vuestra faz de rosa
Rie el gozo inocente,
Y en los vivaces ojos la alegría:
Vuestra boca graciosa
Y la alba tersa frente
Son un retrato de la Lisi mia.

La blanda melodía
De vuestra voz remeda
La suya, pero en mucho atras se queda.
¡ Y el candor soberano
De su pecho divino!
¡Y su piedad con todos oficiosa!
Yo vi su blanca mano
Del mísero Felino
Socorrer la indigencia rigurosa.
Clori en su congojosa
Suerte llorar la viera,
De su amarga orfandad fiel compañera.
Sola estás; mas el cielo
Si te roba, exclamaba,
La cara madre, te dará una amiga;
Y á la triste en su duelo
Sollozando alentaba.
Clori la abraza en su cruel fatiga;
Y sus ansias mitiga
En su seno clemente.
Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.
De entonces mas perdido
La adoré, y ciego amante
Sus pisadas seguí por selva y prado.
Asi en el ancho ejido
Con balido anhelante

Corre á su madre el recental nevado.
Oyó en fin mi cuidado;
Y mi feliz porfia
Coronando, su mano unió á la mia.
  Vosotros, mis amores,
Sois el fruto precioso
Del dulce nudo y bendicion del cielo,
De mil suaves ardores
Galardon venturoso,
De nuestras ansias plácido consuelo,
Renuevos que el desvelo
De mi cariño cria
Para gozarme con su pompa un dia.
  Crecereis, y mi mano
Os cubrirá oficiosa,
Cual tiernas plantas de la escarcha cruda.
El cielo soberano
Con bendicion gloriosa
Hará que el fruto á la esperanza acuda;
Y deleitosa ayuda
En la vejez cansada
A mí sereis y á vuestra madre amada.
  Entonces nuestra frente
El tiempo habrá surcado
De tristes rugas, el vigor perdido:
Tal el astro luciente

Se acerca sosegado
Al occidente en llamas encendido.
Pero habremos vivido;
Y hombres os gozaremos;
Y en vosotros de nuevo viviremos.
  El ganado que ahora
Mi blando imperio siente,
El vuestro sentirá; y en estos prados
Os topará la aurora
Tañendo alegremente
Mi flauta y caramillo concertados.
Los tonos regalados
Que ora á cantar me atrevo
Hará mas dulces vuestro aliento nuevo.
  En humilde pobreza,
Mas en paz y ocio blando,
Luego mi Lisi y yo reposaremos.
Sobre vuestra terneza
Nuestra suerte librando,
A vuestra fausta sombra nos pondremos.
Plácidos gozaremos
Su celestial frescura;
Y os colmarán los cielos de ventura.
  Porque el hijo piadoso
Es de ellos alegria,
Y habitará la dicha su cabaña:

Pasto el valle abundoso
Siempre á su aprisco cria:
Ni el lobo fiero á sus corderas daña:
Nunca el año le engaña;
Y en su trono propicio
Acoge Dios su humilde sacrificio.
  A sus dulces desvelos
Rie blanda su esposa,
Corona de su amor y su ventura;
Y de hermosos hijuelos
Cual oliva viciosa
Le cerca, y en servirle se apresura:
De inefable ternura
Inundado su seno,
Cien nietos le acarician de años lleno.
  ¡Oh mis hijos amados!
Sed buenos, y el rocío
Vendrá del cielo en lluvia nacarada
Sobre vuestros sembrados:
Os dará leche el rio,
Y miel la añosa encina regalada:
Vuestra frente nevada
Lucirá largos dias....
Ay! ¡oiga el cielo las plegarias mias!
  Con delicado acento
Asi Aminta cantaba,

Bañado el rostro en delicioso llanto,
Y el feliz pecho en celestial contento;
Y con planta amorosa
A sus dulces hijuelos se acercaba:
Llegó do estaban, y cesó su canto;
Que con burla donosa
Uno el cayado jugueton le quita
Y el balante ganado ufano rige,
Que al redil conocido se dirige;
Mientra el mas pequeñuelo se desquita
Con mil juegos graciosos,
Sonar queriendo con la tierna boca
La dulce flauta que su padre toca;
Y de Aminta en los brazos cariñosos
Llegando á la alqueria
Caen las sombras, y fallece el dia.

ÉGLOGA III.

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¿Dónde, Mirtilo amado,
Tan cuidadoso, tan veloz caminas?
¿Donde? el caro redil abandonado?

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas
A mi gentil zagala, Silvio mio,
Que cogí en el verjel: aun salpicadas
Ve en líquido rocío
Sus tiernas hojas; pero muy mas bellas
Sus mejillas rosadas
Son, y su boca mas fragante que ellas.
Voy, Silvio, pues; ¡el pecho se alboroza!
Y en la feliz ventana de su choza
En un ramo donoso
Las dispongo; y retírome de un lado
Con paso respetoso.
Luego al rabel le canto apasionado
La amorosa tonada
Que entre todas las mias mas le agrada,
Porque me sienta allí: la zagaleja
De timidez y gozo palpitando,
El blando lecho silenciosa deja,
Y asómase á escuchar: mira el fragante
Vistoso ramo que feliz le ofrece
Mi desvelo constante:
Tómalo, y rie: á la nariz hermosa
Lo llega; y en su aroma regalado
Pensando en su Mirtilo cariñosa
Absorta se embebece,

Yo envidiando mi ramo afortunado.

SILVIO.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,
Mientras las tristes iras
Yo sin ventura lloro
De Amarilis cruel, de linda boca,
Ojos vivaces y cabello de oro,
Que parte en rizos por el cuello tiende,
Parte entre rosas agraciada prende;
Mas rebelde al amor cual dura roca.
Asi pues te dé blanda Galatea
Los dulces premios que tu fe desea,
Que me cantes te ruego esa tonada,
Que cual tuya será tierna y süave.

MIRTILO.

Harélo, Silvio amado,
Asi porque no sabe
Mi sencilla aficion negarte nada,
Como por ocuparme afortunado
En Galatea y mi sabrosa pena.
La noche va tornando silenciosa;
Y la alba luna que en el alto cielo
Su carro guia en magestad serena,
Con su cándida luz bañando el suelo,
Despiertan la gloriosa
Llama de amor, mi espíritu conmueven.

Y el labio y el rabel al canto mueven.
Oye pues, Silvio: la zagala mia
Un clavel oloroso
Puesto galanamente
En el baile llevaba:
Violo mi loco amor, y asi decia,
Mientras él insensible el cerco hermoso
De sus purpúreas hojas levantaba
Sobre su seno cándido y turgente:

¡Oh si yo feliz fuera
Ese clavel fragante,
Donosa Galatea,
Que ufana al seno traes!
¡Cuán fino y cariñoso
Su nieve palpitante
Delicioso empapara
En mi aliento süave!
Sobre él las hojas tiernas
¡Oh dicha imponderable!
Tendiera, y sin zozobra
Lograra en fin gozarle.
Viera si su alba esfera
De rosas y azahares
Hizo Amor, ó de nieve
Mezclada con su sangre:
La fuerza que lo agita

Cuando turbado late,
Y el valle de jazmines
Que forma donde sale:
De do el olor subido
Le viene; y qué contraste
Con sus turgentes globos
La lisa tabla hace:
Viera si el breve hoyuelo
De do esta tabla parte
Es lecho de azucenas,
Do Amor dormido yace:
Pues si á gozar el ámbar
De mi encendido caliz
Tal vez la nariz bella
Inclinaras afable,
¡Oh y cuál lo dilatara!
¡Cuán tierno, cuán amante
El tuyo inundaria
De gozos celestiales!
¡Y con tu aliento unido
Me deslizara fácil
Por él, hasta que ardieras
Del fuego que en mi arde!
¡Bebiera tus suspiros:
Mis encendidos ayes
Envueltos en aromas

Bebieras tú anhelante!
Mas ¡ah! que helada y muerta
Gozar la flor no sabe
Bien tanto; y en mil ansias
Mi pecho se deshace.
¡Clavel, ó Amor, me torna,
O cefirillo amable:
Y siempre á mi bien siga,
Y en mi ámbar la embriague!

Ya Mirtilo callaba,
Y aun Silvio embebecido
Sin sentirlo prestaba
Al eco tierno un silencioso oido.
Volvió en fin, y le dice: el bullicioso
Curso del arroyuelo,
Y del favonio el susurrante vuelo
No igualan con tu voz, zagal dichoso.
Dulce al labio es la miel, y la mirada
Tierna de una pastora
Dulce al zagal que fino la enamora:
Pero muy más el ánimo recrea
Tu amorosa tonada.
Toma, toma por ella esta cayada,
Que entallé diestro de arrayan y flores:
Tan fácil premio mi amistad desea
A tus tiernos ardores.

Recibióla Mirtilo; y mas contento
Que el ciervecillo jugueton y exento
Brinca en pos de su madre en la pradera,
A poner fino el ramo afortunado
Vuela en planta ligera
A la ventana de su dueño amado.

ÉGLOGA IV.

EL ZAGAL DEL TORMES.

Fértiles prados, cristalina fuente,
Bullicioso arroyuelo, que saltando
De su puro raudal plácido vagas
Entre espadañas y oloroso trébol;
Y tú, álamo copado, en cuya sombra
Las zagalejas del ardiente estío
Las horas pasan en feliz reposo,
Adios quedad: vuestro zagal os deja;
Que allí del Ebro á los lejanos valles
Fiero le arrastra su cruel destino,
Su destino cruel, no su deseo.
Ya mas, ¡oh Tórmes! tu corriente pura
Sus ojos no verán: no sus corderas
Te gustarán; ni los viciosos pastos
De tus riberas gozarán felices:

No mas de Otea las alegres sombras,
No mas las risas y sencillos juegos,
Pláticas gratas y canciones tiernas
De la dulce amistad. Aqui han corrido,
Cual estas lentas cristalinas aguas
Riendo giran con iguales pasos,
De mi florida edad los claros dias.
De las dehesas del templado extremo
Vine extraño zagal á estas riberas,
Cuando mi barba del naciente bozo
Apenas se cubria; y en las ramas
De los menores árboles los nidos
Pudo alcanzar mi ternezuela mano
De los dulces pintados colorines.
Aqui á sonar mi caramillo alegre
Me enseñó Amor; y el inocente pecho
Palpitando sentí la vez primera.
Aqui le vi temer; y á la esperanza
Crédulo dilatarse, cual fragantes
A los soplillos del favonio tienden
Sus tiernas galas las pintadas flores,
Cuando en Mayo benigno el sol les rie.
Con planta incierta discurriendo ocioso
En inocencia y paz, libre y seguro
Cantar me oisteis, y volver mis trinos
Parlero el monte en agradable juego.

Llevar me visteis mi feliz ganado
Del valle al soto, y desde el soto al rio.
Bañado en gozo cuando el sol heria
Mi leda faz con su naciente llama,
En dulce caramillo y voz süave
Su lumbre celebraba y mi ventura.
Mis ovejillas del caliente aprisco
Saltando huian con balido alegre,
Seguidas de sus cándidos hijuelos,
Al conocido valle, do seguras
Se derramaban; y ladrando en torno
Mi perro fiel con ellas retozaba.
Otros zagales á los mismos pastos
Sus corderos solícitos traian,
Á par brindados de la yerba y flores.
Y juntos bajo el álamo que cubre
Con sombra amiga y susurrantes hojas
La clara fuente, en pastoriles juegos
Nos viera el sol en su dorado giro
Perder contentos las ardientes horas,
Que en torno de él fugaces revolaban.
Viónos la noche y el brillante coro
De sus luceros repetir los juegos
Entre las sombras del callado bosque.
Y á mí embargado en contemplar el giro
De tanta luz, ó la voluble rueda

Con que del año la beldad graciosa
Ornan del crudo Enero el torvo ceño,
Del Mayo alegre las divinas flores,
Las ricas mieses del ardiente estío,
Y de olorosas frutas coronado
El otoño feliz, las maravillas
Cantar de Dios con labio balbuciente,
En tierno gozo palpitando el pecho,
Y sonando otra voz muy mas canora
Que de humilde pastor mi dulce flauta.
¡Delicia celestial, ante quien bajo
Es cuanto precia el cortesano iluso
De oro, de mando ó deleznable gloria!
No alli á nublar tan inocente gozo
El pálido temor, no los cuidados
Solícitos vinieran, ó la envidia
Sesga mirando, su cruel ponzoña
Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
Todo fue gozo y paz, todo süave,
Santa amistad y llena bienandanza.
En plácida igualdad muy mas seguros
Que los altos señores, nunca el dia
Nos rayó triste, ni la blanca luna
Salió á bañar con su argentada lumbre
Nuestra llorosa faz, cual allá cuentan
Que en las ciudades y soberbias cortes

La noche entera en míseros cuidados
Los ciudadanos desvelados lloran.
¡Tanto bien acabó! Como deshace
Del año la beldad crudo granizo
Que airada lanza tempestosa nube;
Y la dorada mies, del manso viento
Antes movida en bulliciosas olas,
Ya entre sus largos surcos desgranada
Del triste labrador la vista ofende;
Asi el hado marchita mi ventura,
Asi á dar fin á mi apenada vida
A tan lejanos términos me lleva,
Ay! ¿para qué? De mis fugaces años
A mas nunca tornar desparecieron
Los mas serenos ya; y acaso á hundirse
Los que me esperan de dolor conmigo
Corren infaustos en la tumba fria.
Pasó cual sombra mi niñez amable,
Y á par con ella sus alegres juegos.
Relámpago fugaz en pos siguióla
La ardiente juventud: danzas, amores,
Cantares, risas, doloridas ansias,
Dulces zozobras, veladores zelos,
Paces, conciertos agradables, todo
Despareció tambien; y el sol me viera,
Entre rosas abriendo á la galana

Primavera las puertas celestiales,
Seis lustros ya sus bienhechores rayos
Mirar contento con serenos ojos.
¡Y ora habré de dejar estas riberas
Donde vivo feliz! y estos oteros!
Este valle! este rio en libre planta
Cantando veces tantas de mí hollados
No veré mas! y mis amigos fieles!
Y mis amigos! oh dolor! con ellos
Aqui me gozo y canto: aqui esperaba
El trance incierto de mis breves dias;
Y que cerrasen mis nublados ojos
Con oficiosa mano: ¿á qué otros bienes?
Otras riquezas y cansados puestos?
¿A qué buscar en términos distantes
La dicha que me guardan estas vegas,
Y estas praderas y enramadas sombras?
Mi choza humilde á mi llaneza basta,
Y este escaso ganado á mi deseo.
Téngase allá la pálida codicia
Su inútil oro, y la ambicion sus honras;
Que igual alumbra el sol al alto pino
Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.
Mas ya partir es fuerza: bosque hojoso,
Floridos llanos, cristalino Tormes,
Quedad por siempre adios; dulces amigos,

Adios quedad, adios; y tú indeleble
Conserva, árbol pomposo, la memoria
Que impresa dejo en tu robusto tronco,
Y sus letras en lágrimas bañadas.

Aqui Batilo fue feliz; sus hados
Le conducen del Ebro á la corriente:
Pastores de este suelo afortunados,
Nunca olvideis vuestro zagal ausente.

Id, ovejillas, id: y tan dichosas
Sed del gran rio en los lejanos valles,
Cual del plácido Tórmes lo habeis sido
Con vuestro humilde dueño en las orillas:
Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

INDICE.

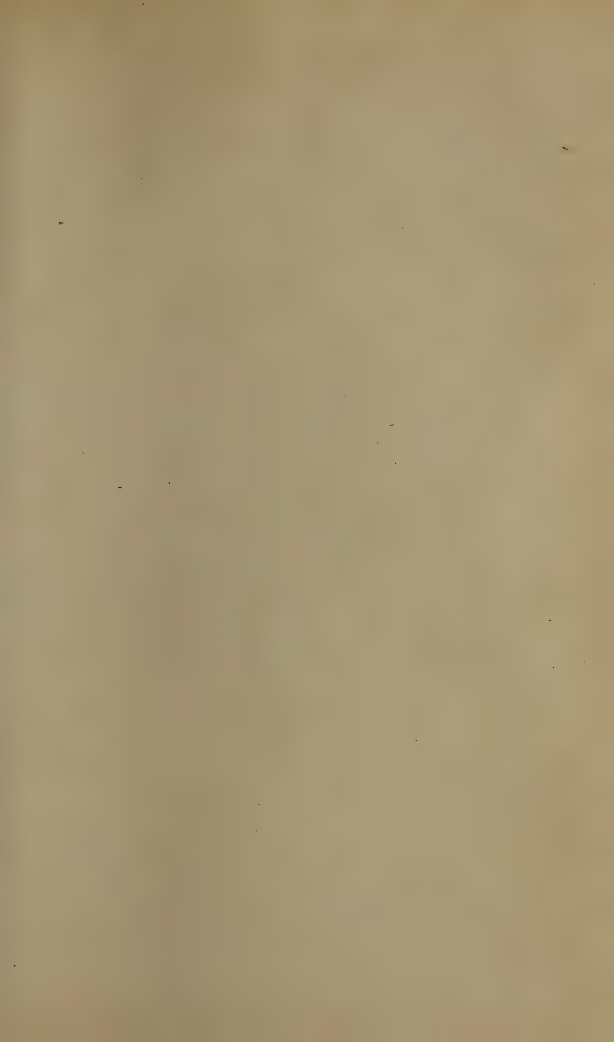
ROMANCES.

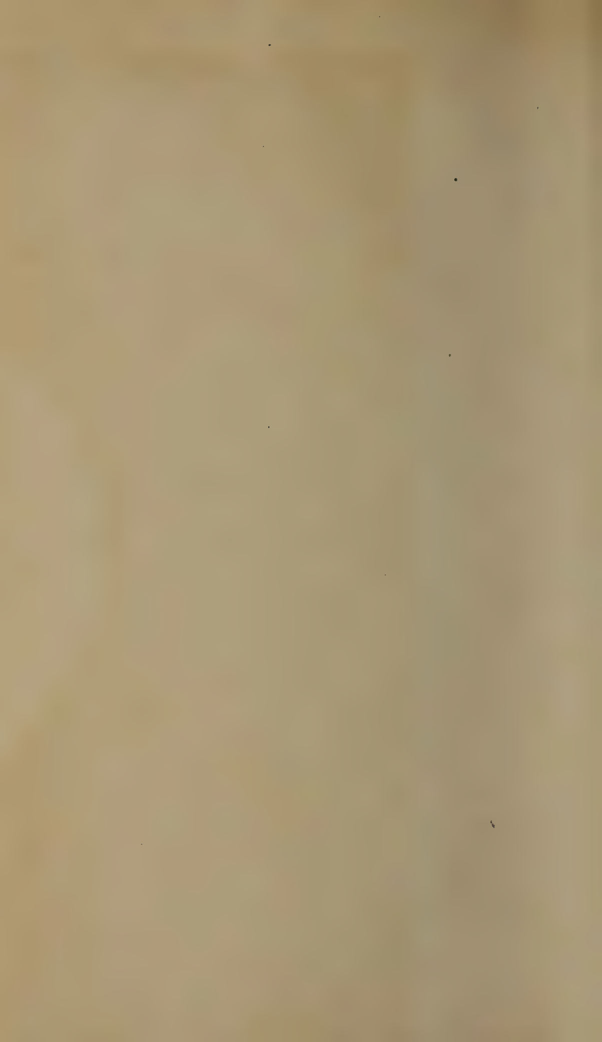
SONETOS.

ELEGÍAS.

SILVAS.

ÉGLOGAS.









LS M5196p
36319
Author Melendez-Valdés, Juan
Title Poesías. Vol.1-2 in 1

University of Toronto Library

DO NOT REMOVE THE CARD FROM THIS POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

